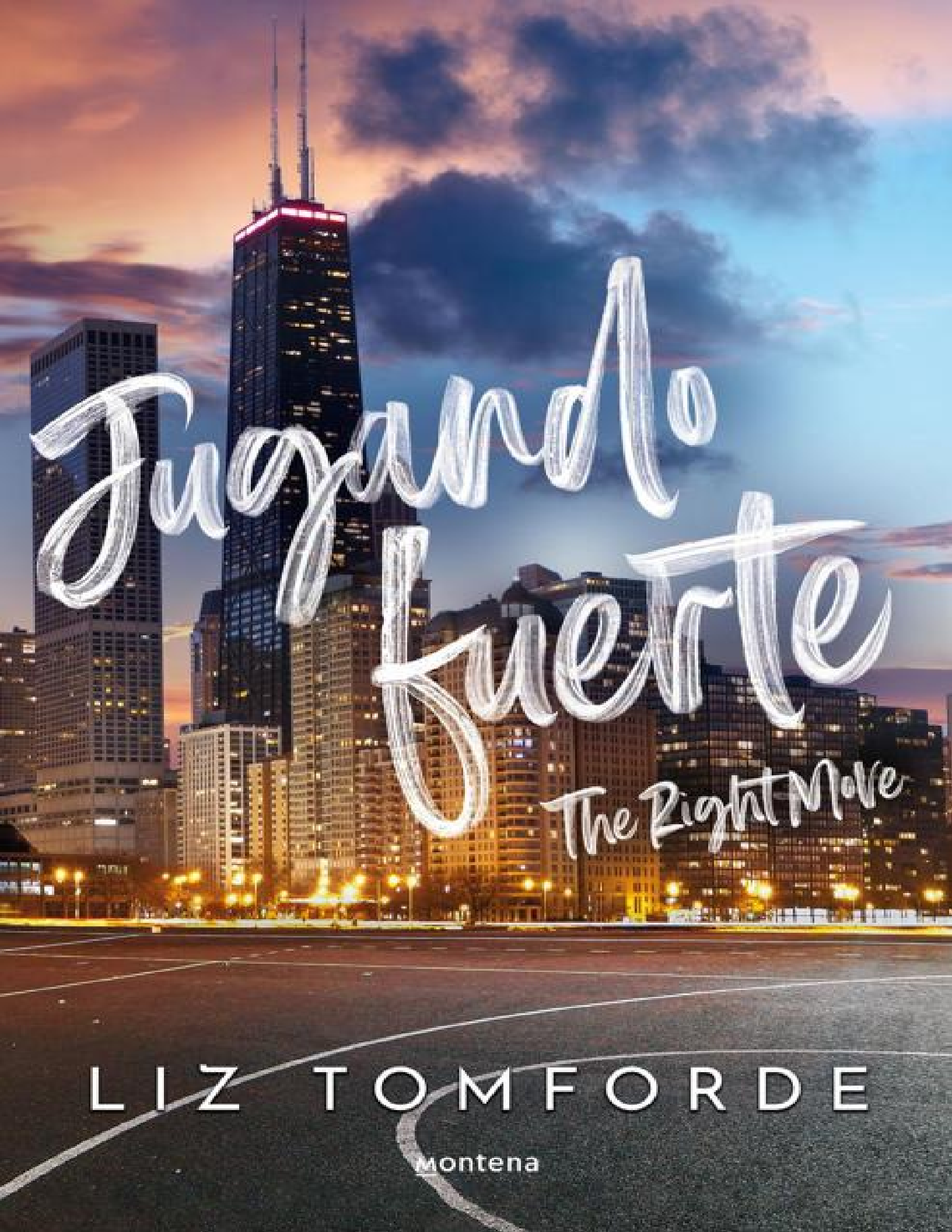


A photograph of the Chicago skyline at dusk, featuring the Willis Tower prominently. In the foreground, a basketball court is visible, with its white lines on the dark asphalt. The sky is a mix of orange, pink, and blue, with some clouds. The title 'Jugando Fuerte' is written in a large, white, cursive script across the middle of the image. Below it, 'The Right Move' is written in a smaller, white, cursive script.

Jugando Fuerte

The Right Move

LIZ TOMFORDE

montena



Jugando Fuerte

The Right Move

LIZ TOMFORDE

montena

Jugando
Fuerte
The Right Move

LIZ TOMFORDE

montena

*Para Marc, Allyson, Paige y Camille.
Uno de los temas de este libro es la búsqueda de una amistad
que te llene el alma, no que la vacíe.
Gracias por ser las personas
que llenáis la mía*

Playlist



trust - thuy feat. RINI	♥ 3:17
Be Alone - Blxst	♥ 2:34
Every Good Girl - Blxst	♥ 2:56
First Time Thing - Calabasas	♥ 2:11
nirvana - Dylan Reese feat. Phabo	♥ 2:33
Concentrate - Lucky Daye	♥ 3:36
Morning - Marc E. Bassy	♥ 3:26
slower - Tate McRae	♥ 3:07
Let Me Love You - Mario	♥ 4:09
OVERRATED - Blxst	♥ 2:26
Naked - Ella Mai	♥ 3:17
Better - Khalid	♥ 3:49
Still - Lecrae feat. DaniLeigh	♥ 2:55
	♥ 3:36
ALL MINE - Brent Faiyaz	
Keep Comin' Back - Blxst	♥ 2:25
All Me - Kehlani feat. Keyshia Cole	♥ 2:58
Try Me - Jason Derulo feat. Jennifer Lopez	♥ 3:20
Easy - Camila Cabello	♥ 3:14
Change Your Life - Kehlani feat. Jhené Aiko	♥ 3:11
Butterflies - ASTN	♥ 2:55

1

Ryan

No soy un soñador, al menos no en el sentido tradicional de la palabra. Mis sueños están al alcance de la mano, pueden hacerse realidad a su debido tiempo. No romantizo lo imposible.

Hay hombres hechos y derechos que se hincan de rodillas para rezar a sus dioses por esos 48 minutos de baloncesto. No es mi caso. Yo no idealizo el destino ni dejo que las cosas ocurran al azar. Creo en el trabajo duro y en la dedicación. Mi vida se rige por un plan. Si en el camino me surgen oportunidades es porque me he propuesto ir a buscarlas.

El resto de mis compañeros de equipo, sin embargo, tienen una idea romántica de lo que es un campeonato si creen que pueden empezar con la primera semana de entrenamiento estando tan en baja forma.

—Dom, tienes que salir de ese bloqueo el doble de rápido. Te veo muy lento, joder. ¿Qué demonios has estado haciendo todo el verano?

—Vivir la vida, Shay. Deberías probarlo alguna vez.

Dom Jackson, el más grande de todos, se desploma. Apoya las manos en las rodillas mientras intenta recuperar el aliento como todos los demás tíos a los que llamo «compañeros de equipo».

Me seco el sudor de la frente con la camiseta cuando uno de los novatos me pasa la pelota desde la cabeza de la bombilla.

—Venga, otra vez.

—Ryan, el entrenamiento ha terminado hace una hora. Algunos tenemos mujeres e hijos a los que nos gustaría ver. —Ethan, nuestro escolta veterano, se pone en jarras en un rincón de la pista.

—Sí, y otros tenemos una cita con... —Dom dirige la mirada a uno de los jóvenes que están en la banda—. ¿Cómo se llamaba aquella...? —añade en voz baja—. ¡Raquel! Algunos hemos quedado con una mujer guapísima que se llama Raquel.

Echo una ojeada a mis compañeros de equipo. Todos están agotados, menos yo.

—Está bien —me resigno—. Lo dejamos por hoy.

—¡Gracias a Dios! —Dom gira sobre sí mismo, levanta las manos y se quita la camiseta empapada en sudor. El resto del equipo se marcha corriendo al vestuario.

—Todavía estamos en la pretemporada, Ryan. —Ethan me pone la mano en el hombro como para consolarme—. Lo conseguirán, ya verás.

—Estoy harto de perder. Ni siquiera vamos a clasificarnos para los *playoffs*. Me he tirado todo el verano corriendo dos horas al día para estar en forma esta temporada. Los demás deberían estar a mi altura.

—Nunca lo estarán, por eso eres uno de los grandes. Como nuevo capitán, tienes que hacerte respetar, pero no solo por tu manera de jugar... —Retrocede y sigue al resto del equipo—. Además, tampoco quiero que tú te canses demasiado. Necesito que me lleves a la espalda y me consigas un anillo para que me pueda jubilar.

Ethan esboza una leve sonrisa antes de meterse en el vestuario.

Es un buen tipo. Un hombre muy familiar. Padre de tres hijos y veterano de la NBA desde

hace mucho tiempo. Ha sido el capitán del equipo durante los siete últimos años, hasta que pidió la dimisión para poder conciliar mejor el trabajo con la vida privada.

Así que la semana pasada me dieron a mí su título y ahora me estreno como capitán de los Devils, el equipo de la NBA de Chicago.

Sabía que algún día pasaría, pero no que sería a mis veintisiete años y antes de mi quinta temporada en la liga. Todavía tengo mucho que aprender a este nivel y ahora cargo con el peso de ser el líder del equipo, tanto en la pista como fuera de ella.

El *general manager* de los Devils estaba en contra de que me ascendieran, pero aquí las cosas no funcionan así. El equipo vota para elegir al capitán y salí yo con el respaldo unánime de mis compañeros.

Quiero hacer algo por mis chicos y que me respeten no solo por mi forma de jugar, de eso ya he tenido bastante durante toda la liga. He dedicado toda mi vida al baloncesto, he sacrificado amistades y la mayor parte de mis veinte años por este deporte, y eso se nota.

Año tras año, he batido mis propios récords para llegar a ser algo grande, no he dejado que las distracciones se interpusieran en mi camino porque mi objetivo es ser uno de los mejores jugadores de todos los tiempos.

Sin embargo, el listón está muy alto, ya que mi cancha es la misma que la del mejor jugador de todos los tiempos. Pero es que los estandartes del campeonato que cuelgan del United Center me recuerdan a los grandes que vinieron antes de mí y a los años que llevamos sin que ninguno de los nuestros destaque, cosa que solo me motiva a ser yo mismo quien lo haga.

Necesito que mis chicos se tomen este juego tan en serio como yo. Necesito que vivan, coman y respiren igual que yo si quieren tener una oportunidad esta temporada. Pero ¿cómo se lo digo sin que suene como el base mandón al que ellos han conocido? Ahora soy el líder del equipo y tengo que averiguar cómo comunicarme con ellos de una manera distinta, porque decirles: «Escuchadme, soy el mejor jugador con el que habéis compartido cancha» no funciona cuando eres el capitán del equipo.

No tengo una amistad particularmente estrecha con ninguno de mis compañeros de equipo, salvo con Ethan, así que me sorprendió que me eligieran capitán. Mi forma de jugar siempre ha hablado por mí, en la pista era dominante y conseguía salirme con la mía, pero ahora tengo otro título y no estoy seguro de cómo adaptarme a él.

—¡Casey! —llamo a uno de los nuevos cuando veo que se escabulle—. Te llamas así, ¿no? ¿Casey?

—Sí, señor Shay.

Pongo los ojos en blanco.

—Llámame Ryan o Shay, cualquier otra cosa menos eso. ¿Tienes algo que hacer? Necesito a alguien con quien practicar unos rebotes.

—Bueno, es que mi madre...

—¿Tienes planes o no?

—No, no —se apresura a decir, negando con la cabeza—. Puedo cogerle unos rebotes, señor Shay. —Abre los ojos de par en par—. ¡Ryan! Puedo cogerle unos rebotes, Ryan.

Avanza hacia la red con unas zancadas desgarradas y se detiene; lleva unos pantalones cortos de color caqui y un polo con el logotipo del equipo. No puede tener más de dieciocho o diecinueve años, pero lo han vestido como si fuera un cuarentón.

Me coloco en posición, no pienso moverme de aquí hasta que no haya lanzado cien tiros libres, pero para el tiro número setenta y seis se abre la puerta de la cancha privada.

—¡Ry! —exclama mi hermana—. El entrenamiento ha terminado hace dos horas. Me he

pasado por el apartamento para ver si estabas.

—¡Hola, Vee!

El tiro número 77 apenas roza la red cuando entra por el aro. Casey coge el rebote y la vuelve a pasar.

—Ya te has entrenado esta mañana. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Mis tiros libres.

Mi hermana melliza se mantiene a unos pasos de distancia con una mano en la cintura. No la miro directamente, pero la veo menear la cabeza de reojo, como si me diera por imposible, mientras su rizada melena se mueve de acá para allá.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta al nuevo.

—Casey.

—Yo te sustituyo, Casey. —Stevie intercepta la pelota antes de que me la pase y le roba el sitio bajo la red.

El chaval nos mira nervioso, primero a mí y luego a ella.

—¿Alguien te lleva a casa? Es tarde. —Mi hermana es un encanto; a mí, en cambio, ni se me había ocurrido pensar cómo iba a volver a casa.

—Sí, mi madre ha aparcado ahí detrás y me está esperando.

—¡Ryan! —me regaña Vee—. Su madre lo está esperando.

—¡No lo sabía! —Levanto las manos—. Perdona, tío.

Casey niega rápidamente con la cabeza.

—Ha sido un honor, señor Shay.

Lo miro con los ojos entornados.

—Quiero decir, Ryan. Ha sido un honor, Ryan Shay. Siempre lo será. —Casey se despide con un extraño gesto de la mano, antes de escabullirse por la puerta principal.

Stevie se vuelve hacia mí desde debajo de la red.

—Su madre lo estaba esperando —repite riéndose—. ¿No te parece adorable?

—Sí, adorable —contesto impertérrito, luego doy una palmada para que me pase la pelota que tiene apoyada en la cadera.

—¿Cuántos te faltan? —Me pasa la pelota directa a las manos.

He perdido la cuenta de las veces que me ha cogido rebotes en estos veintisiete años, así que lo tiene dominado.

Lanzando otro tiro, le digo:

—Veintidós. —Me la devuelve—. ¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de Zanders? ¿Estás pensando en volver a casa?

—Ja, ja —dice ella en tono seco—. Ni hablar. Estoy obsesionada con ese tío.

Dibuja una sonrisa de orgullo. Evan Zanders, que al principio me parecía un tío de mierda, pero ha resultado ser todo lo contrario. Juega al hockey profesional para Chicago, y mi hermana lo conoció el año pasado, cuando era azafata del avión de su equipo. Mantuvieron la relación en secreto hasta principios de verano, pero los últimos cuatro meses han sido una incesante manifestación pública del amor que se tienen.

Han empezado a vivir juntos, justo enfrente de mí, por suerte, así que no hay más que cruzar la calle. Debo admitir que, por mucho que me guste llevar siempre la razón, me alegro un montón de haberme equivocado con Zanders. Anima mucho a mi hermana, que está más contenta que nunca porque él la deja ser tal y como es, con toda la confianza del mundo. Es difícil odiar a un tío cuando es lo mejor que le ha pasado a tu persona favorita.

Y no voy a mentir: también se ha convertido en un buen amigo mío.

—Bueno, yo diría que él está igual de obsesionado contigo, o quizá más todavía.

—Lo sé. ¿No es maravilloso?

Meneo la cabeza con una leve sonrisa y doy otra palmada para que me pase la pelota.

No se puede negar que con mi hermana soy otra persona, soy el que era antes de la fama y el dinero. El dinero nunca se me ha subido a la cabeza, como cabría esperar de un joven que ha sido seleccionado en la primera ronda, pero sí que me ha vuelto más cauteloso y paranoico de lo que cree la mayoría de la gente. Stevie es la única persona en la que confío a ciegas y esa libertad que siento con ella me permite relajarme y ser yo mismo.

—Entonces ¿qué pasa? —El balón baja por la red, otra canasta limpia—. ¿Qué es tan urgente para que vengas hasta aquí a cogerme rebotes?

No me devuelve la pelota, sino que la abraza.

—Tengo que pedirte un favor.

Extiendo las manos esperando su pase, pero ella se niega.

—¿De qué se trata?

—Bueno, ¿te acuerdas de que me mudé?

—Sí, Vee. Estoy seguro de que no se me olvida que ahora vivo solo.

—En tu enorme y maravilloso apartamento, que se queda vacío cada vez que te vas de viaje. —Le brillan los ojos.

—¿Y bien?

—Recuerdas a mi amiga Indy, ¿no? Mi antigua compañera de trabajo.

—¿La chica que se plantó en casa y se pasó toda la noche llorando a moco tendido y que la siguiente y última vez que la vi en un bar me vomitó en los zapatos? ¡Cómo olvidarla!

—Porque había pillado a su novio de toda la vida con otra —me recuerda—. Verás, sus padres se han ido a vivir a Florida y...

—No.

—Ryan, todavía no te he pedido nada —protesta Stevie.

—Lo sé. Te estoy parando antes de que lo hagas. Sabes que me cuesta muchísimo decirte que no, por eso ni siquiera te voy a dejar que me lo preguntes. No va a mudarse a mi casa.

—Ry, no tiene adónde ir. La han ascendido en el trabajo y tendría que renunciar al puesto si no encuentra dónde quedarse. Ya sabes que ganamos muy poco.

—Tú ganas lo bastante como para pagarte un sitio donde vivir.

—Es que ella... —Mi hermana duda un momento—. Está mal de pasta y no puede permitirse vivir sola. Chicago es una ciudad cara.

—Pues que se busque una amiga a la que gorronear. Ni siquiera la conozco, solo sé que le pusieron los cuernos y que no aguanta el alcohol.

—Ryan, no seas así. Tienes un piso enorme y te pasas la mitad del tiempo viajando por trabajo. A Indy le pasa lo mismo. La temporada del hockey coincide con la del baloncesto. Apenas os veréis.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es muy distinto a cuando tú vivías conmigo. Eres mi hermana y mi mejor amiga, pero yo no quiero compartir piso con nadie. Ya sabes que para mí el tiempo que paso en casa es sagrado. Fin de la discusión. —Doy una palmada, necesito recuperar el balón para terminar mis tiros diarios.

Sin embargo, Stevie deja caer los hombros en un gesto de desilusión, antes de girar sobre los talones y dirigirse hacia la salida con mi pelota.

—Vee, ¿se puede saber qué demonios te pasa? Necesito llegar a los cien.

—Pues entonces cógete tú los rebotes. —Sigue caminando hacia la salida sin molestarse en mirar atrás.

—No puedes cabrearte conmigo por decir que no.

—Ya, solo estoy desilusionada. ¿Tanto te cuesta cuidar de alguien o de algo que no sea esa cosa naranja?

—Cuido de ti —le recuerdo, pero sigue avanzando hacia la puerta doble que da al vestíbulo y deja caer la pelota en el rincón antes de salir.

Mierda.

Por lo general, procuro que me importe tres pepinos si decepciono a la gente. Tengo las expectativas muy altas hacia mí mismo, así que me dan igual las de los demás. Pero, aparte de la mía, la única opinión que me importa es la de mi melliza.

Salgo corriendo tras ella.

—Vee —la llamo, mientras abro la puerta que da al vestíbulo. Ya casi ha llegado a la salida, pero se gira—. Dime por qué me obligas a hacer esto. ¿Tan disgustada estás? ¿Por qué es tan importante para ti?

—No te obligo a hacer nada, pero es mi amiga. Fue la primera que tuve en Chicago. Ya sabes que me costó conocer a gente porque lo único que quería todo el mundo era acercarse a ti. Pues bien, Indy sí quiso estar conmigo y, si no encuentra un piso que pueda permitirse, se marchará a Florida para vivir con sus padres. No quiero que se vaya y no se me ocurre otra forma de ayudarla. Su prometido la engañó y fue ella la que se tuvo que ir de casa. Necesita que algo le salga bien.

¿Por qué siempre tiene que tocarme la fibra sensible, joder? Si cualquier otra persona me soltara ese mismo discurso, yo ni pestañearía, pero si me lo dice Stevie, me derrito y solo quiero darle todo lo que me pida. Es mi culpa que lo haya pasado mal intentando conocer a gente y ahora me está dando la oportunidad de compensarla por aquello, aunque solo sea un poco.

—Confío en ella —continúa—. Tú también puedes fiarte.

La felicidad de mi hermana me preocupa mucho más que la mía. De hecho, he renunciado a alcanzarla, por eso digo lo siguiente:

—Que quede claro que no quiero hacerlo.

—Lo sé.

—Tiene que tener fecha de salida.

A Stevie se le contrae el labio mientras empiezan a brillarle los ojos.

—Quiero una especie de contrato de arrendamiento provisional y que pague un alquiler. No le va salir gratis.

—Por supuesto que pagará. Pero ¿podría ser algo asequible? En realidad, tú no necesitas el dinero.

Vaya, yo haciéndole un favor y ella encima viene con exigencias.

—Es provisional. No se va a quedar conmigo para siempre.

—Lo he pillado. —No puede disimular una sonrisa—. ¿Te he dicho que eres mi persona favorita del mundo entero?

—Vale, de acuerdo. —Vuelvo a la cancha—. Ven a cogerme rebotes. Aún me faltan cincuenta y tres tiros.

—¿No decías que eran veintitantos?

Sigo andando hacia la línea de tiro libre sin molestarme en volverme a mirarla.

—Parece que he perdido la cuenta mientras dejaba que mi hermana me convenciera para que

una chica cualquiera se mudara a mi piso.

La sonrisa radiante de Stevie se le nota en el tono de voz:

—Venga, cincuenta.

2

Indy

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues que no me voy a mudar a casa de tu hermano.

Stevie está tan confusa que entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

—A ver, déjame que lo piense... Porque es una locura. —Irme a vivir con el hermano de mi mejor amiga suena a argumento de una de mis novelas románticas preferidas. Por no mencionar que el hermano en cuestión es Ryan Shay, la superestrella del baloncesto, y parece recién salido de uno de mis sueños húmedos. Pero sobre todo...—. Porque me odia.

—Detesta a casi todo el mundo —argumenta ella encogiéndose de hombros, pero hay algo en el tono desenfadado con el que habla que hace que me salten las alarmas.

—Me lo estás vendiendo, ¿eh, tía?

Stevie se sienta en el sofá de la habitación mientras yo termino de prepararme el desayuno en la cocina de un solo quemador. Mi salchicha vegetariana parece una cagarruta de perro gracias a la espantosa sartén que me ha facilitado el hotel.

«Delicioso», pienso para mis adentros, aunque confío en poder aguantar un poco más aquí.

—Ya sé que Ryan es mi hermano, así que es muy probable que no sea imparcial, pero te aseguro que es genial. Puede parecer frío porque no expresa sus emociones, pero es un buen tipo. Yo te quiero y eres mi mejor amiga. Ryan y yo compartimos el mismo ADN, lo que significa que él también acabará queriéndote.

—Me encanta tu lógica, Vee.

—Pura ciencia.

Como no le honro con una respuesta, sigue hablando:

—Los dos tenéis que viajar tanto por trabajo que apenas os cruzaréis. Además, no sale con nadie, así que no tienes que preocuparte de que haya chicas entrando y saliendo del apartamento.

Levanto una ceja.

—Que no salga con nadie no significa que no tenga rollos de una noche. ¿Tú has visto lo bueno que está ese hombre?

—No quiero pensar en eso, gracias —dice con un poco de cara de asco—. Lo único que digo es que nunca se llevaba a nadie a casa y estuve viviendo allí casi un año.

A lo mejor deja los escarceos amorosos para los viajes. Muy astuto. Y, por una vez, estaría bien no tener que encontrarme otras tías en mi casa.

—Te he ofrecido que te vengas con nosotros, pero tampoco quieres. A Zee le sobran dos dormitorios —continúa.

—Vee... —suspiro—. Lo último que quiero es hacer de carabina, no me molaría una mierda tener que oírlos dale que te pego como dos conejos cada vez que lleguemos de un viaje. No pasa nada, de verdad. —Me siento en la otomana cerca de la mesa del café con el desayuno en la mano—. Mira estos pisos. —Le paso por la mesa un fajo de folletos de anuncios con la

esperanza de que mi futuro hogar esté entre ellos, pues son los únicos que me puedo permitir.

Cuanto más los hojea Stevie, más le cuesta ocultar su incredulidad.

—No, Indy. No puedes vivir en ninguno de estos sitios. Algunos me dan mala espina. Mira este. —Se pone a leer una de las descripciones—: «Hombre de cincuenta y tantos años busca compañera de piso de veintitantos».

—¡Yo tengo veintitantos y ese sitio solo cuesta quinientos pavos al mes! —Me meto en la boca un trozo de salchicha vegetariana, pero está tan chamuscada que la escupo en el plato.

—Sí, porque lo más probable es que tengas que pagarle el resto del alquiler de otra manera...

—Vale. Chungo. —Cojo esa hoja del montón, la arrugo haciendo una bola y la añado a mi plato de basura incomedible.

—Indy... —suspira mi amiga, que deja caer los papeles en su regazo—. Por favor, múdate a casa de Ryan. Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Sería incapaz de pegar ojo por las noches si supiera que estás en un cuchitril de estos. Puedes escribirme todos los días para contarme cómo te va y, si hace falta, yo puedo mantener a raya a Ryan.

Saco el móvil y decido mandarle un mensaje ahora mismo.

Yo: *Cómo me va hoy: si me obligas a vivir con tu hermano, pienso sexualizarlo siempre que pueda. Te escribiré todos los días para contarte que es el hombre más cachondo que he visto en mi vida. Te contaré día sí y día también las ganas que tengo de que me haga guarradas.*

Stevie mira su móvil y hace una mueca. Luego pestañea a toda velocidad, como si quisiera borrar la imagen de su mente.

—Me la voy a jugar y a esperar a que vayas de farol.

—Bien, esto se pone interesante.

—¡Si te fueras a vivir con Ryan, seríamos vecinas!

No puedo evitar que se me escape una sonrisa cuando pienso en que solo tendría que cruzar la calle para ver a mi antigua compañera de trabajo y a su novio. Me encanta que sigan juntos. Durante la última temporada de hockey, vi de primera mano el desarrollo de su relación. Por más que la vaya a echar de menos este año en los viajes, me alegro de que Zanders y ella ya no tengan que ocultar que están juntos. Un amor como ese no debería mantenerse nunca en secreto.

—Eso estaría genial —admito.

—¿Lo ves? Además, tu cafetería favorita está a tan solo dos manzanas de su casa y el portero de Ryan es una auténtica joya. Vas a adorarlo.

Aunque la idea de vivir en un apartamento de lujo en el centro con todas las comodidades imaginables suena a un sueño hecho realidad, me veo incapaz de decir que sí.

Supongo que en parte se debe a que sigo convenciéndome a mí misma de que volver a Chicago es una buena idea. Cada rincón, cada edificio, cada calle me recuerdan a él. Eso es lo que pasa cuando llevas toda la vida queriendo a una persona. Todos los recuerdos la incluyen.

Y ahora tengo que pasar el duelo de una versión de mi vida que ya no existe.

Después de entrar en casa y encontrarme a Alex con otra, tuve que reunir todas mis fuerzas para terminar la temporada de hockey. Pero en cuanto los Raptors ganaron la Copa Stanley, metí todas mis mierdas en una bolsa y seguí a mis padres a su nuevo hogar de jubilados, en primera línea de playa, en Florida. Pasar allí el verano me ha venido bien para el desamor, pero volver al lugar donde toda mi vida se vino abajo es como tener que empezar otra vez todo el proceso de curación desde el principio, da igual que el shock inicial fuera hace seis meses.

Después de haber vivido en este hotel durante unas pocas semanas y haber formado a dos azafatas para que trabajen a mis órdenes, sigo sin saber a ciencia cierta si he hecho bien al volver aquí.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Stevie cambia de tema.

—El primer viaje de la temporada empieza dentro de pocos días. ¿Estás preparada?

—Todo lo que se puede estar con una tripulación de novatos. Ver a los chicos del hockey quitarse la ropa en cada vuelo no será lo mismo sin ti.

Mi amiga ladea la cabeza y me lanza una de esas tiernas sonrisas tuyas.

—Una parte de mí echará de menos volar, pero sobre todo os echaré de menos a Zee y a ti cuando estéis de viaje. Por otro lado, este año no me perderé ninguno de los partidos que juegue Ryan en casa. Bueno, ¿cómo te sientes siendo la jefa de las azafatas y pudiendo darle órdenes a todo el mundo?

—Rara. Nunca pensé que estaría a cargo del avión en mi segundo año, pero me hace mucha ilusión. Y, claro, me alegro de que Tara se haya ido para siempre.

—Despedida por confraternizar —se ríe Stevie—. Qué ironía.

Existe una norma estricta de no confraternización de las azafatas con nuestros pasajeros: los Raptors, el equipo de hockey de la NHL de Chicago. El año pasado Tara, la anterior azafata principal, se empleó a fondo para restregárselo a Vee por la cara siempre que podía. De hecho, en parte acepté el ascenso para conseguir suavizar un poco esas normas. Todavía sigue estando estrictamente prohibido ligar o follar con alguien del equipo, pero ahora ya se nos permite tener una relación de amistad. Me pareció que había que cambiar las normas porque el novio de mi mejor amiga es el segundo capitán y nos vemos con demasiada frecuencia como para fingir que no somos nada.

—Tampoco me vendría mal marcharme durante unos días de Chicago —añado.

—¿Qué dices? Si has estado todo el verano en Florida. Solo llevas aquí un par de semanas.

Un largo silencio nos envuelve y bajo la vista hacia mi regazo.

—Oh, Ind. Soy idiota. Eso no tiene nada que ver con vivir con Ryan, ¿verdad? Si no quieres estar en Chicago, lo entiendo. En serio, lo entiendo. Intentaba ayudarte buscándote un piso donde vivir para que te quedaras, pero ni se me había pasado por la cabeza que a lo mejor no querías estar aquí.

—No eres idiota. Eres una buena amiga. No sé, es que esto me está afectando mucho, ¿sabes? Volver aquí sabiendo que en cualquier momento podría encontrarme con él me revuelve las tripas, pero al mismo tiempo estoy harta de que su decisión influya tanto en mi vida.

Estuve a punto de ponerme a trabajar en Florida e instalarme allí de manera definitiva, pero entonces me llamaron para decirme lo del ascenso. Alex se había llevado todo lo mío aquella noche: mi futuro, mi apartamento, mi grupo de amigos. Y no quise dejarle que se llevara esto también.

—Indy, lo entiendo —dice Stevie con dulzura—. A veces es más fácil marcharse. ¿Estás segura de que quieres quedarte en Chicago?

—Quiero sentirme mejor —digo levantando la cabeza—. A lo mejor volver adonde todo se fue al traste me obliga a hacer frente a la situación y me recupero antes.

—Bueno, si cambias de opinión y decides que Florida ahora es mejor opción, te ayudaré a hacer las maletas, pero espero que aceptes la oferta de Ryan. No te va a cobrar de alquiler más de lo que puedas permitirte. Así podrás ahorrar algo. Aunque te cueste un poco al principio, creo que las cosas mejorarán.

—¿No le habrás contado nada?

—¡Por supuesto que no! —exclama Stevie.

Echando un vistazo a mi alrededor, hago un rápido inventario de mi habitación del hotel. Una mininevera tan enana que tengo que hacer la compra del súper cada tres días porque no caben los

productos de tamaño normal. La maleta que he dejado fuera porque en el armario no hay suficientes perchas para mi exorbitante vestuario. Unas toallas tan diminutas que a duras penas me sirven para envolverme el pelo.

Echo de menos tener un cuartel general, aunque tenga que compartirlo con uno de los hombres más atractivos que he visto en mi vida. Solo lo he visto en dos ocasiones, pero nadie olvida una cara o un cuerpo así. De todas formas, si pudiera pedir un deseo ahora mismo, pediría que ambos nos olvidáramos de las veces que hemos coincidido.

—Si hubiera sabido que algún día iba a vivir con ese tío, habría intentado causarle mejor impresión.

Los ojos verdes azulados de Stevie emiten un destello cuando aprieta los labios para contener la risa. Yo esperaba que ella me quitara esa preocupación, que me dijera que el cachas de su hermano no se acordaba de mí para nada.

—No se ha olvidado, ¿verdad?

—Ni de coña.

Solo he tardado diez minutos en desalojar el hotel y otros veinte en vaciar el trastero. El camión de la mudanza estaba tan vacío que daba vergüenza. Es triste que veintisiete años de vida no puedan llenar ni la mitad de un furgón.

Todos los muebles y los electrodomésticos que compramos durante los seis años que vivimos juntos siguen estando en nuestro apartamento. Mejor dicho, en el suyo, y yo he decidido partir de cero y que eso no me importe demasiado. No noté la ausencia de mis cosas cuando fui a pasar el verano con mis padres, pero no tener casi nada es demasiado obvio ahora que estoy en el apartamento de Ryan.

Bueno, en el mío.

De todas formas, está tan vacío que me da la impresión de estar sentada en medio de un museo, por eso resulta tan evidente mi falta de cosas. Tampoco él tiene muchas.

Es un piso impecable y minimalista. Todo está decorado en blanco y negro, no hay notas de color a la vista. Bueno, aparte del montón de ropa que he dejado en el salón mientras intento organizarme. Aquí la palabra clave es «intento».

Desde que conozco a Stevie, he estado en esta casa un puñado de veces, pero nunca ha tenido este aspecto tan vacío... y solitario. A ella le gustan los colores vivos tanto como a mí. Supongo que desaparecieron cuando ella se fue.

Sin embargo, las vistas son impresionantes. El contorno de los edificios y la puesta de sol sobre el Navy Pier han acaparado toda mi atención durante la primera hora que he estado aquí.

Mi visita autoguiada me lleva a la cocina. Una cafetera individual con una sola taza colocada debajo, lista para mañana por la mañana, supongo. Platos: cuatro grandes, cuatro pequeños y cuatro cuencos, todos negros, como si no esperara que viniera nadie más a casa. No me sorprende tanto cuando abro el primer cajón: cuatro cucharas, cuatro cuchillos y cuatro tenedores; debió de comprarlos en packs pequeños.

Sé que viaja por trabajo tanto como yo, pero ¿y si quiere invitar a sus amigos? ¿Y si una noche se trae a una mujer que tenga hambre, pero no ha fregado los cacharros del día anterior?

A mí me parece poco práctico, pero algo me dice que Ryan Shay piensa que tener lo justo es precisamente lo más práctico.

De vuelta al salón, paso un dedo por la estantería con la esperanza de recoger una capa de porquería o de polvo. Algo que me indique que este tío es humano y no un robot, como sugiere el resto de su apartamento.

No hay ni una sola foto en la casa, pero sí montones de libros. Toda clase de textos motivacionales o de autoayuda que puedas imaginar ocupan los estantes y están organizados por... ¡No me lo puedo creer! ¡Por orden alfabético según apellido del autor! Este tío es un monstruo, seguro que corre maratones por diversión y se alimenta a base de barritas nutritivas en Halloween.

Cuando retiro el dedo del estante, veo que está limpiísimo. Ni una mota de polvo.

Ya odio esta casa.

Me detengo al escuchar la puerta principal.

Se suponía que Ryan iba a pasar toda la noche fuera en no sé qué fiesta guay. Creía que me daría tiempo de ordenar el desbarajuste, a colgar la ropa en el armario y a colocar bien mis libros antes de que llegara a casa. Lo tengo todo manga por hombro y eso que esperaba causarle una tercera buena impresión.

Empiezo a darles patadas a los montones de ropa para que se conviertan en uno. La idea es ocupar el menor espacio posible para que no note la bomba que ha estallado en su casa desde que he llegado.

—¿Qué coño es esto? —dice en tono seco, sin alzar la voz.

Procurando recomponerme, me aparto el pelo ralo y desgredado de la cara y dibujo mi sonrisa más encantadora. Siempre funciona.

—Hola. —Me vuelvo hacia él, hago amago de estrecharle la mano, pero el saludo se congela en el aire cuando veo al dueño de este apartamento en el umbral de la puerta.

He coincidido con Ryan dos veces. Una no llevaba camiseta y la otra fue en un bar e iba vestido de manera informal. En cambio, ahora lleva ropa hecha a medida. Dios mío, yo no puedo vivir aquí.

Es un traje negro con una raya diplomática muy sutil. De alguna manera, el color oscuro le realza los ojos de color verde azulados. La piel morena y las pecas son como las de su hermana melliza, pero puedo garantizar que nunca he mirado a Stevie como ahora mismo a su hermano. Me paso la lengua por los labios, mientras le observo el pelo de color castaño, tiene los rizos típicos de los Shay.

Su madre es blanca y tiene la piel pecosa, los ojos azules y el pelo de color cobrizo. Su padre es afroamericano, alto y de pelo oscuro y rizado. Los mellizos son una combinación del padre y la madre, pero parecen haber heredado los mismos atributos.

Hasta ahora no me había dado cuenta de lo bueno que está Ryan Shay. Puede que sea un robot, pero es el más sexy que he visto en mi vida.

—Indy —dice, sacándome del trance en el que estoy inmersa.

Cierro la boca, me cruzo de piernas y lo miro a los ojos.

—¿Hum?

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Oh —digo riéndome como una tonta—. Ya ves, estoy ordenando.

—¿Ordenando?

—Sí. —Señalo el desastroso caos en el que he convertido el suelo del salón—. Mi ropa.

—Si esta es tu versión del orden, no sé si este arreglo va a funcionar.

Me río de su chiste antes de darme cuenta de que, por desgracia, no está bromeando. Está serio.

Cuelga las llaves del pequeño anaquel que hay junto a la puerta de entrada, como el monstruo ordenado y organizado que es, y se dirige hacia su dormitorio sin dedicarme una segunda mirada.

Esta tercera impresión va a ser aún peor que las dos anteriores.

—Estaba pensando que mañana podríamos desayunar juntos —me apresuro a intervenir, antes de que se meta en su habitación y desaparezca durante toda la noche.

No se digna ni a echarme un vistazo cuando llega a la puerta de su cuarto.

—No.

—Estaría bien conocernos un poco, ¿no crees? Como vamos a vivir juntos...

—No.

—Vale, desayuno descartado. Eres un hombre ocupado. ¿Qué tal si almorzamos juntos? O quizá no comes. Los robots no lo hacen.

—¿Qué dices?

Eso por fin consigue llamarle la atención y gira la cabeza. Esos ojos del color del océano me lanzan una mirada tan agresiva que me taladra el cráneo.

Trago saliva.

—Nada, estaba de broma. —Otra risita estúpida—. ¿Un café? Me gustaría conocer un poco a la persona con la que voy a vivir. Quién sabe, igual acabamos siendo amigos.

Ryan entorna los ojos.

—Vale, nada de eso. —Extiendo las manos, como para protegerme—. Nada de amigos. Nada de comer. Nada de diversión. Lo pillo.

En su pecho vibra una carcajada y al principio me pongo contenta porque pienso que le parezco graciosa, pero luego me doy cuenta de que era una risa condescendiente.

—Vamos a dejar las cosas claras. Yo no quiero tenerte aquí. No te he pedido que vengas a vivir a mi casa y la única razón por la que estás aquí es porque eres amiga de mi melliza y porque no tiene muchas más por mi culpa. Si por mí fuera, seguiría viviendo solo. Me gusta tener mi propio espacio. Así que no, Indiana, no vamos a ser amigos. Vamos a coexistir en el mismo espacio hasta que soluciones tu situación, mientras yo cumplo con mi deber como hermano.

Cierra la puerta tras él haciendo un poco más de ruido del necesario.

¡Joder!

La tercera vez le he causado peor impresión que las dos primeras.

3

Ryan

Joder.

Apoyo la frente en la puerta cerrada y cierro los ojos. Ya me he arrepentido.

Eso ha sido mezquino. No tenía intención de ser cruel. De hecho, he estado durante todo el camino a casa intentando convencerme de que tenía que ser amable y dándole vueltas a alguna manera estúpida de darle la bienvenida.

«Bienvenida a casa». No, eso suena a que es de los dos.

«Me alegro de que estés aquí». Mentira. No me alegro nada.

«Cualquier cosa que necesites, pídemela». No me la pidas. Arréglatelas tú sola.

Todas las frases que he ensayado sonaban exactamente a eso, a ensayadas.

El plan que al final me convenció era muy simple. Pensaba decirle: «Te haré una copia de la llave», antes de dirigirme a mi habitación y poder quedarme a solas.

Pero luego la he visto ahí descalza en medio de mi salón, con una sudadera tan grande que no estoy muy convencido de que llevara algo debajo. Y tenía el pelo rubio recogido en una trenza medio deshecha que le caía por el hombro. Y sus ojos marrones eran más tiernos de lo que yo recordaba, y eso ha sido lo que más me ha cabreado.

Durante toda la noche, mis compañeros de equipo han estado dándome la brasa por la mudanza de Indy. La conocieron hará unos cinco meses, el día que me vomitó en los zapatos, pero por desgracia lo único que recuerdan de ella es que estaba buenísima.

Yo ya sabía que era guapa. No estoy ciego. Pero ni de coña recordaba al mismo bellezón que ellos. Estaba seguro de que se lo inventaban.

Pero no.

Cuando he entrado en casa, me he dado cuenta de mi error. Tenían razón: es preciosa, cosa que odio.

No me distraigo con facilidad, pero, si pudiera manifestar algo perfecto que acapare toda mi atención, diría que se parece mucho a ella.

Alguien así no puede vivir aquí. En realidad, no quiero que nadie viva aquí. Necesito mi propio espacio. Este lugar es mi único refugio de las presiones a las que estoy sometido fuera. Tengo que concentrarme para mi primera temporada como capitán y no sé cómo voy a poder hacer eso cuando mi compañera de piso parece que acaba de venir de la playa, con sus piernas bañadas por el sol, sus dorados cabellos y su ropa de colorines desparramada por el suelo de mi apartamento.

Qué putada. Necesito ir a la cancha.

A lo mejor me habría calmado un poco si hubiera tenido un momento para relajarme y me hubiera preparado para recibirla, pero esta noche no he tenido ni un solo minuto de tranquilidad. Me han estado observando todo el rato, así que he estado con los nervios de punta toda la noche.

Las miradas, como siempre, proceden de mis fans y de los periodistas, que observan cada uno de mis movimientos. Pero desde el ascenso, Ron Morgan, el *general manager*, me ha estado escudriñando con más desdén del habitual.

Le caía bien durante los tres primeros años que jugué para él, o al menos todo lo bien que puede caer un empleado cuyo sueldo supone una buena parte del presupuesto anual y que encima tiene que llevar al equipo a un campeonato, por no hablar de los *playoffs*.

Pero, en realidad, su verdadera aversión hacia mí comenzó el invierno pasado, cuando acompañé a su sobrina al estreno de una película por hacerle un favor. La chavala, que es como si fuera su hija, se había visto implicada en algún lío con la ley, ¿y qué mejor manera de limpiar su imagen que recurrir al bueno de Ryan Shay?

Fue una sola noche, un solo evento, pero el verdadero problema empezó cuando no paraba de pedirme que saliera con ella todos los días y me negué a hacerlo utilizando a mi melliza como una especie de escudo que me protegiera de la familia Morgan.

«Deberías llevar a Lesley a esa gala benéfica». No puedo. Ya he invitado a mi hermana.

«Fin de semana de Nochevieja en el lago. Todos llevan a alguien. Ve tú con mi sobrina». No puedo. Ya he dicho que viene Stevie conmigo.

«Lesley está ya prendada de ti. Deberías invitarla a la cena del equipo del viernes». Vaya, imposible. Ojalá pudiera, pero a Vee le hace muchísima ilusión y no puedo dejarla plantada.

Utilizarla como a una especie de pareja funcionó bien todo el año, pero luego no se le ocurrió otra cosa que enamorarse. Y no de un tío cualquiera, sino de alguien que es equivalente a mí, porque ha logrado hacerse con un nombre igual de grande que el mío en el panorama deportivo de Chicago. Sin su ayuda, quedó claro que la verdadera razón por la que no podía seguir viendo a un miembro de la familia de Ron era porque no me daba la gana, y ahí fue cuando su indiferencia se convirtió en un desprecio flagrante.

Esa aversión se vio agravada al final de la temporada, cuando Ethan dimitió y el equipo me nombró capitán, a pesar de que el *general manager* expresara su desacuerdo. Pero es que yo no tengo citas, no salgo con nadie desde la época de la facultad, y no voy a cambiar solo para contentar al hombre que me firma la nómina, menos si se trata de quedar con una mujer que no me interesa lo más mínimo.

Cabría pensar que Ron apreciaría mi ambición. Mi único objetivo es que Chicago gane el primer campeonato desde hace décadas y, además, para rematarlo, llevarme yo el MVP, es decir, el trofeo al mejor jugador. Eso significa: nada de mujeres, pocos amigos y no perder de vista el premio que me espera. No dejar que nadie se aproveche de mi nombre o de quien llegue a ser en el mundo del baloncesto.

Ya ocurrió antes y no pienso volver a cometer el mismo error.

Necesito desconectar lanzando unos tiros libres. Despejarme la cabeza del follón de la noche y olvidarme del desastre en el que se ha convertido mi apartamento mientras yo estaba fuera.

Me quito la chaqueta del traje, la cuelgo en el armario, en su sitio, entre la chaqueta negra y la gris. Me desprendo del reloj, que guardo con sumo cuidado en el cajón de la mesilla, dentro del estuche aterciopelado, donde siempre lo meto cada vez que me lo quito.

Unos cuantos tiros libres me relajarán ahora que mi casa parece que me provoca el efecto contrario. Pero, antes de quitarme el pantalón y ponerme el de gimnasia, un leve gimoteo procedente del salón me frena.

Tiene que ser una broma.

¿Por qué coño dejaría yo que viniera esta chica a vivir aquí? Ah, sí, por Stevie. Tengo que aprender a decirle que no, porque no he hecho nada para merecerme una rubia plañidera en mi sala de estar.

La voy a ignorar. Si salgo a ver qué le pasa, le dará más apuro que si no hago nada. ¿Tan cruel he sido que la he llevado al borde de las lágrimas? A esta chica solo la he visto llorar o beber

hasta perder el conocimiento, así que no me extraña que le haya dado otra vez por el lado sentimental.

Otro gemido y otro llanto ahogado atraviesan la puerta cerrada de mi cuarto y me golpean el pecho.

«No le debes nada».

«Ignórala», me repito una y otra vez.

No puedo. Ojalá ser de esa clase de tíos, pero no lo soy.

Inspiro hondo y abro la puerta del dormitorio para ver qué le pasa a mi nueva compañera de piso.

Está sentada en mi sofá, con las piernas encogidas, las rodillas encajadas en el pecho y la cara escondida en los brazos cruzados. No sé qué coño decirle para que se calme. ¿Cómo se supone que debo tratarla para que se tranquilice? Ni siquiera la conozco.

«Di algo bonito, algo reconfortante».

—Sí que eres sensible.

Levanta la cabeza de entre los brazos y veo que tiene los ojos castaños rojos e hinchados.

—Gracias por la observación, Ryan. Eres muy perspicaz.

Vale, está claro que no debería haberle dicho eso.

—¿Por qué?

La chica frunce el ceño.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué eres tan sensible?

—¿Y tú por qué eres tan frío?

Cambio de táctica, no parece que me vaya a contestar.

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Ríe condescendiente—. ¿Preguntas por lo que me pasa? —Alza la voz al mismo tiempo que se levanta del sofá. Recorro con la mirada sus piernas kilométricas y no puedo evitar imaginármelas enroscadas alrededor de mi cintura.

«No es buen momento para pensar en eso, joder».

Es alta, para ser una chica, y ahora mismo también me resulta un poco intimidante.

—Lo que me pasa es que mi vida se ha convertido en una puta mierda, ¿vale? Perdón por no controlar mis emociones ¡porque el gilipollas de mi novio, con el que llevaba viviendo seis años, me engañó con una pava de la oficina! Y encima fui yo la que me quedé sin casa. Y no puedo permitirme vivir sola en esta ciudad, y aquí estoy, en el apartamento del hermano de mi mejor amiga, ¡que tampoco quiere que me quede aquí! ¿Crees que es esto lo que quiero? ¡Pues no! Quiero recuperar la vida que tenía antes.

Me quedo apoyado en el marco de la puerta de mi dormitorio, observando su pequeño ataque de ansiedad.

Bueno, puede que «pequeño» no sea la palabra apropiada.

—¿Qué narices estoy haciendo aquí? —se pregunta a sí misma en voz baja.

Clava la mirada en mí, como esperando a que le responda, pero no tengo ni idea de lo que se hace con alguien tan sensible. Me resulta aterradora.

—Tienes razón —dice—. Soy muy sensible, pero ¡por lo menos no soy un puto robot! —Se acerca hacia mí—. Al menos yo tengo emociones. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste algo?

—Bueno, ahora mismo siento que me estoy divirtiendo.

—¿Qué pasa contigo, tío? —escupe—. Eres un monstruo. Y haz el favor de reorganizar tu maldita estantería de libros. ¿Pones los autores por apellidos? Estás enfermo.

Intento disimular la sonrisa, pero se me nota en la comisura.

—¡No te rías de mí!

Niego con la cabeza.

—No me estoy riendo.

La veo respirar hondo mientras se pasa las manos por la sudadera, que es unas cinco tallas más grande de lo que necesita.

—Voy a marcharme de aquí. No nos conocemos y tienes razón. No me has pedido que venga a vivir a tu casa y tampoco te apetece nada que lo haga. Mañana por la noche salgo de viaje por trabajo, pero dentro de unos días volveré y recogeré mis cosas. Me voy de Chicago.

—No, no te vas.

—¿Perdona?

—No te vas a mudar de casa. Ya te he hecho una copia de la llave, Indiana.

Cierro la puerta de la habitación detrás de mí, por fin he dicho lo que había ensayado.

Tiene razón, la verdad es que no quiero que se quede aquí. Pero se equivoca en una cosa: no soy un monstruo. Lo está pasando fatal, me ha tocado mi punto débil y no puedo ponerla de patitas en la calle. No soy de esa clase de tíos, aunque en este momento me encantaría serlo.

Oigo un golpe seco al otro lado de la puerta. Tal vez un zapato.

—¡No me llamo Indiana!

Sí, la verdad es que ahora mismo me encantaría ser de esa clase de tíos.

Me levanto antes de que suene el despertador y, cuando llego a la puerta en calzoncillos, caigo en la cuenta de que ahora ya no puedo andar desnudo por la casa.

Después de ponerme unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta vieja, salgo al salón. Indy ha recogido sus cosas, pero me da la sensación de que el apartamento es distinto, hace un par de días no era así.

Llevo mucho tiempo viviendo solo. Los nueve meses que pasó aquí Stevie fueron un alivio para la soledad, pero en cuanto se mudó, el silencio se instaló de nuevo. Me gusta estar solo, bueno, me encanta. Pero hay algo diferente en el ambiente esta mañana. Que haya alguien aquí no es lo peor que me ha pasado. No es tan malo como había supuesto.

La puerta que hay al otro lado del salón está entornada. Por ella se cuela un haz de luz amarillento y el sol matutino rebota en las paredes, cosa que hace que me piquen los ojos. Ya no hay ni cortinas ni estores en esa habitación. Stevie tenía puestos unos visillos horrorosos, pero desde que se fue, el cuarto está cerrado, igual que antes de que viniera.

Pero Indy tiene tal cantidad de libros y ropa tirados por el suelo que la puerta se ha quedado atascada.

En este tercer encuentro he aprendido otra cosa sobre ella. No solo es sensible y no aguanta el alcohol, sino que además es desordenada. Muy desordenada.

También le gustan los colores, me recuerdo a mí mismo. Salta a la vista en mi apartamento, donde es todo blanco y negro. La ropa que asoma por la puerta es de tonos violetas y con estampados de flores, pero lo que más destaca junto al marco es un zapato de tacón rosa que sobresale entre las telas de colorinchis.

A lo mejor es con el que me hizo el rasguño de la puerta.

4

Indy

—Tiene que ser una broma. —Entierro la cara en la almohada para intentar protegerme los ojos del deslumbrante sol matutino que entra por la ventana de mi dormitorio—. ¿Por qué no hay cortinas?

El sol arremete contra las paredes amarillas de mi nueva habitación. Tengo que preguntarle a Stevie por qué narices pintó este cuarto de un color tan mañanero y odioso, porque me juego el cuello a que no es cosa de Don Blanco y Negro.

No sé qué hora será. No he puesto nada en la nueva habitación, ni siquiera el despertador, y a saber dónde estará el móvil. Pero por la luz tan radiante que se cuela por las ventanas, diría que es demasiado temprano para despertarse.

Hoy tengo vuelo nocturno, el primero de la temporada, y necesito dormir. De todas formas, no es que yo sea muy madrugadora, sobre todo cuando me toca volar toda la noche.

He dormido como el culo. En el suelo, con una sola almohada y dos mantas. Todavía no tengo ni cama ni colchón y soy tan cabezota que me he negado a ocupar el sofá de Ryan después del fiasco de anoche.

Necesito comprar varias cosas. Se me hace raro volver a empezar de nuevo, pero no quiero para nada ni el colchón ni las sábanas donde encontré a Alex con la otra.

Solo de pensar en su nombre hace que me vuelva a doler el pecho. Es una sensación a la que le gusta esconderse por momentos, hasta que un simple recordatorio acarrea consigo un tsunami de sufrimiento.

Escarbando en la mochila, encuentro el móvil y entorno los ojos para que no me ciegue el brillo de la pantalla.

Yo: *Cómo me va hoy: ¿por qué narices esta habitación está pintada de color pollito? Ojalá tuviera aquí tu cama. Zanders es rico, puede permitirse comprar otra para el cuarto de invitados. Ah, y tu hermano es un capullo.*

Stevie: *Bueno, así se te quitan las ganas de tirártelo.*

Yo: *¿Cuándo he dicho eso? Leo novelas románticas. Me ponen los gilipollas.*

Como no contesta, me pregunto cuántos mensajes necesitaré para bloquearme.

Escondo la cabeza y me tapo los ojos con la almohada. Espero poder dormir un par de horas más, pero en cuanto huelo el café recién hecho, me despejo del todo. Ya de por sí ese aroma es tentador, pero si a eso se une el olor a beicon crujiente... Me levanto de un salto y paso por encima del revoltijo de ropa para ir a la cocina. Que no como esas cosas, pero reconozco que huele de maravilla.

—Buenos días —dice Ryan sin volverse, mirando hacia la encimera.

—Sí que lo son —farfullo, tomando asiento en la isla de la cocina.

Lleva unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta. Parece tan vieja y desgastada que me jugaría el cuello a que le ha cortado las mangas porque estaban llenas de agujeros, lo cual resulta sorprendente en alguien tan pulcro como él. En cualquier caso, no me puedo quejar. Cuando veo esa impecable musculatura y esos glúteos protuberantes, me pongo a fantasear con

la cantidad de cosas que podrán hacer esas piernas tan robustas.

¡Dios, qué bueno está!

Cuando por fin se vuelve hacia mí, me pilla admirándolo, pero luego los ojos se le van a las tetas. Tal vez debería haberme puesto ropa interior. Gracias a mi fina camiseta de tirantes, no soy la única que le da los buenos días a mi nuevo compañero de piso.

—¿No somos de sujetador?

—¿Somos? A mí personalmente no me gusta ponérmelo con el pijama, pero tú puedes hacer lo que te dé la gana. —Levanto las manos como rindiéndome—. En fin, cada uno es libre de opinar como quiera.

Me lanza una mirada que me dice que no está nada impresionado por mis palabras. Luego me coloca delante de la mesa una taza de café solo humeante y un plato repleto de huevos revueltos, beicon y una tostada de pan de trigo.

Alzo la mirada y me topo con la suya. Me clava esos ojos verdes azulados como esperando a que diga algo, pero me veo incapaz de hablar. Le ha desaparecido el aire de frustración que tenía anoche y ahora parece más amable, más tierno.

—Querías que desayunáramos juntos, ¿no? —me recuerda, señalando el plato con la cabeza.

Se acordaba. Yo, en cambio, lo olvidé todo después del ataque de ansiedad. Me imaginaba que me iba a recibir con una notificación de desalojo, no con un desayuno casero.

Es una rama de olivo, el símbolo de la paz. Pero, aunque se comportó como un verdadero imbécil, fui yo la que le tiré un zapato a la puerta, así que no sé si él es el único que debería disculparse.

—¿Eran los de color rosa chillón? —me pregunta cuando me pilla distraída mirando a su dormitorio.

—¿Hmm?

—El zapato que lanzaste a mi puerta. ¿Eran los rosas de tacón? —Señala al batiburrillo que se ve en mi cuarto.

Supongo que debería estar avergonzada, pero no lo estoy.

—Puede. Son mis zapatos de «no aguanto gilipolleces».

Levanta la comisura de los labios para esbozar una leve sonrisa, pero no tengo esperanza de que sonría porque le haya hecho gracia. Me he dado cuenta enseguida de que a Ryan Shay no le parezco ni graciosa ni encantadora.

Me saca un tenedor. Sigue de pie al otro lado de la isla, pero, antes de ponerse a desayunar, frigia las dos sartenes que ha usado, las seca y las coloca en su sitio.

—Siento lo de anoche —me disculpo por fin con la boca llena—. Limpiaré el rasponazo de la puerta.

No contesta, sino que se concentra en su plato mientras empieza a desayunar.

—¿No te gusta el beicon? —dice, señalando el mío con el tenedor.

—Soy vegetariana.

Me lanza una mirada aterrorizada, pesca mi beicon y se lo mete en la boca, con esos labios deliciosos y carnosos.

—¿Y tampoco tomas café?

—Me encanta el café, pero no suelo tomarlo caliente. Estoy esperando a que se enfríe un poco para echarle hielo. Y leche en polvo. Mucha leche en polvo.

Frunce el entrecejo. Seguro que se está preguntando cómo ha acabado con la compañera de piso más complicada del mundo.

—¿Solo bebes café helado? ¿Y en invierno?

—Aunque estemos a veinte bajo cero, tomo café helado y me pongo guantes para coger la taza.

—¿Eres una de esas chicas Starbucks? Qué básica, ¿no, Indiana?

Entorno los ojos al oír el mote.

—¿No has oído nunca la frase «ella no es como las demás»?

Asiente levemente con la cabeza.

—Pues bien, no es mi caso. Soy igual que cualquier otra tía. Igual de básica. Tuve mi fase de botas Ugg y todo. Y una etapa de vaqueros pitillos. Me gustan las novelas románticas e incluso hago fotos artísticas de la comida cada vez que voy a un restaurante.

Veo que se le levanta un poquito el pecho y, para mis adentros, me doy una palmadita en la espalda por haber arrancado algo parecido a una risa de Ryan Shay.

Terminamos de desayunar en silencio. No levanta la vista para mirarme, pero yo no puedo evitar observarlo mientras come. Es un hombre guapísimo, la verdad. Mandíbula cuadrada con un poco de vello desaliñado. Labios llenos que imagino muy suaves al tacto. Ojos claros y luminosos. Seductor sin pretender serlo. No es el más simpático ni el más amable del mundo, pero no deja de ser atractivo. Lo más raro de todo es que no parece darse cuenta.

—¿Qué? —me pregunta sin levantar la vista.

No me da vergüenza que me haya pillado con las manos en la masa, así que sigo concentrada en él.

—¿Tienes amigos?

—Sí.

—En la cocina no hay casi nada. ¿Y si vienen una noche a cenar? No tienes platos ni cubiertos suficientes.

—No quedo aquí con mis amigos.

—¿Dónde los ves?

—Entrenando o jugando.

—Entonces, te refieres a tus compañeros de equipo.

—Trabajo demasiado como para no considerarlos mis amigos. Stevie también es mi amiga.

—Tu hermana melliza.

—Y Zanders.

—Tu posible futuro cuñado.

—¿Adónde quieres ir a parar, Indy? —dice un tanto exasperado.

Me encojo de hombros.

—A ninguna parte. Solo intentaba conocerte. ¿Cuál es tu color favorito?

—El negro.

—Yo creía que a los robots les gustaba más el plateado.

Me obsequia con una falsa sonrisa.

—Muy graciosa.

—¿Por qué no tienes un perro o alguna mascota que te haga compañía? Te sentirás solo viviendo aquí sin nadie.

—Soy alérgico a los perros. Y no me siento solo.

—Ah, es verdad, se me olvidaba... Sí que tuviste que cabrear al de arriba para que te hiciera alérgico a los perros, ¿no? Pero ¿qué me dices de un gato? Algo a lo que cuidar.

—No necesito nada ni nadie a quien cuidar, no necesito compañía. Me gusta estar solo.

—Pues a mí me encantan las flores. Podría comprarte alguna. O una planta. Quizás eso te haga sentir más masculino. Algo que encaje mejor con esa personalidad amargada y fría.

—Y tú eres un poquito atrevida para haber llegado ayer y no haber firmado todavía un contrato de alquiler. Además, haces demasiadas preguntas, guapa.

—¿Te parezco guapa?

—¿No has oído más que la última palabra y te has saltado el resto? —Levanta una ceja, imperturbable.

—Solo intentaba conocerte un poco.

Me mira un momento, como estudiándome.

—Bien. Ahora es mi turno.

Me enderezo en el asiento.

—¡Ah, qué divertido! Dispara.

—Háblame de tu ex y dime por qué no tienes una casa donde vivir.

Vaya, hombre. Parece que la cosa va en serio, joder.

—¿Mi color favorito? Me alegro de que me lo preguntes. El lavanda.

—Eso no es lo que he dicho.

Resignada, suelto un suspiro y hablo:

—Ya sabes que soy un desastre. ¿Estás seguro de que quieres conocer los detalles?

—Sí.

Me sostiene la mirada, sin pestañear. Empiezo a darme cuenta de que esa sinceridad puede ser algo no negociable si quiero que me deje vivir aquí, así que se lo cuento:

—Mi ex y yo llevábamos mucho tiempo saliendo y viviendo juntos y todo terminó hace unos seis meses cuando llegué antes del trabajo y me lo encontré en la cama con otra.

A Ryan le tiembla la mandíbula, como si estuviera apretando los dientes.

—Eso más o menos ya me lo sé. ¿Cuánto es «mucho tiempo»?

—Seis años.

Abre los ojos como platos.

—¿Tanto tiempo?

—Pues sí, pero nos conocemos de toda la vida.

—¿Seis años y todavía no estabais casados ni comprometidos?

—Estábamos en ello. Él tenía el anillo. Yo esperaba a que estuviera dispuesto a dar el siguiente paso.

Sigo cabizbaja mirando a mi plato porque esto es humillante. Me encantaba nuestra historia de amor: amigos de la infancia que se casan. Tenía muchas ganas de enseñar nuestras fotos de la guardería el día de la boda.

Ahora, en cambio, es un recuerdo que me mortifica. Hacía veintidós años que nos conocíamos, llevábamos seis viviendo juntos y, sin embargo, no fui capaz de convencerlo de que se casara conmigo. Ni siquiera conseguí que me fuera fiel.

—No deberías rogarle a nadie que esté preparado para un futuro juntos —dice con más ternura de la esperada.

—Aparte de la decoración de tu apartamento, no todo en la vida es blanco o negro, Ryan.

—Cuando se trata del amor, sí. O quieres estar con alguien o no. Seis años de convivencia y toda una vida de recuerdos es tiempo más que suficiente para saberlo. Ha estado dándote largas. Y tú tienes que seguir adelante.

—Madre mía, qué duro suena eso. Ya lo intento.

—No, en realidad no. No del todo al menos. Anoche estabas llorando por él. Puedes decir que soy un burro y que te dije cosas mezquinas, pero fue por él. Estás viviendo aquí por su culpa y eso te duele. No te quería. Lo demostró esperando seis años para proponerte el matrimonio y,

cuando decidió follarse a otra en tu cama, fue como si lo proclamara a los cuatro vientos. De modo que sí, Indiana, es blanco o negro. Tienes que seguir adelante. No se merece una mierda de ti, ni siquiera tus lágrimas.

Aunque ignoro cómo me llama, me pongo hecha una furia.

—Podrías decirlo con más tacto, compi. No tienes ni idea de lo que es que te dejen sin futuro y te obliguen a empezar de nuevo.

Traga saliva y me mira fijamente.

—Créeme, lo sé mejor que nadie.

Mierda. Diría que he tocado una fibra sensible, a juzgar por la expresión de vulnerabilidad que dibuja esa cara tan guapa que resulta irritante.

Suavizo el tono.

—No me llamo Indiana, ¿sabes? Así que ese mote no viene nada a cuento. Aparte de que es más largo.

—¿Ese es tu verdadero nombre?

—Índigo, en realidad. Pero prefiero Indy.

—¿Como el color?

—Sí. Mis padres estaban en una etapa interesante cuando nací. Como no tenían más hijos, me pusieron «Índigo».

—Así que te llamas azul, ¿no? —Ahora sí que se carcajea de verdad y es la primera vez que lo oigo hacerlo. Aunque se esté riendo de mí y no conmigo, me gusta cómo suena.

—Me llamo Indy —le recuerdo—. ¿Puedes dejar de llamarme Indiana, que es un mote sin sentido?

Esboza una sonrisa amplia y perfecta. Tiene hasta hoyuelos el muy hijo de puta con suerte.

—Claro que sí. Dejaré de utilizar ese apodo y te llamaré Blue.

—No, ni hablar. Es Indy a secas.

Me coge la taza de café, que ya está a temperatura ambiente, y vierte un poco en el fregadero antes de volverse hacia la nevera y ponerle hielo. Saca un brik de leche pequeño del frigorífico y deja las dos cosas delante de mí.

—No tengo en polvo, espero que te valga esta. No serás también intolerante a la lactosa, ¿verdad?

Le entra una especie de tic nervioso en los ojos cuando me mira, como si no pudiera soportar más cosas que no pueda comer o beber.

—Me vale con la leche. Gracias.

—Hablemos del contrato.

—¿Todavía quieres que viva aquí, después de haberte tirado un zapato a la puerta y de haberte contado el colosal montón de mierda en que se ha convertido mi vida?

—No sé si utilizaría la palabra «querer», pero al fin y al cabo se trata de algo temporal. Hasta que te recuperes.

«Temporal». Llevo toda la vida siéndolo. Quiero estabilidad y un futuro, pero en realidad me parece perfecto que esta situación sea solo temporal. Ryan sería incapaz de aguantarme mucho tiempo. Lo sé a ciencia cierta.

—Vale, hablemos del contrato.

Coge los platos vacíos y se pone a fregarlos.

—¿Cuánto te puedes permitir pagar de alquiler?

No me suelo avergonzar con demasiada frecuencia, pero dos de mis momentos más embarazosos los he vivido con este tío, así que podemos añadir uno más a la lista. ¿Cómo se

supone que debo contarle cuánto dinero gano a uno de los hombres más atractivos que he conocido en mi vida? Basta con echar un vistazo a su apartamento para saber que nunca le ha preocupado el dinero, al menos desde que lo ficharon en Chicago. Su casa es magnífica y con lo que gano yo no me llega ni para alquilar el armario de la ropa blanca.

Bajando la mirada, pregunto:

—¿Mi presupuesto máximo o lo que me puedo permitir mientras sigo comiendo y echándole gasolina al coche?

—¿Cuánto podrías pagar al mes de modo que te quedara para ahorrar para tu propia casa y sentirte cómoda con el resto de los gastos? —Ryan coloca los platos y los tenedores en el escurridor, junto al fregadero.

—¿Mil? —pregunto, más que afirmo. Sería demasiado porque solo he tenido siete meses para ahorrar, pero podría comer ramen y sobrevivir.

Levanta una ceja a modo de interrogación.

—Mi hermana me dijo que no ibas bien de pasta. Por mil pavos podrías encontrar cualquier otro sitio en el que vivir. Estás aquí para ahorrar.

Catorce mil dólares. Tengo siete meses para ahorrarlos, eso si todo va como la seda.

Yo sabía que los tratamientos de fertilidad eran caros. Pero lo que no había planeado es que, con veintisiete años, tendría que pagar de mi bolsillo la congelación de mis óvulos después de que el amor de mi vida y el que yo creía que iba a ser el padre de mis hijos decidiera acostarse con otra.

Mi médico me advirtió de que deberíamos haber empezado a intentarlo hace años, pero Alex no estaba preparado. No lo culpo porque yo tampoco lo estaba, pero él se escaqueaba cada vez que le decía que quería empezar a intentarlo cuanto antes. Por eso no congelé los óvulos antes, mientras aún me cubría el seguro de mis padres. No, tuvo que esperar un año a que me sacaran de la póliza para meterle la polla a otra.

Disminución de la reserva ovárica: qué modo tan formal de decir que mis ovarios envejecen más deprisa que el resto del cuerpo.

Tiene veintitantos, pero mis óvulos están a punto de jubilarse gracias a los genes que he heredado de mi madre. Si quiero conservar la opción de tener hijos biológicos algún día, tengo que hacer algo para ayer, por eso mi plan es ahorrar, ahorrar y ahorrar hasta el verano que viene, cuando acabe la temporada de hockey.

Ryan saca un bloc de notas y un bolígrafo de un cajón. Me imaginaba que sería el típico cajón de sastre, pero el tío tiene los bolis alineados y cada cosita colocada en su sitio. Qué psicópata.

En la parte superior de la página, escribe: «Contrato de alquiler temporal de Blue».

Subraya dos veces «temporal».

No sé qué me molesta más: que me recuerde de una forma tan descarada que no me quiere en su casa o el mote que me ha puesto durante el desayuno.

Escribe el primer punto: «Renta».

—¿Qué te parece si pongo quinientos pavos al mes? —Se apoya en los antebrazos mientras juguetea con el boli.

Hago todo lo posible por no quedarme mirando las protuberantes venas que le recorren los brazos musculosos mientras considero su oferta, pero seguro que está distraído.

¿Quinientos pavos al mes? Eso es muy poco. No le llega ni para cubrir los gastos extra que voy a generar.

A lo mejor sí quiere que me quede aquí y esa es la manera que tiene de decírmelo. Me puedo permitir quinientos pavos al mes.

—Pero... —continúa, mientras sigo dándole vueltas al posible significado oculto de sus palabras—. Solo si reservas otros quinientos al mes y los ingresas en una cuenta de ahorros para luego pagarte tu propio piso.

Vaya por Dios. Me va a cobrar casi nada para que me vaya de la casa cuanto antes. De todas maneras, es una oferta generosa y tampoco voy a inmolarle. Si quiere pagarme el futuro, yo encantada. Lo que no sabe es que mis ahorros irán destinados a otra cosa muy distinta.

—Trato hecho.

Se le iluminan los ojos y le salen unas arruguillas en las comisuras, pero no llega a sonreír del todo.

—¿No vas a discutirlo? ¿No vas a ofrecerte a pagar más?

—Qué va. —Me encojo de hombros—. Creo que puedes permitirte darme un hogar sin problemas, Ryan Shay.

Se centra de nuevo en la libreta y se le levanta la comisura de los labios cuando, al lado de Renta, anota: «500 dólares + 500 dólares en ahorros».

Otro punto: «Normas».

Allá vamos.

—Déjame adivinar. No se permite hacer ruido a partir de las ocho y media de la tarde y, antes de cada partido que jugáis en casa, haces sacrificio humano del que nadie se debe enterar.

—Qué mona.

Apoyo la barbilla en la palma de la mano con una sonrisa.

—Como sigas diciendo esas cosas, Shay, se me va a subir a la cabeza.

—Nada de invitados —dice, mientras lo escribe.

—¿No puedo traer amigos?

—Stevie sí puede venir.

Suelto una risilla de incredulidad.

—Y Zanders —añade, como si estuviera dándome más opciones—. Algunos de mis compañeros de equipo también.

Levanto las cejas emocionada.

—¿Un apartamento lleno de jugadores de la NBA? Me apunto.

—No son para ti.

—Eres un aguafiestas.

—No quiero extraños aquí —continúa—. Así que nada de invitados que se queden a pasar la noche.

—Sí que eres aguafiestas. ¿Ya te has puesto celoso, Ryan? Solo llevamos doce horas viviendo juntos y no puedes soportar verme con otro hombre. ¿Es eso?

Me apunta con el dedo índice y lo gira.

—¿Eso te funciona? ¿Vas así por la vida?

—¿Te refieres a mi encanto? Tengo veintisiete años, nene.

Los labios vuelven a levantársele. Vaya, esto es lo más adictivo que he visto en mi vida.

—No estoy impidiéndote que folles. Haz lo que quieras —dice, cosa que no me sienta bien. Me gusta la idea de que sea un compañero de piso muy posesivo que no soporte ver a otro hombre cerca de mí porque me quiere para él—. Pero no lo hagas aquí, así de simple —continúa—. No quiero extraños en casa. Aunque suene a fanfarronada, no puedo ir a ninguna parte sin que me reconozcan. Mi apartamento es el único sitio en el que estoy a salvo, donde tengo mi privacidad, y no estoy dispuesto a perder eso. Así que nada de invitados. Eso no es negociable.

—Lo pilló —le digo—. Trabajo con un equipo de hockey profesional, ¿recuerdas? Entiendo lo

que es ser el centro de atención.

—No, no lo entiendes. Esto es diferente. Es algo mucho más extremo de lo que los tíos de los Raptors hayan podido vivir.

Se hace el silencio por un momento. Suelo cotillear a los tíos por internet, pero no he buscado nada de Ryan Shay, aunque quizá debería haberlo hecho. Parece que se calla muchas cosas para no parecer la típica estrella del deporte engreída y ahora me arrepiento de no haber sabido leer entre líneas.

Cuando lo conocí hace seis meses, tuve que aguantarme las ganas de buscarlo en internet. Era sin lugar a duda el hombre más atractivo que habían visto mis ojos, pero aún había más: yo no le gustaba. Y eso me molestó más de lo que estoy dispuesta a admitir. No quería saber nada de él porque él no quería saber nada de mí.

—Nada de invitados —accedo.

—¿Me lo prometes?

Al parecer, le importa muchísimo eso de admitir extraños en su casa. No me había dado cuenta. Me había tomado esa forma de vivir muy a la ligera, cuando en realidad era de suma importancia para él.

Me enderezo en el asiento con la esperanza de que pueda ver lo en serio que hablo ahora.

—Lo prometo.

Suelta el aire cuando, al lado de «Normas», escribe: «Nada de invitados». A continuación, pone: «Nada de amigos. Nada de comer. Nada de diversión», refiriéndose a lo que le dije durante mi espantosa tercera impresión.

¡Maldita sea! ¡Ryan Shay tiene sentido del humor!

—¿Y qué hay de tus invitados? —pregunto, antes de que nos desviemos demasiado del tema —. ¿Dónde los entretienes tú?

Levanta la cabeza. Me recorre con la mirada la cara, baja por el cuello y se detiene un poco más en el pecho. Se muerde el labio y los pezones se me ponen duros de que les presten atención hasta el punto de oprimir la fina camiseta de tirantes.

Sonríe al verlos y, joder, es maravilloso.

—¿Qué me estás preguntando? —dice con la voz ronca.

Trago saliva y me cruzo de piernas para mitigar la repentina palpitación que me provoca su sonrisa, es capaz de derretir las bragas.

—Te estoy preguntando... —titubeo, como si la idea de saber dónde folla Ryan Shay no tuviera nada que ver con el dolor que siento entre las piernas. Me aclaro la garganta y empiezo de nuevo—: Quería saber...

Se inclina para acercarse a mí por encima de la isla y me taladra con la mirada.

—¿Estás preguntándome dónde follo, Blue?

No. Esto no va a pasar. No va a ser él quien tenga el control. Soy yo quien va a hacer que se sienta incómodo con lo extrovertida que soy. No me va a venir con su obsesión por el orden y esa voz tan seductora a preguntarme si tengo curiosidad por su vida sexual. Sí, Dios, muchísima, pero no.

—Pues no —le contesto—. No es algo que me interese demasiado.

—¿Estás segura? —dice señalándome los pechos con la cabeza.

Mis pezones sí que quieren saber dónde folla Ryan Shay, desde luego. Están a punto de reventarme la camiseta de tirantes para intentar averiguarlo. Son como dos caritas risueñas que parecen estar gritándole a mi compañero de piso dónde coño folla si no es aquí.

Resoplo y me los froto con las palmas para mantenerlos a raya.

—¿Qué narices te pasa, Ryan? No sé por qué eres tan tímido cuando sale el tema de las chicas.

—No soy tímido. —Se endereza—. No quiero que nadie pase aquí la noche, así de simple. Creo que eso es lo único que necesitas saber.

Bueno, pues vale. Límite establecido con éxito.

Añade un punto en la lista que parece ser el último: «Firma». Me pasa por encima de la isla la libreta y luego el bolígrafo.

—¿Eso es todo? —pregunto con escepticismo—. ¿Te pago quinientos dólares al mes y no traigo invitados?

—Además, procura no hacer ruido cuando llegues tarde a casa después de algún viaje y yo haré lo mismo. Ah, y sé amable con el portero. Así puede que salgamos airosos de la situación.

Levanto una ceja.

—Me estás pidiendo demasiado.

Me centro en el papel que tengo delante y decido firmar antes de que añada más normas que me resulte imposible cumplir. De momento, me parece que estas las tengo dominadas, así que me gustaría que siguiera siendo así.

Arranca la hoja y la pega en la nevera con un imán para que podamos verla los dos. Todos los días. Mientras viva aquí.

—Te veré cuando regreses del viaje. —Se lleva un café recién hecho a su habitación.

—Espera, ¿ya te vas? Solo ha sido media hora. No tienes por qué esconderte.

—No me escondo. Estoy bien.

—Podría... ¡Podría hacer la comida para los dos! —sugiero a toda velocidad y me sale una voz patética. Parezco desesperada.

—Tengo entrenamiento.

—Ah, vale.

Se detiene en el umbral de la puerta de su cuarto, se gira sobre los talones y me mira de arriba abajo mientras sigo sentada en el taburete, desesperada por que alguien me haga caso. ¿Se dará cuenta de cuánto dependo de la compañía de alguien o creerá que lo que quiero es que él me dedique tiempo? Porque no es eso. Lo único que quiero es no quedarme sola.

Vuelve a sonreír, pero esta vez no se está burlando de mí. Me compadece.

Y, por tercera vez desde que conozco a Ryan Shay, se esconde en su habitación, lejos de mí.

5

Indy

—Indy, solo te estoy diciendo que, si necesitas un sitio donde sobar, mi cama está disponible.
—Rio, un defensa que lleva tres años jugando en los Raptors de Chicago, está sentado a mi lado en el taburete de la barra, mirándome e ignorando a sus dos compañeros de equipo—. No tienes que pagar ningún alquiler. Me encantaría que estuvieras en casa.

—Por Dios, tío —dice Zanders riéndose—. Déjalo, anda. Ya tiene donde quedarse. No se va a mudar.

Todos nos reímos al ver la cara de desilusión que pone el pobre, pero ya sabía lo que le iba a contestar desde que me ofreció su piso de soltero en junio.

—Gracias, Rio. —Le paso un brazo por los hombros mientras sigo sentada a su lado en un bar del centro de Edmonton—. Pero ser compañeros de piso es un asunto delicado y no quiero echar a perder nuestra amistad.

Pongo énfasis en la última palabra.

Echa chispas por los ojos verdes.

—Ya sabes lo que dicen... Algunas de las mejores relaciones empiezan siendo amigos...

Lo agarro del cuello con una mano y le tapo la boca con la otra.

—Eso no va a pasar, colega.

Noto su radiante sonrisa bajo mi palma.

—Un hombre puede soñar, Índigo.

Aparte de que no puede suceder nada entre Rio y yo, tampoco pondría en riesgo nuestra amistad. Es demasiado joven, demasiado tierno y demasiado ingenuo como para ser algo más, pero aunque tuviera mi edad y su casa no estuviera llena de fiestas y largas noches jugando con la Xbox, me encanta tenerlo como amigo.

Además, ya no me queda nada que pueda darle a nadie. Alex me lo quitó todo. Lo único que tal vez podría ofrecer es una relación física, pero ni de coña le pienso decir a Rio lo que se me pasa por la cabeza.

Estoy segura de que se ofrecería y yo tendría que decirle que no... una vez más.

Cuando se fue a su casa, en Boston, se pasó todo el verano preguntándome qué tal estaba. Pese a todo, el año pasado yo lo tachaba de pueril, tontorrón y sensiblero; pero durante los cuatro meses de descanso no me di cuenta de que iba a convertirse en un amigo estupendo. Se preocupa de verdad por mí, aunque el 99 % del tiempo se lo pase haciendo el ganso.

—Lo digo en broma. —Rio arrima su hombro al mío—. Estoy feliz de que te hayas instalado.

—¿Qué te parece el edificio? —pregunta Maddison, el capitán de los Raptors, que está sentado al otro lado de la mesa con Zanders.

—Una pasada, es precioso. Estoy intentando no acostumbrarme demasiado a ese estilo de vida tan lujoso, pero solo he dormido allí una noche y ya le voy cogiendo el gusto.

—Es genial que estés tan cerca. Ryan es un buen tipo. —Maddison sonrío.

Su familia y él viven en el ático del edificio, y la casa de Zanders y Stevie está al otro lado de la calle. La de Rio está a unos veinte minutos. Maddison tiene razón: es una gozada estar rodeada

de amigos, no te sientes sola, y eso que yo me he ido a vivir con un desconocido.

—¿Qué tal estás, Zanders? —le pregunto al defensa, que sostiene la cerveza caliente en la mano mientras hace pucheritos.

—Echo de menos a Stevie.

Aunque intentamos aguantarnos la risa, enseguida toda la mesa estallamos en una sonora, aunque breve, carcajada. Anoche los chicos jugaron en Vancouver y mañana por la noche, en Edmonton. Esta es la primera noche que salimos desde que estamos de viaje. Las cosas han cambiado mucho para Zanders. Hace un año se le veía eufórico, deseando ligar. Esta noche en cambio está deprimido porque echa de menos a su novia, a la que solo lleva veinticuatro horas sin ver.

—Pero menos mal que esta noche irá a estrenar la casa de su hermano. —Saca el móvil para enseñarme una foto del número cinco en la pista de baloncesto, pero yo procuro no quedarme prendada de ella demasiado tiempo—. ¿Qué tal tu primera noche con él?

—No me puedo creer que estés viviendo con Ryan Shay —lloriquea Rio, casi se da con la frente en la mesa que tiene delante—. ¿Cómo voy a competir yo con eso? —Pongo los ojos en blanco ante su dramatismo—. Si te soy sincero, Ind, no sé de quién estoy más celoso. Si fuera cualquier otro tío, lo odiaría, pero estamos hablando nada más y nada menos que de Ryan Shay. Ojalá fuera tú.

Me vuelvo hacia Zanders.

—Por contestar a tu pregunta, te diré que me ha hecho llorar.

—Lo mato —decide Rio.

—Cálmate, tigre. No sé si en realidad fue culpa suya. Creo que en general estoy pasando por una mala racha.

Los tres saben por qué y me lanzan sonrisas compasivas, como disculpándose. Lo odio.

—¿Qué te hizo? —pregunta Zanders.

—Dijo algo así como: «No quiero tenerte aquí y solo hago esto por cumplir con mi obligación de hermano», o algo parecido.

—Joder. —Maddison hace una mueca de dolor.

Zanders interviene:

—Ryan es un buen tío, pero no es como tú. No es precisamente quien mejor recibe a la gente nueva y le gusta ir a su bola. En realidad, solo le preocupa el baloncesto y Stevie. Dale una oportunidad. Ya se le pasará... Esperemos.

—Tú le caes bien —digo señalándolo—. Sois buenos amigos. ¿Cómo has conseguido caerle bien?

—Antes me odiaba, ¿te acuerdas? Hasta que no se enteró de que estaba enamorado de su hermana, no empezó a tratarme bien, pero incluso entonces me llevó un tiempo llegar a conocerlo. Es muy cauteloso.

—Entiendo que lo esté haciendo por ella y que no tiene nada que ver conmigo, pero estoy viviendo con un tío que no desea compañía. Es molesto e incómodo.

—¿Sabes una cosa? —continúa Zanders—. Antes pensaba que iba a ser un desastre, los dos viviendo bajo el mismo techo, pero creo que le puedes venir bien. Esto lo fuerza a que salga de su caparazón. Le hace pasar el tiempo con alguien que no sea un compañero del equipo o su hermana. Tal vez tener a una persona normal a su alrededor le dé un toque de humanidad.

—Oye, Zee, ¿crees que yo soy normal?

—Más o menos. —Le sonrío a su vaso mientras apura la cerveza.

—Me ha dicho que no puedo llevar a nadie a casa. Eso es raro, ¿no creéis?

—Ind... —interviene Rio, mirándome con recelo—. ¿Hasta qué punto conoces a tu nuevo compañero de piso?

Está claro que no lo suficiente, a juzgar por los tres pares de ojos que me miran como si me faltara una pieza clave para completar el rompecabezas.

Durante las últimas noches, he intentado investigar un poco sobre él, pero cada vez que su bello rostro llenaba la pantalla, me ponía demasiado nerviosa como para seguir. No estoy segura de lo que buscaba ni de lo que esperaba encontrar, pero prefiero conocerlo en persona y no a través de los titulares de internet.

—¿A qué te refieres? —Miro a mi alrededor en busca de una respuesta—. Ya sé lo que es ser un atleta profesional, soy amiga vuestra, ¿no? Sé que acaparáis el centro de atención.

Zanders niega con la cabeza.

—Esto es un poco distinto.

—¿Un poco? —se burla Rio—. Ryan Shay fue el número uno de la selección de Carolina del Norte, un equipo que ganó un campeonato tras otro bajo su liderazgo. Él es... ¿Qué opináis vosotros? —Rio desvía la atención hacia los otros dos—. ¿Uno de los cinco mejores, tal vez de los tres mejores jugadores de la liga? Y todavía ni siquiera tiene un anillo o un MVP. Para él es imposible salir de casa sin que lo reconozcan, estoy seguro. Estos tíos son grandes en la Liga Nacional de Hockey, en la NHL, y los conocen en toda la ciudad..., pero eso no es nada en comparación con lo que tiene que aguantar Ryan Shay.

—¿Te acuerdas de la que se armó la primavera pasada en los medios de comunicación cuando todos se enteraron de que yo salía con Stevie? —me pregunta Zanders—. Pues bien, cuando él acapara titulares, no estamos hablando de que sea una noticia nacional, sino mundial. Si quiere mantener una imagen impoluta, es por alguna razón. Todos están pendientes de él.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y pregunto:

—¿Tan conocido es?

—No quisiera estar en su pellejo. —Maddison meneaba la cabeza—. Los dos somos capitanes de nuestros respectivos equipos y estamos en la misma ciudad, pero yo nunca estoy sometido a tanta presión como él.

—Zanders, ¿cuánto dinero ganas? —quiere saber Rio.

—¿En serio lo preguntas, tío?

—Puedo mirarlo en internet. Solo estoy intentando demostrar una cosa.

—Once millones y medio.

—Doce. —Maddison también interviene para compartir su propio sueldo.

—¿Lo ves? —Rio se dirige a mí—. Entre dos de los nombres más grandes de la NHL ganan casi veinticuatro millones de dólares al año. Pues bien, Ryan Shay gana el doble. Puede que tenga zapatillas y alfombras que cuesten más.

—Rio, tú en realidad estás enamorado de mi futuro cuñado, ¿no?

—Sin duda. —Ahora Rio se dirige a Maddison—. ¿Cómo se siente uno sabiendo que vive debajo de ti?

—Me parece un chiste. —Se ríe el otro—. El tío gana tanta pasta que podría comprarse el edificio entero.

—Entonces ¿por qué vive ahí? —intervengo por fin—. El apartamento es precioso, pero si gana tanto...

—Porque es un tío práctico —me recuerda Zanders—. No se da ningún capricho.

Cuatro platos, cuatro juegos de cubiertos y cuatro cuencos. Organizado hasta la locura. ¿Es autodomínio vivir como vive Ryan o es una forma de autocastigo?

Todo empieza a cobrar sentido cuando me acuerdo de lo borde que estuvo la noche que llegó a casa y se encontró con mi caos. Yo había trastocado su rutina, su organización. Ya no controlaba el único espacio en el que encontraba refugio.

Y yo soy la loca compañera de piso nueva que le lanzó un zapato a la puerta.

No me imagino llevando la vida que lleva él, sin bajar nunca la guardia, pero si su apartamento es el sitio en el que puede relajarse, entonces no es normal que sea esa especie de cárcel minimalista en blanco y negro en la que está viviendo.

Lo tengo decidido. Voy a introducir algo de colorido en su rutina, aunque sea lo último que haga en la vida.

Ya estaba amaneciendo cuando salí del aeropuerto. Entre la victoria en la prórroga en Edmonton y el despacho de aduanas, he llegado a casa horas después de lo que tenía pensado. Tomar café me ha parecido una idea genial. Qué demonios, siempre es una idea estupenda, pero sobre todo cuando es mi primer día entero en el apartamento y tengo un montón de cosas que sacar de la maleta. Por no hablar de que hoy espero pasar un rato con mi nuevo compañero de piso, de modo que quiero estar tan alegre y animada como sea posible porque quiero asegurarme de que se lo pasa bien viviendo conmigo, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—¿Desea una bandeja? —me pregunta el camarero.

—Sí, por favor. Sería estupendo. Gracias.

—¿Indy? —oigo a mi espalda, mientras apilo los cafés—. Oh, Dios mío, ¿eres tú?

Al volverme veo a un grupo de chicas: mis amigas. A las que conozco desde la infancia.

—¿Maggie? ¡Hola! —Me lanzo a darle un abrazo—. Te he echado de menos. Hola, chicas. — Por encima de su hombro, veo a otras tres antes de darles un abrazo—. ¡Os he echado de menos! ¿Qué hacéis tan temprano en el centro?

A Maggie, vacilante, se le ensombrece la cara.

—Es que... vamos a comprar vestidos para las damas de honor.

—Ah, ¿sí?

—Lo siento. Te habría invitado, de verdad. No sabía que hubieras vuelto ya a Chicago. Creí que seguías en Florida.

—Te mandé un mensaje cuando regresé. Os escribí a todas.

—Bueno, ven con nosotras. ¡Cómo me alegro de haberte encontrado hoy!

Me miro el uniforme. Necesito cambiarme, necesito dormir. Ojalá me hubiera avisado antes, así habría podido planearlo.

—Mags... —interviene Angie—. Solo hemos reservado para cuatro.

—No pasa nada —digo con una sonrisa forzada—. Acabo de llegar de trabajar y todavía no he dormido. Necesito cambiarme. Hoy estoy muy liada todo el día —miento—. Bueno, ya me contaréis qué vestidos escogéis, chicas.

—Te echo de menos, Ind —dice Maggie acariciándome el brazo—. A ver si quedamos todas pronto. Hace tanto que no nos vemos...

—Sí, por favor —suspiro aliviada—. Os echo muchísimo de menos. ¿Seguís yendo los miércoles por la noche a jugar al Trivial a casa de Scouts? Esta semana estaré por aquí. ¡Podría ir!

Las chicas se miran entre ellas nerviosas.

Es que... —amaga Angie.

Maggie inclina la cabeza en un gesto de compasión.

—Es que Alex sigue yendo. Ya sabes lo amigos que son esos dos.

—Pues sí, claro que lo son. —Tengo un nudo en la garganta que me gustaría atribuir al cansancio o a que soy una persona emocional, pero eso me ha dolido.

Desde muy pequeñas éramos un grupo grande de niñas que estábamos muy unidas. Nunca faltaba ninguna y teníamos lo que yo creía que era un vínculo inquebrantable y una amistad de por vida. Maggie y Kevin empezaron a salir poco después que Alex y yo, y las otras parejas se formaron años más tarde. Yo creía que esa era mi gente. Creí que iba a criar a mis futuros hijos con esas mujeres y ahora me da la sensación de que me hacen el vacío. Como si hubiera sido yo la que le fui infiel a mi pareja de seis años.

—Tenemos que hacer una noche de chicas, ¿vale? —propone Maggie—. Cuando los chicos están ocupados.

Me sale otra sonrisa forzada al decir:

—Desde luego. ¿Y Kevin y tú seguís bien?

—¡Fenomenal! En fin, en realidad la planificación de la boda no ha salido de él, pero estamos genial. —Se inclina para susurrarme al oído—: Dice que podemos empezar a intentarlo en la luna de miel.

Se aparta con los ojos muy abiertos y cara de emoción. Con «intentarlo» se refiere a tener un hijo, está claro. Maggie no sabe lo de mis problemas de fertilidad, ninguna lo sabe, pero sus palabras me sientan como una puñalada en el pecho.

—Eso es... Eso es magnífico, Mags.

—¡Oh, cómo me alegro de haberte encontrado! —Se pone a escarbar en el bolso—. No sabía adónde enviarte esto. No estoy segura de dónde vives ahora, pero toma la tarjeta. Estás invitada a la boda; aunque ya conoces todos los detalles, quería que tuvieras la invitación.

Cojo el sobre de color marfil que me tiende.

—Gracias. Me hace muchísima ilusión por los dos. —Mi sonrisa es tan falsa que me siento fatal.

—Por cierto, ¿dónde vives? —pregunta Angie.

Con el hermano de mi amiga. Resulta que gana una pasta gansa, está buenísimo y juega al baloncesto en un equipo que mi exnovio idolatra.

—Me he mudado con un amigo que conozco a través del trabajo.

Todas me lanzan sonrisas de pena.

—¿Nos ayudarás a planear la despedida de soltera? Y espero que vengas a la fiesta si estás en la ciudad. Necesito que me ayudes con la decoración y la comida. Ese tipo de cosas. —Maggie se ríe—. Eres la mejor organizadora de fiestas que tenemos.

Es el papel que me he autoasignado. El de anfitriona. Coordinadora de eventos. La que siempre se toma muy en serio cumpleaños y ascensos. La que quiere celebrar cada momento emocionante de la vida de su gente, la que quiere que se sientan reconocidos para saber lo especiales que son. La que procura que quienes la rodean se sientan bien consigo mismos.

La verdad es que me encanta, pero duele un poco recordar que ni una sola de mis amigas, salvo Stevie, me ha felicitado por mi propio ascenso.

Dibujo otra sonrisa forzada y le digo a Maggie:

—Claro que lo haré. Lo que necesitéis.

—¿Cómo te va todo? —me pregunta en voz baja.

¿Estará de broma? Me va fatal. Toda mi vida ha quedado trastocada por una decisión que tomó otra persona. No tenía dónde vivir ni cama donde dormir por culpa de lo que decidió otro. El futuro que había imaginado, la familia que pensaba formar, todo eso se fue al garete gracias a la decisión de Alex.

Pero antes de que me dé tiempo a responder, Maggie añade:

—Alex irá a la boda y, por lo tanto, entiendo que tengas tus dudas. Pero como los dos tenéis acompañante, espero que eso ayude a solventar la situación.

¿Qué significa eso? ¿Va a llevar a la otra? ¿Sería capaz? Claro, no sé nada del hombre con el que creía que me iba a casar, así que no puedo contestar a esas preguntas.

Me da un suave apretón en el brazo.

—¿Podrás perdonarlo? Me gustaría que todo volviera a estar como estaba antes. Que todos volviéramos a salir juntos.

—¿¡Qué!?! —exclamo con una carcajada—. Maggie, se acostó con otra en nuestra cama.

Y nunca me ha pedido que le perdone y tampoco se ha disculpado.

—Se equivocó.

Sin querer, se me agolpan las lágrimas en los ojos porque yo también quiero probarme trajes de dama de honor, quiero ir a jugar al Trivial los miércoles por la noche y quiero que mis amigas me respalden frente a Alex en esta situación. ¿Eso me convierte en una persona horrible? Creo que no. Me parece que es lo mínimo que puedo pedir.

Enseguida cojo la bandeja con los cafés y me meto la invitación de la boda debajo del brazo.

—Me alegro mucho de haberos visto, chicas. Mandadme luego fotos de los vestidos, ¿vale? Que lo paséis bien.

Mi sonrisa forzada me lleva hasta la puerta, donde soy capaz de contener las lágrimas hasta que por fin estoy fuera.

Qué pena, Dios mío. ¿Por qué me castigan de esa manera? ¿Por qué me siento como si estuviera perdiendo a mis amigas? Deberían odiarlo. Él fue quien nos hizo esto. ¿Lo apoyan solo porque sus novios siguen siendo sus coleguillas? ¿Y yo qué?

¿Estoy comportándome de un modo irracional? Quizá Ryan tenga razón. Puede que sea demasiado emotiva, pero es que han herido mis sentimientos de verdad.

Solo me quedan dos manzanas para tragarme el cabreo y llegar a casa, donde tengo que estar feliz y contenta porque su vida ya es lo bastante estresante fuera de esas cuatro paredes. Necesita que su casa sea un espacio seguro. Necesita un amigo o una amiga.

—Señorita Ivers, bienvenida de vuelta. —El portero me abre la puerta del portal.

Me detengo ante él y dejo la maleta a un lado.

—Dave. ¿Puedo llamarle así? —En la placa del nombre pone David.

—Claro.

—¿Le apetece un café con leche? He pedido uno para usted a la vuelta de la esquina, en mi café favorito. —Cojo el suyo de la bandeja y se lo paso.

—Me encanta el buen café con leche. Muchas gracias —dice, envolviendo el vaso de papel con las dos manos.

—Creo que usted y yo vamos a ser buenos amigos, Dave. —Arrastrando la maleta, cruzo la puerta abierta.

—En eso creo que tiene razón, señorita Ivers. Le han traído un paquete. Lo tiene arriba.

Ryan me dijo que dejaría la copia de la llave que me había hecho debajo del felpudo, pero en cuanto salgo del ascensor y doblo la esquina, me lo encuentro saliendo del apartamento.

—¡Hola! —susurro emocionada, porque no quiero hablar demasiado alto a estas horas de la mañana.

Se vuelve para mirarme. Sin ni siquiera intentarlo está tan follable que me resulta ridículo. Va vestido de manera informal con la gorra para atrás, mientras tira de su propia maleta en dirección al descansillo.

Yo en cambio estoy horrorosa. Me he pasado la noche en vela, sigo con el uniforme y tengo el maquillaje emborronado porque todavía no me lo he quitado, aunque buena falta que le hace. Por lo general, no dejo que ningún extraño me vea sin mi perfecta máscara, pero que le den. El tío va a vivir conmigo. Otras veces me verá peor todavía.

—Hola —me dice, colocándose una mochila al hombro—. Me preguntaba dónde estarías.

¿En serio?

—El equipo jugó hasta muy tarde y pasar la aduana ha sido una pesadilla —respondo, señalando la bandeja que llevo en la mano—. Te he traído un café. —Se lo paso con una sonrisa radiante—. ¿Adónde vas?

—Tengo entrenamiento. Luego cogeré un avión, jugamos en Milwaukee. —Empieza a recorrer el rellano de la escalera.

—Ah, ¿sí? —Está empezando a ser difícil disimular todas las desilusiones que me estoy llevando hoy—. Bueno, pues que haya suerte.

—Volveré dentro de dos días. Tienes la llave debajo del felpudo —grita, sin volverse a mirarme.

Sin ninguna razón aparente, me arden los ojos de las lágrimas que se me agolpan. Pero es solo porque estoy agotada y, reconozcámoslo, más sola que la una.

Llamaré a Stevie para ver si quiere quedar un rato, aunque estará ocupada porque, en cuanto hemos aterrizado, su novio ha salido disparado del avión.

—Blue —me llama Ryan desde el portal. No estoy segura de por qué respondo a ese mote, pero el caso es que me vuelvo a mirarlo cuando asoma la cabeza por el ascensor—. Gracias por el café.

Le obsequio con una suave sonrisa mientras entro en el apartamento vacío.

El sobre de color marfil me pesa debajo del brazo. Saber que voy a ver a Alex es demasiado y hace que me duela el pecho. ¿Irá con ella? ¿Seguirán viéndose o habrá sido un lígüe de una sola noche? ¿La conocerán mis supuestas amigas?

Yo sí. La he visto un montón de veces. Era becaria en su empresa. La vi el año pasado en la fiesta de Navidad de la oficina y le alabé el gusto por su vestido de gasa de color verde salvia. No me arrepiento de eso. Era un traje precioso. ¿Llevarán acostándose desde entonces?

Maggie sale guapísima en la foto de la invitación. Kevin y ella son muy felices y me alegro por ellos. De verdad. Pero una parte de mí le tiene envidia porque me gustaría estar en su lugar. Se suponía que íbamos a celebrar juntas las grandes ocasiones y, sin embargo, ni siquiera me han invitado a probarme los vestidos de las damas de honor. Y no es la boda lo que me da envidia, sino el futuro, lo que viene después. Eso es lo que más echo de menos: saber qué va a ser de mí el resto de mi vida.

Ay, Dios, qué mala soy por pensar así. Presumo de ser una buena amiga, pero desde luego hoy no lo estoy siendo. No me extraña que me hayan hecho el vacío.

Pego la invitación con un imán en la nevera como un descarado recordatorio de que el 2 de febrero tengo que estar preparada para verlo.

Lo único bueno de la mañana es el paquete de Amazon que me espera en la isla de la cocina. Es cierto que una colchoneta inflable no es lo mismo que una cama de verdad, pero tengo un presupuesto limitado y eso es mejor que el suelo.

Tengo mucho que hacer hoy, pero el arrebató que me había entrado de permanecer despierta y poner mi vida en orden me ha desaparecido por completo, así que meto el café con leche en el frigorífico para tomármelo más tarde. Necesito dormir. Después me enfrentaré a la realidad de mi desordenada habitación y de encontrarme sola en el apartamento.

El sol ya se filtra por la grieta de la puerta de mi dormitorio, recordándome que lo primero que he de hacer después de dar una cabezada es comprar unas cortinas. Mi ropa y calzado aún siguen en el suelo, solo que los he quitado de en medio para dejar un pasillo que antes no tenía.

De repente, me llama la atención algo que está más arriba del suelo. Justo allí, al lado de la pared de enfrente, está la cama más bonita que he visto en mi vida. Unas almohadas, unos cojines en forma de nube y un edredón blanco forman una especie de torbellino que me invitan a meterme allí dentro y no volver a salir nunca más. Se nota que todo es caro y de buena calidad, pero lo que más me gusta es que sea nuevo y no esté contaminado por mi vida ni mi relación anterior.

Es mío.

Y lo ha comprado Ryan.

Para ser alguien que no se preocupa por nada ni por nadie, sin duda es todo un detalle por su parte.

Ahora me queman los ojos porque otra vez me afloran las lágrimas, pero es que soy una llorona y no lo puedo remediar. Seré tonta, pero esta es una de las cosas más bonitas y consideradas que nadie ha hecho por mí en mucho tiempo, y no tengo palabras para explicar lo que significa para mí. En especial, después de una mañana tan dura.

Paso la mano por la suave tela y saco el móvil. No soy de esas personas que rechazan con la boca pequeña algo que les parece demasiado caro y lujoso, o que se escandalizan de que un multimillonario se gaste dinero en ellas. Pero soy agradecida, eso sí.

Yo: *¿Me has comprado una cama?*

Pasan unos segundos antes de que tres puntos grises bailen en mi pantalla.

Compi de piso: *La necesitabas.*

Respuesta práctica.

Yo: *Muchísimas gracias, Ryan.*

Algo de color lavanda asoma por debajo del montón de cojines. Son unas sábanas nuevas de mi color favorito; no sé cómo procesar lo que siento solo de pensar que se haya acordado de eso.

Como no contesta, le vuelvo a escribir porque, ¡qué coño!, quiero hablar con él.

Yo: *¿Cuánto te ha dolido comprar algo que no sea blanco ni negro?*

Compi de piso: *Casi me muero.*

Yo: *¿Así es como demuestras que me quieres? ¿Haciendo regalos?*

Compi de piso: *No tiene que ver con el amor, Blue. Necesitabas una cama. No le des más vueltas.*

Yo: *Hmm. Ten cuidado, Ryan. Si sigues haciendo cosas buenas por mí, como prepararme el desayuno o comprarme una cama, voy a pensar que quieres que me quede o algo parecido.*

Compi de piso: *Tengo que ir a entrenar.*

Buena táctica de evasión. Chico listo.

Compi de piso: *Arregla tu habitación, es un peligro.*

Sonríó tanto que me duelen las mejillas.

A Ryan Shay no le repatea demasiado tenerme aquí.

6

Ryan

—El avión sale a las diez. Como muy tarde, estad allí a las nueve y media. —Phil, el coordinador de nuestro equipo, no aparta los ojos de Dom.

—¿Por qué me miras a mí? —pregunta este con ingenuidad desde el suelo, está sudando por el entrenamiento desde primera hora de la mañana.

—Si vuelves a llegar tarde, te mando a tomar por culo.

—Phil, Philip, muchacho. Me adoras y lo sabes.

—Eres un coñazo y por tu culpa me estoy quedando calvo. Mi mujer está cabreada contigo porque anoche me sacaste de la cama.

—Suzanne también me adora. Y, oye, por lo menos no conduje borracho. Fui responsable y te llamé para que vinieras a buscarme.

Phil se vuelve hacia mí.

—Llévalo al aeropuerto a tiempo. ¿Lo harás, Shay?

—Descuida.

Phil se marcha meneando la cabeza.

—Me cae bien ese tío —suspira Dom.

—¿Adónde fuisteis todos anoche? —quiero saber.

—Al Sway —responde Ethan por él.

—¿Tú también fuiste?

—Imposible. Annie me habría plantado los papeles del divorcio si salgo de juerga antes de un viaje, pero Dom lo intentó con ganas.

—Ah, ya.

—¿Tú querías ir? —me pregunta Dom—. Como casi nunca sales con nosotros, se me olvidó preguntártelo. Lo siento, tío.

—No pasa nada. Me apetecía quedarme en casa.

Ethan y yo somos los más hogareños del equipo. Él porque tiene mujer y tres hijos, y yo porque casi nunca merece la pena salir y arriesgarme a que publiquen titulares negativos. La última vez estuvo a punto de ser un desastre. Golpeé a un antiguo compañero de equipo por tratar mal a Stevie y, gracias a Dios, su novio cargó con la culpa para que me calmara. De todas maneras, no me había dado cuenta de la frecuencia con la que rechazo las invitaciones de mis compañeros hasta el punto de que ya no me inviten.

Al menos Dom podría haberme llamado para dar una vuelta. Pero, claro, él no podía saber que estuve casi toda la noche despierto preguntándome por qué todavía no había llegado mi nueva compañera de piso.

Me quedan diez minutos para aplicarme hielo en el hombro antes de ducharme y enfilar hacia el aeropuerto, así que me quedo de charla con ellos. Dom nos cuenta el polvo que echó anoche en la parte de atrás del club, y Ethan nos alecciona sobre cómo fue el recital de danza de su hija mayor.

Son los dos extremos del equipo. El uno follando en un club y el otro yendo a recitales de

baile con los niños. No sé dónde encajo yo entre estos dos tíos. Cuesta relacionarse con alguien cuando lo único que te preocupa es llevar a este equipo a los *playoffs*.

—¡Ethan! —grita el *general manager* desde el otro lado de la cancha—. A Caroline le apetece mucho la cena del lunes.

Ron Morgan luce una estúpida sonrisita de felicidad cuando mira al anterior capitán del equipo, que está mi lado.

—Annie también está entusiasmada —contesta el aludido—. ¿Tenemos que llevar algo?

—No hace falta. Caroline va a hacer ese pastel de ruibarbo que tanto te gusta.

—¡Vaya, tío! —Ethan echa la cabeza hacia atrás—. Me muero de ganas. —Sonríe y se despidió de él con la mano.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto.

—¿El qué?

—Eso de: «A Caroline le apetece mucho la cena del lunes».

—Pues lo que acabas de oír. Que a su mujer le apetece mucho la cena del lunes.

—¿Se puede saber por qué estáis tan encantadores con él? A mí me odia. —Miro hacia atrás y veo a Ron hablando con el entrenador en jefe. Ha recuperado el ceño fruncido y la mueca de decepción, que ahora sustituyen a la relajada sonrisa que lucía mientras hablaba con Ethan.

—Por Caroline. El tío se ablanda enseguida cuando hablas de ella y, además, adora a Annie. Llevamos años quedando con ellos por la noche. Si haces buenas migas con su mujer, ya lo tienes en el bote.

Asiento con la cabeza.

—Caroline es genial. Eso está chupado.

Suelta una carcajada de condescendencia.

—Qué va, tío. Le importa una mierda el baloncesto. Durante la cena, nunca se saca el tema y te quedas sin saber de qué hablar. Le da mucha importancia a la familia y él también. La primera vez, solo nos invitó porque Caroline quería conocer a Annie. Así que en realidad debería darle las gracias a mi mujer por caerle tan bien a Ron.

—¡Madre mía! —dice Dom a un volumen suficiente como para reclamar mi atención. Tiene los ojos como platos. El resto del equipo sigue su ejemplo y se vuelve hacia la entrada del pabellón.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Santo cielo! —le hacen el eco.

Cuando me doy la vuelta, no me siento tan sorprendido de encontrar a Indy irrumpiendo en el edificio como si fuera su casa. Lleva un vestidito de verano de color púrpura porque, pese a ser un día de octubre, hace calor. También unas zapatillas abotinadas blancas con bordados de colorines y el peinado y el maquillaje retocados, parece una mujer completamente distinta de la que he dejado en casa hace unas pocas horas.

—Shay, eres un suertudo. Por favor, dime que te la estás tirando.

Vuelvo la cabeza de manera brusca hacia mi compañero de equipo.

—¡Cállate la puta boca!

—En fin, si tú no lo vas a intentar, lo intentaré yo.

—Dom... —le advierte Ethan, procurando aguantar la risa—. Ryan está a punto de estallar; yo que tú rebajaría el tono, tío.

Centro de nuevo la atención en Indy y la veo recorrer la cancha con la mirada. Aunque aquí no esté ni mucho menos en su elemento, no parece nada nerviosa. Eso de que se sienta cómoda donde no se le ha perdido nada es otra de las cosas que he aprendido sobre ella. Creo que esta

chica no conoce la vergüenza.

Varios pares de ojos siguen clavados en el bellezón rubio cuando Ethan me mira con cara de cachondeo.

—Deja de mirarla —le advierto—. Pégate una ducha o vete al aeropuerto, haz cualquier cosa menos mirarla. No está disponible.

—O sea, que sí te la estás tirando —corroborra Dom, dando su aprobación.

—No, no me la estoy tirando. Pero vosotros tampoco lo vais a hacer. Si no dejáis de mirarla, será lo último que vais a ver en vuestra puta vida.

—¡Oooh! Le ha salido su lado protector, y eso que no está por aquí su hermana. Que alguien apunte la fecha de hoy. Esto pasará a la historia, tíos. A Ryan Shay le preocupa un huevo alguien que no es Stevie y algo que no es el baloncesto.

—Dom, te estás ganando una patada en el culo. Si no te la da él, te la doy yo. —Ethan señala con la cabeza a nuestro hombretón.

Ignoro la réplica con la que sale el aludido y enseguida me abro camino hacia Indy, que ya está entrando en el pabellón.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí? —pregunto y le tiro del brazo hacia un rincón.

—Vaya manera de saludar. Buenos días a ti también.

—¿Cómo has conseguido entrar? Esto es privado.

Se señala la cara y gira el dedo índice.

—Soy encantadora, ¿recuerdas?

Por supuesto, mi descarada compañera de piso ha conseguido que los de seguridad la dejen pasar y entrar en la cancha, aunque la verja esté llena de fans ansiosos por sacarnos fotos o pedirnos un autógrafo.

Se fija en la bolsa de hielo que tengo sujeta al hombro.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. No puedes estar aquí, Indy.

Me gustaría añadir: «Y menos vestida así», pero, aunque llevara puesto un saco de patatas, todos los ojos de mis compañeros de equipo seguirían clavados en ella.

Saca una llave.

—La copia que me hiciste no funciona. Fui a comprar unas cortinas y, cuando volví, no pude entrar.

—¿Estás segura? —digo cogiéndola.

—Afirmativo.

—Vale, te dejaré la mía. Pero tienes que marcharte de aquí.

—¡Shay! —oigo que alguien me llama desde las oficinas, que se encuentran en lo alto de la pista—. Ven un momento. Me gustaría hablar contigo.

Ron Morgan aparece en el umbral de la puerta de su despacho con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de su traje.

—Mierda —digo, y me vuelvo hacia Indy—. Quédate aquí. No te muevas... y ni se te ocurra hablar con nadie.

—Estás picajoso esta mañana —murmura entre dientes, mientras me alejo de ella.

Tiendo la mano cuando llego a la oficina.

—Señor Morgan.

—Shay, te conozco desde hace cuatro años. Llámame Ron. —Me estrecha la mano.

—Con todos mis respetos, preferiría llamarlo señor Morgan.

—Claro, cómo no. Siempre has tenido unos modales muy sureños.

Se me queda mirando con los ojos entornados, y mentiría si dijera que no me intimida. Puede que sea más bajito que yo, pero mi futuro está en sus manos. Si sigo aquí es porque él quiere; en el momento en que no quiera, me cambiará por otro. Así es como funciona este negocio. Valgo un dineral y mi sueldo se lleva buena parte de su presupuesto. Soy muy consciente de que no he ganado ningún campeonato y de que ni siquiera he conseguido clasificarnos para los *playoffs* a cambio de su inversión.

—Mañana, antes del partido, tenemos una conferencia de prensa. Seremos tú y yo respondiendo preguntas sobre tu capitanía y sobre lo que esperamos que haga el equipo esta temporada, así que prepárate.

—Sí, señor.

—Ah, e intenta tener personalidad mientras lo haces. Por supuesto, hablaremos de baloncesto, pero tú ahora eres la cara del equipo y ellos querrán saber algo sobre el Ryan Shay de la vida real.

—¿Qué tipo les interesarán?

—No lo sé. Cosas sobre tu familia. Cómo disfrutas de la ciudad. Qué tal te sientes por haber llegado a capitán. Qué me parece a mí tu ascenso.

El tiempo se congela con la tácita indirecta que me ha soltado.

Este es el momento, joder. Yo también puedo preguntar.

—¿Y qué le parece a usted mi ascenso, señor?

Suelto un suspiro de resignación.

—Estoy seguro de que ya lo sabes.

Niego con la cabeza.

—¿Qué he hecho yo para caerle tan mal? ¿Es porque no he querido seguir viendo a su sobrina? La verdad es que yo no tenía nada que ver con ella y...

—No, por Dios, no. ¿Tan mezquino me crees? No me caes mal, pero tampoco creo que tengas madera de líder. Ser el capitán es algo más que ser el mejor en la cancha. Es algo relacionado con la familia, con la camaradería. Eres un lobo solitario, lo cual me parece estupendo, pero ese no es el tipo de liderazgo que yo estoy buscando en mi organización. Es un coñazo, incluso para mí, pero sé de primera mano los efectos que una mujer puede ejercer sobre un hombre. Confiaba en que conocieras a alguien y cambiaras. En que estuvieras preparado para desempeñar ese papel cuando llegara el momento. Mira por ejemplo a Ethan. El tío es buenísimo, pero su verdadero talento estriba en que los chicos lo ven accesible y sé que eso en gran parte se debe a haber conocido a Annie. No creo que tú estés preparado para eso, Shay.

«Pues vaya mierda. Dígame qué le parece de verdad mi ascenso».

Como si no tuviera bastante con haberme hecho sentir a la altura del betún, ahora saluda muy sonriente a Ethan, que se marcha del pabellón.

Esto me jode, sinceramente. Soy el que más curra del equipo. Juego mejor que cualquier otro, pero me pone pegas porque no tengo novia. Dice que no soy lo suficientemente cariñoso porque no hay una mujer en mi vida.

En parte, me dan ganas de mandarlo a la mierda. Si eso es lo que en realidad piensa de mí, que me cambie por otro. Pero luego recuerdo que ahora Stevie vive aquí y no se va a ir a ninguna otra parte porque Zanders ha firmado un contrato de siete años con los Raptors, de manera que necesito este trabajo. Y necesito hacerlo bien.

—Sí estoy preparado, señor. He conocido a alguien.

«¿Qué gilipollez acabo de soltar?».

Ron se echa a reír.

—¿Cómo dices?

En lugar de responder, porque me siento incapaz de repetir la mentira, me limito a asentir rápidamente con la cabeza.

—Shay, llevas cuatro años jugando para mí. Creo que lo sabría si estuvieras viendo a alguien.

—Es reciente.

—Ah, bueno, ¿y va en serio?

¿Que si en serio? Es seriamente ridículo, igual que yo, que soy un idiota redomado si pienso que se va a tragar esa trola.

—Pues... sí.

—Vaya, qué ganas tengo de conocerla —continúa, entornando los ojos—. La semana que viene. En el banquete de otoño, es obligatorio que vayas. Y te traerás a tu novia. Sé que Caroline también querrá conocerla.

La he cagado. Ahora sí que estoy jodido de verdad. ¿Cómo se me habrá ocurrido la solución de tener una novia falsa? ¿Por qué no me he limitado a decirle que procuraré ser mejor líder y punto pelota?

Ni siquiera puedo utilizar la excusa de llevar a mi hermana en lugar de a mi inexistente novia porque es una gala para recaudar fondos y la organizan los cuatro equipos de deporte más importantes de Chicago, de modo que Stevie asistirá con Zanders.

Un destello de pelo rubio y tela de color lavanda atrapa mi atención. Indy sigue donde la he dejado, meneando un poco las caderas y cabeceando mientras mira el móvil.

Se me ocurre una idea tan espantosa que hago una mueca de arrepentimiento, pero qué narices, ya que estoy...

—También podría conocerla ahora mismo —digo señalando a mi compañera, completamente ajena a la mentira colosal que estoy tramando.

—¿Es esa? Pues preséntamela, Shay.

Me aclaro la garganta.

—Indy —la llamo y le hago un gesto con la mano para que se acerque—. ¿Puedes venir un segundo?

Se dirige hacia nosotros con unos andares un poco saltarines; espero que pueda ver las disculpas que le pido con mi sonrisa forzada.

—Indy, te presento al *general manager* de los Devils, Ron Morgan.

—Encantada de conocerlo —dice con una sonrisa radiante, porque desde luego no le supone ningún problema saludar a desconocidos.

Le pongo la mano en la espalda a la altura de la cintura. Es la primera vez que la toco y noto que, al instante, se pone rígida por el roce.

—Señor Morgan, esta es Indy, mi novia.

A mi compañera de piso le desaparece la sonrisa de inmediato.

—Qué maravilla conocer a la mujer que por fin ha llamado la atención de nuestro Ryan Shay. —La examina y, aunque ella no sea capaz de captar los matices de su tono, yo sé que está intentando averiguar algo. Está intentando pillarme.

«Por favor, Blue, colabora», le ruego con la mirada.

Sigue paralizada del susto.

—Estoy seguro de que ella también se alegra de conocerlo —interrumpo enseguida el incómodo silencio—. Pero es que tiene que marcharse ahora mismo. —Utilizo la mano en su espalda para llevarla hacia la salida.

—¿Tan pronto? —pregunta Ron—. Qué lástima.

—Pues sí. Tiene que irse. —Empujo a Indy para que se largue de una puta vez.

—No tan deprisa, bollito de miel. —Ha salido de su trance y me detiene para rodearme la cintura con los dos brazos—. ¿Cómo voy a aguantar dos días sin verte? Nunca nos hemos separado, pastelito mío. Te voy a echar tanto de menos...

Apoya la cabeza en mi hombro, ya sin hielo, y me mira guiñándome el ojo.

La voy a matar.

—Vaya par de tortolitos, cuánta ternura —se ríe Ron.

—Oh, todo es cosa suya. Es el hombre más tierno que he conocido en mi vida. Y se emociona con facilidad. ¿Sabía usted que era tan sentimental?

—No tenía ni idea. Shay es siempre tan comedido...

—¡Oh, pues se emociona muchísimo! Y llora con frecuencia. Lloró la primera vez que hicimos el am...

Le tapo la boca con la mano.

—Tenemos que irnos. Le veré en el avión, señor Morgan.

No dejo que siga hablando, sino que me la llevo rápidamente hacia la salida.

—¡Espero volver a verla la semana que viene en el banquete de otoño, Indy!

Ella se despide de Ron con la mano por encima del hombro como una loca, pero no le puede contestar porque me niego a destaparle la boca hasta que estemos lejos de mis colegas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —estallo, una vez que salimos a la sala vacía que hay fuera de la cancha—. ¿Y a qué vienen esos putos nombrecitos de dulces?

—¿Tú me lo preguntas? ¿Qué demonios estás haciendo tú, Ryan? ¿Cómo que soy tu novia?

—Mierda —me desfogo, cruzando el pequeño vestíbulo—. Me ha entrado el pánico.

—Pues quítatelo y cuéntale la verdad.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? —Suelta una risa condescendiente—. ¿A qué te refieres?

—Mira, Indy, mi futuro está en las manos de ese tío. No puedo ir y decirle a la cara que le he mentado. Es que me acababa de soltar que no ve que tenga madera para liderar este equipo. Que no soy accesible y que paso demasiado tiempo solo.

—Parece que te conoce bien.

—Necesito que me apoye. No puedo pasarme el resto de mi carrera profesional jugando para un *general manager* que considera que no estoy hecho para el trabajo. Solo necesito que vengas conmigo a esa cena y hagas que su mujer se enamore de ti, porque así Ron cambiará la opinión que tiene de mí. Caroline es su punto débil. Si te la ganas, él cambiará de parecer.

Indy se echa a reír.

—Y me llamas a mí sensible y dramática.

—Nunca te he llamado dramática.

—Lo sé —dice encogiéndose de hombros—. Lo he añadido porque quería tener un pretexto para llamártelo. Eso es lo que eres. Saca tu personalidad robótica y rectifica lo que has hecho.

Respiro hondo.

—Indy, es solo una noche. Una cena. Ayúdame a salir de este berenjenal.

—No. ¡Se me haría rarísimo! No puedo fingir que soy tu novia.

Vale, he mentado. Y ahora se pone dramática. Pero tampoco es para tanto.

—¿No querrás que me arrode y que te lo ruegue o algo parecido?

—Ahora que lo dices... —Ladea la cabeza y me mira de arriba abajo—. No me importaría saber qué pinta tienes de rodillas, Shay.

—Indy, por favor.

—Esto es ridículo. Ya hablaremos cuando vuelvas a casa.

—Perfecto. Genial. Lo único que te pido es una noche.

—Anda, dame tu llave para que me pueda acostar en mi nueva y lujosa cama.

—Qué tío tan asombroso. Mira que comprarte una cama... —suelto—. A lo mejor quiere que le devuelvas el favor. Parece una persona maravillosa.

Ella pone los ojos en blanco.

—De momento, lo tengo catalogado como imbécil.

Ryan

Nuestro primer partido fuera de casa fue un éxito. Conseguí un triple-doble, cosa que no ocurre con demasiada frecuencia. No tuve ningún problema con los puntos ni con las asistencias, he entrenado a mi equipo en esas dos categorías, pero los rebotes son otra cosa. Aunque en la vida real soy un tipo alto, me achico y me convierto en el tío más bajito de la liga cuando pienso que lidero la NBA. En cualquier caso, cada vez que avanzo hacia canasta, mi cuerpo recibe una paliza, pero al final siempre merece la pena.

Mentiría si dijera que el partido de anoche no me ha marcado. El hombro ha estado pidiéndome auxilio a gritos toda la mañana. No sé si se deberá a la altura o a qué, pero en algunos partidos no me pitan falta cuando es juego peligroso. Serían flagrantes para cualquier otro MVP, a mí ni siquiera me las pitan porque me esfuerzo muchísimo en que no se noten, y el resultado es que al día siguiente estoy hecho polvo.

Pero peor que el hombro es lo de mi cabeza, que está en plena ebullición desde que salí de Chicago. Nunca he consentido que nadie que no fuera mi hermana se quedara en casa y todavía no sé si puedo fiarme de Indy. No parece maliciosa, y Stevie confía en ella, pero la gente puede sorprenderte. Darle acceso ilimitado a mi apartamento es como mínimo abrumador. He tenido que aguantarme las ganas de llamar a mi melliza y pedirle que durmiera allí mientras yo estaba fuera de la ciudad, pero sé que le habría defraudado mi inmerecida desconfianza en su amiga.

Así que mientras me dirijo a casa, lo único que me ronda por la cabeza es que Indy no haya encontrado algo que pueda utilizar contra mí más tarde o alguna información que pueda vender para ganar dinero fácil. Soy consciente de que soy un paranoico, pero tengo mis motivos y alguien en mi posición necesita guardarse siempre las espaldas. No puedo bajar la guardia.

Saco la llave de debajo del felpudo y entro en casa. El apartamento está tranquilo, pero lleno de luz. Es temprano y el sol está empezando a asomar entre los edificios del centro de Chicago, pero todavía no tiene tanta fuerza como para iluminar toda la estancia. Al parecer, Indy, antes de irse a la cama, ha dejado encendidas todas las luces, lo cual es maravilloso. No solo tengo una nueva compañera de piso, sino que se me va a disparar el recibo de la luz.

Noto que el ambiente es diferente. No sé si será porque hay una mujer durmiendo en la otra habitación, pero la energía que me rodea ha cambiado. Cuando poco a poco se me va adaptando la vista, me encuentro con unos toques de color que sé que no me pertenecen.

Encima del sofá, hay tirada una manta de color violeta arrugada.

Junto a mi taza del café, hay un vaso reutilizable de color rosa con una pajita.

Hay tantos cojines esparcidos por el sofá que no hay sitio para sentarse.

A ambos lados de la ventana panorámica, cuelgan unas cortinas amarillas con pompones.

También hay mucho verde: unas suculentas en la estantería y un gigantesco y frondoso árbol en un rincón, junto a la ventana.

Hablando de mi librería, ahora parece un puto arcoíris. Mis libros están completamente cambiados de sitio y, desde que me fui, parece que se ha duplicado la cantidad. La biblioteca estaba bien pensada y organizada, pero Indy la ha convertido en una especie de unicornio,

porque la ha ordenado por colores que van del rojo al violeta. ¿Qué coño pinta *Inversión para principiantes* entre dos libros con tíos descamisados en la cubierta? ¿Los habrá colocado juntos porque todos son de color naranja?

¿Y por qué coño tiene que haber tipos desnudos en mi estantería?

Es una romántica. Por supuesto que sí. Esperó seis años una propuesta de matrimonio que nunca llegó. Le gustan las flores y la ropa de chica. Debería haberlo sabido.

Recorro frenético el apartamento. Ha sido un error dejar que se mudara aquí. En solo 48 horas se ha apoderado de él. Mire donde mire, hay algo suyo. Algo que ha tocado o cambiado. El color invade todos los rincones y recovecos. Todo está lleno de Blue.

Lo odio. Noto físicamente que voy perdiendo el control. Mi habitual compostura está siendo sustituida por la ansiedad. Necesito recuperar mi espacio. Necesito que sea mío.

—¡Indy! —grito en mitad del silencio; me importa un carajo que aún esté amaneciendo. Tengo que arreglar esto—. ¡Índigo, despierta!

—¿Qué hay de aquello de no hacer ruido cuando se llega a casa de un viaje? ¡Estaba dormida! Aporreo la puerta.

—Indy, si no sales de ahí, juro por Dios que entraré en tu habitación.

—Hazlo, por favor. Duermo desnuda.

Vaya, hombre.

Se me acelera la respiración, lo cual me impide decir palabra. Apoyo las manos a ambos lados, la imagen de esta chica desnuda se apodera de mi mente. Está en mi casa. En la cama que le compré yo. El calor y la frustración son una mezcla extraña y de repente me siento tan excitado que estoy a punto de marearme. No sé cuánto tiempo hace que no veo la piel desnuda de una mujer, pero una sacudida de mi polla me recuerda que hace un huevo.

Aparto esas imágenes de la cabeza y respiro hondo para centrarme. Su cuerpo desnudo, sin duda perfecto, es lo último en lo que tengo que pensar ahora.

Abre la puerta en pijama y me saca de mis ensoñaciones.

—Sabía que eso funcionaría. Una mujer desnuda en tu casa es probablemente lo que más temes en este mundo. —Pasa por debajo de mi brazo y enfila hacia la cocina—. Además de despertarme, ni siquiera me traes café.

—¿Qué coño le ha pasado a mi apartamento?

—¿De qué estás hablando? —Me da la espalda cuando se vuelve hacia la cafetera.

—¿Por qué tienes todas tus mierdas desperdigadas por mi casa?

—Porque vivo aquí.

—Tienes un dormitorio.

—Tú también.

Dios mío, esto es como hablarle a un niño.

—Guarda tus cosas en tu habitación.

—¿Quieres que me lleve mi taza de café al dormitorio? —La levanta aguantándose la risa.

—Bueno... —balbuceo—. Eso no, pero todo lo demás... Me gusta que mi casa siga tal y como la he dejado, Indy.

—¿Quieres decir así de aburrida? Ryan, tu casa parecía la celda de una cárcel. Necesitaba algo de vida.

—¡Hay un puto árbol en mi salón!

—En efecto, es una higuera hoja de violín. Está ahí porque esa ventana da al este y entra el sol que necesita sin darle directamente. Mi ventana da al norte, se moriría. O sea, que hasta tú podrías tomarte un respiro gracias al oxígeno que proporciona la planta.

—¿De qué coño me estás...?

—¿Cómo dices? —me pregunta, metiendo la taza de café caliente en la nevera para que se enfríe—. No soy una Barbie rubia sin cerebro.

—No he dicho eso.

—No ha hecho falta. Esa mirada estupefacta ha hablado por ti. La mayoría de la gente lo cree y parece que tú también.

Mi expresión se suaviza. No pienso eso ni de coña, pero es guapísima y mentiría si dijera que no fue eso lo primero que pensé de ella.

—Creí que te gustaban más las flores que las plantas. —Intento cambiar el tono de la conversación, pero no me sale demasiado bien. En cierto modo, aunque sea ella la que se ha apoderado de mi apartamento, soy yo el que se siente mal.

—Sí, me gustan más, pero por lo general requieren más cuidado. Con todo lo que viajo por trabajo, no siempre podría cuidar de ellas.

Me rasco la nuca.

—Tal vez yo... podría ayudarte a regarlas.

¿Qué estoy haciendo? La saco de la cama para que mi casa vuelva a la normalidad y aquí estoy ofreciéndome para regarle sus putas flores.

Pero necesito que me haga un favor y esta mañana me he pasado con los gritos.

—¿Harías eso? —Se endereza cuando un rayo de esperanza la ilumina.

¡Buena la he montado! Pero no puedo echarme atrás cuando se pone así.

—Claro —digo, encogiéndome de hombros.

—¡Gracias, Ryan! Llevo años sin poder tener flores frescas en casa. ¡Qué emoción! Hay un puesto precioso a pocas manzanas de aquí. ¡Iré hoy mismo!

Lo pillo. Sé leer entre líneas. El gilipollas con el que vivía antes no se ofreció para cuidarlas mientras ella trabajaba, por eso no podía tenerlas.

Que te den, tío. Para mí, la infidelidad te hace perder muchos puntos y pasas automáticamente a la categoría de irredimible. Y quizás por eso estoy haciendo cosas que dije que nunca haría, como permitirle a esta chica que se quede en mi casa y hacerle la vida lo más agradable posible.

Me afecta lo mal que lo ha tenido que pasar y, si tener unas flores la va a hacer feliz, pues acabaré convirtiéndome en un puto manitas de la jardinería.

¿Cómo habrá conseguido convencerme para que lo haga?

—Tendrás que enseñarme cómo se hace.

—Claro que sí. —Asiente con entusiasmo y da la vuelta a la isla para salir a mi encuentro. Se me echa al cuello y me da un achuchón apretando su cuerpo contra el mío.

Me quedo con los brazos pegados a los lados cuando me estrecha más fuerte, sin permitir que me zafe de su agarre. No estoy seguro de querer que me suelte. Por sorprendente que parezca, este gesto me calma; hace un rato que se me ha pasado el ataque de nervios por los cambios que había hecho en mi entorno. Hace una eternidad que nadie me toca y sé que esto es platónico y no es más que un abrazo, pero había olvidado lo a gusto que se siente uno al sentir el contacto una mujer.

—Devuélveme el achuchón, Ryan —le susurra a mi hombro.

Con sumo cuidado, pongo las manos en su espalda y la envuelvo. Pero parece que no es suficiente reciprocidad porque sigue sin soltarme.

Acerco mi mejilla a la suya y la deslizo hacia su cuello hasta que su pelo rubio me cubre como una cortina. Un suave aroma tropical, tal vez de coco, me invade por completo y, mientras inhalo, le paso las manos por la cintura y acerco su cuerpo al mío.

Entre nosotros hay dos picos que oprimen la parte superior de mi estómago y su inesperada excitación se me contagia de nuevo.

Indy es alta para ser una chica y es un peligro que el bulto de mis pantalones repose en el vértice de sus piernas. Sé que lo está notando, pero no se retira.

Dios mío, soy patético. Estoy tan sediento de roce humano que con un puto abrazo ya me empalmo.

—¿Cómo demonios has conseguido que acceda cuando en realidad te he despertado con la intención de que quitaras tus mierdas del salón? —le susurro.

Se aparta de mí y, al instante, echo de menos nuestro contacto físico.

—Es por ese lado encantador que tengo.

Ojalá estuviera en desacuerdo.

—Si quieres que quite las cortinas y las plantas y me lleve la manta a mi cuarto, puedo hacerlo. Anoche estuve leyendo en el sofá y me la dejé allí. Lo siento.

Sigue dando vueltas por la cocina. Saca huevos y beicon de la nevera, y también fruta variada que dejó la otra noche. Coge mi taza de la cafetera y me la pasa con una sonrisa luminosa, como si no la acabara de despertar a gritos.

—Por cierto, buenos días.

—Estás animadísima para ser alguien que afirma no ser madrugadora.

—Es que, si dejo que el mal humor se apodere de mí cada vez que me molestas por la mañana, nunca volvería a ser feliz. —Se vuelve para cascar unos huevos en una sartén, mientras añade unas lonchas de beicon.

Me siento en la isla de la cocina intentando que se me baje la erección mientras la miro.

—Creí que eras vegetariana.

—Y lo soy. Pero tú no y te estoy haciendo el desayuno.

—No tienes por qué. Te he despertado a gritos. —Me paso la mano por la cara—. Sé cuidar de mí mismo.

—Estoy segura de que sí, pero a mí me gusta cuidar de la gente. Soy así. —Me sonrío por encima del hombro.

Joder, qué guapa es.

Me quedo sentado en silencio bebiendo el café mientras ella prepara el desayuno. Si soy sincero, quería ser yo quien se lo preparara. La última vez parecía impresionada y me puso cachondo verla desayunar tan a gusto.

—Las cortinas pueden quedarse donde están. También las plantas, los cojines y la manta. Pero haz el favor de quitar los hombres desnudos de mi estantería.

La espalda le tiembla porque le entra la risa.

—Trato hecho. Aunque podrías aprender un par de cosas de mis «novios cachas». Ya de por sí tú también tienes ese aire misterioso y...

—... y demoledoramente apuesto —termino por ella.

Me pone el desayuno delante con una sonrisa de complicidad en los labios. Se sienta a mi lado y mentiría si dijera que no me gusta compartir una comida con ella, pasar la mañana juntos. Por supuesto, seguro que sentiría lo mismo con cualquier otra persona, pero admito que por una vez es agradable tener a alguien en casa.

—Hablando de novios... —empiezo a decir con precaución.

—Por favor, dime que has solucionado lo de tu *general manager*.

—No del todo.

—¡Ryan! —Ladea la cabeza por la desilusión y, cuando pone los ojos en blanco, la encuentro

encantadora que te cagas.

—Te llamó tres veces mientras nos íbamos. Es como si estuviera poniéndome a prueba para ver si es real.

—¿Porque no lo es! —Indy esconde la cara en las palmas de sus manos—. Ha sido muy mala idea. Va a ser diez veces peor cuando más tarde averigüe que le has mentido.

—No lo va a averiguar.

—Ah, ¿no? —Indy se ríe sin dar crédito a lo que oye—. Cuando nos vea juntos, se dará cuenta de que es mentira.

—Se me da genial actuar en público. Por favor, Blue, ayúdame a salir de esta.

Se mete una fresa en la boca y mi atención recae en sus labios rosas.

—Para alguien a quien le gusta mantener siempre el control, suena precioso cuando me ruegas algo.

Le lanzo una mirada penetrante.

—¿No puedes encontrar a otra que haga de tu novia falsa? O mira, tengo una idea: ¡échate una de verdad!

—Ni me fío ni salgo con nadie. Y desde luego no podría fingir haciéndole creer a una pobre chica que va en serio. No puedo engañar a nadie de ese modo. A ti en cambio no te estoy engañando porque entre nosotros nunca habrá nada.

—Vaya, qué claro lo has dejado. —Aparta la atención de mí—. No puedo. Tengo trabajo.

—Para el banquete de otoño estás aquí. Todos los equipos de Chicago estarán en casa.

—Tengo un segundo trabajo. Esa noche curro.

—¿Un segundo trabajo de qué?

—Una cosa de estas de coche compartido. Me encaja a la perfección con el horario de los vuelos. Cuando no me voy de viaje, puedo trabajar.

—No, Indy. Eso es... Eso puede ser peligroso.

—Qué va. —Pone los ojos en blanco—. Necesito ese dinero extra y, además, voy hablando con la gente toda la noche en mi coche. Es como un sueño hecho realidad.

Como no es el momento de exponerle todas las razones por las que creo que no le conviene dedicarse a eso, le propongo:

—Te pagaré lo que ganarías esa noche.

Hace una mueca de burla.

—No pienso dejar que me pagues por ser tu novia. No soy una prostituta. —Se levanta del taburete y me abandona.

Mierda. Está claro que no debería haberle ofrecido eso.

La rodeo por la cintura para detenerla y suavizo el tono:

—¿Qué puedo ofrecerte?

—Nada. No es que no quiera ayudarte, sino que no puedo. Aparte de que necesito el trabajo, eres famoso, Ryan. Famosísimo.

—Y te preocupa salir en los titulares. —Seguro que es por eso. Vio por lo que tuvo que pasar mi hermana hace un año.

—No, no es nada de eso, de verdad. Creo que sería divertido, pero acabo de salir de una relación de seis años. Si él se entera...

—Pues que piense que estamos juntos. Que le vayan dando a ese tío.

—No me refiero a eso.

El silencio se instala un momento entre nosotros, antes de que se fije en que la estoy agarrando por la cintura. No se mueve durante un rato y tengo que contenerme para no tocarle con el pulgar

la suave piel del interior.

Se aparta de mí y, al instante, me arrepiento. Pero, ¿qué coño estoy haciendo?

—Dentro de poco voy a coincidir con él en la boda de unos amigos. —Coge la invitación del frigorífico y me la pasa por la isla—. Tengo que centrarme en encontrar a un acompañante de verdad y no en ser la supuesta novia de alguien. No quiero salir en una foto contigo esa noche y luego presentarme en la boda con otro tío. Cualquier otro quedaría a la altura del barro al lado de la superestrella de la NBA Ryan Shay.

Me llevo la mano al pecho.

—Gracias por el halago, Blue.

—Hablo en serio. Ya me estoy viendo como el hazmerreír de mis amigos.

—¿A qué te refieres?

—A nada. —Menea la cabeza mientras vuelve a pegar la tarjeta en la nevera—. Mira, estoy tan jodida desde lo de Alex que ahora mismo ni siquiera puedo pensar en otra relación o tal vez no podré ya nunca, y no sé si seré capaz de fingir. Lo siento, pero no puedo ayudarte.

No sé por qué le digo lo que le voy a decir. Quizá porque hace pucheritos con los labios y veo tristeza en sus ojos y me temo que se va a echar a llorar en cualquier momento. O tal vez sea porque me repatea pensar que su ex dé por hecho que va a salir victorioso de la situación. Pero el caso es que, antes de pensármelo con calma, brota de mis labios una pregunta:

—¿Cuándo es la boda?

—¿Por qué? —dice en un tono de desconfianza.

—Limítate a contestar a la pregunta.

—El dos de febrero.

Saco el móvil y consulto la agenda. No hay ningún partido, ni fuera ni en casa. Tengo entrenamiento, pero me lo puedo saltar.

—Yo te acompañaré.

Hace una pausa antes de estallar en una sonora carcajada que le sale del alma.

—¿Qué tiene eso de divertido?

—Tú —dice, respirando hondo—. Has estado muy gracioso.

Espero a que se calme de una puta vez.

—No es broma.

Después del ataque de risa, se le queda una amplia y radiante sonrisa.

—Sí lo es.

—Cógete la noche libre. Sé mi acompañante en el banquete de otoño y yo seré el tuyo en la boda. Intenta fingir lo mejor que puedas. Así este acuerdo será beneficioso para los dos. Si el gilipollas de tu ex lleva a una chica, no pienso dejar que vayas sola por nada en el mundo.

Cuando se da cuenta de la situación, deja de sonreír.

—Ahora estás hablando en serio. Ryan, una cosa es mentirle a tu *general manager* y otra muy distinta a mis amigos de toda la vida. Me conocen demasiado bien. Sabrán que estamos fingiendo.

—Bueno, pues entonces tendremos que practicar. Si todo va bien, Ron y Caroline Morgan nos invitarán a sus cenas familiares.

Con un aire de incredulidad, Indy se echa hacia atrás en el taburete que está a mi lado.

—Lo estás diciendo en serio.

—Sí.

Se queda callada, muy quieta. Casi puedo ver las ruedas que dan vueltas en su linda cabeza de pelo rubio.

—Me importa un bledo cómo se llame, pero ¿le gusta el baloncesto?

—Alex, y sí. Sus amigos y él son muy aficionados al baloncesto. Casi se le va la olla cuando se enteró de que yo era amiga de tu hermana.

Muy típico. Desprecio a quien piensa que Stevie es una puerta abierta hacia mí. Por culpa de mi carrera, ella lo pasó fatal hasta que conoció a la rubita que tengo sentada a mi lado, a la que le importaba un carajo en qué trabajaba yo. Pero sabiendo que su ex es fan mío, lo de fingir que soy su novio me va a resultar muy divertido.

—Borra esa sonrisa maliciosa de tu cara —me dice y me aparta la cara con un gesto juguetón.

—No puedo. Esto se va poniendo interesante.

Intenta ocultar la sonrisa cuando pone los ojos en blanco, pero sé que ya está en el ajo. Ya la tengo.

—Indy, por favor. Hoy por mí, mañana por ti. Seré el mejor novio falso que has tenido nunca.

—El único.

—¿Eso es un sí?

—Es un tal vez. —Se toquetea las sienes con la punta de los dedos—. Iré a ese banquete contigo a modo de prueba. Luego el resto ya lo iremos viendo.

—Trato hecho.

—Pero necesitamos unas cuantas reglas básicas.

—¿Por ejemplo?

—Qué vamos a hacer cuando llegue el inevitable momento en que caigas rendido a mis pies. ¿Te dejo colgado o explota todas las nuevas emociones que vas a sentir cuando te des cuenta de que estás enamorado de mí?

Me echo a reír con ganas.

—No tienes que preocuparte por eso. Ni por la parte emocional ni por la parte del enamoramiento.

Suspira con un aire teatral.

—Eso dicen todos.

—Entonces, ¿quedamos en que tú eres mi novia falsa?

—No tan deprisa. Si voy a considerar llevarte a esa boda, antes tendré que convertirte en uno de mis «novios cachas».

Levanto una ceja.

—Es fácil, ya verás. ¿Sabes hinchar las fosas nasales cuando te cabreas?

Por poco se me atraganta el desayuno.

—¿Qué?

—Si me ves al otro lado de la habitación hablando con otro hombre, necesito que me mires fijamente hinchando las fosas nasales. O que aprietes los molares y se te note en la mandíbula.

—Blue...

—¿Sabes gruñir?

—¿Qué dices?

—No sé muy bien cómo suena eso, pero a todos mis novios cachas se les da muy bien gruñir. Ah, ¿y sabes oscurecer los ojos?

—¿Oscurecer los ojos?

—Sí. Cuando finges estar muy enfadado, ¿sabes oscurecer los ojos?

—No, no sé qué coño es eso. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

—De mis libros de tíos cachas. No odies mis libros. Podrías aprender dos o tres cosas de ellos. Y son mucho más entretenidos que tus libros masoquistas.

No puedo contener la risa.

—¿Crees que mis libros de autoayuda son para autoinfligirme daño?

Vuelve el taburete hacia mí.

—Sin la menor duda. ¿Hay alguien que de verdad disfrute leyendo esa basura?

—No odies mis libros de autoayuda.

—Bueeeno, vale. Pero, si alguna vez quieres saber cómo hacer que una mujer se corra tres veces seguidas, deberías leer los míos.

Hace una eternidad que no lo pruebo, pero nunca he tenido problemas para hacer que una mujer se corra.

Vuelve a dar la vuelta a la isla y saca una libreta y un bolígrafo del cajón.

—Vamos a hacer una lista de las cosas que tienes pendientes. Si haces lo que pone en la lista, te llevo a la boda —dice mientras escribe—: «Cómo llegar a ser un novio como los cachas de mis libros».

—No creo que necesite una puta lista para convertirme en un novio pasable.

Me ignora. Escribe una columna de números en el lado izquierdo de la hoja.

—Estupendo. Entonces yo también voy a hacer una lista de cosas que tienes pendientes tú.

—¿Yo? —Se ríe incrédula—. Me he tirado casi toda la vida emparejada. Creo que domino el asunto.

—Vale, pero ¿tienes idea de cómo estar sola?

Se pone seria.

—¿Qué?

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste sola sin nadie de quien ocuparte?

—¿Eso qué importa?

—No te estoy juzgando. Es una pregunta simple. ¿Cuándo fue la última vez que solo tuviste que pensar en ti?

—Eso no tiene nada que ver con nuestro acuerdo.

Por lo general, Indy muestra un comportamiento confiado y seguro, pero ahora ha cambiado, muestra su vulnerabilidad. Aparta la vista de mí, sus ojos castaños recorren la pared eludiendo mi pregunta.

—Ind...

—Nunca, ¿vale? Nunca he estado sola.

Me lo imaginaba. Por un lado, está su constante deseo de estar acompañada y, por otro, su relación de seis años, que más bien parece un asunto de toda la vida y no solo de los seis años de noviazgo oficial.

Tiendo la mano con impaciencia hasta que, a regañadientes, me da una hoja de papel y otro boli.

—Yo también voy a hacer una lista de las cosas que tienes pendientes.

Cuando le pongo un título y se la paso, dibuja una leve sonrisa.

—«Primero de mujer Indy-pendiente» —lee, levantando una ceja a modo de interrogación.

—Ya sabes cuánto me gustan mis libros de autoayuda.

Se relaja un poco, lo cual mitiga la tensión entre los dos.

—Tú me puedes enseñar cómo estar con alguien y yo a ti cómo estar sola. O al menos cómo darte prioridad a ti misma.

—Vale —se muestra de acuerdo al final—. Me parece justo.

Los dos nos ponemos a hacer la lista del otro, cada uno por su cuenta.

La mía es bastante simple: hacer todos los días alguna tarea sola. «Sal a cenar sola». «Vete a

ver sola alguna película a la que le tengas muchas ganas». «Compra solo las cosas que quieras comer cuando vayas al súper». «Duerme sin apilar cojines al otro lado del colchón para engañarte a ti misma y creer que no estás durmiendo sola».

Lo último puede mosquearle, porque se dará cuenta de que lo he visto esta mañana cuando ha abierto la puerta de su dormitorio, pero le vendrá bien algo de sensatez.

—Ya está. —Levanta la vista de su lista toda orgullosa.

Le paso la mía por la isla de la cocina y la cambio por la suya.

La lista de Indy para mí empieza de una forma bastante razonable: «Bailemos juntos una canción lenta». «No te incomodes por un roce casual». «Planea una cita (en público)».

—¿De verdad hace falta el paréntesis?

—Sí, conociéndote, eres capaz de planear una cena en esta misma isla de la cocina para que no tengamos que salir de casa.

Vale, me conoce mejor de lo que yo creía. Vuelvo a la lista: «Muéstrate un poco celoso».

Estoy convencido de que mostrar los celos no va a ser un problema; mantenerlos en secreto, sí.

El último punto dice así: «Bésame».

—Indy, lo del final...

—No es negociable. No pienso presentarme en esa boda sin que me toques ni me beses una sola vez. Puede ser solo un pico en los labios, pero todo este asunto no va a ser creíble sin mostrar un poco de afecto en público.

Niego con la cabeza.

—No me siento cómodo aparentando intimidad.

—Ryan, es solo un beso. No significa nada.

—Para mí sí. Esa parte no la voy a fingir.

Menudo bochorno: un tío de veintisiete años negándole a una mujer impresionante el beso que le pide. Pero no puedo hacerlo como una exhibición. Ese no sería yo.

—Está bien —se resigna—. Nada de besos.

Aparto la mirada porque me siento incapaz de seguir manteniendo el contacto visual.

—Gracias.

Se aclara la garganta.

—¿Cómo sabías lo de los cojines?

Cuando alzo la vista, me la encuentro mirando fijamente la lista que le he hecho.

Señalo con el pulgar por encima de mi hombro en dirección a su cuarto, le digo:

—He visto tu cama.

—No he dormido sola durante seis años. Lo paso fatal en una cama vacía. En los hoteles hago lo mismo.

—Puedes tacharlo. —Le tiendo la mano con la intención de recuperar la lista.

—No. —Aleja el papel de mí—. Tienes razón. Necesito quitarme la manía. Ahora mi vida consiste en dormir sola. Tengo que acostumbrarme a no hacer una montaña de cojines para engañarme a mí misma.

Coge las dos listas y las cuelga del frigorífico, al lado del contrato de alquiler. Los tres papeles garabateados a mano dan buena cuenta de nuestra extraña relación.

Los examina ladeando la cabeza.

—Mucho ojo, Shay. Soy una novia cara, aunque sea falsa, no lo puedo remediar.

—Entonces, supongo que vendrá bien el dineral que tengo.

Golpea la encimera con un aire juguetón.

—¡Esa es la respuesta que yo quería oír!

Cojo los platos y me pongo a lavarlos en el fregadero.

—¿Alguna vez dejas los trastos sin fregar un minuto? No tienes por qué hacerlo nada más usarlos. Conviene relajarse, Ryan.

—Me gusta tener un espacio ordenado.

—¡Venga ya! —Se queda un momento callada y noto que me está observando—. ¿Por qué no sales con nadie? Podrías tener a la chica que quisieras con ese aire protector tan sexy. Además, cocinas y friegas.

Sin decir nada, hago una pausa con un plato en la mano mientras el agua del grifo sigue corriendo. A Indy no le ha costado nada decirme exactamente lo que piensa de mí, pero oír que me considera sexy suena distinto. Puede que sea porque, como estamos empezando a conocernos y a vivir juntos, sus palabras adquieren más peso. O también porque yo analizo demasiado a la chica que tengo al otro lado de la isla, de cuya compañía disfruto más de lo que soy capaz de admitir.

—Ahora mismo no saco tiempo para eso. De momento, tengo cosas más importantes que hacer.

—¿O sea que más adelante sí saldrás con alguien?

—Tal vez cuando me retire. No estoy seguro. No he pensado demasiado en ello.

Mentira. Mentira podrida. Llevo años sopesando mi decisión. Si alguna vez vuelvo a abrirme en ese sentido, será cuando me retire. Cuando solo sea una nota a pie de página en los libros de historia. Será cuando pueda salir de casa y no sentirme como un animal expuesto en el zoológico. Cuando lo único que quieran de mí sea yo mismo.

Pero eso sería solo en el supuesto caso de que vuelva a abrirme.

—Eso espero —dice con suavidad—. Serías bueno y harías feliz a alguien. Estoy segura.

La parte desconfiada que hay en mí se pregunta por el significado oculto de sus palabras. ¿Querrá decir «porque ganas una pasta gansa y eres tan famoso que cualquier tía se moriría por estar en tus brazos»? Sin embargo, hay algo en la dulce sonrisa de Indy, mientras me mira cómo friego los platos, que despierta en mí el deseo de creer en mi instinto. Seguramente se refiera a que yo, como hombre, como una persona normal y corriente, podría hacer feliz a alguien. ¡Cuánto tiempo llevaba sin permitir que ese pensamiento invadiera mi mente!

8

Indy

Compi de piso: *¿Tienes algún vestido para ponerte mañana por la noche? Estas cosas suelen ser medio elegantes.*

Está claro que Ryan todavía no me conoce muy bien, porque tengo un conjunto para cualquier posible acontecimiento de la vida.

¿Para una invitación a una boda? Por supuesto.

¿Para un funeral? Afirmativo.

¿Una comida para recaudar fondos con los mejores equipos de Chicago? Claro que sí.

También tengo un conjunto para una tarde que pase, por ejemplo, en una librería recorriendo las estanterías, y de repente se me acerque por el pasillo un hombre guapísimo, me mire, me sonría tímido y coja el mismo libro que sostengo yo en mis manos. Hasta para eso tengo un modelito.

Me encantaría comprarme un vestido nuevo, pero hoy por hoy debo atenerme a un presupuesto limitado.

Yo: *Estoy segura de que tendré algo en el armario.*

Compi de piso: *Pues yo estaba a punto de brindarle a mi costosa novia la oportunidad de coger mi tarjeta de crédito y darse una vuelta por ahí.*

Yo: *Ahora que lo dices, estoy casi segura de que he perdido toda mi ropa en la mudanza.*

Compi de piso: *Qué raro, porque la puerta de tu dormitorio sigue sin poderse cerrar por la cantidad de vestidos que hay en el suelo.*

Yo: *¡Ah, es ahí donde han ido a parar! Has tenido suerte. Por esta vez te libras.*

Compi de piso: *Estupendo. Oye, Blue, tengo que contarte una cosa.*

Ay, madre. ¿Qué habrá pasado? Por mi cabeza desfilan infinitas posibilidades. Que le haya ocurrido algo a Stevie. Que tengo que mudarme. Que ha encontrado a otra y que la prefiere para que haga de su novia falsa.

Esto último lo he pensado más de una vez esta semana, que Ryan cambie de opinión y que nuestro acuerdo se vaya al garete. Porque, siendo completamente sincera conmigo misma, quiero que esto funcione. Me desesperaría pensar que tendría que aparecer sin pareja en la boda de Maggie y ver a Alex con la otra del brazo.

Yo: *¿?*

Compi de piso: *Se me han muerto tus flores.*

Mi pecho se desinfla con una extraña sensación de alivio. Qué dramático se pone a veces, pero le seguiré el juego.

Yo: *¡Ryan!*

Compi de piso: *¡Lo he intentado! De verdad que he intentado mantenerlas vivas, pero creo que las he regado demasiado y las he ahogado. Luego, cuando he bajado hoy al puesto de flores para comprar las mismas con la esperanza de que no lo notarás, resulta que no las tenían. Así que te he comprado unas que se llaman rudbeckia bicolor, que es el nombre más raro que se le*

puede poner a una flor.

Me van a estallar las mejillas de la sonrisa de oreja a oreja que tengo. La idea de que Ryan Shay, superestrella de la NBA, haya salido de su casa y se haya enfrentado a las calles de Chicago para comprarme otras flores porque se forzó tanto en mantenerlas vivas que las regó demasiado, me parece lo más encantador del mundo. Como si yo fuera una niña cuyos padres quisieran no herir sus sentimientos y creyeran que no iba a reconocer un pez de colores nuevo cada semana en la pecera.

Compi de piso: *Lo siento.*

Yo: *No te preocupes. También me gustan las rudbeckias bicolor. Gracias por intentarlo.*

Compi de piso: *Voy a calentar. Te veo en casa.*

Cojo mi libro de la mesilla de noche. Necesito uno de mis «novios cachas» ficticios para que me distraiga de la ilusión que me ha hecho eso de «te veo en casa» que ha escrito mi compañero de piso real.

Este es el tercer libro que he leído esta semana y no sabría decir qué aspecto tienen los protagonistas, porque a todos me los imagino como a Ryan: todos miden lo mismo que él, un metro noventa, tienen la piel un tanto oscura, ojos de color océano y una extraña manía por el orden doméstico.

No sé qué está pasando. Sí, me atrae, siempre me ha atraído, pero esta semana se ha infiltrado en mi mente más de lo que debería.

Tal vez sea la perspectiva de aparentar que somos una pareja o el simple hecho de vivir juntos lo que esté provocando que me vengan a la cabeza esas fantasías irreales, pero lo más probable es que el culpable sea el abrazo que nos dimos en la cocina la semana pasada, cuando noté su bulto ahí abajo.

La tenía dura. Cuando lo estreché, se puso cachondo.

Pero, bueno, es que estoy reprimida y frustrada por que Alex haya sido el último hombre con el que he estado. El único hombre con el que he estado. No he echado un polvo desde hace casi siete meses y, claro, pasa lo que pasa. Estoy viviendo con un hombre impresionante, alto, atlético y que se maneja a las mil maravillas en la cocina. Lo raro sería que no me rondaran esos pensamientos.

Ya se me pasará. Lo que necesito es saber cómo coño distinguir entre el sexo y el amor. Hasta ahora nunca he tenido que hacerlo, pero todavía estoy tan dolida que mi corazón ya no tiene nada que ofrecer. El cuerpo me recuerda a todas horas que hay algo que no va bien. Que he cumplido veintisiete años y llevo siete meses sin tener un orgasmo. Estoy rota en más de un sentido y me desespero por demostrarme a mí misma que no lo estoy.

Un partido nocturno normal en la Costa Oeste, supone que esta noche volvemos muy tarde a casa. Ryan está en la Costa Este, de modo que su partido empieza dentro de un cuarto de hora. De repente, la idea de ver en la pantalla cómo le gotea el sudor por el cuerpo me parece la única solución posible para pasar el rato hasta que tenga que salir de la cama y ponerme el uniforme de trabajo.

Tras una breve búsqueda, aparece en la televisión de mi cuarto. El número cinco está en un rincón de la pista durante el precalentamiento, con dos balones que rebotan en la dura madera con velocidad y precisión. Unas leves flexiones de sus manos sirven para que las pelotas cambien de dirección. Entre las piernas. Alrededor de ellas. A su espalda. Sus dedos largos y delgados controlan cada movimiento.

Precisión. Poder. Control.

El Ryan Shay vestido con la camiseta de los Devils se parece mucho más al tío con el que

estoy viviendo. Gobierna su espacio, no permite que nadie se acerque lo suficiente como para que le afecte. Pero ¿qué ocurriría si alguien pasara por allí y le quitara de la mano uno de esos balones? No tiene sentido. Sencillamente está calentando él solo, lejos de los otros jugadores. Pero me pregunto si se disgustaría por perder el control, como cuando quiso gritarme por haber cambiado algunas cosas del apartamento.

Estaba agotado y frustrado, pero fui capaz de calmarlo. Una descarga de victoria me inundó las venas cuando nos sentamos a desayunar juntos, cuando se ofreció para regarme las plantas mientras yo estuviera fuera. Y, al final, acabó consintiendo que pusiera un poco de color en su austero piso, y casi me atrevería a jurar que no odiaba tenerme allí.

Hace cinco minutos que ha empezado el partido y no puedo apartar los ojos de él. Sabía que era bueno por la fama que tiene, pues para algunos de sus fans es una especie de dios. Los fanáticos de Boston superan en número a los de Chicago, pero la mayoría de los que van de rojo y negro lucen su apellido.

Es asombroso, increíble. Dotado de gracia y serenidad. Aun cuando las jugadas no le salen como quiere o le pitan sin justificación, mantiene las emociones bajo control. En la pantalla parece pequeño, pero su talento y su habilidad sobresalen por encima de la competencia.

Es endemoniadamente sexy.

Ese es el tipo de control que me gustaría tener a mí. Todos los de la pista están pendientes de él. Crea las jugadas. Es el que manda. Me cuesta trabajo apartar la mirada.

Recibe una falta en un contraataque, pero aun así anota la bandeja. Con calma, serenidad y sosiego, se dirige hacia la línea de tiro libre y, cuando se levanta la camiseta para secarse el sudor de la frente, yo siento de todo menos calma, serenidad y sosiego. Se le hincha el pecho cuando coge aire. El sudor se le desliza formando pequeñas cascadas ondulantes hasta llegar a las hendiduras de los tensos abdominales. El mechón de pelo que oscurece la parte inferior del ombligo dirige mis ensoñaciones hacia más abajo.

Cuando veo cómo se le contraen los músculos del estómago, no puedo evitar imaginar cómo se contraerían si se cernieran sobre mí. Y cómo le temblarían los brazos al auparse encima de mí. ¿Mantendría también entonces el control o dejaría que yo se lo arrebatara hasta volverse loco y salvaje?

Tengo las cortinas echadas y la habitación a oscuras. La única luz que hay es el resplandor de la televisión. Nadie se va a enterar, estoy muy necesitada. Tengo que desahogarme para dejar de desear tanto al hombre que normalmente duerme al otro lado del pasillo. Tal vez así la abrumadora atracción que siento hacia él se desvanezca tan deprisa como llegó.

Deslizo los dedos por debajo de los pantaloncitos de algodón. Ya estoy caliente. Con el dedo corazón, me acaricio el clítoris, lo noto hinchado y necesitado. Estoy empapada por culpa de mi compañero de piso. Mientras giro los dedos, me imagino que son los suyos. Los que se mueven con tanta agilidad durante todo el partido. Con esas manos fuertes con las que me abrazó y me hizo sentir pequeña. Cómo deseaba que las bajara y me agarrara por el culo. Que me levantara y me llevara a su cama mientras yo le rodeaba el cuerpo con las piernas. Cómo me pesaría su cuerpo sobre el mío. Qué recias serían sus piernas entrelazadas con las mías, hundidas en el colchón.

«¡Santo cielo, qué bien se siente esto!».

Su cuerpo brillante por el sudor. Sus ojos verdes azulados, dilatados y oscuros, enloquecidos. Mis manos recorriéndole toda la espalda, mis dedos escarbando en su piel y en su pelo. Sus rubios cabellos tapándole los ojos, pegados a la frente.

«Espera. ¿Qué?».

Los ojos de color oceánico son reemplazados por otros castaños. Las puntas de los dedos encallecidas son sustituidas por unas manos suaves que no han trabajado un solo día fuera de una oficina. El pelo rubio reemplaza al de color castaño claro de Ryan, y mi cuerpo se convierte en el de ella.

Ya no estoy aquí. Me encuentro de pie en el umbral de la puerta, reviviendo el peor día de mi vida. Él dentro de ella en nuestra cama. Ella gritando su nombre, el cual me pertenecía. Y el ritmo y el tempo de él, tan perdido en ese momento que ni siquiera me oyó abrir la puerta de la calle ni me vio allí de pie mirándolo. Vi que ella se corría y ninguno de los dos se dio cuenta de que yo estaba allí. Me quedé de piedra, asustada, sin dar crédito a mis ojos, mientras contemplaba que el único hombre al que yo había amado llevaba a otra al orgasmo.

Se acabó. Ya ha pasado el momento. Ya no hay manera de recuperar la excitación que me habría llevado a correrme. Lo ha arruinado del mismo modo que nuestro futuro, nuestra historia, justo igual que ha jodido cada orgasmo que he procurado tener en estos siete últimos meses.

Cada vez que estoy a punto, me asalta esa imagen y se acabó. Ya no puedo hacerlo. Desaparece tan pronto como había llegado y, por su culpa, no me he corrido en estos siete putos meses.

9

Ryan

—¿Qué coño es un «lindo encuentro»? —Tomo asiento en el sofá del salón. Proyecto la voz para que Indy la oiga a través de la puerta de su dormitorio y de la música atronadora.

—Es cómo se conoce una pareja. Por lo general, se trata de una anécdota encantadora. Por ejemplo, dos correas de perros que se entrelazan alrededor de las piernas de sus dueños, así que no tienen más remedio que conocerse enfrentados cara a cara.

Menos mal que está en su habitación y no puede ver la mueca de grima que esbozo. Llevo un traje a medida, gemelos y un Rolex que parece fuera de lugar en comparación con la estúpida sonrisa que se me dibuja cuando mi compañera de piso de veintisiete años hace referencia a *101 dálmatas*.

—Creo que si alguien nos pregunta cómo nos conocimos, deberíamos contarle la verdad —decido—. Viniste a mi casa llorando, luego babeaste al ver lo guapísimo que estaba sin camisa en la cocina. Después me vomitaste en los zapatos. ¿Te parece lo suficientemente lindo?

Cambia la melodía, pero entre una canción y otra, Indy me pregunta:

—¿Te he dicho ya lo borde que estás hoy?

—Solo dos veces.

Ahora nos llevamos bastante bien, quizás porque tengo que confiar en que finja ser mi novia y viceversa. Por desgracia, esta semana solo nos hemos visto de pasada, entre sus viajes y los míos, así que nos estamos inventando la historia de nuestra relación cinco minutos antes de ir al banquete de otoño.

A través de la pared, me grita:

—¿Qué tal si les contamos que viste a la mejor amiga de tu hermana y al instante supiste que era la única? Yo te rechacé una y otra vez, pero, como tú me seguías como un perrito faldero, al final me rendí y te concedí una cita por pura lástima.

—Carece de realismo.

—Yo creo que la mayor parte de la gente se lo tragará. —Indy abre la puerta de su dormitorio—. ¿Qué te parece?

Lo primero que veo cuando pisa el suelo del salón son las uñas de los pies pintadas de lila y unas sandalias de tacón blancas. Admirado, recorro sus piernas doradas, aunque esta noche solo lleva una al descubierto gracias a la raja que le llega hasta el muslo, es un peligro. Un reluciente raso de color fucsia envuelve su cuerpo, y lo cierto es que no entiendo la mecánica de todo ello, pero el vestido le sienta como un guante y no se mueve de su sitio pese a estar sujeto por un solo tirante que le cruza el hombro.

Me pregunto a qué velocidad caería a sus pies revelando lo que lleva debajo si se soltara ese tirante.

—Ryan.

—Hmm. —Me fuerzo a alzar la vista para mirarla a los ojos.

—He preguntado qué te parece. —Se señala a sí misma con las manos.

Dios mío, contrólate.

Asintiendo con la cabeza, me levanto del sofá y me estiro el traje.

—Estás preciosa, Blue.

—Tú también estás muy guapo.

Se me hincha el pecho.

—Me he vestido regio y majestuoso para intimidar.

Da un paso hacia mí y, entre su altura natural y los centímetros añadidos de los tacones, tenemos los ojos casi a la par.

—Esto lo seguiremos trabajando para la próxima vez.

Tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para mantener las manos quietas, pues lo único que quieren es posarse en esas caderas. Me imagino lo suave que sería el raso al pasarle las palmas de las manos y lo pequeña que se sentiría ella bajo mi roce. Es la perfección absoluta, femenina y bellísima, pero somos compañeros de piso y ella es la mejor amiga de mi hermana. Solo podemos rozarnos cuando nos observe alguna mirada indiscreta. ¡Solo cuando haya miradas indiscretas observándonos!

Las uñas de color lila de sus manos, a juego con las de los pies, me enderezan la corbata y aprovecho para mirarla. Le brillan los párpados, se ha dado colorete rosa en las mejillas y lleva las pestañas más oscuras de lo habitual. Puede que sea mi punto de vista, pero, mientras me arregla la corbata, me parecen el marco perfecto para sus ojos de color whisky.

—Te has maquillado muy bien.

Levanta la cabeza y frunce el ceño con cara de mosqueo.

Señalo mi propia cara.

—El maquillaje. Te sienta muy bien.

—Eso suena raro.

—¿Por qué?

—Porque se supone que debes decirme que te gusto más al natural o algo por el estilo. Esa es la típica opinión de la especie masculina.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? No soy como los otros tíos.

Pilla el tono de cachondeo de mi frase cliché mientras pone los ojos en blanco y suelta una risita.

—A veces eres gracioso, Shay.

—¿A ti te gusta tu maquillaje? ¿Te ha llevado mucho tiempo hacértelo?

Sigue mirando la corbata, no a mí.

—Sí.

—¿Lo ves? Pues creo que debes saber que has hecho un buen trabajo.

Sus mejillas, ya de por sí pintadas de rosa, se sonrojan.

—Gracias.

—¿Cuánto mides? —digo en voz baja, porque está a pocos centímetros de mis labios.

—Uno setenta y cinco, y no, no me pienso poner unos tacones más bajos.

—¿Por qué iba yo a pedirte eso?

Aunque ya me ha enderezado la corbata, no aparta las manos de ella y sus dedos fingen seguir arreglándomela.

—Porque ahora mismo solo mido unos centímetros menos que tú.

—No me importa.

Miro hacia abajo y veo esas mejillas arreboladas de nuevo. A este paso, creo que debería haberle avisado de que no se pusiera nada de colorete esta noche.

—Deberíamos marcharnos. —Se dirige hacia la puerta y, por el camino, pesca su bolso

diminuto.

—Tu chaqueta —le recuerdo.

Se vuelve resuelta, exhibiendo su vestido en un tono fucsia resplandeciente.

—No me la voy a llevar. Para presumir, hay que sufrir, y este vestido luce más sin chaqueta.

Indy no ha dejado de tiritar en el breve trayecto que va del apartamento al coche. Le he ofrecido mi chaqueta, pero la ha rechazado diciendo que si la van a fotografiar de mi brazo tendrá que ser con ese vestido. No la culpo por llevarlo, pero voy a quedar como el culo por permitir que mi acompañante se congele con las bajas temperaturas nocturnas de Chicago.

—¿Estás preparada? —le pregunto, cuando enfilamos hacia el lujoso hotel que acogerá el banquete de otoño. Y, aunque la pregunta va dirigida a ella, en el fondo yo me estoy preguntando lo mismo.

Aparte de la cita con la que le hice un favor al *general manager*, no me han fotografiado con una mujer desde que me trasladé a Chicago, y ahora me estoy arrepintiendo de haberla metido en este embolado. Mi vida está continuamente expuesta y lo odio. Rara vez disfruto del anonimato, y ahora estoy a punto de robarle el suyo.

—Sí, creo que sí —dice. Al hablar, empaña con el aliento la ventanilla de atrás y se le queda la vista clavada en las hordas de fotógrafos que esperan fuera.

Me acuerdo de Stevie. La primavera pasada no pude protegerla del escrutinio de la prensa y todavía recuerdo con intensidad el peaje emocional que tuvo que pagar por ello. Era una chica normal y yo la mantenía alejada de los focos lo mejor que podía, pero desde que se corrió la voz de que Evan Zanders tenía novia, su vida se vio trastocada durante unas semanas.

Y estoy a punto de hacerle lo mismo a su mejor amiga, a propósito.

De todos modos, dudo que las especulaciones sobre mi vida amorosa tuvieran para mí la importancia que tienen para Zanders. Yo no soy un picaflor. Tampoco soy ostentoso. Nunca he hecho alarde de mi vida de soltero como solía hacer él, pero, de todas maneras, es demasiado arriesgado.

—Harold, da la vuelta —le digo a mi chófer—. Vuelve a casa, por favor.

Indy se vuelve hacia mí al instante.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedo dejarte salir ahí conmigo.

Inquieto, me paso las manos por los muslos mientras espero que Harold se desvíe y nos lleve de vuelta a casa.

Sin darse cuenta, ella me coge de la mano como si nos hubiéramos tocado y consolado cientos de veces en el pasado.

—¿Qué es lo que pasa?

Me quedo mirando su mano pequeña en comparación con la mía. Y, aunque tenga un espíritu audaz y valiente, también es suave y tierna. Tiene sentimientos. Un montón.

—Eres una persona normal, Blue.

Frunce los labios.

—Estás muy observador esta noche, Shay.

—Ser normal es algo muy especial. No quiero tener la culpa de que pierdas tu privacidad. Sobre todo por una tontería tan grande como es obligarte a hacer de mi novia falsa.

El chófer gira el volante para volver a la calle principal.

—Ni te atrevas a irte —dice Indy en tono áspero e imperioso, provocando que Harold busque nervioso mi mirada por el retrovisor.

Lleva cuatro años siendo mi chófer y nunca lo he visto cambiar tan rápido de lealtades como

en este momento, cuando la rubia que llevo a mi lado se permite darle órdenes.

La susodicha se vuelve hacia mí; la pecaminosa raja de su vestido se le sube y desenmascara sus doradas piernas.

—Entiendo que quieres que te deje solo y que estás preocupado por mí. —Me da una palmadita en el pecho—. Es un detalle precioso, dicho sea de paso, pero a mí me gusta la gente. Tengo muchas ganas de salir ahí afuera. No me estás forzando. Soy yo la que quiero ir.

—Indy...

—¿Qué es lo que te preocupa? Seguro que puede haber unos pocos titulares y tal vez salga mi nombre publicado, pero ¿qué importa? La cosa durará un día o como mucho dos. Cuando ahonden en mi vida, solo averiguarán que juego al trivial, que hago punto de cruz en mi tiempo libre y que leo libros obscenos. Nadie se preocupará por mí. No soy tú, Ryan. Es a ti a quien adoran. De modo que déjame que sea una mariposa social, porque me muero de ganas de llamar la atención.

El buen humor le ilumina los ojos de color castaño.

—¿Haces punto de cruz?

—A mucha honra.

—Eres como una abuelita. —Su sonrisa al oír esto hace juego con la de mis labios, ahora distendidos—. ¿Estás segura?

—No me he depilado e hidratado cada pulgada de mi cuerpo para volver a casa. Sí, estoy segura.

Miro de nuevo a Harold y asiento con la cabeza.

Acto seguido, mi puerta, que da a la acera de la calle, se abre. Me apeo mientras me abrocho los botones del traje y los flashes iluminan el cielo nocturno. Gritan mi nombre, las cámaras son cegadoras, pero cumplo con mi papel. Rodeo el coche hacia el lado de Indy y, cuando el portero se dispone a abrirle la puerta, se lo impido.

—Ya lo hago yo.

Asiente con cortesía y retrocede con las manos cruzadas a la espalda.

Abro solo una rendija con el fin de concederme un momento para comprobar que efectivamente se encuentra bien antes de someterse a la mirada del mundo entero. Luce una sonrisa entusiasta en sus labios con forma de corazón y los ojos de color miel le brillan de exaltación.

A mí me dan pavor estas noches cuando las encuentro en mi calendario; ella, en cambio, no podría estar más animada.

A mi espalda, los fotógrafos y los paparazzi se afanan por conseguir una foto, pero a mí no me preocupa ni impresionarlos ni convencerlos. No estamos haciendo esto para ellos. Solo tengo que procurar estar en plena forma cuando llegue el inevitable momento de encontrarnos con Ron Morgan.

Indy me agarra la mano y aparece una sandalia blanca de tacón que se posa sobre el suelo. Tal es la gracia y el encanto con el que sale del coche, que de nuevo me asaltan mis temores y preocupaciones.

Porque con lo guapísima y perfecta que está esta noche, nadie se va a creer que sea mi novia.

Las cámaras disparan sin cesar cuando pisamos la alfombra que conduce al hotel. Entrelaza los dedos con los míos de la manera más natural; yo, en cambio, no sé qué coño hacer. Como no he pensado lo suficiente en esta parte de la noche, me veo como siempre, con unas ganas locas de entrar a todo correr y dejar atrás todo el follón; pero no puedo meterle prisa a ella. No solo lleva esos taconazos, sino que además va llamando la atención de todo el mundo allá por donde pasa.

Yo la sigo rígido como una tabla e incómodo a más no poder. Esta chica es asombrosa; el espectáculo perfecto que está dando esta noche no tiene nada que ver con la versión que yo conozco de ella en casa. Y no sé cómo tomármelo.

—¡Ryan Shay, una foto!

—¡Aquí, Ryan!

—¡Ryan, mire aquí!

Mi acompañante se para en la alfombra y me obliga a detenerme junto a ella.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Sonríe a la multitud mientras habla entre dientes:

—Relájate y posa conmigo.

Me vuelvo hacia el batallón de fotógrafos, mientras ella me pone una mano en el pecho.

—Yo no poso —le digo en voz baja, procurando que no me oiga nadie.

—¿Quieres que se lo traguen o no? Si entras corriendo, no se lo van a creer.

Tiene razón. Ron ya estará pensando que miento. Si traigo a una chica diciendo que es mi novia y solo dejo que la vean un momentito delante de él, se va a dar cuenta.

Dentro de mi rigidez, al menos sonrío y dejo que Indy se apoye en mí.

—Rodéame con un brazo.

—No.

—Ryan... —me advierte, sin dejar de sonreír radiantemente. ¿Y cómo conseguirá hablar con esa claridad entre dientes? Parece una maldita ventrílocua—. No te vas a morir por tocar a una mujer. Rodéame con el puto brazo.

Inhalando hondo, estiro el brazo a su espalda y coloco la palma de la mano a una altura respetable, en el omoplato.

—Más abajo.

Desciendo un poco.

Noto la contrariedad y el fastidio que emana de su cuerpo cuando me coge la mano y se la coloca en la cintura. Arrima su cuerpo a mi pecho y se deja fotografiar.

¿Por qué coño se le dará tan bien esto?

—Bésame —murmura por lo bajo—. En la mejilla. En la frente. Me da igual.

—Ni hablar.

—Te he dicho que me bes...

Retiro la mano de su cintura y con ella me despido de la multitud.

—Gracias, chicos. Que paséis una noche estupenda.

Le doy la mano y tiro de Indy hacia el hotel, estoy deseando largarme de allí de una puta vez.

Ella suspira.

—Tenemos que ensayarle mucho más.

«Una hora más. Mantén una hora más la estúpida sonrisa de Ryan Shay. Sé el jugador de baloncesto que brilla como el oro una hora más. Todos los ojos estarán clavados en ti durante una hora más. Luego podrás irte a casa y relajarte».

Llevo veinte minutos repitiendo estas frases para mis adentros, mientras Indy y yo recorremos la sala saludando a los abonados de temporada, a los altos directivos y al resto de jugadores de los otros equipos principales de la ciudad que participan en la liga.

Otro señor cualquiera me da una palmadita en la espalda al pasar.

—Qué partidazo anoche, hijo. —Lo he visto en algunas celebraciones, es un forofo ricachón y estoy seguro de que ha pagado una pasta gansa por venir aquí esta noche.

Inclino un poco la cabeza.

—Gracias, señor.

Indy se vuelve y se planta justo enfrente de mí cuando el otro ya no puede oírnos.

—¿Por qué estás tan tenso? Te está permitido sonreír, ¿sabes? —Me pone las manos sobre los hombros y me los empuja hacia abajo—. Relájate y vamos a divertirnos. —Le brillan los ojos de exaltación mientras se adueña de la sala que nos rodea.

—No me puedo relajar cuando estoy en este tipo de sitios.

—¿Por qué no?

«Porque no me fío de nadie».

Pero antes de responderle, ironías del destino, reclama mi atención una de las pocas personas de las que sí me fío abriéndose paso hacia nosotros.

—¡Ryan Shay! —exclama emocionado, me estrecha una mano y me pone la otra en el hombro—. No me puedo creer que te pille en uno de estos eventos antes de que te hayas escabullido.

—Me alegro de verte, Kai.

Kai Rhodes es un buen tipo y un jugador de béisbol cojonudo. Empezó de lanzador para los Windy City Warriors y, la temporada pasada, firmó uno de los mayores contratos de la historia para las MLB o Grandes Ligas de Béisbol y su agencia lo trajo a Chicago. Como compartimos el mismo agente, este le ha conseguido un apartamento en mi edificio. No sabría explicar exactamente por qué me cae tan bien, pero es así.

No tiene ni pizca de maldad y creo que mi debilidad por él se debe al enorme cambio que se ha producido en su vida durante los últimos meses y a lo bien que ha asumido sus responsabilidades. El tío podría irse de juerga todas las noches, salir con quien quisiera y, sin embargo, se queda en casa cuidando de su hijo como padre soltero.

—¿Y quién es esta? —Estudia a la mujer que tengo al lado. No lo hace comiéndosela con los ojos, sino como diciendo con respeto: «Eres una de las mujeres más bonitas que he tenido el placer de ver».

He dicho que me caía bien, pero, si no deja de mirarla pronto, no tengo ningún inconveniente en retractarme de mis palabras.

Por desgracia, somos buenos amigos y no puedo reclamar derechos refiriéndome a ella como mi novia.

—Esta es Indy, mi compañera de piso. —Hago un gesto hacia ella, manteniendo una mano posesiva en la parte baja de su espalda.

Kai le da la mano, se la estrecha y los ojos le hacen chiribitas, como si acabara de encontrar a la futura madre de su hijo.

—Soy Kai, pero puedes llamarme As.

—¿As? Vaya, ¿a qué viene ese mote?

—Siempre he sido el mejor lanzador del equipo. Tengo buenas manos. El toque justo, por si sientes curiosidad.

Y esas «buenas manos» están todavía agarradas a las de mi falsa novia.

—Bueno, ya basta de tanto estrecharle la mano, tío. —Los separo poniéndome enfrente de la chica e impidiendo que tengan contacto visual.

Kai es básicamente un puto *golden retriever* con su buen aspecto, sus gafas de montura negra y sus sonrisas encantadoras. No necesito que le sonría así justo cuando yo no le sonrío lo suficiente.

Chasquea la lengua.

—Lo he pillado.

No sé del todo a qué se refiere, pero sabe que ella no está disponible.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí?

—Hasta cuando tenga que cumplir mis obligaciones contractuales. —Menea la cabeza—. Debo ir a casa para que se marche la canguro.

—Creí que habías despedido a la última.

—Lo hice. Pero contraté a otra, a la que seguro que también despido pronto.

—¿Tienes un niño? —La voz de Indy rebosa entusiasmo.

—Un chico —dice Kai radiante de alegría—. Max. Tiene ocho meses. —Saca el móvil como el papi orgulloso que es y va pasando infinitas fotos.

No lo culpo. Max es uno de los niños más majos que conozco.

—No tienes un niño. Tienes un bebé. —El tono de mi acompañante se torna suave y dulce cuando mira con una sonrisa radiante el móvil.

—Pues sí —suspira él—. Y está buscando una mamá.

—Virgen santa. —Suelto una carcajada—. ¿Por qué no intentas ser algo más sutil, joder?

El jugador de béisbol, que mide uno noventa y tres, esboza una sonrisita no tan inocente.

Al instante, Indy frunce el ceño preocupada.

—¿Dónde está su mamá?

Y, como sé lo emocional que es, dentro de dos segundos se le empañarán los ojos al saber que hay por ahí un bebé que no tiene mamá.

Kai me da una palmada en el hombro.

—Tu compañero de piso estará encantado de informarte, estoy seguro. Tengo que largarme de aquí a toda leche. ¿Os vais a quedar mucho tiempo?

Los dos miramos a nuestro alrededor.

—Una hora como mucho.

Kai se vuelve hacia la mujer que está a mi lado.

—Indy, ha sido un placer conocerte. Asegúrate de que nuestro chico se lo pase bien, ¿vale?

Dicho lo cual, veo que se desliza por la puerta lateral sin que nadie le vea y me da muchísima envidia.

—Ryan Shay, ¿tienes un amigo de verdad? —No respondo a la indirecta, pero noto que ella no le pierde de vista hasta que desaparece—. Cuéntame lo que sepas de ese Clark Kent del béisbol.

Pelo oscuro. Gafas de montura oscura. Alto. Da la talla a la perfección, por no mencionar que además es un tío simpático. Por mi propio interés, compruebo la expresión de Indy, pero parece que solo siente verdadera curiosidad.

—Compartimos agente. Se trasladó aquí la primavera pasada y entonces se enteró de que su ex tenía un bebé suyo cuando esta lo dejó en la puerta de Kai y se largó de la ciudad.

—Entonces, ¿es verdad que no tiene mamá?

Pongo los ojos en blanco.

—No te dejes engañar. Kai está encantado de cuidar del niño sin ella. Y Max podría tener la mamá que quisiera. Varias, pero Kai es muy protector. Quizás sea el tío más cojonudo del mundo, siempre y cuando no seas la canguro. Las despide un día sí y otro también, y eso que todas son buenas.

—¿Qué mierda de madre es capaz de abandonar a su bebé de esa manera? —A Indy le tiembla la mandíbula antes de mirar por encima de mi hombro con la respiración agitada—. Déjalo. Ahora toca fingir, novio.

Su sonrisa forzada se dirige a quien asumo que es mi *general manager*. Respiro hondo y me vuelvo.

—Señor Morgan. —Le tiendo la mano.

—Shay. —Me la estrecha antes de señalar a la mujer que tiene al lado—. Ya conoces a mi esposa Caroline, ¿no?

—Por supuesto. Me alegro de verla, señora Morgan. —Me vuelvo hacia mi acompañante. Alargo la mano sin saber muy bien qué cantidad de roce es apropiado o creíble y acabo dándole unos golpecitos en el brazo, como un alumno de secundaria temeroso de coger piojos—. Esta es mi novia, Indy.

La aludida me mira con los ojos entornados y, aunque ninguno de los dos nos conocemos demasiado bien, su mirada es inconfundible. Viene a decir: «La has cagado. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. ¿Tanto miedo te dan las chicas?».

Se obliga a sonreír de nuevo y le tiende la mano a Caroline.

—Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Siempre me ha caído bien Caroline. Es dulce y hace que Ron deje de ser tan intimidante. A su lado, el tío se ablanda como la masilla.

—Me encanta tu vestido —le alaba Indy el gusto.

—Y a mí el tuyo. Ese color fucsia es divino.

Las dos mujeres se ponen a charlar tan tranquilas. Yo intento meterme en la conversación, pero me distrae la penetrante mirada del hombre que me firma la nómina.

Ron me observa antes de que su mirada recaiga en el hueco que hay entre mi acompañante y yo. Es obvio que no está impresionado y mi lenguaje corporal está casi gritando que nunca jamás la he tocado, salvo por algún abrazo o pequeño roce inocente.

¿Hace calor? Yo tengo un calor espantoso aquí dentro. Tiro del cuello de la camisa intentando aflojarlo, pero la mirada de desaprobación del manager me quema por dentro. Ese pequeño gesto puede provocar que no salga ileso de la descomunal mentira que le he contado.

El hombre se gasta en mi sueldo una buena cantidad del presupuesto del equipo y todavía tengo que llevarlo a los *playoffs*. ¿Durante cuánto tiempo estará dispuesto a invertir en mí? ¿En qué momento apostará por un tío más joven que puede ser un diamante en bruto, pero costarle mucho menos que yo? Si averigua que este es un plan elaborado para caerle bien, imagino que esa opción no es nada descabellada.

La sonrisa de Indy es cálida y radiante mientras conversa con Caroline. Ni me mira ni interrumpe la charla, pero me quita la mano del cuello de la camisa y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Fuiste anoche al partido? —pregunta Caroline.

—No pude. —Indy cruza el otro brazo por su cuerpo y me coge la mano entre las suyas. No hace el menor esfuerzo, es luminosa: esto se le da de puta madre—. Estaba de viaje por trabajo, pero lo vi por la tele. Es buenísimo.

Vaya, ¿estuvo viéndome desde la habitación del hotel?

—¿Te gusta tu trabajo? Ir por ahí volando con los Raptors... Suena divertido.

—Me encanta, pero cuando estoy de viaje, echo de menos mi casa. —Me sonrío y lo encuentro dulce y encantador, pero sé que no es real. Sé que todo es pura apariencias, pero, coño, mentiría si dijera que esa sonrisa no ha removido algo en mi interior.

—¿Por casualidad estarás en la ciudad el martes que viene? —le pregunta Caroline a la mujer que está a mi lado—. Íbamos a cenar este fin de semana con Ethan y Annie, pero en el último minuto han invitado a Ron para dar una charla en su antigua universidad. Mañana nos vamos a Hanover, pero, si pudierais apuntaros la semana que viene, sería maravilloso.

—¿Hanover? ¿En New Hampshire? —pregunta Indy volviéndose hacia Ron—. ¿Fuiste a la universidad de Dartmouth?

Este arquea las cejas.

—Sí.

Ella asiente con un gesto de aprobación.

—Entonces, perteneces a la prestigiosa Ivy League.

Hay un leve y casi imperceptible respingo en los labios del hombre, pero para alguien como él es el equivalente a una sonrisa de oreja a oreja.

Indy consigue todo lo que quiere. Si empezara a hacer una lista de todas las cosas que le debo por esta noche, no terminaría nunca.

—Esa era la escuela de mis sueños.

Casi me parto el cuello al volverme para mirarla, antes de recordar que, siendo su novio y viviendo con ella, debería saber esas cosas.

—Es difícil entrar. Tiene un índice de aceptación muy bajo.

—Sí, eso es verdad. —A la chica se le apaga un poco la radiante sonrisa, pero enseguida se recupera.

En ese momento, caigo en la cuenta de lo poco que sé sobre esta mujer y lo mucho que desearía saber.

Se vuelve hacia Caroline.

—Siento haber cambiado de tema tan de repente. El martes que viene estaré en la ciudad y nos encantaría cenar con vosotros.

En la cara de Ron no veo el ceño fruncido, solo las arrugas tan marcadas de su piel, que sin duda se deben a su habitual gesto de desengaño. Pero nunca le he visto tan relajado, y eso es gracias a mi acompañante.

Por cierto, se está portando de forma exquisita. No se parece en nada a la chica caótica que lloraba en mi apartamento, y espero que sepa que aquí solo tiene que fingir nuestra relación, nada más.

—Es encantadora, Shay —me dice mi manager, y es la primera vez que me involucro en la conversación.

De pronto, adquiero plena conciencia de la situación. Indy ha llevado esto con gracia y confianza en sí misma; yo, en cambio, he estado todo el rato rígido como un palo y con los dedos tiesos por la tensión, mientras ella entrelazaba los suyos en los míos con toda naturalidad, sin el menor esfuerzo.

—¿Cómo os conocisteis? —continúa.

Mierda. Hemos hablado de eso. Sabíamos que surgiría esta pregunta, pero no acabamos de decidimos por una u otra versión.

—Nos... —empezamos los dos al mismo tiempo, pero me callo y la dejo seguir hablando porque me fío de su capacidad para sacarnos de este embrollo.

—Nos presentó su hermana.

Perfecto. Sencillo. Impecable.

Se me queda mirando y solo espero que sepa interpretar mi apreciación y gratitud.

—Oh, menuda mirada —maúlla Caroline—. Vaya par de tortolitos. Seguro que hay más cosas que contar, ¿no?

No tiene ni puta idea.

—Sí, las hay —le digo, aclarándome la garganta porque es la primera vez que hablo desde hace un huevo de tiempo. Paso el brazo por la cintura de mi acompañante y la arrimo hacia mí y

hablo sin apartar los ojos clavados en los de mi interlocutora—. Pero preferimos guardar los detalles en secreto.

Veo la expresión de alivio de Indy cuando por fin consigo hacer algo bien esta noche.

—Sois una pareja de lo más adorable. Indy, espero verte la semana que viene en la cena. Vamos a hacer algo un poco diferente.

—Me muero de ganas. Me ha encantado conocerte. —La aludida apoya la cabeza en mi hombro.

—Shay. —Ron extiende la mano para estrechar la mía y el poquito de incredulidad y desconfianza ha desaparecido por completo de su rostro. Seguro que sigue algo escéptico, como es natural en él, pero parece que se está planteando la posibilidad de que esto sea legítimo y no una mentira descarada.

Cuando se marchan, suelto una exhalación que llevaba un tiempo necesitando.

—Has estado increíble, Blue.

—Pues tú has estado fatal. Tenemos mucho trabajo por delante, si es que sigo considerando lo de llevarte a esa boda.

—Has de saber que puedes seguir siendo como eres mientras haces esto, ¿vale? No tienes por qué comportarte con tanta serenidad y perfección. Les vas a gustar de todas maneras.

Se encoge de hombros.

—Estoy acostumbrada a hacer de la novia cariñosa que siempre tiene algo oportuno que decir. Esa ha sido casi mi segunda naturaleza.

—No me puedo creer que todavía sigas aquí. —Ethan coloca otra copa de champán delante de su esposa, Annie, mientras habla conmigo—. Es la vez que más tiempo te he visto en una celebración de trabajo.

—Es porque tiene una novia impresionante que exhibir. —Annie señala con la copa de champán en dirección a Indy.

La encuentro en la barra rodeada de unos cuantos tíos de los Raptors. Luce esa sonrisa suya tan contagiosa, sus bonitos ojos marrones y ese lenguaje corporal de seguridad en sí misma. De repente, soy consciente de que trabaja con esos hombres cada vez que se va de viaje.

Dios mío, tienen que adorarla.

La tía no mentía. Sí que es una mariposa social y de pronto noto que me da un poco de envidia su habilidad para ser tan abierta.

—Es un paripé, Ann.

—Lo sé, lo sé —dice, desentendiéndose de su marido—. Pero una mujer puede soñar e imaginar que Ryan tiene una novia real. Estaría en la gloria teniendo a alguien con quien charlar en los eventos del equipo en lugar de los ligues ocasionales que se traen tus compañeros.

—Siento estropear tus sueños, Annie. —Sonrío a mi copa de whisky mientras le doy un trago—. Hablando de quedarse hasta tarde, vosotros dos a estas horas por aquí... Qué padres más juerguistas.

—Tenemos canguro toda la noche.

—Y también hotel —añade Ethan, arqueando una ceja de forma sugerente.

—Así que dentro de nueve meses vendrá la cuarta hija. Lo pillo.

—¡Esperemos!

Annie le da un golpecito en el pecho.

—De eso nada.

—Ry, ¿has planeado ya la cena del equipo? —pregunta Ethan.

Me recuesto en la silla dándole sorbitos al whisky con aire despreocupado. De todo el equipo,

Ethan es mi mejor amigo y el tío con el que más me siento yo mismo.

—¿A qué te refieres?

—A la cena del equipo —repite—. El capitán del equipo la organiza cada dos meses. Y ya llevamos casi un mes en plena temporada.

—No me digas. Yo creí que íbamos a tu casa cada dos meses porque tu madre cocina genial.

Annie y Ethan se echan a reír. Los padres de Ethan llegaron a los Estados Unidos antes de que él naciera y su madre hacía un montón de auténtica comida coreana todos los meses para que el equipo se reuniera alrededor de su mesa y compartiera una comida. Ella fue la que me enseñó a preparar mi propio *kimchi* la temporada pasada. Es la única salida que de verdad echo de menos.

—No, tío. Eso forma parte de tus obligaciones como nuevo capitán del equipo.

—Joder, qué fastidio. ¿No podemos seguir haciéndolo en tu casa? Necesito la comida de la señora Jeong.

—Creo que avanzarás un buen trecho con los muchachos si planeas algo por ti mismo. Les sentará bien ver cómo eres fuera de la cancha.

—¿De qué estás hablando? Llevo cuatro años jugando con algunos de ellos. —Localizo a un grupo de mis compañeros de equipo reunidos en torno a una mesa alta charlando y riéndose—. Luego está Dom, con el que he estado jugando desde que acabé la carrera. Me conocen bien.

—Conocen al mejor base de la liga. Conocen al tío que ha batido el récord de asistencias en una sola temporada, pero no saben nada de ti como persona. Tú eres el que manda ahora, hombre. Tienes que conectar con ellos fuera de la pista.

—Hablas como Ron.

—Bueno, tal vez no iba tan desencaminado. ¿Quieres demostrarle que estaba equivocado? En la cena del equipo vas a tener tu primera oportunidad.

La idea de permitir que catorce tíos vengan a cenar a mi casa hace que se me ponga la carne de gallina. Ethan ha venido unas cuantas veces y Dom también se ha pasado alguna que otra vez, pero el resto de los tíos no ha venido nunca. No se lo he permitido.

A nadie excepto a Indy.

—Siempre que quieras serás bienvenido y podrás ir a comer a casa de mi suegra —me ofrece Annie—. Pero tráete a esa falsa novia tan mona que tienes.

—Ese secreto queda entre nosotros tres —les recuerdo—. Nadie se tiene que enterar. No me puedo arriesgar a que alguien meta la pata y llegue a oídos de Ron.

Sin decir una palabra, Annie hace el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

10

Indy

El camarero me prepara un gin-tonic mientras recorro el bar con la mirada en busca de Ryan, Stevie, Zanders o Rio. Bueno, de cualquiera. Me encanta tener compañía, anhele la conversación. Sí que soy una mariposa social, pero eso se debe en gran parte a que nunca he vivido sola y, a mis veintisiete años, me temo que no sabría cómo hacerlo.

El señor y la señora Morgan me saludan al pasar y espero que no les parezca sospechosa la ausencia de mi acompañante.

Si yo fuera ellos, me habría dado cuenta del embuste por la patética representación que hemos hecho de una falsa relación. Ryan ha estado muy torpe conmigo. Su gran momento de mostrar en público el afecto mutuo ha consistido esencialmente en hacer una especie de «choca esos cinco» con mi brazo. ¿A santo de qué venía eso?

Al principio de la noche, pensaba que lo íbamos a bordar. Cuando salí de mi habitación, al tío se le pusieron unos ojos como platos y se quedó boquiabierto. Y, mientras yo hacía como que le arreglaba el nudo de la corbata, que estaba perfecto, me hablaba en un tono suave e íntimo.

En ese momento, parecía que me deseaba, pero su manera de actuar cambió por completo en cuanto salimos del coche.

A mí, sin embargo, me resultaba de lo más natural cogerle de la mano y apoyarme en su pecho. Rezo para que el espectáculo que he montado fuera tan convincente para Ryan como para su *general manager*.

Porque la verdad es que me gustó.

Es muy frustrante la sensación de que estoy siéndole infiel a Alex, a quien he querido toda la vida, porque ahora, por primera vez, estoy disfrutando de la compañía de otro hombre. Mi ex se puede tirar a otra y, sin embargo, yo aquí sigo, tan fiel a esa relación y al amor que sentía por él que me dan como punzadas de culpabilidad solo por disfrutar de la compañía de otro hombre.

—Aquí está —dice Stevie, acodándose en la barra en el hueco que hay a mi lado.

Justo entonces veo a su mellizo al otro lado de la sala con unos señores mayores que están poco menos que embelesados con él. Tiene la espalda bien recta, asiente a lo que le estén diciendo. Su icono del baloncesto está aquí esta noche en persona.

—¿Te pongo al día de las novedades, Vee?

—No, gracias.

—Tu hermano está buenísimo y no me importaría nada que me follara ahora mismo encima de la barra. —Me acerco la copa a los labios sin apartar la vista de él.

—Podría haber pasado tan tranquila la noche prescindiendo de esa información.

—¿Ha sido siempre tan estirado o es así desde que me conoce?

—No te lo tomes como algo personal. Es así desde que lo seleccionaron, pero yo no sabía lo mal que lo pasaba hasta que me mudé aquí hace un año y lo vi de primera mano.

Los ojos de color oceánico se apartan del pequeño grupo apiñado en torno a la superestrella y me encuentran al otro lado de la sala, obsequiándome con una mirada sobrecogedora. Ryan puede ser severo y desagradable, pero con ese traje colma las fantasías de cualquier chica. Está

impresionante y hace que me ruborice cuando sus labios amagan una leve sonrisa antes de redirigir la atención a la multitud que tiene enfrente, como si necesitara comprobar dónde estoy antes de continuar la velada.

Esa sonrisa casi significa más porque no la veo a menudo en sus labios y puedo estar fantaseando sobre ese hombre cada momento que tengo libre al cabo del día, pero no hace falta que lo sepa nadie más.

En mi periferia, observo que Stevie deja de fijarse en su hermano para dirigirse a mí.

—¿Estás segura de que esto es una buena idea?

Vuelvo la cara hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—A fingir mientras estáis viviendo juntos. Me parece algo caótico.

—Bueno, las dos sabemos que odia el desorden —me burlo.

Ella se vuelve hacia la barra y yo sigo su ejemplo.

—Respondiendo a tu pregunta... —continúa—. No es que sea estirado de por sí, sino que es consciente de los innumerables ojos que lo observan esperando que en algún momento cometa un error. No muestra sus emociones con frecuencia porque quiere ponerse a salvo. Él y lo que representa.

No puedo imaginar esa necesidad de alterar tu vida, de contenerte para apaciguar a cuantos te rodean. No puedes entusiasmarte demasiado, pero tampoco ser demasiado solemne. No seas demasiado estoico, pero tampoco demasiado animado. Qué espanto tener que ir así por la vida.

«Podrías bajar el tono esta noche, Indy. A esos tíos no les gustan las mujeres que gritan».

«Son mis compañeros de trabajo, así que quédate sentadita y déjame hablar a mí».

«Estás preciosa, Indy. Lo único que necesitas hacer hoy es estar guapa».

Me vienen a la cabeza aquellas palabras de Alex, de modo que tal vez sí pueda imaginármelo.

El camarero nos interrumpe con una cerveza recién tirada en la mano.

—Esta corre de mi cuenta —le dice a Stevie, con una sonrisa que solo puede ser descrita como «capaz de derretir bragas».

Una mano tatuada rodea la cintura de mi amiga desde detrás.

—De eso nada. —La mirada venenosa de Zanders se dirige al camarero que pronto morirá—. Ni hablar, joder.

Al camarero se le pone la cara pálida.

—Perdona, tío. —Levanta las manos como rindiéndose y enseguida se pone a servir a otro cliente.

—Vaya, está visto que no te puedo llevar a ningún sitio —murmura su novio, mientras no deja de besarle el cuello.

—Ind, estás guapísima. —Zanders se vuelve hacia mí—. Es genial tenerte con nosotros en las celebraciones y no solo en el avión.

—Pues mírame bien, porque puede ser la única vez que me veas.

—No fastidies. ¿Es que vuestra supuesta relación ya está en las últimas? —Le suena el teléfono y lo saca mientras continuamos la conversación.

Su observación me ha pillado desprevenida. Por supuesto, Stevie le habrá contado que su hermano y yo estamos fingiendo, pero espero que no lo sepa nadie más que nuestro pequeño círculo. Cuanta menos gente esté enterada, más asegurada estará nuestra mentira.

—Tu chico casi me ha ignorado desde que hablamos con su jefe. Podría convertir a algún otro de estos atletas en mi novio real y estoy casi segura de que no se daría ni cuenta.

—Yo estoy segurísimo de que sí lo notaría. —El pecho de Zanders se infla con una carcajada

arrogante mientras me pasa su móvil.

Ryan: *Échale un ojo a Indy por mí. No tiene ni idea de que esos tíos se la están follando con la mirada por ese condenado vestido que lleva.*

Cuando lo localizo otra vez, me está dando la espalda mientras charla con más fans suyos. No podría creer que haya enviado ese mensaje si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—¡Índigo! —exclama Rio, a unos pasos de mí—. Estás...

No relleno el espacio que deja en blanco, sino que le doy un momento para que elija el calificativo. Es adorable, inquieto, joven, pero necesita un poco de asesoramiento en lo que se refiere a cómo abordar a las mujeres y hemos estado trabajando en ello.

—... buenís... —Ve la ceja levantada de Zanders.

—¿Buenísima? —le pregunto.

—Guapísima. Estás guapísima, Indy. —Se vuelve hacia mi amiga—. Y tú, Stevie, estás para echarte un polvo. Quiero decir que estás hecha una preciosidad. Seguro que todos los tíos están pensando en echarte un...

Le tapo la boca con la palma de la mano intentando no reírme.

—¿Acaso tienes ganas de morir? —le digo, cuando Zanders arquea una ceja amenazante.

Los ojos verdes de Rio brillan con picardía porque mete mucho la pata, aunque nunca lo hace con malicia. Disfruta metiéndose con sus compañeros de equipo, sobre todo a través de mi amiga.

—Era broma, de verdad. Pero ese vestido azul es precioso, Stevie.

—Gracias, Rio —contesta ella riéndose.

Zanders la envuelve con un gesto posesivo.

—Sí —murmura—. Y más bonito será cuando esta noche caiga al suelo de mi dormitorio.

—Venga, Rio. Vamos a bailar antes de que los Raptors pierdan a dos de sus mejores jugadores. El uno como víctima de un asesinato y el otro por pena de cárcel.

Rio y yo nos dirigimos a la pista de baile. Con un pequeño tirón de su muñeca me lleva hasta su pecho, desde donde le pongo una mano en el hombro. En la pista de baile cambia por completo. Me lleva con gracia y soltura, todo lo contrario a cuando aborda a las mujeres.

—¿Dónde has aprendido a bailar?

—Di seis años de clases de baile de salón. Lo creas o no, patinaba fatal. Tenía dos pies izquierdos, así que mi madre me apuntó a clases de baile para compensar. Al año siguiente, era el mejor patinador de mi equipo.

—Y, sin embargo, ¿seguiste bailando otros cinco años?

Me empuja y me recoge con pleno dominio de lo que hace.

—¿Sabes cuál era la proporción entre chicos y chicas? Tocábamos a muchas por barba.

Como siempre, me hace reír.

—Eso por un lado —continúa—. Y además, disfrutaba bailando.

Ladeo la cabeza con una sonrisa pensativa.

—Independientemente de que te hagamos pasar malos ratos, algún día alguien tendrá la suerte de dar contigo.

La piel aceitunada de Rio se tiñe de una tímida sonrisa.

—Gracias, Ind.

Nos quedamos en la pista de baile durante dos canciones, charlando y poniéndonos al día de las novedades. Esta noche me lo estoy pasando en grande. Aunque Ryan esté rígido como una tabla y aunque nos descubran, me ha divertido mucho ver a mis amigos fuera del trabajo. Ha sido bonito vestirme de fiesta, salir y mariposear entre la gente.

Pero, cuando el comienzo de la tercera canción empieza a llenar el espacio, a Rio se le quita de repente su sonrisa bobalicona y se le pone la cara seria.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Traga saliva y mira por encima de mi hombro mientras seguimos moviendo el esqueleto por la pista de baile.

—Estoy segurísimo de que tu falso novio está deseando matarme.

Me quedo quieta.

—Vaya por Dios. ¿Es que todo el mundo sabe que es falso?

—Stevie se lo contó a Zanders y este me lo contó a mí porque, Indy, me quedé flipando, hecho una mierda.

—Rio, tú y yo somos amigos. Ya hemos hablado de esto.

Echa la cabeza hacia atrás y dice en tono burlón:

—No estoy hablando de ti. Pensé que una de mis mejores amigas estaba saliendo con Ryan Shay. El puto Ryan Shay. Ya sabes lo que pienso de él.

Pongo los ojos en blanco antes de ver por encima de mi hombro que el susodicho está sentado a una mesa con la espalda apoyada en el respaldo de la silla y las piernas esparrancadas como un rey, mientras le da sorbitos a su copa. Su postura puede parecer despreocupada, pero la mirada que le dirige a mi amigo es venenosa.

—No te preocupes, no tiene nada que ver contigo. No quería quedarse mucho rato y creo que he perdido la noción del tiempo.

—Indy... —Rio deja de moverse por completo—. Puede que no tenga experiencia con las mujeres, pero sigo siendo un hombre. Y te digo que ese de ahí está celoso.

—No, no lo está.

—Créeme. Conozco esa mirada.

—Bueno, entonces es que está haciendo su trabajo. Aparentando ser mi novio.

—Pues, si es así, dale un puto Oscar. —Parpadea sin apartar la vista de mi compañero de piso—. Aun reconociendo que sería todo un honor que me diera un puñetazo en la cara, no creo que una celebración para recaudar fondos sea el lugar más adecuado.

—Debo irme. —Le doy un abrazo—. Te veo en el avión.

Cuando me abro paso hacia Ryan, este no alza la vista para mirarme. En su lugar, sus ojos rastrean a Rio mientras abandona la pista de baile y no deja de mirarlo hasta que me siento justo enfrente de él interrumpiéndole la visión.

—Hola. —Pasa el dedo índice por el borde de la copa de whisky con frialdad e indiferencia.

—¿Estás bien?

Me doy cuenta de que, al estar sentada frente a él, mis rodillas quedan entre sus piernas esparrancadas.

—Estoy bien.

—¿Estás listo para marcharnos?

—¿Tú quieres quedarte?

—Decías que solo íbamos a quedarnos hora y media y estoy segura de que ha pasado mucho más tiempo.

—Sé lo que he dicho, pero ¿tú quieres quedarte? ¿Te lo estás pasando bien?

Se incorpora, recoge las piernas y me atrapa las rodillas entre las suyas. El brillante raso de color fucsia de mi vestido contrasta con sus recias piernas enfundadas en el pantalón negro del traje, pero mentiría si dijera que no me gusta esa yuxtaposición.

—Sí, me lo estoy pasando bien.

—Entonces, nos quedamos. —Bebe un sorbito de su vaso.

Su anterior mirada fija y dura se convierte en tierna al dirigirla hacia mí. Nunca me cansaré de contemplar el leve respingo que de vez en cuando dan esos labios.

Sin dejar de mirarme, levanta la mano para meterme detrás de la oreja unos mechones de pelo caídos. Su pulgar me acaricia la piel de la garganta, con suavidad y delicadeza, pero con toda la confianza del mundo para un hombre que se ha sentido tan incómodo fingiendo ser mi novio.

Noto que me relajo con su roce.

—¿Qué estás haciendo? —susurro lánguidamente.

Sus ojos recorren con suma suavidad mi cara antes de asentir de forma discreta.

—Fingiendo.

Oh, vaya.

Su *general manager* debe de estar por aquí, observándonos.

Mi compañero de piso se levanta, se quita la chaqueta del traje y me la pone por encima de los hombros.

—Ryan...

—Tu vestido ha tenido su momento. Créeme, nadie te ha quitado el ojo de encima, pero estás temblando, así que ponte mi chaqueta.

No estoy temblando porque tenga frío.

De todas formas, me subo las solapas y me cubro con el calor de la prenda y el olor a Ryan..., un aroma fresco y refinado.

Se vuelve a sentar en su sitio y, una vez más, me pilla las piernas entre las suyas.

—Recuérdame el nombre de ese tío.

Me hago la inocente.

—¿Quién?

—Ya sabes a quién me refiero.

—¿Rio? Juega con los Raptors. Ya lo conocías de antes.

—Entonces, ¿lo ves cada vez que te vas de viaje por trabajo?

—Sí.

Asiente con la cabeza mientras me lanza una mirada tranquila y serena con esos ojos de color océano..., la firma de Ryan Shay.

—¿Y tenéis algo?

—¿Qué? —Estallo en una carcajada—. No. —No responde, espera que yo siga hablando—. Es un buen amigo de todas maneras.

—¿Solo un amigo?

—Sí, Ryan. Solo un amigo. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Se supone que eres mi novia. Debería saber si te estás viendo con alguien.

—Pues no. Tú eres el único hombre al que estoy viendo. Fingiendo o sin fingir.

Noto que baja un poco los hombros, pero es un movimiento tan leve que a lo mejor me lo estoy imaginando. Asiente. Sin palabras, solo asiente con la cabeza para dar por terminada la conversación.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien aquí o prefieres que vayamos a casa?

En ese momento, Stevie y Zanders ocupan dos asientos más en nuestra mesa, pero no nos prestan atención. Ryan cambia de postura y la serenidad de su mirada por tener a su hermana cerca es inconfundible.

—Estoy perfectamente. La verdad es que está siendo una noche divertida.

Apoya los codos en las rodillas, que siguen teniendo las mías atrapadas, y con la punta de los

dedos recorre con delicadeza el raso de mi vestido, palpando distraído la tela.

Solo está actuando, fingiendo, aparentando.

—Eres distinto cuando tienes a tu hermana cerca.

—¿Qué quieres decir?

—Que te relajas porque ella está aquí esta noche.

Mira al otro lado de la mesa, donde se ha sentado Stevie.

—Pues sí. —Se aclara la garganta—. Sí, supongo que tienes razón.

—Es agradable verte así.

Las puntas de sus dedos se detienen en el raso mientras me observa con los labios entreabiertos. Al cabo de un rato, desliza las manos, que poco a poco se van adueñando de mis piernas.

El traje negro, el Rolex en la muñeca y los gemelos de la camisa me provocan ensoñaciones y fantasías de las que soy incapaz de desprenderme. ¿Cómo será cuando se quite ese traje? ¿Tendrá algún sitio concreto en el que le guste guardar esos accesorios? Conociéndolo, sí, por supuesto, pero ¿se pondrá a ordenar sus cosas incluso cuando haya una mujer esperándolo en la cama?

Me gustaría verlo. Contemplar cómo se va quitando poco a poco cada capa de su atuendo mientras yo lo espero tumbada boca arriba.

Me aclaro la garganta, me despejo la mente de esas ensoñaciones y susurro:

—¿Puedo contarte una cosa un poco ridícula?

De nuevo aparece ese respingo en sus labios, pero intenta que no se note.

—Por favor.

—Sé que esto no es real, pero es la primera cita que he tenido con un chico.

—¿Quieres decir desde la ruptura?

—No, quiero decir en toda mi vida.

Abre los ojos como platos.

—¿Cómo es posible eso?

—Alex y yo decidimos sin más estar juntos un día. No hubo una primera cita ni ninguna en realidad. Cuando salíamos, íbamos con todos nuestros amigos. Vivíamos juntos, eso sí, pero esta es mi primera cita como tal. Qué ironía que sea falsa, ¿no?

Ryan deja de fruncir el ceño de extrañeza.

—Indy, ojalá lo hubiera sabido.

—¿Por qué? —me río—. Eso no habría cambiado nada.

Entre nosotros se instala un momento de silencio y me gustaría tener algo que decir para romper la tensión después de haberle confesado a mi compañero de piso, la superestrella del deporte, que nunca he quedado con un tío.

Se me adelanta en romper el silencio.

—Así que Dartmouth, ¿eh?

—Pues sí.

De repente, me encuentro con sus palmas en mis muslos y estoy deseando poner mi mano sobre la suya y que nuestros dedos se entrelacen como hace un rato, pero tampoco quiero que deje de trazar dibujos distraídos en mis piernas.

—¿Dónde acabaste yendo si no te admitieron?

—Oh, sí que lo hicieron.

Hace un gesto de asombro con la cabeza.

—Pero ¿no fuiste?

Sus manos siguen deslizándose, hasta posarse en la parte superior de mis muslos con

autoridad. Debería mirar a mi alrededor y ver si está por aquí cerca Ron Morgan para asegurarme de que todo esto no es más que una farsa, pero mi lado romántico desea seguir viviendo la fantasía, aunque sea una mentira.

—Alex y todos nuestros amigos se quedaban en Chicago y, aunque todavía no estábamos juntos, yo sabía que lo estaríamos. A él no le gustaba la idea de recorrer largas distancias para vernos. —Me río de mala gana—. No debí hacerle caso. Desde el mismo momento en que empecé a viajar por trabajo, me puso los cuernos con otra.

A Ryan se le pone cara de pena.

—Blue...

—No te compadezcas de mí. Sí, me quedé por aquí para estar más cerca de él, pero soy una privilegiada. Fui a una buena escuela y me saqué el máster de Administración de Empresas. Es verdad que ahora no me sirve para nada, pero no puedo quejarme.

Mi interlocutor frunce tanto el ceño que se le juntan las cejas.

—¿Por qué no contaste eso cuando Ron sacó a relucir Dartmouth? Impresiona muchísimo. Bueno, la impresionante eres tú.

—Porque con los años he aprendido que a veces la gente, sobre todo los hombres, se sienten más intimidados que impresionados por la inteligencia. Fui la mejor alumna de mi clase, pero a algunos tíos no les gusta tener a alguien que les haga la competencia, así que les sigo el juego. Estoy intentando caerle bien a tu jefe, que no le parezca que lo sobrepaso.

Se me da bien interpretar lo que quiere la gente. Se cómo hacer que todos cuantos me rodean se sientan cómodos. Sé cómo portarme dependiendo de la persona con la que esté. Como adoro tanto a la gente, a veces se pasan y lo que les hace sentirse cómodos es que tú parezcas inferior.

Eso lo hice con muchísima frecuencia en mi última relación.

—Indy...

—Por favor, Ryan, no digas nada. Sé todo lo que estás pensando ahora mismo.

—No. Las cosas no van a ser así a partir de ahora. Cuando estés conmigo, quiero que seas tal y como eres. Y eso incluye que la gente sepa lo listísima que eres. No tienes por qué satisfacer la tóxica masculinidad de ningún gilipollas. No te vas a quedar calladita cuando estés conmigo. Si a Ron o a cualquier otro le fastidia que seas más inteligente que él, entonces tendremos un problema mucho mayor que su desaprobación de mí como líder.

—Ryan, no pasa nada. Llevo años haciéndolo.

—Claro, eso es lo malo. ¿Tan pequeña tenía Alex la polla para dejarte hacer eso? ¿O es que incluso te pedía que lo hicieras? Ese imbécil es un manipulador y controlador porque..., déjame que lo adivine..., no le gustaba que tú fueras más lista que él ni que posiblemente tuvieras más éxito que él. ¿Te decía que bajaras el tono delante de sus amigos? ¿Quería que estuvieras callada y te pusieras guapa para que sus colegas no lo menospreciaran?

¡Qué coño...! Noto que se me empañan los ojos y me pica la nariz porque tiene razón. Nunca lo ha conocido y, sin embargo, sabe todo lo que yo intentaba ignorar.

—No —sigue diciendo, adelantándose en el asiento—. Ni se te ocurra llorar.

Respiro hondo y sacudo la cabeza para evitar dar rienda suelta a mis emociones.

—Perdón. Estamos en un evento de tu trabajo.

—Indy... —Me coge la cara con sus manazas—. Me importa un carajo dónde estemos. Puedes llorar todo lo que quieras en esta fiesta para recaudar fondos. Puedes gritar, reírte o cogerte un berrinche delante de toda esta gente. Me importa una mierda, pero lo que no vas a hacer es llorar por él, ni aquí ni en ningún otro sitio.

Tiene que parar. No puede ser exigente y cariñoso mientras lleva ese traje tan sexy. A estas

alturas, debería saber que soy una romántica y que acabaré besándolo por lo que ha dicho o haciendo alguna otra estupidez por el estilo.

Por mucho que yo haya fantaseado con su boca rozando la mía y con lo suaves y maleables que tienen que ser sus labios, lo cierto es que estamos montando un espectáculo. No puedo olvidar lo que es esto ni dejarme ofuscar por mi corazón idealista.

Esta no es una de mis novelas románticas. Esto no es un cuento de hadas. Y, aunque lo fuera, yo sería la peor protagonista, porque me siento destrozada incluso con este hombre que es tan sexy y dominante a su manera.

—Ryan... —digo, rompiendo el hechizo al que me gustaría sucumbir.

—¿Hmm?

—Se te da genial fingir cuando no hay nadie alrededor. Ahora necesitamos seguir trabajando en ello para cuando tengamos una audiencia.

Se recuesta en la silla y se aparta. Necesitaba esta distancia.

—De acuerdo —dice antes de apurar el whisky—. Seguiré trabajando en ello.

11

Ryan

Su pelo rubio y las uñas de los pies pintadas de rosa obnubilaron mi mente por completo. Imaginaba qué aspecto habría tenido ese raso de color fucsia en el suelo de mi dormitorio en lugar de en el de mi compañera.

Llevo años sin fantasear con una mujer como esta. Por lo general, cuando alguien me atrae, esa sensación se me desvanece a las pocas horas, en cuanto recuerdo quién soy y por qué esa persona va a querer estar conmigo. Ese pensamiento por sí solo apaga cualquier fuego. Pero, últimamente, casi no me reconozco con los pensamientos carnales que invaden mi cerebro: Indy tumbada boca arriba. De rodillas. Sobre su estómago con el culo en pompa.

Joder, no puedo dejar de pensar en todas las posturas que podría adoptar para mí y me siento fatal por lo mal que lo ha pasado con un tío que solo se preocupaba del atractivo trofeo que llevaba del brazo. Lo último que quiero es que me comparen con él.

Estoy hecho un manojo de nervios cuando abro la puerta de casa, el único sitio en el que puedo encontrar paz y soledad. Pero hoy la tranquilidad se ha esfumado y ha sido sustituida por la incertidumbre. Parte de mí espera que esté en casa para ver si se ha hecho una trenza o un moño. Para ver si va por la casa en calcetines o dejando que los pies desnudos disfruten de la calefacción de suelo radiante. Si todavía lleva el pijama o si ya está lista para salir.

Una parte de mí espera que se haya marchado y estas preguntas se queden sin respuesta. Son peligrosas para nuestro acuerdo y para mí.

Sin embargo, obtengo respuestas a todas y cada una de estas preguntas cuando entro en el apartamento y me la encuentro sentada a la isla de la cocina con el portátil delante de ella.

Una trenza le cae por el hombro izquierdo.

Del taburete le cuelgan los pies sin calcetines.

Lleva una enorme sudadera y unos pantalones cortos de algodón con los que es probable que haya dormido.

—Ah, ya ha llegado a casa —le dice al ordenador, mientras palmotea a toda velocidad. Se vuelve hacia mí—. Ryan, ven a conocer a mis padres.

De nuevo mueve las manos. Esta vez reconozco las cuatro letras de mi nombre por lo poco que sé de lengua de signos.

Me coloco a su espalda y encuentro la cámara que permite que sus padres me vean.

—Hola, soy Ryan —les digo saludando con la mano.

Otra vez reconozco las cuatro letras de mi nombre por los movimientos que hace mi compañera de piso con las manos.

—Encantada de conocerte —dice su madre, utilizando también las manos para hablar—. Yo soy Abigale.

Su padre saluda y habla solo con las manos.

—Este es mi padre, Tim —dice Indy, haciendo al mismo tiempo las señas—. ¡Caramba, papá! —añade, después de que este diga algo más por señas. Se vuelve hacia mí—. Ha dicho: «Esperamos que nuestra hija no haya sido demasiado coñazo».

Espera mi respuesta con una sonrisa pícaro. Debe de notar mi indecisión.

—Habla con claridad —me aconseja—. Sabe leer los labios; de todas formas, se lo traduciré también a signos.

Nunca he conocido a los padres de una mujer. No es que esta sea la típica cita de presentación de familia, pero su hija vive conmigo. Entre eso y las imágenes inapropiadas que me han estado asaltando, me resulta un poco terrorífico.

Pero parecen simpáticos y agradables. Indy debe de haber sacado la altura de su padre, pues se nota que es un hombre alto, aunque esté sentado en el sofá del salón en Florida. En cambio, la madre es muy menudita, pero su pelo rubio y sus ojos de color castaño hacen que me sienta como en casa, del mismo modo que con su hija, que comparte esos mismos atributos.

Me acerco más a la pantalla.

—Solo es un coñazo cuando deja los platos en el fregadero o cuando se olvida la ropa varios días en la secadora.

Mi compañera lo traduce todo con señales y hace con la boca un gesto que simula estar ofendida.

Sus padres se echan a reír.

—Pues espera y verás. Nunca enrosca las tapas y se olvida siempre de cerrar las puertas de los armarios —interviene su madre.

—¡Mamá! ¡Eh, vosotros, que estoy delante!

—Si soy sincero —continúa—, disfruto teniéndola aquí. Han criado a una buena mujer.

Indy centra su atención en mí antes de convertir mis palabras en señas.

—Gracias. —Aunque ella se lo traduce a su padre, conozco los rudimentos del lenguaje de signos. Se aclara incómoda la garganta—. Pregunta si vas a cuidar de mí.

La miro, pero ella no me mira a mí. Parece nerviosa por lo que les pueda decir y quizás habría preferido que su padre no hiciera esa pregunta.

Pero lo cierto es que llevo cuidando de ella desde que se mudó conmigo. Odio lo mal que se lo han hecho pasar y mi comprensión es en parte la razón por la que la he acogido, pero, siendo egoísta, creo que he querido que se quedara aquí desde la primera noche que durmió en el cuarto de invitados. ¿Por qué iba a comprarle si no una cama y añadir comida vegetariana cada vez que encargo las cosas del supermercado?

—Sí, señor. Siempre.

A través de la pantalla del portátil, veo que Indy se muerde la comisura del labio, bien para contener una sonrisa o bien para disimular un pequeño estremecimiento. Con ella nunca se sabe. Es una chica emotiva.

—Vio por la tele tu partido contra Boston —continúa traduciendo a su padre—. Dice que tuviste un tercer cuarto increíble. Es muy aficionado al baloncesto.

—Ah, ¿sí? Intentaré conseguirle entradas la próxima vez que vengan de visita o cuando nosotros vayamos a Florida a jugar.

Tim levanta las cejas y dibuja una sonrisa, antes de volver a hacer movimientos con las manos.

—Dice que le encantaría —explica su hija.

—Ryan, por si no lo sabías, nos has gustado —añade Abigale riéndose.

Su marido hace de nuevo señas, un gesto en el que ya me he fijado unas cuantas veces, pero antes de que Indy me lo traduzca, le pregunto:

—¿Qué significa ese signo?

—¿Cuál?

Repito el movimiento que ha hecho su padre con la mano. Es bastante sencillo: un puño con el

meñique extendido trazando pequeños círculos por el pecho.

—Ah. Es mi nombre en lenguaje de signos. Es un signo especial para identificar a alguien —explica su hija, que sigue moviendo las manos para su padre con una elegancia que me parece preciosa—. Así no hace falta que deletreemos nuestros nombres enteros cada vez que hablamos. No todo el mundo tiene un signo. Y es mi padre quien elige quién lo recibe y cuál es. —Cierra el puño, estira el meñique y frota la mano trazando un pequeño círculo sobre el pecho—. «I» de Índigo y mi padre dice que yo soy su corazón. —Repite su nombre por signos—. Indy.

Su madre interviene.

—Y yo soy Abigale. —Con la mano forma la letra «A» y se toca con ella la cabeza—. Porque lo primero en lo que se fijó mi marido fue en mi pelo rubio.

—No suele poner nombre en lenguaje de signos a cualquiera, pero sí lo hizo con mi madre. —Indy sonríe pensativa, moviendo las manos—. Llevan casi treinta años juntos y creo que él sabía que ella formaría parte de su vida desde la primera vez que se vieron, ¿verdad, papá?

Tim dibuja una sonrisa nostálgica y asiente para darle la razón a su hija.

Indy, la romántica. Viendo a sus padres, parecen muy enamorados después de todo este tiempo, así que no me extraña que ella idealice tanto lo que debe ser un romance. Se ha criado viéndolo en su casa.

Pero muchísima gente no es así. No te puedes fiar del todo de la mayoría y supongo que Indy aprendió esto hace poco, nada más perder la vida que había construido con su ex.

Seguimos charlando unos pocos minutos, los tres Ivers hablando un lenguaje que hasta ahora no creí que fuera tan complejo ni tan bonito de ver. La manera en que consiguen hacer reír o sonreír al otro con unos simples movimientos de manos. Noto que me da envidia no poder participar y, al instante, me entran ganas de aprender más que los simples rudimentos para que el padre de Indy pueda hablar directamente conmigo sin que su hija tenga que traducírselo.

Una vez que Abigale se cerciora de que tengo su número por si acaso hay alguna urgencia, mi compañera de piso corta la llamada.

—Parecen geniales.

Indy sonríe.

—Son los mejores. Los echo de menos.

—¿Eres hija única? ¿No tuvieron más?

—No podían. Fue un pequeño milagro que mi madre se quedara embarazada una vez. Tenía problemas de fertilidad.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas —le quita importancia—. Al final, tuvieron una hija perfecta.

—Ajá —digo suspicaz, intentando apartar la vista de sus largas piernas y de los pantaloncitos del pijama—. ¿Te acabas de despertar?

—Sí.— Bosteza, se estira y se lleva las manos al pelo—. ¿Qué tal el entrenamiento?

¿La respuesta corta? Horrible.

Nunca había perdido tantas veces el balón ni había fallado tantos tiros libres en un solo día de entrenamiento.

Y todo porque no puedo dejar de pensar en qué habría ocurrido si hubiera llamado anoche a la puerta del dormitorio de Indy en lugar de marcharme al mío.

Después de estar un rato dudándolo, con las manos en el marco de la puerta y respirando con dificultad, deseando terminar la noche haciendo algo que no fuera fingir, hice lo correcto y me di la vuelta. Volví a mi habitación, me duché y cuidé de mí mismo como llevo haciendo desde hace un par de años.

—Ha estado bien —respondo en cambio.

Ella se levanta, rodea la isla de la cocina, se pone a mi lado y yo me muevo en dirección contraria de manera automática. Necesito poner distancia porque lo único que quiero es tocarla.

—¿Siempre has sabido hablar así?

—¿En lenguaje de signos? —pregunta—. Supongo que sí. En casa siempre lo usábamos. Mi padre nació sordo y mi madre aprendió a signar cuando se conocieron.

—¿Cómo podría...? —empiezo, dudo incómodo—. ¿Cómo podría aprender un adulto?

Gira la cabeza hacia mí.

—¿Quieres aprender a signar?

Joder. Otra vez esos ojos empañados. Indy, la romántica.

—Me gustaría hablar con tu padre sin que tuvieras que traducírselo. Así podré decirle cuándo me da el coñazo su hija.

Le sale una carcajada nada femenina que me encanta.

—Podrías ir a clases. O yo también podría enseñarte si quisieras.

Evita el contacto visual, como si el asunto la pillara de nuevas. Como si nadie más en su vida le hubiera preguntado cómo podría aprender a comunicarse mejor con su familia.

Abre el frigorífico y cambia enseguida de tema.

—¿Tienes hambre? Te haré unos... —Saca de la nevera su taza rosa y me la enseña—. ¿Qué es esto?

—Eh... —Me paso la mano por la nuca—. Te he hecho café antes de ir al gimnasio y he metido la taza en la nevera, para que no se agüe cuando le añadas hielo.

Ladea la cabeza.

—Ryan, es todo un detalle por tu parte. Gracias.

Aparto la mirada de la chica que probablemente da por hecho que se trata de un gran gesto romántico.

—No hay de qué.

Registra la nevera, mientras la trenza rubia le cae en cascada por la espalda. Una vez más, me distraen esos pies desnudos y sus largas piernas.

—¿Dónde está el beicon de siempre? —pregunta.

—No lo he encargado. Estoy tomando el vegetariano. —Me mira por encima del hombro como buscando una explicación—. Me parece que está bastante rico. No hace falta comprar de los dos.

Otra sonrisa pensativa brota de sus labios.

Maldita sea. Sé que se estará montando la película de que esto es más profundo de lo que es en realidad. Me imaginaré comprando el puto beicon desde un punto de vista romántico porque ella es así. Pero no hay nada de eso. De verdad.

Solo quiero tener la nevera abarrotada de cosas que ella pueda comer. Quiero que se sienta aquí como en su casa, porque también es suya.

De repente, soy consciente de la realidad.

Quiero que esté aquí. Quiero que quiera estar aquí.

Joder, ¿cuándo ha pasado eso?

12

Ryan

—Hemos perdido demasiadas veces el balón en el tercer cuarto y no hemos podido recuperarnos. Es algo en lo que tenemos que seguir trabajando esta semana.

Se levantan al menos treinta manos, pero casi no distingo las caras de los periodistas por culpa de los flashes de las cámaras que me ciegan.

—Basta de preguntas por hoy —anuncia nuestro coordinador de medios de comunicación en la rueda de prensa que tiene lugar después del partido.

Me recompongo el traje y ofrezco mi sonrisa más diplomática, tras asegurarme de que mis respuestas han sido perfectamente adecuadas para la prensa.

—Gracias a todos.

Dejo atrás el zumbido del parloteo cuando bajo por el túnel que conduce a los vestuarios. El resto del equipo se ha marchado. Solo hemos tenido que quedarnos el entrenador y yo para que nos bombardeen a preguntas sobre por qué hemos jugado tan rematadamente mal en nuestra propia cancha. Ha sido mi peor partido de la temporada y desde que lidero el equipo; hemos jugado de puta pena.

Me gustaría poder decir que mi falta de concentración ha sido algo aleatorio, pero lo cierto es que sé muy bien dónde tenía anoche la cabeza.

Antes del partido, le escribí un mensaje a mi compañera de piso y me quedé flipando cuando soltó la bomba de que esta noche iba a trabajar en lo del coche compartido. Decía que iba a haber mucho movimiento de gente gracias a los viajes de ida y vuelta al pabellón de baloncesto. Yo en cambio solo podía pensar en el riesgo que corría llevando a extraños en su coche. ¿No se dará cuenta de lo peligroso que eso puede ser? ¿No sabrá lo gamberros que se pueden poner algunos fanáticos después del partido?

Y lo peor de todo es que no me ha vuelto a mandar un mensaje desde entonces.

—Ry.

Salgo del aturdimiento y me encuentro a Zanders apoyado en la pared de fuera del vestuario con las piernas cruzadas.

—Hola, tío. ¿Has visto el partido? Creía que Stevie me había dicho que estabas fuera de la ciudad por algún acuerdo de patrocinio.

—Acabo de llegar y he venido derecho aquí.

Abro la puerta.

—¿Quieres entrar en mi vestuario?

—¿Te refieres a mi vestuario? —dice con una sonrisa petulante.

—No hasta mañana por la noche.

Los Raptors y los Devils compartimos el United Center, de modo que las noches que yo no juego hay muchas probabilidades de que te lo puedas encontrar en el hielo.

—¿Vas a recoger a mi hermana o qué?

Toma asiento en una banqueta mientras yo recojo el móvil, la cartera y las llaves, todavía frustrado porque mi compañera de piso sigue sin llamarme.

—No, ya está en casa y todavía no sabe que he llegado. No estaba seguro de que Indy estuviera ya en tu casa y quería hablar contigo a solas.

Vaya, eso me llama la atención. Me vuelvo y me lo encuentro con una expresión muy seria, cosa rarísima en él.

—¿Va todo bien? —Me siento en la otra banqueta apoyando los codos en las rodillas.

—No he estado en el acuerdo de patrocinio. Vengo de Nashville. —Nuestra ciudad natal—. Para hablar con tu padre.

«Vaya, qué raro», pienso. Él sigue hablando:

—¿Recuerdas la noche que nos conocimos y te dije que no iba a pedir permiso para salir con tu hermana?

Intento recordar la gala de beneficencia donde conocí de manera oficial al arrogante jugador de hockey. Por aquel entonces, lo odiaba. Era el típico estereotipo andante, pero aquí estamos, casi un año después. El tío que está sentado enfrente es uno de mis mejores amigos y quiere a mi hermana como ella se merece. Continúa:

—Es Stevie la que tiene que tomar sus propias decisiones, así que esta vez tampoco te voy a pedir permiso, pero sí me gustaría saber lo que opinas.

—Zee, mira que te estás poniendo pesadito —me río—. Dispara de una vez.

—Ryan Taylor Shay... —Zanders hinca una rodilla en el suelo frente a mí—. ¿Quieres ser mi cuñado?

—Qué idiota eres.

—Era broma. —Vuelve a sentarse riéndose—. Pero me gustaría saber qué te parece si le pido a Stevie que se case conmigo. Eres uno de mis mejores amigos, pero además quiero que los dos seáis mi familia. De manera oficial.

No soy un hombre emotivo. No suelo llorar. Cuando era más joven derramaba unas cuantas lágrimas si no conseguía la canasta que nos haría ganar el partido o si dejaba mal a mi equipo. Ahora solo me emociono cuando tiene algo que ver con mi hermana. Ella es mi zona gris en un mundo en blanco y negro. Deseo su felicidad más que la mía propia y saber que el tío que está enfrente de mí la hace más feliz de lo que ha sido en toda su vida hace que me escuezan los ojos.

Respiro hondo para centrarme.

—Estás a punto de hacerme llorar, tío.

—Bien. Entonces ya estás en mi bando. Hablando con tu padre hoy, he llorado a moco tendido.

Me lo imagino sin ningún problema. Mi padre es un hombre tierno, amable y cariñoso, y Zanders siempre ha estado muy conectado con sus emociones, cosa que no he visto en ninguna otra persona. Bueno, salvo en Indy.

—Entonces ¿qué te parece?

Repito su pregunta y lo reflexiono un momento. Entonces, me levanto con una sonrisa en la cara y repito la frase que dije la primera noche que lo conocí:

—Si le haces daño, te mataré... Pero claro que sí, me encantaría que mi hermana se casara contigo.

Él también se levanta y nos abalanzamos el uno sobre el otro para darnos un fuerte abrazo. Le doy varias palmadas en el hombro antes de retirarme.

Cuando nos separamos, se aparta y dice:

—Por cierto, esta noche has jugado como el culo.

No puedo evitar que me dé la risa y eso me alivia. Casi me había olvidado de lo mal que he jugado, pero es solo un partido de 82 y no pienso seguir arruinándome la noche.

—Gracias, Zee. Tú siempre tan solidario. —Salgo del vestuario y él me sigue.

—Solo estaba manteniéndote a raya. Como mínimo necesito que te clasifiques para los *playoffs*, porque he ganado una Copa Stanley y me va a resultar una carga muy pesada ser el único campeón de esta familia.

—Menos mal que gano más dinero que tú. —Nos dirigimos al aparcamiento de los jugadores—. ¿Quieres que te lleve?

—Qué va. He venido en coche.

Cuando llegamos a los vehículos, dudo un momento. Sé que voy a parecer un pesado, pero, joder, este tío está a punto de ser casi mi hermano. Si no se lo puedo preguntar a él, ¿a quién si no?

—Oye, Zee... —Se vuelve para mirarme, cuando ya está agarrando el tirador de la puerta de su Mercedes Clase G—. Cuando vais de viaje, Indy... ¿es buena?

Levanta el labio con un gesto de picardía.

—¿Me preguntas si se le da bien el trabajo? Sí, es la mejor.

—No.

—Ah, ¿te refieres a si se le da bien ligar en cada bar que entramos? Pues sí, también se le da genial.

—Que te den.

Suelta una carcajada.

—Claro que es buena, hombre. Por lo general, sale a tomar una copa con Maddison, Rio y conmigo si tenemos la noche libre; pero, si no, se queda en el hotel leyendo o cosiendo o lo que coño haga cuando está sola.

—¿Y los tíos no se meten con ella?

—Ryan, si me preguntas si alguno de mis chicos tiene un rollo con ella, la respuesta es no. ¿Lo intentan? Estoy casi seguro de que unos pocos sí, pero ella no muestra ni el más mínimo interés. Pero, si quieres saber si está bien, si es feliz, te diré que está más contenta de lo que ha estado desde hace tiempo.

Asiento de manera leve con la cabeza.

—Gracias, tío. —Nos metemos en nuestros respectivos coches, aparcados el uno al lado del otro, pero yo bajo la ventanilla para añadir una cosa más—. Y mantén a tus compañeros de equipo a raya. Si me entero de que alguno intenta algo con ella otra vez, iré a por ti.

Zanders se apoya en el volante con una risotada.

—Ryan, amigo mío, estás encoñadísimo y ni siquiera te das cuenta.

—¡Indy! —Cuelgo las llaves del gancho, al lado de la puerta de entrada—. Blue, ¿estás en casa?

Todas las luces del apartamento están apagadas, lo que significa que he sido el último en salir. Cada vez que sale de una habitación, Indy deja tras de sí un rastro de migas de pan simbólico en forma de puertas de los armarios abiertas y luces innecesarias encendidas.

Para asegurarme, echo un vistazo a la puerta abierta de su dormitorio, pero está vacío. Sus cojines siguen apilados a un lado del colchón desde anoche; hay que seguir trabajando en su lista de cosas pendientes.

Saco el móvil y la llamo por tercera vez desde que he salido del pabellón hace veinte minutos.

—«Has llamado a Indy —repite su contestador—. Puedes dejar un mensaje si quieres, pero lo más probable es que no te devuelva la llamada. Adiós».

Por lo general, me hace gracia su mensaje y me parece tan encantador como ella, pero esta noche me resulta de lo más frustrante.

—Lláname, Ind —murmuro mientras recorro el salón, sin dejar de comprobar el móvil.

Seguro que ahora mismo está conduciendo. El partido ha acabado hace dos horas.

¿Y si ha cogido a alguien que la ha llevado fuera de la ciudad, a unas horas de distancia? ¿Y si se le ha estropeado el coche? Mierda, ni siquiera sé cuál conduce. ¿Será seguro para el invierno de Chicago? Ella ha nacido en el Medio Oeste, así que supongo que lo será, pero ¿y si es un vehículo viejo?

Soy consciente de que estoy eludiendo la verdadera pregunta. ¿Y si le ha pasado algo peor? Los forofos pueden ser beligerantes cuando abandonan el estadio; lo he visto con mis propios ojos.

¿Dónde coño se habrá metido?

—¿Stevie? —pregunto en cuanto mi hermana contesta al teléfono—. ¿Sabes algo de Indy?

—No, está noche curro. ¿Va todo bien?

—Todavía no ha llegado. Debería estar ya en casa.

—Solo son las once y media. Puede que siga trabajando o que se haya encontrado con unos amigos.

—¿Qué clase de amigos?

Se echa a reír.

—Ay, Dios mío. Unos tíos con mucha pasta y una enorme pol...

—Vee.

—Era una broma. Más bien con amigas o, si acaso, con Rio.

—¿Por qué no estás nada preocupada?

—Porque es una mujer adulta que está trabajando. ¿Te sentirás mejor si le mando un mensaje?

—Por favor.

Mi hermana suaviza el tono.

—Ryan, estoy segura de que está perfectamente. Te escribiré en cuanto sepa algo de ella.

Pasan otros veinte minutos. Recorro la cocina. Me sirvo un whisky escocés. El cuello de la camisa me resulta claustrofóbico, así que me cambio antes de colocarme una bolsa de hielo alrededor del hombro de lanzador.

Quizás Stevie tenga razón y me estoy poniendo demasiado dramático, pero la idea de Indy sola en su coche con unos extraños en mitad de la noche me hace reaccionar con una preocupación que hacía años que no sentía.

Llevo años sin dar rienda suelta a mis emociones. Las he mantenido a raya, pero ahora mismo me parecen incontrolables y no puedo dejar de preocuparme por mi compañera de piso.

Sé lo avasallador que puede ser el público, aunque ella no sea yo. Pero ¿y si los aficionados la reconocen por las fotos del banquete?

Me suena el móvil y se nota que soy un atleta profesional por la velocidad con la que lo atrapo de la encimera de la cocina.

Blue: *Lo siento, sigo trabajando. Esta noche no he parado de llevar gente. Llegaré tarde a casa. Voy a seguir hasta que cierren los bares.*

¿Qué demonios...? ¿Está intentando que me dé un infarto? Como si los hinchas no salieran ya medio tocados después de un partido en casa, no me imagino cómo estarán de mamados después de hacer la ronda de bares.

Yo: *¿Puedes venir a casa, por favor?*

Blue: *No. Necesito sacar un poco más de pasta antes de poder calificar esto como «hacer una noche». ¡Tengo un viaje! Tengo que irme. Hasta mañana.*

¿Hasta mañana? ¿Es que se le ha ido la puta olla? ¿En qué mundo cree que vivimos para que

me acueste tan tranquilo y me conforme con verla mañana?

Vee: *Indy está bien. Sigue trabajando.*

Yo: *¿Qué es tan importante para que necesite trabajar todas esas horas? ¿Es que la compañía aérea le ha recortado el sueldo?*

Vee: *No, pero no es asunto mío hablar de eso. Si quiere contártelo, ya te lo contará. Me voy a la cama. Te quiero.*

Exhalo un suspiro profundo y resignado.

Yo: *Gracias por haberle escrito. Yo también te quiero.*

Las cortinas amarillas de Indy que tanto odio están corridas hacia la pared, así que desde el salón se ve el *skyline* nocturno de Chicago. El ático de Stevie y Zanders se encuentra al otro lado de la calle, y veo que apagan la luz.

Me alegro de que alguien pueda pegar ojo esta noche, porque yo me voy a quedar sentado en el sofá esperando despierto hasta que Indy llegue a casa.

Son las 2:57 cuando la puerta de casa se abre en silencio. Yo sigo sentado en la sala de estar como si fuera un padre decepcionado porque su hija ha incumplido el toque de queda.

—¿Estás despierto? —susurra Indy como si hubiera alguien dormido.

—Por supuesto.

Se desprende del abrigo y se quita las zapatillas Converse blancas llenas de dibujos bordados.

—¿Qué pasa?

Le doy un trago largo al whisky escocés meneando la cabeza.

—Nada.

—Vale. ¿Quieres intentarlo otra vez sin mentirme? —Está de pie frente a mí en el salón, con los brazos cruzados a la altura del pecho, de modo que le levantan las tetas, lo que me distrae muchísimo.

—No puedo decir lo que pasa porque sonaría como un puto controlador.

—El control es lo que mejor se te da, Ryan. ¿Estás disgustado porque has tenido un mal partido?

Me levanto del sofá resoplando y me dirijo a la cocina para enjuagar la copa.

—El partido me importa una mierda.

Ella me sigue y se pone al otro lado de la isla de la cocina, enfrente de mí. Lleva unos vaqueros de los años noventa que parecen demasiado cortos para sus largas piernas, pero ella, por supuesto, consigue un look intencionado. Su camiseta de algodón rosa, de un concierto de Britney Spears, está increíblemente desgastada.

Dios, es muy atractiva y eso me cabrea.

Porque esta es para mí la verdadera versión de ella, cuando no tiene que montar un espectáculo para mi *general manager* ni para su exnovio y sus amigos. Cuando no la obligan a hablar bajito para quedar bien. Cuando se siente cómoda en casa y se comporta con naturalidad.

—Entonces ¿qué pasa? —insiste.

Dejo mi copa boca abajo en la rejilla secadora, me agarro al borde del fregadero y exhalo un profundo suspiro.

—He estado todo el partido pensando en ti.

—Oh, Ry... —dice, llevándose una mano al pecho—. Me siento halagada. De verdad.

—No lo digo en broma, Blue. No quiero que lleves a extraños en tu coche.

—No irás en serio, ¿verdad?

—¿Qué pasaría si Ron Morgan pidiera uno de esos coches y resultara que tú eres la conductora? ¿Cómo le íbamos a explicar que te dedicas a conducir mientras tu novio millonario

está jugando un partido?

—De acuerdo. —Indy se echa a reír—. Pero las probabilidades de que eso ocurra son casi inexistentes, así que cuéntame cuál es el verdadero problema.

Lo dice con una expresión llena de ternura y de paciencia. Tal vez no me lo merezca porque en este momento estoy actuando como un cavernícola posesivo, pero no sé cómo disimularlo.

—Estoy... No lo sé. —Agacho la mirada y la dirijo hacia el fregadero, donde veo que tengo los nudillos blancos de tanto apretar el puño. Aparte de mi hermana, no me he ocupado de ninguna otra persona desde hace siglos y no tengo ni idea de cómo expresarlo.

—¿Estás qué, Ryan? —Su voz es dulce.

—Estoy preocupado por ti. Durante todo el partido, he estado intranquilo por ti.

Alza los labios con un gesto de picardía y dice en tono burlón:

—Ryan Shay, ¿te importo?

—No.

—Sí.

—No, ni lo más mínimo, pero preferiría que no te secuestraran mientras estoy jugando un puto partido de baloncesto.

Mueve los hombros mientras baila alrededor de la isla.

—¡A Ryan Shay le importo, a Ryan Shay le importo!

—Eres irritante.

Se lleva las manos a las rodillas y saca culo mientras hace el tonto por la cocina.

—Sí, pero te sigo importando.

Meneo la cabeza y me esfuerzo por no reírme.

—Me voy a la cama.

—Dilo.

—No tengo nada que decir.

—En fin, está claro que las palabras afirmativas no forman parte de tu vocabulario amoroso.

Me vuelvo a mirarla mientras continúo retrocediendo hacia mi dormitorio.

—Nada de esto tiene que ver con el amor.

—¡A Ryan Shay le importo! —Sigue bailoteando por la cocina con las manos en las caderas.

—Madre mía. ¿Cuánta cafeína te has tomado esta noche?

—Ninguna. ¡A mí me coloca la vida, nene!

—Por cierto, ya no vas a pagar el alquiler. Eso debería resolver todo el asunto de llevar extraños de los bares a casa.

Deja de bailar.

—¡Ryan!

Pongo los ojos en blanco.

—De todas formas, estoy ahorrando por ti... sea lo que sea para lo que estés ahorrando.

—No tienes por qué hacer eso.

—Ya sé que no. —Me apoyo en la puerta de mi dormitorio, sin entrar todavía—. Saber que no estás por ahí sola llevando borrachos a casa a las dos de la madrugada vale mucho más que quinientos dólares al mes. Por otra parte, deberías empezar a venir a mis partidos cuando estás en la ciudad. Después de todo, eres la novia del base.

—No me voy a poner a llorar por eso.

—Enhorabuena. —Señalo la camiseta que lleva—. Muy bonita, por cierto.

—¿Sabes una cosa? Habría sido mucho más fácil que me hubieras dicho que te importo sin rodeos.

—Buenas noches, lianta. Ah, por cierto, la cena con los Morgan mañana será fuera de la ciudad, a una hora de Chicago, y vamos a pasar la noche. Así que llévate algo para dormir.

—¿Vale un pijama de cuerpo entero?

—Sí, por favor. Lo único que deseo es compartir habitación contigo si llevas un onesie.

Cuando voy a cerrar la puerta, me para:

—¿Qué te ha pasado? —Me señala el hombro con la cabeza.

Hace rato que se ha derretido el hielo, pero aún no me lo he quitado de los músculos entumecidos.

—Nada. He han dado un golpe en el partido.

—¿Puedo verlo?

Tengo mis dudas sobre lo que se propone, pero me desenvuelvo con cuidado el hielo del hombro y lo dejo en el fregadero. Indy se acerca y me pasa los dedos suaves por el omoplato mientras oprime un poco con el pulgar. Hago una mueca de dolor y me aparto un poco.

—Ryan, lo tienes hinchado.

—Estoy bien.

Me desliza la mano por el bíceps y el antebrazo hasta que llega a la mía. Empieza a tirar de mí hacia el sofá.

—Siéntate en el suelo y déjame que te dé un masaje.

«Déjame que te dé un masaje».

Inspirando hondo, rezo para que se me pase la erección. Desde el banquete no puedo dejar de recordar lo agradable que era tocarla, lo natural que me parecía tenerla conmigo. Me han asaltado miles de fantasías y he tenido que hacer verdaderos esfuerzos por ahuyentarlas, pero ¿cómo coño se supone que voy a conseguirlo si me frota la piel con esas manos tan suaves?

Me siento en el suelo y ella se coloca en el sofá con las piernas cruzadas detrás de mí. Me masajea los hombros y logra que se me relajen los músculos doloridos. Al instante, cierro los ojos para disfrutar de la sensación.

—¿Este es el brazo con el que lanzas?

Se toma su tiempo con mi hombro derecho, apretando los pulgares en la carne sensible. Se me contrae la cara por el daño que me hace, pero es el equivalente al placer que me proporciona.

—Sí.

—¿Cómo es que se te ha puesto tan mal?

—Por la repetición, imagino. Hago unos pocos cientos de disparos al día entre el entrenamiento programado y el tiempo que paso por mi cuenta en la cancha. Eso, y que a veces a mí no me tratan con el mismo respeto que a otros tíos con las llamadas de auxilio.

—¿Por qué no?

—No he ganado todavía un campeonato ni soy MVP y soy uno de los tíos más bajitos de la liga. Todo es política.

—Pero si mides uno noventa. —Se ríe—. Y las otras cosas son solo una cuestión de tiempo.

Aunque no le contesto, no se me escapa la fe ciega que tiene en mí.

En la mesa del café, frente a mí, veo lo que está leyendo últimamente. Como siempre, la portada representa a un hombre sin camisa.

—¿De qué va este? —pregunto cogiéndolo.

—La protagonista se enrolla con el padre de su ex.

—¿De verdad?

—Créeme. El gilipollas del novio se lo merecía.

Menos mal que está detrás de mí y no puede ver la sonrisa que asoma a mis labios. Es ridícula,

pero me encanta.

Sus cálidas manos siguen trabajando mi piel y relajando mis músculos. Con la punta de los dedos, traza unos círculos lentos por los tendones de la nuca y las uñas me arañan levemente el arranque del pelo.

Se me desploma la cabeza hacia adelante con un leve gemido.

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

Me gusta un huevo. Los músculos se distienden, en efecto, pero ser tocado por sus dedos me pone casi eufórico.

La voz de Indy es suave y un poco ronca cuando pregunta:

—¿Quieres subir aquí conmigo para que tenga un ángulo mejor?

No es buena idea. Es una idea horrorosa. Son las tres de la madrugada, estoy medio desnudo con la polla medio dura, y mi asombrosa compañera de piso me pide que me suba con ella al sofá.

—Vale —contesto medio dormido.

Me levanto, estiro el cuello y ya noto que la tensión se va disolviendo. Conozco otra manera de aliviarla que implica una superficie blanda y plana como este sofá y mucha menos ropa por parte de los dos. Mi cuerpo es muy consciente de esta opción y eso solo aumenta cuando me siento en el sofá e Indy mete su cuerpo detrás del mío.

Me rodea con las largas piernas abiertas y mi cerebro capta una imagen lujuriosa que te cagas.

Mientras entierra los pulpejos de sus palmas en mi espalda, susurra en voz baja:

—¿Te hace daño?

Niego con la cabeza gimiendo:

—No. Es muy agradable, Blue.

Noto su respiración en la nuca, su olor en mi piel. En esta postura, me tiene casi abrazado, con el pecho pegado a mi espalda y las piernas rodeándome por completo.

Hacía años que nadie me abrazaba así.

—¿A Alex también lo cuidabas así?

Se detiene.

No sé por qué se lo he preguntado. Tal vez porque quería escuchar que yo soy especial. A lo mejor quería oírle decir que a mí me trata de una manera diferente a como lo trataba a él.

O tal vez necesitaba escuchar que el cariño con el que me trata no tiene nada de particular.

—No. Ya recibía muchos cuidados de otra gente. No necesitaba los míos.

Como tiene las piernas enroscadas en mi cintura, tiro de un muslo hacia mi regazo, lo acaricio y veo que esta chica lo tiene todo bonito: los tobillos, los muslos, las rodillas, incluso los dedos de los pies. Tiene unos huesos esbeltos y la piel suave.

Ha dejado de darme masajes y ya solo me acaricia los hombros, como si los explorara con mucho mimo.

El apartamento está a oscuras. Es plena noche. Entre su boca y la mía solo hay unos centímetros.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de querer a alguien como a él?

—No lo sé —dice con franqueza—. Ahora mismo me parece que él se lo llevó todo. Que ya no me queda nada que le pueda dar a nadie.

Trago saliva. Me horroriza esa respuesta.

—Sé que tengo que salir adelante —continúa—. Ya sé que hago muchas bromas, pero en realidad estoy hecha polvo, Ryan. Supongo que te quedaría claro la noche en que me mudé aquí.

—Su risa apagada retumba en mi espalda—. ¿Cómo voy a saltar de una relación de seis años a tener una historia con otro?

—Pues él lo hizo —le recuerdo.

—Ya lo sé. —Reposa la frente sobre mi hombro—. Por muy ridículo que suene, me parecería que le soy infiel. Pero eso es porque lo he querido durante mucho tiempo y nunca imaginé querer a otro. Pero, a la vez, si soy sincera, cuando pienso en el tiempo que estuvimos juntos, la sensación general que tengo es la de que me hacía sentir que no estaba a su altura.

Meneo la cabeza e inspiro por la nariz. Cómo odio a ese tío. Indy no habría puesto nunca en duda lo magnética y atractiva que es si se viera a sí misma como la ven todos los de su órbita. Como la veo yo.

—No puedes dejar de ser como eres porque alguien piense que no estás a su altura. Para eso que se busque a otra.

Al decirlo me doy cuenta de que eso fue justo lo que hizo.

—¿Crees que soy un desastre, Ryan?

Resoplo de risa.

—Solo un poco dramática.

Cuando noto su sonrisa en mi piel, tiro de la otra pierna hacia mi regazo mientras Indy me abraza el cuello desde detrás.

—¿Crees que te quería como es debido, Blue?

—No lo sé. Me amaba de una forma ruidosa. Creo que mi parte romántica pensaba que esa era la manera correcta de querer. Los grandes gestos. Las grandes declaraciones. No tenía ningún reparo en tocarme en público y, ahora que estoy lejos de él por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que en muchas ocasiones yo creía que estaba mostrándome su cariño, cuando en realidad solo estaba exhibiéndome, presumiendo de mí.

Me echo hacia atrás y la empujo más hacia dentro del sofá, lo que hace que su cuerpo quede aún más pegado al mío.

—Creí que me amaba de una forma ruidosa, pero cuando lo encontré con otra... Tienes razón cuando dices que casi estaba gritando que no me deseaba. Esa es la vez que más ruido hizo.

Mi respiración se acelera con su proximidad.

Al volverme, mis labios casi rozan los suyos por lo cerca que estamos. Oigo los erráticos latidos de su corazón en mi espalda, noto sus pechos contra mi piel desnuda.

Quiero besarla, pero no sé si seré capaz de parar.

Susurra tan bajito que, si no estuviera a pocos centímetros de su boca, no la oiría:

—A veces pienso que necesito salir adelante de otra manera. Del único modo que sé.

Está hablando de algo físico.

«Es la mejor amiga de tu hermana y, aunque no lo fuera, no podrías pasar con ella una sola noche».

—Indy, es tarde.

—Ryan...

—Tengo que irme a la cama.

—No, por favor —susurra con un hilo de voz que me pone la carne de gallina.

Ese ruego, esos ojos de súplica... Se pasa la lengua por el labio inferior y no puedo apartar la vista de su boca, unos morritos de color rosa reluciente que imagino serán suaves como la seda.

—Ry.

Después de aclararme la garganta, me levanto del sofá y desenredo nuestros cuerpos.

—Buenas noches, Blue.

Como el cobarde que soy, corro a mi habitación y cierro la puerta tras de mí.

No es del tipo de mujer que puedas borrar de tu mente después de pasar una sola noche con ella. Es de las que se te mete en las venas y te reconfigura el cerebro, te obliga a hacer y decir cosas que juraste que no harías ni dirías jamás. Lo crea ella o no, Índigo Ivers es el tipo de mujer con la que te quedas para siempre y, aunque puedo fingir ser su novio, sería incapaz de fingir que pasar una sola noche con ella no me dejaría hecho polvo.

13

Ryan

—¿Quién coño va a un camping en pleno invierno en Chicago? —pregunta Indy, mientras añade otras dos sudaderas a su bolsa de viaje.

—Creo que no es un camping como tal. Annie lo llamó «glamping», signifique lo que signifique, y Ethan me ha dicho que había calefacción. Solo vamos a cenar fuera una parrillada.

—De toda la gente que conozco, no puedo creerme que a ti te apetezca eso. ¿Sabes lo sucio que es acampar? ¿Estás seguro de que quieres ir con esa gente? ¿Y si tienes que empezar a hacer ese tipo de cosas todo el rato?

—Me parece que a ti tampoco te mola mucho.

—Ryan —dice impasible—. Mírame. ¿Tengo yo pinta de que me guste el campo? Yo esperaba una cena agradable para poder vestirme de noche y ponerme unos zapatos monos. Me gusta que haya calefacción central y algún sitio para enchufar el secador y otros utensilios para el pelo. ¿Estás seguro de que quieres ir?

Dejo mi bolsa de lona al lado de la puerta de entrada.

—Pues sí, me apetece. Puede sonar patético, pero echo de menos estar al aire libre. Estoy deseando salir de casa sin que haya gente que observe todo lo que hago.

Indy pone cara de comprensión.

—No, no es patético. Tienes razón. Lo siento. Te vendrá bien.

Toma asiento en el banco de la entrada y se pone las Converse blancas cubiertas de dibujos.

—¿A qué vienen todos esos bordados en las zapatillas?

Levanta una para examinarlo.

—Me gusta coser y un buen día se me ocurrió que quedaría bien. Representan cosas de mi vida. Mis amigos, los sitios en los que he estado. Ese tipo de cosas.

Cuando se las ata, les echo un vistazo de cerca.

Un avión va cosido por fuera de la tobillera de la zapatilla izquierda, un palo de hockey y una Copa Stanley en la izquierda. Un océano y una puesta del sol que imagino que será Florida. Una cabeza con el pelo castaño rizado que se reconoce a la legua que es mi hermana. El *skyline* de Boston con el número 38 de su amigo Rio, supongo. No me como mucho el coco con eso; es más, agradezco que no haya ningún dibujo del imbécil de su ex.

No sé qué se podría bordar de un gilipollas que cometió el mayor error de su vida, pero estoy seguro de que Indy se las arreglaría bien si quisiera.

Esas Converse siempre me han parecido un poco raras; ahora, sin embargo, me encuentro preguntándome qué tendría que hacer para que yo también ocupara un lugar en ellas.

—¿Estás listo? —pregunta, con una sonrisa mucho más radiante que hace veinte minutos, cuando le recordé que esta noche iba a dormir en una tienda de campaña.

Cojo nuestras dos bolsas, me las echo al hombro y salgo del piso detrás de ella.

—¿Cuántos coches tienes? —me pregunta, cuando voy conduciendo a paso de tortuga por los campamentos buscando el número de nuestra zona de acampada.

—Dos. Este y el Audi.

—No fastidies. Tanto el Range Rover como el Audi están muy lejos de mis posibilidades, pero tú tienes pasta para aburrir. Creí que tirarías por algo más extravagante.

—Indy, ¿qué parte de mi estilo de vida te parece extravagante?

—Ninguna, es verdad. —Asiente con la cabeza—. Pero ¿por qué? Nunca sabrás qué hacer con todo el dinero que tienes.

—Parece un despilfarro. Ahorro e invierto. Tengo ahorrado un fondo de reserva para la universidad de los hijos de Stevie, si es que decide tenerlos. Aunque también serán hijos del más exagerado y extravagante tío que conozco.

—Los hijos de Zanders irán al colegio con modelos de Tom Ford y de Prada.

—A no ser que Vee les inculque el amor por la ropa de segunda mano que tanto le gusta a ella.

Miro a Indy a hurtadillas y veo que esboza una sonrisita mientras se recuesta en el reposacabezas.

—De todas maneras, la mitad de mis ingresos... —continúo— los dono a obras de caridad.

—¿De verdad? ¿A cuáles?

—Bueno, pues ahora mismo doy cobijo a una azafata a la que se le da fatal limpiar lo que ensucia. Es una auténtica obra de caridad. Tiene una historia muy trágica.

Me golpea el brazo riéndose.

—Cállate.

—Dono a la fundación de Zee, Active Minds, una organización sin ánimo de lucro, pero sobre todo me interesa el sistema de la enseñanza pública de Chicago. Me aseguro de que los niños tengan los libros de texto que necesiten en clase, comida que llevarse a la boca y el calzado necesario para que de verdad puedan ser «activos». De todas maneras, hay tantas cosas que quedan por hacer que resulta abrumador.

Mientras sigo buscando nuestra zona de acampada, se hace el silencio. Al final, echo un vistazo y veo que Indy me está mirando con los ojos marrones más tiernos que he visto en mi vida.

—No te lo he contado para que pienses que soy un tío genial. En realidad, no se lo cuento a nadie justo por esa razón. Limítate a pensar que lo hago a efectos fiscales para que no te pongas demasiado sentimental.

Se muerde el labio, niega con la cabeza, pero los ojos de mi emotiva compañera de piso no pueden evitar empañarse.

—No pienso que eres genial. No tengo una opinión formada sobre ti. No siento nada.

—Deberías perfeccionar tus dotes interpretativas antes de que llegemos a la zona de acampada.

Suelta un suspiro entrecortado.

—Vale. Lo intentaré.

Me meto en nuestra parcela numerada y aparco cerca de la camioneta de Ethan. A unos seis metros, hay tres tiendas de campaña sobre unas plataformas con escaleras que conducen a cada una de ellas. La tienda de campaña no tiene forma de tal. Se asemeja más a una casita hecha a base de paredes de cristal y lona que cubre los lados y la parte de atrás, para que te hagas a la idea de que estás acampando al aire libre, cuando en realidad todo es interior.

—¡Vaya! —exclama Indy—. Vaya, así es como acampan los ricos.

Por suerte, hace una temperatura agradable para esta estación del año, pero, aunque hiciera frío, una fogata crepita en medio de la parcela y las cabañas parecen estar bien caldeadas.

Ron está en la parrilla, a la izquierda de las cabañas, con unos pantalones cargo, una camisa de

franela y un puto chaleco plumas. Seguro que hay una forma mejor de conocer el lado simpático de mi jefe sin tener que pasar aquí la noche con él y su esposa y, ¡oh, Dios mío!, sin necesidad de verle la pinta que tendrá mañana por la mañana cuando se despierte.

—Más nos valdría volver a casa. —Meto la marcha atrás.

—¿Tanto te horrorizan esos pantalones cargo?

—Es como si se hubiera convertido en otra persona solo por estar a una hora de Chicago. No ha sido buena idea. Deberíamos haber esperado hasta que nos invitaran a una cena normal. Podemos mentir un par de horas, pero una noche entera...

—Venga. —Indy se incorpora entusiasmada—. Parece divertido.

—¿Y por qué decías que a ti no te molaba ir de camping?

—Eso ni siquiera se puede llamar así y siempre estoy dispuesta a relacionarme con la gente. Además, no hay fans por los alrededores que te miren como si fueras una especie de ser todopoderoso.

Se dispone a abrir la puerta, pero pulso el cierre para que no pueda hacerlo. Entorna los ojos en un gesto exagerado cuando no puede abrir.

No me importa que me llamen anticuado, pero no me gusta que se abra la propia puerta ella sola.

Rodeo el coche, lo desbloqueo con el mando a distancia y, cuando abro la puerta del copiloto, me encuentro con que Indy no está impresionada.

—Qué raro eres con estas cosas.

—No soy raro. Es solo que nadie se ha ocupado de ti hasta ahora, así que ya te puedes ir acostumbrando.

Me vuelvo a echar las dos bolsas al hombro cuando Ron nos saluda desde la parrilla.

—¡Bienvenidos! ¿Habéis encontrado bien el sitio?

—Sí. Gracias por invitarnos.

Permito que Indy vaya delante de mí, pero a los pocos escalones me agarra de la mano. La escalera es estrecha, pero parece segura, así que entrelazo los dedos con los suyos y confío en que todo vaya bien.

—Esto es increíble. No tenía ni idea de que existiera una cosa así —dice Indy, cuando Caroline sale de su tienda de campaña.

—¡Ah, lo habéis conseguido! Ethan y Annie también acaban de llegar —dice Caroline—. ¿Qué tal el viaje?

—Precioso.

—Es una maravilla salir de la ciudad, ¿verdad?

—Sí que lo es —intervengo.

Ethan y Annie salen para vernos y, cuando ya nos hemos saludado, Ron nos indica cómo se va a nuestra cabaña. Con las bolsas a la espalda, sigo a Indy escaleras arriba.

—Esto es... como de cuento —dice.

—Recuérdame que no salga a no ser que Ron y Caroline tengan echada la lona. Lo último que me hace falta es ver a mi jefe en pijama y haciéndole arrumacos a su mujer.

—¿Tú crees que llevará pijama? Yo me lo imagino con el culo al aire.

—Por Dios, Indy.

Antes de entrar del todo, suelto el cordón de la lona que cubre la parte delantera de nuestra cabaña para poder estar a solas un momento.

Indy se detiene en el umbral.

—Qué acogedora.

Pues sí, el interior parece cómodo y caldeado. Lo acogedor a que se refiere Indy es la única cama que ocupa el setenta por ciento del espacio.

—Tú te quedas con la cama. Yo puedo dormir en el suelo.

Dejo mi bolsa en los pocos centímetros que quedan libres del suelo en el que dormiré esta noche.

—No seas ridículo. —Indy coloca su bolsa de lona sobre el colchón—. De todas formas, yo dormiría con una pila de cojines a mi lado, así que puedes dormir a mi lado sin ningún problema. Pero no te preocupes, Shay, no tengo piojos.

No es eso lo que me preocupa. Indy se empeña en decirme que me dan miedo las chicas, pero lo cierto es que la única mujer que me ha aterrorizado en mi vida es ella. Su inteligencia, su carisma y su desparpajo son las cosas que más me atemorizan porque nunca me he sentido tan débil como cuando estoy cerca de ella.

Consigue colocar sus cosas de aseo en el cuarto de baño más diminuto del mundo, mientras yo me voy poniendo capas de ropa en previsión de la cena al aire libre y me echo el chaquetón de lana por encima de la sudadera con capucha.

—Eh, déjame que te ayude a ponértelo bien —insiste, colocándome la capucha por encima del chaquetón de lana.

Me vuelvo hacia su cara cuando empieza a abrocharme los botones del chaquetón.

—Esta noche podrás poner en práctica tu lista de cosas pendientes. Sería un buen momento para ensayar lo de tocarse en público.

—Eso te gustaría, ¿eh?

—Ten cuidado o yo ensayaré la mía sacándote de la cama de una patada en el culo y durmiendo sola.

Me muerdo el labio para contener una sonrisa mientras ella me observa.

Me tapo las orejas con el gorro de punto y le pongo a ella el suyo de color lavanda. Ese tono le sienta bien a su pelo rubio y sus ojos castaños, pero la verdad es que está guapa con cualquier cosa.

—Vamos a ayudar a preparar la cena antes de que crean que estamos follando.

Levanta una ceja.

—Créeme. Si estuviéramos triscando, lo sabrían. No soy muy silenciosa.

Al instante, aparto la vista, me llevo las manos a la cabeza e intento que la sangre no fluya hacia abajo.

—Por Dios, Blue. No tiene gracia. ¿Intentas que vaya a cenar al lado de mi *general manager* con una puta erección?

—Sería una manera de convencerlo de que te gusto. —Suelta una risita picarona.

No hay que convencer a nadie. Es más que obvio.

—¿Ha funcionado? —pregunta con curiosidad.

Cuando me vuelvo, baja la mirada hacia mi entrepierna. Deja de sonreír y veo en su bonito y esbelto cuello que traga saliva.

—¿Tú qué crees? No puedo pensar en lo que gritarías en la cama sin que toda la sangre se me vaya directa a la polla.

—Vaya —dice.

Me restriego la cara con la palma de las manos.

—Salgo dentro de un minuto. ¡Virgen santa!

14

Indy

Yo: *Cómo me va hoy: solo quiero que sepas que he visto el contorno de la polla de tu hermano y estoy deseando acostarme con él. Pero no lo voy a hacer. ¿Has visto qué buena amiga soy?*

Stevie: *Si pudiera pedir un deseo, sería que tu camping no tuviera wifi; así nunca tendría que leer estas palabras.*

Yo: *La culpa de eso también la tiene tu hermano. Solo los ricos tienen wifi cuando se van de acampada.*

Stevie: *¡Voy a estampar el móvil contra la pared ahora mismo! Que te diviertas.*

Cuando bajo las escaleras para cenar, estoy segura de que estoy roja como un tomate. No es que esté avergonzada, pero sí algo inquieta. El tío saca a relucir sin ningún descaro el sexo la noche que vamos a compartir cama, y voy yo y le sigo la corriente.

«Si estuviéramos triscando, lo sabrían. No soy muy silenciosa».

¿Qué me está pasando? Como si no hubiera hecho bastante el ridículo la otra noche, cuando nuestros cuerpos estaban enredados en el sofá y él me rechazó después de insinuarle que estaba preparada para salir adelante a nivel físico. Y aquí estoy, contándole los gritos que pego en la cama.

—Indy. —Annie me hace señas para que me acerque a la fogata que hay en medio del camping—. Estoy tomando un ponche caliente. ¿Quieres que te prepare otro?

—Suenan genial.

Annie vierte el líquido de un termo en una jarra, luego le añade un poco de limón y un palito de canela.

—Sé que solo estáis fingiendo... —susurra para que nadie más lo oiga—. Pero hacéis muy buena pareja.

Doy un sorbo de mi cóctel y entro en calor.

—Ryan haría buena pareja con cualquiera.

Annie levanta las cejas, nada impresionada.

—Hm. Qué cosas dices.

—¿Dónde está tu novio? —grita Ethan desde la parrilla, de pie al lado de Ron.

—Está... ocupándose de algo —evado la pregunta con sutileza—. Enseguida sale.

—Espero que a todos os apetezcan las hamburguesas esta noche. —La voz de Ron rebosa orgullo mientras vigila la parrilla con una espátula metálica en la mano—. Van a estar poco hechas, o sea, perfectas.

—Qué maravilla —miento, confío en que al menos pueda masticarlas un poco. Estoy aquí para causarle buena impresión al jefe de Ryan, no para ofenderlo rechazando la cena que ha preparado con tanto orgullo.

Caroline sale de su cabaña agitando un táper para enseñárnoslo.

—¡Y yo espero que os gusten los malvaviscos!

No sé qué tiene Ryan en contra de Ron Morgan, pero a mí me parece simpático. Claro que solo lo he visto dos veces y en las dos ocasiones estaba con su mujer, pero el tío tiene pinta de ser un buenazo. Mi novio falso es mucho más intimidante que él.

Y hablando del rey de Roma, oigo que a mi espalda suena el claxon de su coche en la parcela y entonces aparece con una nevera. El sol se está poniendo y deja un resplandor dorado que le ilumina y le da un aire de tío macizo con esos vaqueros ajustados. El gorro de punto azul marino les confiere un brillo especial a sus azulísimos ojos oceánicos.

«Por Dios, Indy. Contento. No es más que un puto gorro».

—Ron, ¿te importaría echar también a la parrilla unas pocas de estas? —pregunta Ryan, dejando su nevera en la mesa de pícnic y sacando una bolsa de empanadillas vegetarianas congeladas—. Indy es vegetariana.

A Ron no le importa.

—Oh, no lo sabía. —Ron baja la voz y me mira como disculpándose.

—Ha sido culpa mía —interviene Ryan—. Debería habértelo dicho. También he traído unas pocas salchichas vegetarianas para que desayune. ¿Tenéis algún sitio donde guardarlas?

—Sí, yo sí —dice Caroline, llevando a Ryan a su cocina provisional, donde tienen un refrigerador mucho más grande y mejor.

—Hm —murmura Annie.

—¿Qué?

—Nada. No me lo tomes a mal. Amo a Ethan, pero mi verdadero marido no es ni mucho menos tan atento como tu falso novio.

—Solo está intentando convencerlos de que es de verdad.

En ese preciso momento, Ryan mira por encima del hombro y me dedica la sonrisa más cariñosa que puede esbozar un hombre.

Annie da un trago largo de su cóctel.

—No son los únicos a los que está convenciendo.

Muy a su manera, Ryan se toma la libertad de fregar los cacharros después de cenar. No cuenta con los mismos utensilios que en casa, pero se las arregla igual de bien con una sola esponja y un chorro de agua.

Hay tres troncos alrededor de la fogata para que podamos sentarnos. Ron, Caroline y yo ocupamos uno cada uno y la mujer de Ethan está sentada en su regazo.

—Annie, ¿qué tal están las niñas? —pregunto, inclinándome hacia adelante para asar un malvavisco en el fuego—. ¿Estuvo bien el recital de piano de Gemma?

Podría dar la impresión de que se lo pregunto para parecer su amiga porque toda novia de Ryan debería conocer a sus compañeros de equipo más cercanos. Sin embargo, lo cierto es que esta mujer me cae bien de verdad y me lo pasé estupendamente con ella en el banquete de otoño.

—Sí, muy bien. —Se acomoda en el regazo de su marido—. Al principio tenía un poco de pánico escénico, pero Ethan le dijo unas palabras de ánimo y eso la reconfortó. Lo hizo genial.

Ron interviene:

—¿Qué le dijiste, Ethan?

—Lo normal. Que, si yo puedo jugar al baloncesto delante de mil personas, ella también se las arreglaría con una sala de cincuenta personas. Además, añadí que la única persona a la que tenía que impresionar era a sí misma. Ese tipo de cosas. Ah, y también la soborné diciendo que, si salía al escenario y tocaba, le compraría un helado después del recital.

A través del resplandor de la fogata, veo una sonrisa en la cara de Ron.

—Eres un buen padre. —Se vuelve hacia mí—. ¿Y qué hay de vosotros dos? ¿Queréis tener

hijos en el futuro?

Me atraganto y me pongo a toser y escupir de mala manera, pero al menos me da tiempo a retirar el malvavisco de las llamas antes de que se queme, mientras vuelvo a formular para mis adentros la pregunta de Ron.

Annie y Ethan sueltan unas risitas; parece que encuentran divertido todo esto.

El *general manager* ladea la cabeza mientras espera mi respuesta, lo que enseguida me trae a la memoria que todavía tenemos que convencerlo por completo de nuestra relación o del drástico y repentino cambio de Ryan.

—Eh... Hemos... —balbuceo.

Ryan me echa una manta por los hombros.

—Todavía no hemos hablado de eso —responde con total sinceridad. De hecho, es lo más sincero que hemos dicho esta noche.

—Déjalos tranquilos, Ronald —le reprende Caroline—. Llevan poco tiempo juntos, son jóvenes y están enamorados. Déjalos que lo disfruten. Se encuentran en la fase de mariposas en el estómago ante la perspectiva de verse. Aunque, ahora que lo pienso, quizá hayáis pasado ya esa fase, dado que vivís juntos.

—Pues...

—Sigue siendo igual —interrumpo a Ryan, alzando la vista hacia él por encima de mi hombro—. Muy parecido.

Veo sus hoyuelos, que resplandecen cuando el fuego le ilumina la cara.

—¿Puedo sentarme contigo? —me pregunta.

Miro a ambos lados, pero con todas las capas de invierno que me he puesto, en mi asiento no queda sitio para Ryan.

Se agacha y me dice en voz baja:

—Puedes sentarte en mi regazo, Blue.

Como novia suya, claro que podría, pero como compañera de piso que está empezando a sentir un enamoramiento enfermizo, me parece una idea horrible.

Apuro el cóctel para hacer acopio de valor y me levanto envuelta en la manta con el pobre malvavisco todavía en la mano. Ryan toma asiento, me agarra por la cintura y me coloca sobre su regazo. Me coloca bien la manta, luego me arrima más a él hasta que mi espalda roza su pecho y noto el calor de su aliento en la piel de mi nuca.

—¿Estás cómoda? —susurra.

—Sí, bien.

Diciendo «bien» me quedo corta. Estoy de puta madre. Este hombre es grande, exhala calor y, además, sus muslos son puro músculo.

Por debajo de la manta, su mano se aleja de la cadera y se desliza hacia dentro hasta que su palma cubre mi muslo. Con la punta de los dedos, me toca entre las piernas, acercándose de manera peligrosa al punto donde más los necesito, antes de masajearme la carne como conteniéndose de ir más allá.

Todo es falso, pura actuación, puro fingimiento.

Pero lo cierto es que nos tapa la manta y nadie más puede ver ese pequeño gesto de contención.

En la espalda noto que se le acelera el corazón y, ¡ay, Dios mío!, estoy tentada de desplazar el culo más hacia atrás y ver si...

—Indy —me interrumpe Annie, pasándome el táper—. Toma, para tu malvavisco.

—Oh, gracias. —Esbozo la sonrisa más falsa del mundo por lo culpable que me siento.

Me centro en tostar el malvavisco para intentar ignorar al hombre impresionante que tengo debajo. Las dos parejas siguen hablando de niños y necesito unirme a la cháchara antes de que me entre el impulso de restregar el culo contra mi compañero de piso para comprobar si la sigue teniendo dura.

Me vuelvo hacia los Morgan y pregunto:

—¿Y qué hay de vosotros dos? ¿Tenéis hijos?

Caroline le coge la mano a Ron.

—Queríamos tenerlos... —dice—. Pero no estaba escrito en las estrellas. Tenemos sobrinas y sobrinos a los que queremos como si fueran nuestros. Tanto Ron como yo tenemos suerte de contar con un puñado de hermanos, de modo que al final tenemos la familia que siempre quisimos tener.

Trago saliva.

—Ay, lo siento.

—No pasa nada. La vida ofrece muchas maneras de colmar tus deseos, aunque no sea como lo habías imaginado.

Desde luego, últimamente mi vida no tiene nada que ver con la que había imaginado.

Al mirar a Caroline, veo un poco mi propio futuro. Aunque no sé si tendré un marido que me quiera tanto como el suyo. Existen muchas posibilidades de que tampoco para mí esté escrito en las estrellas tener hijos y, por desgracia, soy hija única, sin perspectivas de sobrinos o sobrinas que aplaquen mi necesidad de formar una familia.

Siempre se puede adoptar, pero no estoy segura de cuántas agencias elegirían a una mujer soltera antes que a una familia biparental.

—Blue. —Ryan me da un empujoncito en la pierna y me saca del trance—. Tu malvavisco está negro.

—Ay, mierda. —Lo aparto de las llamas y soplo para apartar el rescoldo que se le ha pegado. Mi compañero se ríe de mí, pero al mismo tiempo me arrima más a él.

Como suele ser habitual, soy yo la que lleva la conversación. Es el papel que me he asignado a mí misma en nuestra falsa relación, pero después de lo que ha dicho Caroline, no se me ocurre de qué puedo hablar.

Ryan toma la palabra.

—Bueno, pues mañana por la noche nos toca Houston. Easton lleva unas cuantas semanas en racha. Intentaremos romperle el ritmo.

Ethan carraspea y pasea la mirada entre los otros dos.

—¿Qué dices?

—Ya hablamos bastante de baloncesto durante la semana, ¿no crees? —replica Ron—. Nos gusta organizar comidas familiares precisamente para estar con la familia. Si venimos aquí es para olvidarnos de la ciudad y descansar una noche.

Noto que Ryan se pone tenso y se endurece, pero no de la manera que yo desearía. Se supone que estamos aquí para demostrarle a Ron que a Ryan le importan más cosas que no sea jugar. Que sepa lo que son las relaciones y la camaradería es lo que convierte a alguien en un gran líder, no solo el resultado del partido. Y va y se pone a hablar de baloncesto sin darse cuenta.

—Ay —balbucea Ryan—. Ya lo sé. No quería...

—Yo todavía no he visto jugar a Ryan en persona —suelto de repente, con la esperanza de echarle un cable.

—¿Qué? —exclama Caroline, tirando levemente del brazo de su marido—. ¿Has oído eso, Ron? ¡Dios mío, tienes que ir a verlo! Es buenísimo.

—Es increíble —estoy de acuerdo.

—¿Estarás mañana por la noche en la ciudad? —me pregunta Ron—. Caroline y yo nos vamos a perder el partido. Es el cumpleaños de su hermano. Nuestros sitios son tuyos, si te apetece. Llévate a un par de amigos y disfruta del partido.

—¿De verdad? Me encantaría. Es un gesto muy generoso de tu parte.

—¡Ponte elegante! —interviene Annie—. Estando en la cancha mientras juega tu chico, seguro que te sacarán fotos.

—¿Puedes venir conmigo?

—Ojalá pudiera, pero de manera oficial estoy en la fase de la carrera de Ethan en la que las chicas se van a dormir a mitad del partido. Me cuesta mantenerme despierta hasta el final.

—Maldita sea. —Ethan se echa a reír—. Veo que he perdido todo mi atractivo para ti. ¿Te duermes viéndome jugar? No dejes que te desvele, Ann.

—No, descuida —dice ella, dando una palmada en el pecho de Ethan.

El tono de la conversación ha cambiado y el pequeño desliz de Ryan pertenece ya al pasado. Como siguen charlando, me concentro en mi malvavisco y le pongo el doble de chocolate del que debería, pero así se disimula mejor el hecho de que lo haya chamuscado por completo.

Ryan me apoya la barbilla en el hombro mientras yo meto el dulce entre dos galletitas Graham.

—Gracias —susurra, para que no lo oiga nadie—. Me has salvado.

—Somos un equipo. Estoy aquí para ayudarte.

—Me gusta cómo suena eso.

Dándome la vuelta, le sonrío.

—¿Significa eso que el equipo también comparte los malvaviscos?

Meneo la cabeza en desacuerdo.

—Están reservados para el MVP. —Para darle envidia, le pego un bocado enorme y hago «mmm» para que vea lo sabroso que está.

—No hagas esos ruiditos mientras estás sentada en mi regazo. —Me agarra del muslo; mientras habla, sus labios están peligrosamente cerca de los míos—. De lo contrario, no serás capaz de levantarte en un buen rato.

Será todo un puro espectáculo, pero, joder, esta versión de Ryan no es la misma que la del banquete de otoño. Aquí fuera se muestra seguro y cómodo. Así me gusta más y me parece mucho más sexy que la otra vez.

—Quieres decir que no serás capaz de levantarte tú.

—Viene a ser lo mismo.

Volviendo a su regazo, me siento con las dos piernas a un lado de las suyas y le ofrezco un poco de mi malvavisco. Lo atrapa con los labios y le da un generoso bocado, sin apartar en ningún momento sus ojos oceánicos de los míos.

Lo cierto es que este aire libre me parece un tanto claustrofóbico.

Se le cae un poco de comida en la barbilla y, sin pensármelo, se lo limpio con el pulgar. Pero, antes de quitarme la porquería, me agarra la mano y se mete mi dedo en la boca para chupar los restos.

Me quedo sin aliento cuando el calor de su lengua me chuperretea el pulgar; así es como imagino que me lamería otra cosa.

Todo es falso. Pura actuación. Puro fingimiento.

Le va cogiendo muy bien el tranquillo a hacer de novio falso, pero, si me dejo llevar por mi corazón romántico y no tengo en cuenta de qué trata esto en realidad, voy a tener problemas.

15

Ryan

Mientras Indy se ducha, me aseguro de que todas las lonas exteriores estén echadas y tapen bien las paredes de cristal para pasar la noche. Necesito al menos dormir en la intimidad. Las paredes están construidas formando una «A»; el borde superior del techo apunta directamente al cielo. De cada lona sale del tejado un cordón ajustable. Tiro de uno para hacer la prueba y se abre la tela que cubre medio techo, lo que permite ver las estrellas desde la cama. Hago lo mismo con la otra mitad de la lona y luego entro en la cabaña y cierro la puerta a mi espalda.

Antes de mirar hacia arriba para contemplar las vistas, encuentro algo mucho más espectacular de pie en medio de la habitación. Tan solo lleva una toalla a su alrededor y está mirando hacia el cielo.

—¡Qué maravilla! —exclama Indy con la cabeza echada hacia atrás—. Es precioso.

Si soy sincero, a mí me importa un rábano lo que ocurra ahí arriba. Si ella pudiera ver el aspecto tan impresionante que tiene su cuerpo todavía húmedo y el leve rubor de sus mejillas por el calor de la ducha, entendería mi desinterés por lo que a ella le fascina.

—Cómo brillan aquí las estrellas —continúa—. Nunca las he visto así en la ciudad. —Me observa con los ojos marrones—. ¿Ryan?

—Asombroso —le sigo el juego.

Cada fibra de mi cuerpo quiere salvar la distancia que hay entre nosotros y besarla ahora mismo. Lo que pasa es que, si ella me pide más, no me creo capaz de negarme. Acabo de tener una revelación terrorífica, sobre todo si se considera que estamos a punto de meternos juntos en la misma cama.

«Es la mejor amiga de tu hermana. Está pasando por una ruptura muy chungu. Es tu compañera de piso, joder».

Esta habitación es demasiado pequeña para compartirla con ella cuando está desnuda y huele a limpio, a algún jabón tropical.

—Me voy a duchar.

Con la cabeza agachada, doy dos rápidos pasos hacia el baño porque necesito estar detrás de una puerta cerrada, pero me choco con una rubia empapada. Nuestros cuerpos colisionan y el impacto arroja su toalla al suelo. Lo sé porque mis manos rodean una espalda desnuda con el fin de estabilizarla, y porque noto dos duros picos clavados en mi estómago.

—Ay, santo cielo —dice congelada—. Madre mía.

Tengo la mirada fija en el paisaje que antes mis ojos se negaban a contemplar, pese a que la tentación de ver lo que poseo entre mis manos no puede ser mayor.

—Indy, ¿qué demonios estás haciendo?

—¡Lo siento! Iba a sacar mis cosas de la ducha para dejarte sitio.

Mis callosos dedos se aferran a la carne tibia de su espalda, mientras aprieto los dientes.

—Necesito que recojas con sumo cuidado la toalla del suelo. Y necesito que lo hagas ahora mismo.

Si hasta ese momento creía que tenía cierto autocontrol ante las adversidades era porque no

sabía lo que iba a pasar. Pero cuando se agacha a recoger la toalla, va y me roza la polla sin querer. Como si mi sangre no estuviera ya concentrada en un solo punto, encima esto. Siseo una inhalación, a la que le sigue una carcajada de Indy.

—Uy, perdón.

En cuanto noto que su cuerpo está otra vez cubierto, doy el último paso que me separa del cuarto de baño y me encierro en él.

¿Qué coño habré hecho mal para merecerme este tipo de tentación? Llevo años, de verdad, sin mirar dos veces a ninguna mujer, y ahora resulta que la única en la que no puedo dejar de pensar está viviendo en mi casa.

Joder. El baño huele a ella. Yo huelo a ella por haberla tenido toda la noche sentada en mi regazo. En parte, no quiero quitarme ese olor de la piel lavándome, pero al mismo tiempo sé que, antes de meterme en la cama con ella, he de hacer algo con la penosa erección que he intentado ocultar toda la noche.

Dejo que el agua me golpee la espalda y me apoyo con las palmas en la pared. No debería hacerlo, pero la necesidad es demasiado grande. Sin embargo, no voy a pensar en ella. No voy a pensar en nadie.

Pero, en cuanto cierro el puño alrededor de la polla, una imagen me asalta la mente. Indy de rodillas con sus dulces ojos marrones suplicando mi miembro.

«No, no. Deja de pensar en ella».

Los labios de Indy forman una bonita y pequeña «O» mientras pestañea y me mira desde el suelo de la ducha. Sus dedos con las uñas pintadas de lila trepan por mis muslos y mi cadera suplicando que la deje trabajar.

Mis dedos se enredan en sus rubias trenzas y le tiran del pelo como llevo imaginando desde el día en que llegué a mi apartamento. No deja de mirarme en ningún momento y un rápido lengüetazo suyo me calienta la parte inferior del capullo.

Mierda. Ojalá esto fuera real. Me toco imaginándomelo. Me echo un poco de su jabón de coco, me lo froto en la piel y mi polla se vuelve más resbaladiza. El olor a ella me invade las fosas nasales creando una imagen aún más convincente.

«No deberíamos hacer esto», le recuerdo, abriéndole la boca con el pulgar.

«Pero es que yo quiero. Necesito hacértelo. Por favor, Ryan».

Maldita sea, me encanta cómo pronuncia mi nombre, e imaginar su voz diciéndome eso me acerca más al límite.

«Sé cómo hacer que te sientas mejor». Me rodea el capullo con la lengua. «Por favor, déjame que te haga sentir mejor».

«¿Lo deseas, Blue?».

Asiente con ojos de inocente. La recojo del suelo, la aúpo para que me envuelva la cintura con sus largas piernas y la empujo contra las baldosas de la pared. «Entonces deja que te dé esto».

Mi polla se desliza hacia su coño y ella suelta un gemido de placer.

Quiero follármela a lo bestia, hasta que nos duela.

«Dios, Ryan, que bueno está esto». Siento que su pecho late contra el mío cuando intenta recobrar el aliento.

Aumento la velocidad y me aprieto con más fuerza, imaginando que es el cuerpo de Indy el que me rodea la polla y no mi puño.

«Métemela. Métemela, por favor. Te necesito. Por favor», me ruega.

Separa la cadera de la pared porque necesita acercarla a la mía y, en cuanto me imagino embistiéndola, los chorros de semen salen disparados contra las baldosas de la ducha. Hacía

tiempo que no se me ponía tan dura. Sigo acariciándome hasta que la última gota se va por el desagüe y el agua no deja rastro de lo que acabo de hacer.

De repente, me doy cuenta de lo equivocado que estaba si creía que así me quitaría a Indy de la cabeza. Ahora mi cuerpo anhela lo real y está ansioso por saber lo que dice o hace cuando se corre.

Si yo fuera otro hombre, buscaría a alguna otra para acostarme con ella y echar un polvo rápido, confiando en que eso solucionaría el problema. Pero, siendo yo quien soy, no puedo permitirme ser vulnerable, ni siquiera con un ligue de una sola noche. Por eso solo me queda soñar con la rubia que vive en mi casa.

Si soy sincero conmigo mismo, sé que en este momento no me serviría ninguna otra. Llevo años sin que me haya atraído nadie, pero eso no significa que no pueda ocurrir, a la vista está. Pero no lo voy a permitir. Mañana, en cuanto me levante, lo primero que haré será pensar en el partido. Volveré a centrarme en lo importante: mi carrera.

Estas puñeteras ensoñaciones —que me llevan a no poder pensar en otra cosa más que en acostarme con Indy— terminarán en el mismo instante en que nos vayamos de este puto camping.

Cuando salgo del cuarto de baño, ella está de espaldas a mí y sigue llevando solo la toalla. Como la cabaña es tan pequeña, está en todas partes. Su ropa. Su olor.

—¿Has disfrutado de la ducha? —pregunta.

«Ha sido la mejor de mi vida». Su tono burlón me dice que podría apostar a que me ha oído y conoce la respuesta.

—Sí, estaba muy...

—¿Húmeda?

La jodimos. Me basta con oír esa palabra saliendo de su boca para que me entren ganas de otra ronda con la mano.

—Sí, Blue. La ducha estaba húmeda.

Le entra una risita tonta por la insinuación y, como sigue mirando para otro lado, me quito la toalla y me pongo unos pantalones cortos.

—¿Sin cojines? —Rodeo la cama y encuentro mi lado vacío.

—Esta noche no. Supongo que estando tú, me las arreglaré. —Me mira el pecho—. No llevas camisa.

—Esa suerte que tienes.

Le da un poco la risa y, cuando levanto la colcha para deslizarme bajo las sábanas, pregunto:

—¿Te parece bien así?

Asiente tímida con la cabeza.

Una vez metido entre sábanas, tengo mucho cuidado de dejar algo de espacio entre nosotros. Me pongo de lado, mirándola.

—Gracias de nuevo por haberme ayudado esta noche.

—Me lo he pasado bien. —Se mete las manos bajo la mejilla, mientras mantenemos un buen hueco entre nosotros.

—¿De verdad?

—Sí. Cada vez se te da mejor fingir. Creo que en realidad tenemos posibilidades de hacerlo bien en la boda.

Saber por qué me sale cada vez con más naturalidad me produce auténtico pánico.

—Bien. —Antes de darme la vuelta y ponerme de cara a la pared, le sonrío un poco—. Buenas noches, Blue.

—Buenas noches. —Exhala un largo suspiro y, cuando también se da la vuelta, noto la pendiente que hay entre nosotros.

Necesito dormir. Mañana tengo partido y, cuanto antes concilie el sueño, antes acabará esta excursión. Sé que debería estar deseando que termine esta invitación para poder centrarme de nuevo en el propósito de esta farsa —demostrar que puedo ser un buen capitán para «liderar» de verdad a este equipo hacia los *playoffs*—, pero lo cierto es que yo no quiero que se acabe. Me gusta que esta gente se crea que es mi chica. Me gusta tenerla en mi cama.

Al ponerme boca arriba, Indy está de espaldas a mí y veo un mechón de pelo rubio sobre su almohada. Puede que tenerla tan cerca sea la mayor tortura, pero no debo olvidar que es mi compañera de piso y la mejor amiga de mi hermana.

Ella también da media vuelta y se pone boca arriba. Al hacerlo, su mano cae sin querer sobre mi palma, pero la retira al instante. Aunque nos hemos estado tocando toda la noche en público, esto es diferente. Aquí no hay nadie que lo atestigüe y, por lo tanto, ya no es una actuación. Se trata tan solo de dos compañeros de piso que en principio no tienen ninguna razón para compartir el contacto físico.

En la habitación reina un extraño silencio que no es el típico de cuando dos personas están intentando conciliar el sueño, pues ambos somos muy conscientes de lo despiertos que estamos.

Pasa un rato hasta que Indy desliza titubeante su mano hacia la mía. Es suave y pequeña. Yo cierro los dedos alrededor de los suyos antes de que pueda abandonarme de nuevo.

Estoy tan nervioso que casi puedo oír los latidos de mi corazón en el silencio que se ha instalado, hasta que su pulgar me hace una leve caricia. Mentiría si dijera que no me entran ganas de tirar de ella, ponerla encima de mí y colmarla de besos. Pero no puedo. Por muchísimas razones, no puedo, así que dejo que nuestras manos sean el único punto de contacto.

Alzo la mirada hacia las estrellas y echo de menos la libertad que sentía estando fuera.

—Oye, Ind...

—¿Mmm?

—Volviendo a lo de anoche... No te lo dije, pero sí me importas. Lo sabes, ¿verdad?

Me aprieta un poco la mano.

—Lo sé, pero es bonito escucharlo. Palabras afirmativas y todo eso.

—Exacto. Ha llegado el momento de que me cuentes hasta qué punto te importo.

Bosteza a propósito.

—Jo, tío. Es tarde. Estoy muy cansada.

—Serás cabrona...

La cama se mueve por la risa que le entra. Se vuelve para mirarme, su mano todavía en la mía y la otra bajo su mejilla.

—A mí también me importas, Ry.

Aunque sigo mirando el cielo de la noche, puedo verla observándome por el rabillo del ojo.

Su voz es casi un susurro cuando pregunta:

—¿Te fías de mí?

En teoría, es una pregunta sencilla con una respuesta sencilla. Pero la confianza es la convicción más complicada en mi mundo en blanco y negro. Con la mayoría de la gente, la respuesta sería un claro «no», pero con Indy, a la que solo conozco desde hace unas semanas, respondo sin dudar:

—Sí. —Cuando la miro, tiene una expresión esperanzada—. ¿Qué?

—Nada. Solo sé que eso significa mucho viniendo de ti.

Acaricio el dorso de su mano con el pulgar y vuelvo el cuerpo hacia ella; el único espacio que

queda entre nosotros es donde se juntan nuestras manos.

—¿Quieres contarme un secreto? —me pregunta con tranquilidad—. Algo que nadie más sepa.

Sin la menor vacilación, se me pasa por la mente el mes después de graduarme en la universidad. Es el mayor secreto. Solo mi hermana sabe lo que perdí, pero por mucho que me fíe de Indy, no sé si estoy preparado para compartirlo con ella.

En su lugar, le revelo otro secreto que también es cierto:

—Haces que me sienta relajado. Que pueda ser yo mismo.

Me mira a los ojos antes de estallar en una carcajada.

—No me mientas, Shay. No haces más que quejarte del desastre que soy. Ni de coña te puedo relajar.

Deja de reírse.

—Sí, estoy preocupado por ti y eso me estresa. Has convertido mi casa en un puto arcoíris, lo que casi me provoca una úlcera, pero, cuando estás en casa, siento que no tengo que aparentar nada. A estas alturas ya sabrás lo que me cuesta estar con gente nueva, pero contigo puedo ser yo mismo. A cualquier otro le puede parecer una tontería, pero para mí tiene mucha importancia.

De nuevo se hace el silencio entre nosotros, pero estoy deseando que diga algo de una puta vez.

—Deja de ser tan amable conmigo o me vas a hacer llorar.

Sonrío ante ese comentario.

—Tú siempre lloras.

—¡Lo sé! Pero es que ha sido muy bonito oírte decir eso, Ryan.

Cierro el puño de la mano libre, me contengo para no tocarla. No quiero que me malinterprete. Solo lo he hecho porque se merece saber lo especial que es.

—Como no me has contado el secreto que yo quería, te voy a preguntar una cosa. Tú decides si quieres contestar.

Le doy tiempo para que me haga la pregunta que sé que me va a hacer.

—¿Por qué no sales con ninguna chica?

Suspiro y me froto la cabeza con la mano libre.

Joder, sabía que algún día acabaría contándoselo.

—La última mujer con la que tuve una relación intentó quedarse embarazada para conseguir que le diera una pensión alimenticia durante dieciocho años.

Por misterioso que parezca, Indy se queda callada.

—Se debía de creer que, si se quedaba embarazada de un hijo mío, yo no me iba a involucrar. —Me río sin ganas.

—Ryan...

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Por culpa de eso, no sales con ninguna chica y te cuesta tanto fiarte de la gente. ¿Es la chica de la universidad?

Asiento en silencio para responder a las dos preguntas.

Me extraña que Indy se haya quedado callada, pero quizá se deba a que sabe que no quiero hablar más del asunto. A cambio, me aprieta un poco la mano para apoyarme en silencio.

—¿Quieres contarme ahora tú un secreto? —pregunto.

—No tengo muchos secretos. Soy un libro abierto.

—¿Para qué estás ahorrando dinero? —Casi puedo ver que le da vueltas a la cabeza ante el rumbo que ha tomado la conversación—. No estás obligada a contármelo.

—No, si no es ningún misterio, pero prométeme que no te vas a reír.

—Bueno, ahora sí que estoy intrigado.

Pese a la oscuridad, con las estrellas iluminándole un poco la cara, puedo ver que aparta la mirada de mí.

—Estoy ahorrando para poder congelar mis óvulos.

Me deja tan confuso que arqueo las cejas.

—¿Por qué? Todavía eres joven.

—Yo sí, pero mis ovarios no. Por culpa de la genética, a los veintisiete tengo unos óvulos que son unos vejestorios. Siempre he querido ser madre y no me importa cómo. Madrastra, madre adoptiva..., me da igual. Pero, si quiero tener la más mínima probabilidad de ser madre biológica, esa es mi única esperanza. Puede que ya sea demasiado tarde, no lo sé, pero tengo que intentarlo.

Ahora no puedo evitar tocarla. Le paso la punta de los dedos por la mejilla, le meto un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué iba a reírme de eso?

—No lo sé. Me han dicho que suena como si estuviera desesperada. Puede que lo parezca, pero me da igual. Es lo único que siempre he querido en la vida. Me niego a pedirles ayuda a mis padres. Es mi potencial familia y quiero hacerlo yo sola, pero eso supone que tengo que trabajar más para sacar un dinero extra.

—¿Quién te ha llamado desesperada?

—No me acuerdo —contesta demasiado deprisa.

Mi compañera de piso es una mentirosilla. Fue su ex. Está más claro que el agua.

—No quiero que te lo tomes a mal, porque lo único que me mueve es la curiosidad, pero... ¿Por qué has esperado tanto? Quiero decir que, si estás preocupada, será porque ya es demasiado tarde.

Suspira.

—Ryan, estoy segurísima de que ya conoces la respuesta a todas esas preguntas. No lo he hecho antes porque el hombre que yo pensaba que iba a ser el padre de mis hijos me dijo que quería empezar a intentarlo. Pronto, quiero decir. Siempre era «pronto». No es que yo quisiera tener hijos justo entonces, pues era joven. Sigo siéndolo, pero necesitaba decidirme o tener un plan, y su plan era responderme todo el rato: «Pronto lo intentaremos». La culpa es mía por no haber pasado a la acción.

Le suelto la mano y, en su lugar, meto un brazo debajo de su cuerpo y la atraigo hacia mi pecho. Se acurruca en el pliegue de mi cuello, así que hablo en voz muy baja, con los labios pegados a su oreja.

—No me parece nada desesperado buscar lo que más deseas en la vida. Que le den a tu ex, porque, aunque no me lo digas, sé que fue él.

—Podía acabar siendo un dinero desperdiciado.

—El dinero va y viene. Se trata de tu vida. Sé egoísta por una vez, Ind. Te has pasado seis años adaptándote a las exigencias de ese tío. Ya va siendo hora de que hagas algo por ti.

Entierra la cabeza más adentro de mi cuello.

—Además, por paradójico que resulte, lo que quieres es un hijo. Es decir, cuidar de alguien, por lo tanto, no estás siendo nada egoísta.

Su cuerpo tiembla contra el mío porque le entra un poco de risa.

—Dios, ¿qué me pasará?

—Nada. Que te gusta cuidar de la gente.

—Creo que a ti también.

Se me escapa una carcajada.

—Eso no lo sabía yo.

—Claro, porque no eres nada cariñoso ni protector. Eres solo un jugador de baloncesto egoísta que únicamente piensa en sí mismo y en su carrera. —Lo dice en tono sarcástico, pero no va muy desencaminada. Eso es lo que soy—. Y seguro que para tus adentros estás de acuerdo conmigo, pero te equivocas. Algún día lo verás.

Paso la palma de la mano por su espalda y enseguida me doy cuenta de que no lleva el onesie con el que me amenazó. Lleva algo de seda para dormir y menos mal que no puedo ver lo que hay debajo de las mantas. Porque sé que será tan bonito como parece al tacto, así que aquí estoy intentando a toda costa ser un caballero mientras comparto una cama con mi mayor debilidad.

Indy levanta la cabeza de mi cuello para mirarme. El sutil resplandor de las estrellas delinea la silueta de su nariz, las pestañas y sus tiernos labios. Se humedece el labio inferior pasándose la lengua despacio.

Joder, cómo la deseo. Aunque me ha dejado bien claro que ya no le queda nada por dar, estoy tan desesperado que me conformaría con tomar si acaso las sobras que le hayan quedado.

Como no estoy seguro de poder separar una relación física de todo lo que esta acarrearía, en lugar de besarla en la boca, le aparto el pelo de la cara, se lo meto detrás de la oreja y le poso los labios en la frente.

Ella bosteza y se recoloca cuando vuelvo a tumbarme boca arriba. Apoya la mejilla en mi pecho desnudo y me pasa un brazo por la cintura.

—Para ser sincera, mi pila de cojines es mucho más cómoda que tu pecho, pero creo que podré arreglármelas. —Cambia de postura—. En serio, Ryan, esto es como dormir encima de una puta roca.

—No seas quejica, que estás tan a gusto escarbando en mi piel.

—Cállate.

Con una sonrisa de satisfacción, subo las mantas para taparnos y luego la rodeo con los brazos para asegurarme de que no se va a escapar. Con la punta de los dedos, trazo dibujos invisibles por encima de sus costillas para memorizar la manera en la que se amolda a mí.

Al cabo de un rato, noto que respira más despacio. Yo en cambio no creo que pueda pegar ojo. No recuerdo la última vez que compartí cama con una mujer y, por muy triste que suene, no quiero perderme un momento como este.

Respira hondo.

—¿Ryan?

—¿Hmm?

—¿Por qué hueles a coco?

16

Indy

Si algo se me da bien es representar un papel. Ya sea la amiga afortunada o la novia que resplandece del brazo de su compañero, pero que al mismo tiempo sabe cuándo atenuar su luz para que él destaque ante sus semejantes.

Sin embargo, esta noche hago de la chica del base y tengo que admitir que hasta ahora es mi papel favorito.

Unos pantalones de cuero negros ajustados, unos zapatos rojos con tacón de aguja y una camiseta diminuta de los Devils crean la combinación perfecta para el acto al que voy a asistir. Me recojo el pelo en una cola de caballo peinada hacia atrás y remato el maquillaje pintándome los labios de rojo con la esperanza de no distraer al número cinco.

—Indy, ¿tienes las entradas? —pregunta Zanders cuando salimos de su Mercedes Clase G. Aunque esta noche no le toca jugar, puede permitirse el lujo de dejar el coche en el aparcamiento reservado a los jugadores.

—Sí. —Levanto el móvil como prueba—. Me las ha mandado Ryan.

—Míranos, yendo al partido de tu novio falso como una familia feliz. —Stevie me coge del brazo y la otra mano se la da a Zanders, mientras los tres nos dirigimos al estadio—. El plan de Ryan debe de funcionar si los Morgan te han regalado sus entradas a pie de pista.

—Bueno, es que soy muy buena actriz.

Zanders le da al portero, un hombre de cierta edad, un abrazo antes de llevarnos por la sala alargada que hay más allá de los vestuarios.

—Este es el pabellón del equipo visitante —señala Zanders mientras lo seguimos—. El vestuario de los visitantes y el gimnasio del equipo local. Y aquí... —Se detiene ante una de las dos fotos que hay en la pared—. Estos son los campeones de la Copa Stanley.

Me acerco a la imagen para contemplar a todos los tíos para los que trabajo cubiertos de confeti tras ganar. No había visto al equipo después de que ganaran en casa la última temporada, así que me encanta la foto, en la que también aparece Maddison y sus dos niños. A Rio le brillan los ojos como si hubiera derramado alguna lagrimita de emoción. Luego está Zanders, con un aire menos arrogante de lo habitual.

—Zee, pareces un poco triste en la foto.

—Eso es un eufemismo, Ind. Estaba desolado. Fue una de las mejores y peores noches de mi vida.

Cuando mira hacia Stevie, los dos comparten una sonrisa de complicidad. No estaban juntos cuando los Raptors ganaron la copa y, según parece, él dio por hecho que esa noche había perdido a su chica para siempre.

La abraza mientras continuamos la visita guiada.

—El vestuario del equipo local —indica Zanders. De repente soy consciente de que Ryan tiene que estar justo al otro lado de esas puertas.

La idea de verlo donde más destaca me ha estado consumiendo todo el día. Como si no estuviera ya de por sí intrigada por cualquier otro aspecto de su vida, ahora además voy a tener el

privilegio de ver lo que hace para ser el mejor jugador. Aunque eso no va a avivar la llama de mi atracción ni nada parecido.

Me he despertado con la pierna enroscada en su cintura; él me abrazaba fuerte y tenía la nariz enterrada en mi pelo. Cuando nos hemos desenredado, me sentía un poco abochornada, pero no voy a mentir: ha sido la noche que mejor he dormido desde hacía meses.

Piel cálida al tacto. Pecho ancho y desnudo. Mano dominante pero suave.

Él es todo lo que nunca he tenido en un hombre y lo que anhelo con desesperación, pero, en cuanto hemos llegado a casa esta mañana, ha cogido la bolsa y se ha ido a hacer sus tiros matutinos para centrarse del todo en el baloncesto. No le he visto desde entonces.

Zanders nos lleva por los túneles del estadio, donde ningún otro aficionado puede acceder. Supongo que ese es el tipo de ventajas que tienes cuando eres el capitán suplente de los actuales campeones de la Copa Stanley.

Por primera vez desde hace días, me acuerdo de Alex de manera fugaz porque esto le encantaría. Es muy aficionado al deporte, en especial, es fan de los equipos locales de Chicago. Llámalo pueril o mezquino, pero se me escapa una sonrisa ladina al saber que soy yo la que estoy aquí y no él.

Cuando salimos del túnel hacia el lateral de la cancha, se oye un ruido ensordecedor en el estadio. Alguna gente grita de pura alegría ante la perspectiva del partido, pero casi todo el mundo lo hace porque ha reconocido al instante a Zanders. Los hinchas acérrimos se asoman por las barandillas y lo llaman a gritos por su nombre con la esperanza de tocarle o de que les firme un autógrafo. Se me hace raro ver las cosas desde ese lado. Para mí, Zanders y el resto de los Raptors son tíos normales para los que trabajo, no unos ídolos que por fin han conseguido que Chicago sea campeón una vez más.

Cuando encontramos nuestros asientos, los fans que se sientan a pie de pista siguen acercándose a Zanders mientras los dos equipos calientan en la cancha.

—Esto es una locura —le susurro a Stevie—. ¿Siempre es así?

Se encoge de hombros.

—Esto es lo peor de todo. Le reconocen también fuera de Chicago, pero no tanto como aquí, donde hay cientos de fans en un solo estadio.

—¿Se te hace pesado?

—No mucho. Prefiero que quieran un autógrafo suyo a que disfruten odiándolo como hacían antes. Además, esto no es nada en comparación con lo que le pasa a Ryan cuando salimos. Resulta casi imposible ir a ningún sitio con él.

Me viene a la mente la lista de cosas pendientes que cuelga del frigorífico. Recuerdo cuando le pedí que ensayáramos las citas en público en lugar de en privado, como sé que prefiere. Tengo que modificar eso cuando llegue a casa, porque incluso yo, que soy extrovertida, me sentiría abrumada por acaparar tanto la atención, así que no digamos alguien como Ryan, que es más solitario. No me extraña que salga tan poco de casa, a no ser que sea por algo relacionado con el trabajo.

Stevie me da un codazo en el hombro y señala hacia la cancha.

—Ahí está.

No sé por qué no ha sido el primero que he visto nada más salir del túnel, porque llama la atención incluso entre una multitud de 23 000 personas. Lleva una camiseta de manga larga de los Devils en lugar de la de manga corta y unos pantalones de velcro, y no es ni mucho menos el más alto de la pista. Sin embargo, la humilde confianza en sí mismo que irradia y su concentración hacen que me sea casi imposible apartar la vista de él.

Igual que cuando lo vi por televisión hace unas semanas, Ryan se aísla del resto de los jugadores y se pone a botar dos pelotas pasándoselas de una mano a otra. Ni siquiera se distrae cuando los fans vocean su nombre y sigue concentrado en lo suyo.

Trabaja solo, muy en la línea de cómo lleva el resto de su vida.

Termina el calentamiento, se anuncian las alineaciones y cantan el himno nacional.

Él sigue sin mirar hacia nosotros y, con la atención que ha cosechado Zanders desde que nos hemos sentado, es imposible que no sepa dónde estamos. Sin embargo, no nos hace ni caso. Todo él está concentrado en el juego, en las dos próximas horas.

Cuando las luces iluminan la cancha, se quita los pantalones de velcro y se queda con los cortos de la equipación que lleva debajo. Luego se deshace de la camiseta y soy bendecida con un pecho desnudo.

Dura solo un momento, pero me da tiempo a ver las gotas de sudor que le caen por las hendiduras de los músculos. También se le levanta el pecho al jadear, como imagino que haría durante otro tipo de actividad física.

Anoche lo tuve así en la cama y cada fibra de mi ser anhelaba dolorosamente que me abrazara y me besara. Mi cuerpo arde en deseos por él, pero ya me ha dejado clarísimo que besarnos en público está descartado, así que por desgracia imagino que también en privado.

Pero, por Dios, ese hombre no tiene ni idea de que anoche me trastornó por completo. Puede que durmiera a mi lado solo porque no había otra cama en la habitación, pero, como me quedé despierta unas horas, fui muy consciente de su abrazo y de lo bien que mi cuerpo encajaba en el suyo.

En algún momento del primer cuarto, nos traen un gin-tonic al asiento, mientras los gigantescos y sudorosos jugadores pasan tan cerca que casi podría tocarlos con la mano.

—Los partidos de baloncesto son lo mejor que hay. No puedo creer que nunca haya estado en ninguno —comento.

Zanders se ríe desde su asiento, al lado del de Stevie:

—Estás sentada a pie de pista, en los asientos del *general manager*. Las otras localidades son un poco distintas.

Stevie interviene sin dejar de mirar hacia la pista:

—Tal vez deberíamos haber venido primero a unos asientos normales. Es como volar por primera vez en primera clase y luego tener que viajar siempre en turista.

—Bueno, supongo que tendré que convencer a los Morgan para que me traigan otra vez. —Doy un sorbo de mi gin-tonic.

Stevie sonríe.

—No creo que tengas que convencerlos mucho. Ryan dice que la señora Morgan te adora.

El susodicho se toma su tiempo botando la pelota por toda la pista; veo que levanta tres dedos y anuncia una jugada. Como siempre, está muy tranquilo, sereno y concentrado, pese a que innumerables fans escudriñan con avidez cada uno de sus movimientos.

El base de Houston no tiene ni mucho menos el nivel de Ryan, pero es bueno. Aunque sus movimientos son nerviosos y algo bruscos, he notado que su equipo recupera los pases que pueden no ser perfectos o las jugadas que no están ejecutadas del todo. Sin embargo, es un charlatán de mierda como no conozco otro. Cada vez que se le presenta la ocasión, agarra a Ryan del brazo o le tira de la camiseta. Habla a gritos como si sus palabras sirvieran para igualar la diferencia de nivel y talento que hay entre ellos.

Me giro hacia Stevie:

—¿Quién es ese? El tío que está marcando a tu hermano.

Ella no puede evitar poner los ojos en blanco.

—Connor Easton. Es un imbécil. Jugaba para Duke cuando estuvimos en Carolina del Norte. Yo diría que se tienen una rabia unilateral desde el principio. Ryan nunca le ha contestado en la cancha, pero Connor no sabe cerrar la boca.

Tiene razón. No ha parado de hablar y de agarrar al otro cada vez que ha podido. Parece que su juego es un poco sucio, pero de todos modos mi compañero no dice ni una palabra.

Frío. Tranquilo. Centrado.

Connor marca a Ryan desde la cabeza de la bombilla tirándole de los brazos y de la camiseta, pero el segundo protege la pelota con facilidad y sigue botándola. Aunque no oigo lo que dice el de Houston, no deja de mover los labios. Después de todos los años que llevan jugando el uno contra el otro, debería saber que es imposible provocarlo.

Yo llevo poco tiempo viviendo con él y sé que rara vez muestra sus emociones. Hace falta algo más que adrenalina y soltar una sarta de estupideces para sacarlo de quicio.

Ryan hace una finta por la derecha y desequilibra a Connor, antes de retroceder y anotar un triple por encima de él. No dice ni una palabra, tampoco esboza una merecida sonrisa petulante. Tan solo se gira y vuelve corriendo a la defensa con pleno dominio del juego.

Me cruzo de piernas porque la cosa está que arde.

La primera mitad se me pasa volando y, durante el tercer cuarto, me tomo la segunda copa de la noche. Podría acostumbrarme a esto de contemplar a pie de pista al macizo de mi compañero de piso mientras me tomo un cóctel a sorbitos con los zapatos de tacón de aguja rojos.

Pero me temo que no debería acostumbrarme. Esta falsa relación tiene fecha de caducidad. Ryan obtendrá el apoyo de su *general manager*, yo saldré airosa en la boda de mis amigos y, al final, tendré que mudarme de piso.

Me deprimó ante la perspectiva.

Durante todo el partido, nadie ha conseguido distraer a Ryan, ni los fans ni Connor Easton ni yo. Llámame necesitada, pero no me importaría nada que esos ojos oceánicos me miraran una vez. No me importaría saber que he llamado la atención de ese hombre, aunque solo sea durante una fracción de segundo.

Los dioses del baloncesto parece que me sonríen cuando la pelota sale fuera de banda, justo al lado de mi asiento. Ryan viene hacia mí para recuperarla, pero sigue mirando al suelo, centradísimo. A mi alrededor estallan unos gritos desesperados que proclaman su nombre, con la esperanza de chocar los cinco, de conseguir un saludo con la mano o al menos una miradita. Pero lo que no saben es que no cabe la menor esperanza de que un simple fan atraiga su atención si ni siquiera mira a su propia hermana, que está sentada a mi izquierda.

Ahora Ryan está justo a mi derecha, tan cerca que le puedo tocar la pierna si estiro un poco la mía. A mi alrededor los espectadores se afanan por inmortalizar con sus móviles el momento en que su ídolo respira el mismo aire que ellos.

El árbitro retiene el balón mientras los dos equipos sustituyen a los jugadores y mi compañero de piso aprovecha para agacharse con las palmas apoyadas en las rodillas a fin de recuperar el aliento.

Brazos como cables, adornados de venas. Dedos largos, manos grandes. Y Dios mío, qué culito.

Me resulta un misterio que su cuerpo sudoroso tenga para mí un olor celestial y... Pero, bueno, ¿qué me está pasando? Contrólate, tía. Menos mal que su hermana, mi mejor amiga, ha ido al servicio, pero ¿se puede saber qué me pasa? Estoy en público intentando olisquear a mi compañero de piso como una adicta que necesita un chute de sus feromonas.

—Blue. —Desvió la atención del trasero de Ryan y me encuentro con sus ojos verdes azulados observándome con guasa. Aún sigue agachado, pero mirando hacia atrás—. No te habré pillado examinándome el culo, ¿no?

Aunque en circunstancias normales no me habría avergonzado, esta vez me ruborizo porque este tío tiene miles de ojos de fans puestos en él y muchos más viéndole desde casa.

—Es un buen culo —digo sin disculparme.

Baja el tono de voz:

—¿Intentando distraerme esta noche con esos taconazos y esos labios? Porque lo cierto es que estás impresionante.

Antes de que pueda contestarle, el árbitro toca el silbato. Al instante, Ryan se vuelve al centrar en el partido. Sin embargo, el hombre que está justo enfrente de él, Connor Easton, dirige sus maliciosos y brillantes ojos hacia mí.

Su mirada es implacable y me resulta incómoda. Lo obsequio con una sonrisita, confiando en que se le pase el súbito interés que he despertado en él. Por suerte, el juego se reanuda y el tío se larga.

—Madre mía —dice Zanders riéndose—. Estáis durmiendo juntos, ¿a que sí?

—Define «durmiendo».

Entorna los ojos con cara de fastidio.

—Follando, Ind.

—No —me apresuro a responder, pero sin demasiada convicción—. ¿Quiero hacerlo? —Ladeo la cabeza—. Por supuesto.

La risa que le entra a Zanders agita su pecho cuando nos inclinamos sobre el asiento vacío de Stevie para hablar.

—Pero no puedo —continúo—. Tu novia se disgustaría. A ella le digo todo el rato que estoy planeando tirarme a su hermano, pero sabe que es una broma. Bueno, cree que es una broma.

—Qué va —me tranquiliza—. No se disgustaría. No sé si le gustaría que lo utilizaras de rebote para recuperarte y curarte las heridas, pero seguro que te apoyaría si hay algo más que eso.

¿Es así la inexorable atracción que siento por él? ¿Se trata tan solo de la recuperación que he estado necesitando durante los últimos siete meses? Puede. La última persona con la que estuve fue Alex y ahora Ryan forma parte de mi día a día. Sería normal que esa fuera la forma en que mi cuerpo implora un alivio, una liberación. ¿A él le gustaría? ¿Y a mí? Sí, quiero acostarme con él, pero también quiero desayunar con él todas las mañanas. Quiero sentarme en el sofá y leer con él. Quiero pasar en ese piso los días que no tenga trabajo. No estoy segura de que esos sean «sentimientos de rebote», para saberlo necesitaría hacer la prueba.

Para cuando Stevie regresa a su asiento, Ryan ya ha marcado 42 puntos, pero los Devils siguen perdiendo por tres en el último cuarto. Connor Easton ha intentado distraer a Ryan todo el rato, hacerle reaccionar ante lo que él dice, pero todo ha sido en vano. El tío es un muro de ladrillo a la hora de manifestar sus emociones y, aunque lo he puesto a caldo por su personalidad estoica y robótica, ahora veo por qué ese modo de ser le funciona tan bien en la cancha.

En los últimos minutos, cuando el equipo de Houston hace un mal pase, el balón viene botando hasta donde estoy yo sentada. Ya está fuera de banda cuando Connor se lanza a por él y, en realidad, no existe la más mínima posibilidad de que pueda recuperarlo. Ni siquiera sé por qué lo ha intentado. De repente, su gigantesco cuerpo cae sobre mi regazo y me derrama la copa por todo el pecho. La multitud aúlla a mi alrededor mientras compruebo que el golpe me ha lastimado un poco.

—Lo siento mucho —dice, cuando se levanta. Me agarra por los hombros y se agacha para

ponerse a la altura de mis ojos—. ¿Estás bien? Déjame que te consiga otra copa. —Me desliza el pulgar por el pómulo—. Eres demasiado guapa para estar...

—¡Aparta tus sucias manos de ella! —Ryan le da un empujón—. Hijo de puta. Podrías haberle hecho daño.

Desde la primera fila, veo que Connor se echa a reír cuando el árbitro le pita a Ryan una falta técnica.

—¡Y una mierda! —protesta mi compañero—. ¡Se ha metido entre la gente sin que viniera a cuento! El balón ya estaba fuera de banda.

—Falta técnica. Chicago. Número cinco.

—Qué raro —exclama Stevie—. Hasta ahora nunca le habían pitado una técnica. —Se vuelve hacia mí—. ¿Estás bien?

Asiento en silencio con la esperanza de recobrar el aliento.

Connor pasa al lado de Ryan mientras se dirige a la línea de tiro libre y le da un manotazo en el hombro.

—Por fin he encontrado tu punto débil, Shay.

—Que te jodan, Easton. —Ryan carga contra él por la espalda, pero ninguno del equipo lo apoya.

Del frío, tranquilo y centrado jugador de baloncesto ya no queda nada de nada.

Se pone lo más cerca posible de la banda mientras Connor hace sus tiros libres. Sin apartar la mirada de la cancha, Ryan me dice por encima del hombro:

—¿Estás bien?

—Sí —me apresuro a balbucear. Porque lo estoy y porque han montado un numerito innecesario—. Estoy perfectamente. Lo siento.

—No te disculpes. ¿No te ha hecho daño?

—No.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Sus ojos oceánicos me recorren el cuerpo como para cerciorarse de que estoy bien de verdad. Y lo estoy, solo que me he asustado un poco. Por fin su mirada se encuentra con la mía, una sonrisa le ilumina los labios y en sus mejillas aparecen los hoyuelos que tanto me encantan.

—Me gusta tenerte tan cerca.

Me río.

—Ryan, lo único que he conseguido es que te piten una falta técnica.

Connor anota el tiro libre.

—Ha merecido la pena.

El partido continúa. Todos vuelven a centrar la atención en la cancha.

Me apoyo en Stevie y le digo en voz baja:

—Cómo me va hoy: espero que tu hermano lleve esa camiseta cuando me folle. —Me encojo de hombros—. O también podría llevarla yo.

Ethan, el compañero de equipo de Ryan, marca dos triples consecutivos en el último minuto y los Devils consiguen la victoria por un punto. Ha sido emocionante asistir al partido y ver que mi compañero de piso destaca en lo que mejor se le da. Yo sabía que era bueno, incluso con lo poco que sé sobre este deporte, pero el talento y la habilidad no son suficientes.

Hace falta tener magia. Y él la tiene.

Por extraño que parezca, me siento orgullosa de él mientras Zanders, Stevie y yo lo esperamos en el aparcamiento reservado a los jugadores. Algunos admiradores se han acercado hasta aquí,

pero el partido ha terminado hace un buen rato y la mayor parte de la gente se ha marchado a casa. Solo quedan un puñado de fans ansiosos por echar un vistazo al equipo de baloncesto de Chicago.

Una vez más, al novio de mi amiga le piden fotos y autógrafos a los que accede llevándosela incluso consigo.

—¿Indy?

La voz me detiene en seco porque la reconozco. He memorizado la manera en que mi nombre sale de sus labios, pero no estaba preparada para esto. Ninguna parte de mí lo está. En el calendario hay una fecha de una boda para la que tengo que estar preparada, pero ese día no es hoy.

—Indy —repite Alex, porque no me vuelvo a la primera.

Por desgracia, no tengo escapatoria, de modo que giro sobre mis tacones rojos y me enfrento a él.

—Alex —exhalo, sin dar crédito a mis ojos.

Kevin y otros dos tíos más de nuestro grupo de amigos se encuentran a pocos pasos detrás de él, pero no es a ellos a quienes estoy mirando.

Sino al chico de pelo rubio y ojos marrones al que he amado durante toda la vida y que se encuentra enfrente de mí. No lo he visto desde la noche en la que hui de casa. ¿Por qué estará tan tranquilo? ¿No debería estar disculpándose o algo parecido en lugar de lucir esa puta sonrisa resplandeciente, como si se hubiera encontrado con un viejo amigo, como si yo no fuera la mujer que conoce desde hace veintidós años y con la que ha vivido los seis últimos?

Menea la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Qué estás haciendo aquí? Nunca te ha gustado el baloncesto.

—Eh... —Trago saliva, las palabras se me quedan atascadas en la garganta cuando alzo el pulgar por encima de mi hombro hacia donde están Stevie y Zanders entreteniéndolo a los fans, sin percatarme del vuelco que ha dado mi vida en los últimos treinta segundos.

—Es verdad. Tu antigua compañera de trabajo es la hermana pequeña de Ryan Shay.

—Son mellizos.

No me lo puedo creer. ¿De verdad que, después de todo este tiempo, las primeras palabras que le digo son para corregirle la fecha de nacimiento de mi mejor amiga?

—Ah, sí. —Asiente con las manos metidas en los bolsillos y mirándome de arriba abajo. Sigo teniendo una mancha húmeda en la camiseta por la bebida que se me ha caído encima y me encuentro en estado de shock. No es exactamente la impresión que quería causarle la primera vez que lo volviera a ver—. Bueno, ¿qué tal, alguna novedad?

¿De verdad está ocurriendo esto? ¿A qué viene tanto desparpajo? ¿Soy yo la única que se siente desorientada en esta situación?

Siempre ha odiado que me pusiera zapatos de tacón porque eso hacía que tuviera la misma altura que él o, cosa peor todavía en su opinión, le superaba en estatura. En sus mejores días, dice que mide uno ochenta y dos, pero todos sabemos que eso significa uno setenta y ocho. Justo ahora se ha puesto encima del bordillo para parecer más alto que yo.

Metafóricamente, siento que mido sesenta centímetros.

—Indy, ¿alguna novedad? —repite.

—Sigo volando.

Asiente de nuevo.

—Siempre de viaje. —La insinuación queda flotando en el aire y hay algo en el tono de su voz que viene a decir: «Te engañé porque siempre estabas de viaje. Es culpa tuya que me encontraras

con otra en nuestra cama»—. ¿Irás a la boda de Kevin y Maggie o también tienes que volar ese día?

¿Qué coño está pasando? Fue Alex quien me sugirió que me hiciera azafata. La empresa financiera de la que forma parte me ofreció un trabajo nada más terminar la carrera con un sueldo muy superior al que cobro ahora. Sin embargo, me di cuenta de que, pese a lo que había estudiado, ese tipo de empleo no era para mí, así que tomé otra ruta muy distinta. Una que me permitiera viajar y relacionarme con la gente. Se alegró por mí cuando empecé a trabajar con el equipo de hockey el año pasado o, al menos, eso creía yo.

—Eh... Sí, claro. Allí estaré. —Me siento fatal. No digo más que tonterías—. ¿Tú también?

—Por supuesto. Veo al grupo casi todos los días. Estoy deseando que llegue la boda. —Por un momento, baja la vista y le da una patada al cemento—. Maggie me ha dicho que te deja llevar a un acompañante. Yo también iré con alguien, así que he pensado que era mejor avisarte.

¿Tan olvidable seré? Es una revelación humillante, porque yo daba por sentado que el sentimiento era mutuo. Preferiría que se arrepintiera de nuestra relación o incluso que deseara que nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. Pero mirarme como si fuera la mujer más olvidable del mundo me hace más daño que todo lo demás.

—¿Vas a ir con alguien? —continúa.

—Blue.

Al oír ese nombre, desvió enseguida la atención hacia Ryan, al que veo fuera de la entrada del pabellón. Lleva la bolsa del gimnasio echada al hombro y las manos metidas en los bolsillos. Sus ojos se detienen en Alex y luego se dirigen a mí, como si estuviera estudiando la situación.

—¡La madre que me parió! ¡Si es Ryan Shay! —susurra Kevin.

Por el rabillo del ojo, lo veo a él, a Alex y a dos de mis antiguos amigos dándose codazos el uno al otro para asegurarse de que todos están viendo a quien acaba de salir del estadio.

Ryan vuelve a mirarnos a mi acompañante y a mí. Puede que sea porque se da cuenta de que estoy a punto de echarme a llorar o porque nota que estoy saliendo de mi peor pesadilla, pero el caso es que deja la bolsa en el suelo y viene corriendo hacia mí.

Antes de que me dé tiempo a pensar, me agarra la cara con las dos manos, me mete los largos dedos en la cola de caballo y planta los labios sobre los míos.

Son suaves y cálidos al tacto. Dominantes, pero comedidos, tal y como esperaba que besara Ryan Shay. Mi boca cede ante la suya, se abre para que entrelace su lengua con la mía, provocándome una descarga de electricidad. Con una mano, me rodea la nuca mientras con la otra arrima mis caderas a las suyas.

Su imponente abrazo hace que me sienta pequeña. Me besa de una forma deliciosa e imperiosa que me desarma por completo.

Sabía que me iba a gustar. Sabía que sería bueno, pero lo que no esperaba es que me fuera a sentir ligera como una pluma desde los dedos de las manos hasta los de los pies. Al sentir su boca, sucumbo del todo a su hechizo, más que nada porque me había dicho que nunca me besaría.

Primero lo agarro por los hombros y luego le envuelvo la nuca. De la garganta se me escapa un leve gemido mientras noto los labios de Ryan jugando con los míos antes de alejarse un momento.

Baja la mano hacia mi cintura, aprieta mi cuerpo contra el suyo, y sus labios estampan una cadena de suaves besos por toda mi mandíbula, hasta que llega a mi oído y me susurra:

—¿Estás bien?

Me siento fuera de control, así que no, no estoy bien. ¿Qué demonios ha sido eso? ¿Y cuándo

vamos a repetirlo?

Le miento asintiendo con la cabeza.

Interrumpe nuestro contacto visual para mirar a nuestro alrededor.

—Hola, soy Ryan.

¡Santo cielo, si está Alex! Ya no me acordaba.

Luego, mi compañero de piso sigue hablando.

—¿De qué conoces a mi novia?

Alex respira entrecortadamente cuando baja del bordillo y recupera su altura natural.

—Eh... Yo... Antes...

¿Quién está balbuceando ahora?

Ryan me rodea los hombros con el antebrazo y arrima mi espalda a su pecho. Luego señala la camiseta de Alex.

—Ah —dice con simpatía y condescendencia—. Eres fan mío.

No me había dado cuenta de que llevaba una camiseta de los Devils, pero sobre todo no me había fijado en que delante luce el número cinco y detrás el apellido de mi novio falso.

Tengo que mordirme el labio para que no me entre la risa.

—¿Estabas esperando a que te firmara un autógrafo? —continúa Ryan.

¿Será demasiado pronto para decirle que lo quiero? Porque creo que en este momento puede que sea así.

—¡Sí!

—Kev —dice Alex en voz baja.

—Es el puto Ryan Shay. —A Kevin le hacen chiribitas los ojos, saca un rotulador y se dirige hacia Ryan para que le firme la camiseta.

Este sigue firmando autógrafos también a los otros dos tíos, pero Alex se queja de que la camiseta que lleva puesta no es suya y no quiere devolvérsela a su dueño ahora que tiene la firma de su ídolo.

—Deberíamos marcharnos a casa. —Ryan me coge por la cintura y me conduce hacia el coche—. Os veré en la boda, ¿vale? —les dice a los chicos por encima de mi hombro, antes de detenerse para darme otro beso en la sien y que lo vean.

Me abre la puerta del copiloto y, una vez que estoy dentro, se pone en cuclillas para que nuestros ojos estén al mismo nivel.

—¿Estás bien?

«No. Sí. ¿Qué acaba de pasar?».

Asiento con la cabeza. Deprisa, tal vez demasiado, pero estoy mejor de lo que creía que iba a estar hace cinco minutos.

Me fijo en sus labios y recuerdo lo que rechazó de la lista de cosas pendientes. «No me siento cómodo aparentando intimidad».

—¿Qué ha sido eso? —pregunto en voz baja, deseando que se recline y se acerque a besarme otra vez.

Me mete detrás de la oreja un mechón de pelo. Debo de tener la coleta hecha un desastre, me la ha despeinado con los dedos mientras me besaba.

—Estaba actuando, Ind.

Vaya por Dios.

Siento que el globo lleno de imprudente esperanza se me desinfla en el pecho.

—Creía que besarnos quedaba descartado. Dijiste que no querías fingirlo.

—He hecho una excepción. He visto que estabas ahogándote ahí fuera. Además, te debía un

rescate después de lo mal que me porté en el banquete de otoño. ¿Estamos en paz?

¿En paz? ¿Me acaba de dar el mejor beso de mi vida y resulta que solo era un ajuste de cuentas?

—Sí, vale. Claro. Estamos en paz.

—Bien. —Me obsequia con una sonrisa y me da un pellizquito tranquilizador en el muslo—. Vámonos a casa.

17

Indy

Yo: *Cómo me va hoy: ese beso que viste la semana pasada era falso, pero aun así tuve que cambiarme de bragas al llegar a casa.*

Stevie: *Si te ayudo a buscar otro piso, ¿dejarás de enviarme las dichosas novedades del día?*

Yo: *Ya es demasiado tarde, tía. Recuerda que te avisé.*

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo comprobé ayer con el proveedor. Nuestra póliza de seguros no cubre los tratamientos de fertilidad, cosa que no va a cambiar a principios del año que viene. Son gastos que debes pagar de tu bolsillo.

Me derrumbo en la cama y suspiro decepcionada.

—Gracias por comprobarlo.

—De nada, Indy. Que pases un buen día.

El jefe del departamento de recursos humanos de la aerolínea cuelga, luego tomo un cojín de la cama y me desahogo con un grito sofocado.

Maldita sea. Sabía que no debía hacerme ilusiones.

Durante el viaje de la semana pasada, fui a cenar con la tripulación y les expliqué con todo lujo de detalles por qué quería ganar un dinero extra. Una de mis compañeras estaba convencida de que el paquete del seguro cambiaría con el año nuevo e incluiría el tratamiento de fertilidad, pero por desgracia esta mañana los de recursos humanos me han vuelto a llamar y han apagado toda esperanza.

Me las arreglo bastante bien con el sueldo ahora que Ryan no me permite que le pague alquiler, pero me gustaría poder ofrecerle algo. Si soy sincera, no me vendría mal que incluso apartara un poco de dinero para poder comprarme un vestido nuevo sin sentirme culpable de que el hermano de mi mejor amiga me mantenga gratis mientras yo me fundo la pasta en diversiones.

Me dirijo a la cocina y me pongo a freír. Ryan ha estado una semana fuera por trabajo. He recogido un poco el apartamento para que no lo encuentre todo manga por hombro, aunque estoy segura de que no está de acuerdo con sus cánones de orden y limpieza. Pero anoche dejé los platos para esta mañana. En realidad, me sorprende que él no se pusiera a freírlos cuando llegó a casa hacia las tres de la madrugada.

Salió de viaje a la mañana siguiente de aquel beso y, si crees que desde entonces he pensado en alguna otra cosa, te equivocas. Recuerdo sus manos agarrándome la cadera y enredándose en el pelo. Sus besos dominantes, pero lo suficientemente suaves como para ceder ante los míos. Lo hizo sobre todo porque no quería que Alex creyera que había salido airoso de la situación.

Seguro que fue todo pura apariencia, pero ¡cualquiera convence a mi cuerpo de eso! Si aquello fue fingido, no sé qué haría si me besara de verdad.

Ver a mi ex fue una dolorosa dosis de realidad. Tuve el privilegio de haber conseguido olvidarme de él hasta esa noche. Bueno, tal vez no lo olvidé por completo porque el daño que me había hecho es como una cicatriz profunda que nunca se cura y que seguirá abierta durante el

resto de mi vida, pero durante las últimas semanas había llegado a ocupar un segundo plano en mis pensamientos.

Sin embargo, al verlo esa noche y darme cuenta de que me consideraba algo desechable, como una pieza olvidable de su vida, me obligó a que intentara desesperadamente hacer lo mismo que él, a no tenerlo en cuenta para nada.

Si él puede seguir con su vida como si yo no hubiera significado nada, ¿por qué yo no puedo hacer lo mismo? ¿Por qué va a ser el último hombre con el que me he acostado? ¿No debería aprender a separar el sexo del amor? Hasta ahora nunca lo he hecho, pero tengo que intentarlo. Hace solo siete meses, vivía la vida que consideraba que iba a ser para siempre. Puede que mi corazón no esté preparado para salir adelante, pero eso no significa que tampoco lo esté mi cuerpo.

Tal vez una relación física haga que me olvide de él y solo hay un hombre con el que quiero probar si esa teoría funciona.

Como si hubiera oído mis pensamientos carnales, la puerta del dormitorio de Ryan se abre mientras cargo el lavavajillas. Estoy inclinada con el culo en pompa, pero no debería ser un problema para él si todo ha sido tan falso entre nosotros. ¿No habíamos quedado en que la atracción era toda pura apariencia?

Cuando echo la vista atrás, me sorprende para bien comprobar que me está mirando el culo sin pestañear. Los pantaloncitos que llevo son un poco demasiado cortos, pero qué le voy a hacer.

Tienes que aceptarlo, compañero de piso. Y si se te cae la baba por la barbilla, échale la culpa a que todo esto no es más que una farsa.

Pero, cuando me fijo en todo lo demás, observo que va a pecho descubierto porque el muy cabrón no lleva más que una toalla; está recién salido de la ducha y el agua aún le gotea por el cuerpo.

Se apoya en el marco de la puerta cruzando los brazos delgados a la altura del pecho húmedo y, con una sonrisa que le marca los hoyuelos, me pregunta:

—Índigo Ivers, ¿de verdad estás recogiendo los platos?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Es así como son tus sueños eróticos, Shay?

—Más o menos.

Se aparta del marco de la puerta, entra en la cocina y la petulante e insólita sonrisa de sus labios me dice que sabe muy bien lo que está haciendo.

—¿Dónde tienes la ropa?

—Tal vez en mi habitación.

—¿Por qué no la llevas puesta?

—Porque esta es mi casa.

Lo noto detrás de mí mientras paso la esponja por un cuenco sucio. Apoya las manos en la encimera, una a cada lado de mí, me pega el pecho a la espalda y el calor que irradia de la ducha me calienta.

Debajo de esa toalla está desnudo y yo estoy deseando recostarme y sentir su cuerpo contra el mío.

Me aclaro la garganta y le pregunto:

—¿Estás guardando esta imagen en el almacén de tus fantasías para masturbarte la próxima noche que te vayas de viaje y estés solo?

Le tiembla el pecho de la risa.

—Así es.

Me desliza las palmas de las manos por la cintura y se aparta un poco para dejarme espacio.

—Buenos días, por cierto.

Me trago el gemido que me ha provocado su simple roce.

—Buenos días. ¿Qué tal el viaje?

—Estuvo bien. Ni para ti ni para mí. Dos victorias y dos derrotas. Tú te marchas hoy, ¿no?

Meto los últimos cacharros en el lavavajillas, lo cierro y me vuelvo hacia él. Los músculos perfectos se extienden por todo su ancho pecho. Una sombra de pelo oscuro por debajo del ombligo crea una senda visual que me encantaría seguir. «Santo cielo. Contento, tía».

Se echa a reír y me saca del trance. Me encanta el sonido de su risa, pero odio la altanería que hay en ella.

—Ve a vestirte, joder.

—Eras tú la que estabas obsesionada con que me quitara la camisa la primera vez que viniste por aquí.

—Sí, bueno, eso fue antes de darme cuenta de lo coñazo que eras.

Se pasa el pulgar por el labio inferior mientras me recorre con la mirada las piernas desnudas. Tiene que saber lo que está haciendo y, si soy sincera, no es justo. Ya me ha rechazado una vez.

—Ryan... —Ladeo la cabeza—. En serio. ¿Qué estás haciendo?

—Seguir el juego que tú has empezado. —Da dos pasos hacia mí y mete el dedo índice bajo el dobladillo de mis pantaloncitos, lo que al instante hace que se me ponga la carne de gallina—. Con estos pantaloncitos y agachada en mi cocina... No te hagas la inocente, Blue.

Se aparta de mí y saca un yogur de la nevera mientras yo inhalo el aire que me falta. ¿Por qué se mostrará tan indiferente? Mi cuerpo arde en deseos porque necesito echar un polvo y la única persona con la que quiero hacerlo es con mi falso novio, que ahora mismo está dando vueltas por el apartamento con solo una toalla.

¿De verdad no sintió nada cuando me dio aquel beso? ¿Es que no le atraigo sexualmente ni lo más mínimo?

Me pongo delante del cajón de los cubiertos antes de que pueda sacar una cuchara.

Suspira.

—Indy, ¿qué estás haciendo?

—¿No te parezco guapa? —Pone los ojos en blanco—. ¿Sí o no?

Ryan me lanza una mirada seria y estoica.

—Me parece que eres lista. —Vaya—. Simpática. Caótica. A veces un poco listilla y demasiado encantadora cuando quieres.

Qué guay. Me gusta esa contestación más que la que esperaba, pero desvió la conversación porque su respuesta entra en demasiados detalles.

—Entonces es que no te parezco guapa.

Chasquea la lengua.

—Indy, no estoy ciego, pero, aunque fuera así, estoy seguro de que podría tocar tu cara y darme cuenta de lo impresionante que eres.

«Pues entonces fóllame», pienso.

Avanzo hacia él bloqueando todavía el cajón al que necesita llegar y le aprieto el pecho contra el estómago para no dejar hueco entre nosotros. No puede responder a una pregunta con tanta sinceridad después de decir que el beso de la otra noche era fingido.

Veó que se le mueve la garganta al tragar saliva.

—¿Qué estás haciendo?

—Aparentar. —Me adentro en su espacio personal y le rodeo los hombros con los brazos,

mientras le araño el arranque del pelo con las uñas—. Solo estoy fingiendo, actuando, como tú la otra noche cuando me besaste.

—Ah, ¿sí? —Dobla el cuello y me desliza los labios por la mandíbula hasta que su frente cae encima de mi hombro—. Mmm, qué bueno está esto —murmura cuando lo acerco más a mí.

¡Y una mierda estamos fingiendo!

Mis caderas se adelantan en busca de las suyas. No sé si lo hago a propósito o no, pero desde luego soy muy consciente de que este hombre solo lleva una toalla.

Cuando me pasa el brazo por la espalda y me levanta hasta colocarme en la encimera de la cocina, se me escapa un jadeo. Sus grandes manos me recorren los muslos desnudos para empujarme hacia el borde y, con la cara todavía enterrada en el pliegue de mi cuello, me separa las rodillas.

Tiene la respiración agitada mientras sigue tocándome de la mejor manera posible. Me echo un poco hacia atrás para poder contemplar la yema de sus anchos pulgares abriéndose camino hacia el interior de mis muslos despacio. Se toma su tiempo, actúa con paciencia y, poco a poco, me va separando cada vez más las piernas. Una vez que llega a la parte superior de mis muslos y me colma el cuello de cálidos y húmedos besos, cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y noto calor ahí abajo.

Lo deseo.

Deseo que suba unos pocos centímetros más. Lo que más me apetece es que su pulgar trace pequeños círculos.

Con las piernas abiertas a su alrededor, pierdo el sentido de cuanto me envuelve; ya solo noto su boca y su respiración en mi cuello. De manera involuntaria, mis caderas se adelantan para buscarlo.

El mordisquito que me da en la oreja envía una onda expansiva a mi clítoris y un gemido sale de mis labios.

—Tú no quieres jugar a esto conmigo, Blue. —Apartándose un poco, me da un golpecito en la nariz con una cuchara—. Siempre ganaré yo.

Coge de nuevo el yogur y se dirige hacia su dormitorio.

Cuando miro abajo, me encuentro con el cajón de los cubiertos abierto entre mis piernas separadas. El muy hijo de puta me ha distraído y lo ha abierto.

Estoy cachonda y aturdida. Me cabrea la osadía de este hombre al dejarme en la encimera jadeando y deseosa de más.

—¿Por qué estás tan seguro de que vas a ganar?

Levanta las cejas y me lanza una mirada que dice a gritos: «Te han faltado treinta segundos para correrte en la encimera de la cocina y ¿crees que voy a ser el primero en caer?».

Le sostengo la mirada, pues no acepto su respuesta silenciosa.

Se da la vuelta y enfila hacia su habitación, pero antes de cerrar la puerta tras él, oigo que dice:

—Porque soy célibe.

18

Ryan

—Shay, invitas tú, ¿verdad? —grita Dom desde el otro extremo de la mesa.

Me río para mis adentros porque el tío se podría permitir la cena sin ningún problema si le tocara pagar a él.

—Sí, tío.

Se vuelve hacia el camarero.

—Pues entonces traiga el vino tinto más caro que tenga.

Será cabrón...

Ethan, sentado a mi derecha, se inclina hacia mí:

—Es un buen sitio. —Su mirada recorre el reservado de uno de los restaurantes más exclusivos de Chicago—. Elegante.

Pues sí, es elegante, pero lo más importante es que sea privado. Se entra por una puerta trasera, los paparazzi están prohibidos y, al parecer, toda la plantilla de camareros ha firmado un acuerdo de confidencialidad. Si todos los lugares públicos fueran como este, saldría con más frecuencia, no solo para entrenar y jugar.

Mi compañero vuelve a pasear una mirada crítica por el reservado.

—Vale, ¿qué tiene de malo este sitio? Dijiste que tenía que organizar una cena para el equipo. Pues ya está.

—También te pedí que aprovecharas la cena como una oportunidad para que los chicos te conozcan. Y eso es un pelín difícil cuando la mitad del equipo está tan lejos que hay que hablarles a gritos.

La sala tiene las paredes negras, poca luz y una mesa larga en la que caben cómodamente catorce personas. Está bastante bien, siempre y cuando no intentes hablar con la mitad de los comensales.

Si soy sincero, cuando hice la reserva hace dos semanas, ya sabía que la cena del equipo era un pretexto de mierda. La casa de Ethan, en cambio, siempre es cálida y acogedora. A lo largo de los años, su mujer y su madre han ido enseñando a algunos de los chicos cómo se preparan sus famosos platos coreanos. Sus hijas suelen andar correteando por allí o bien se sientan en el regazo de los jugadores para enseñarles a colorear dibujos.

Pero yo no soy él. Mi apartamento está desnudo y, lo admito, es un poco frío. Yo no tengo una familia saludable que espere al equipo en casa para darle la bienvenida y, aunque la tuviera, no puedo digerir la idea de permitir que toda esta gente entre en mi espacio vital, por muy compañeros de equipo que sean.

Solo unas pocas personas se han introducido en mi círculo de confianza: Ethan, Zanders y ahora Indy. Sin embargo, no me fío a ciegas de la mayor parte de la gente, incluido mi equipo. A casi todos los conozco desde hace más de cuatro años, es cierto, pero los considero estrictamente compañeros de trabajo.

La confianza se gana, no se otorga, pero, si lo digo en voz alta, Ethan me daría la brasa para recordarme que puede que mi falta de confianza en el equipo sea la causa de la racha de derrotas

que llevamos en cuatro partidos.

Hacia la mitad de la cena, parece que los chicos se lo están pasando bien. Los del otro extremo de la mesa hablan más alto que los de mi zona, gritan como endemoniados y beben a mi costa.

Uno de los novatos está sentado a mi izquierda.

—Leon, ¿quieres otra copa de vino? —le pregunto, sosteniendo la botella en lo alto para echarle un chorro.

Sin dejar de mirar al plato, dice:

—No, gracias.

—¿Estás seguro?

Me mira con timidez, como intentando interpretarme.

Ethan se echa a reír.

—No es un examen, Leon. Nadie te va a echar la bronca por tomar una segunda copa de vino. Mañana tenemos viaje.

Al chaval le tiemblan un poco los labios y mira a mi compañero mientras sonrío, pero enseguida dirige de nuevo la vista al plato cuando dice:

—Claro. Vale. Tomaré otra copa. Gracias.

Le sirvo, aunque se ha comportado de una manera rarísima.

Para cuando traen el postre, ya no puedo aguantar más. Saco el móvil y le escribo a Indy.

Llegaba a casa de un viaje esta tarde, llevo cinco días sin verla. Y antes de eso yo estuve fuera seis días. Lo que significa que, durante los últimos once días, solo he sido capaz de pensar en aquel beso.

Fue perfecto, suave y embriagador. Joder, me gustaría hacerlo de nuevo. Es más, creo que necesito hacerlo otra vez antes de quemarme. ¿Existe algún estudio que analice cuántas pajas puedes hacerte antes de que se convierta en un verdadero problema? Porque todas han ido acompañadas de la imagen de sus largas piernas alrededor de mi cintura, sus suaves manos tocando cada hendidura de mi cuerpo y esos labios preciosos explorando cada centímetro de mi piel.

¿Fue todo fingido como dije yo? Ni de coña.

Tal y como le conté a ella, no me siento cómodo aparentando intimidad, así que no fingí nada. Me hervía la sangre cuando la vi con él fuera del estadio. Supe quién era nada más ponerle los ojos encima, y mi sospecha se confirmó al ver a mi compañera de piso hecha polvo. Sus bonitos ojos marrones le brillaban por las lágrimas no derramadas y eso me cabreó porque ese tío no se merece nada de ella.

No quería que la viera llorar por él, de modo que se podría decir que la besé por eso, pero lo cierto es que, en cuanto salí por la puerta de jugadores, solo me fijé en Blue. Mi jodidamente perfecta Blue con esos taconazos, los pantalones de cuero ceñidos y una actitud que era una extraña mezcla de aplomo y disgusto.

Pero, en cuanto noté la presencia de él, lo vi todo negro.

Llámalo tendencias posesivas, protectoras o directamente cavernícolas, me da igual. No podía consentir que ese tío pensara que había salido vencedor de la situación. Entonces sí, la besé para demostrar algo.

Pero también porque llevaba semanas deseándolo.

Yo: *¿Qué tal va la despedida de soltera?*

Cada vez son más obvios los lamentables intentos de encontrar una excusa para escribirle. Le mando fotos mías desayunando solo, le pregunto por el nombre de ciertas flores que desconozco, o tan solo le escribo para quejarme de que no limpia lo que ensucia, aunque me he ido

acostumbrado a que el piso esté un poco más desordenado que antes. Es como si buscara una razón para enviarle mensajes al menos una vez al día. Ya llevamos toda la semana hablando de la despedida de soltera, pero, joder, es que quiero hablar con ella.

No me preguntes qué me parece que sus amigas de toda la vida se aprovechen de la necesidad innata de Indy de hacer cualquier cosa por la gente que le importa, porque si empiezo no paro. Se fueron a comprar vestidos sin contar con ella, pero ahora, como les conviene, le dicen que la necesitan para organizar la despedida de soltera. Ella nunca les dirá que no y lo hará a la perfección, pero eso es otro asunto. Me pregunto cuándo fue la última vez que esas chicas se plantearon hacer algo por ella.

Blue: *¡Estamos en ello! Hoy he encargado las flores. ¿Qué tal la cena?*

Yo: *Genial.*

Espero treinta segundos antes de volver a escribir y contarle la verdad.

Yo: *No, de genial nada. No hay buen rollo. Cuando lo hacíamos en casa de Ethan, todo el mundo estaba a gusto.*

Blue: *Bueno, ¿y dónde crees tú que está la diferencia?*

Yo: *No lo sé. He elegido uno de los restaurantes más caros de Chicago. La cena estaba buena.*

Blue: *No puedes verme, pero he puesto los ojos en blanco. La diferencia es que Ethan dejaba que el equipo entrara en su vida. Quizá tú deberías hacer lo mismo.*

Yo: *¿Te ha dicho que me digas eso?*

Blue: *No, soy así de brillante por mí misma.*

Me pasan la cuenta con discreción y le doy al camarero la tarjeta Centurión.

Yo: *¿Te veo cuando llegue a casa?*

Menos mal que es un mensaje escrito porque, si llego a decirlo en alto, me habría temblado la voz como a un alumno de secundaria que por fin consigue ver a la chica que le gusta.

Blue: *Sí, pero llegaré tarde, o tal vez mañana. Esta noche tengo planes.*

¿Qué coño dice? ¿Qué planes? ¿Y con quién? Y perdona, pero ¿qué es eso de «tal vez mañana»?

Estoy a punto de teclear con los pulgares todas estas preguntas, pero no soy quién para exigir respuestas. Solo soy su compañero de piso. No tiene por qué contarme nada.

Pero, maldita sea, llevo toda la semana deseando que llegue a casa. E incluso le he comprado un ramo en su floristería favorita porque sabía que le encantaría tener flores frescas al llegar a casa. Por eso y porque me he cargado el último que me dejó.

Ahora me siento insignificante y enfadado porque quería que ella también tuviera ganas de quedarse en casa conmigo. ¿No estará cansada de trabajar toda la semana? Es viernes por la noche, vale, pero ¿por qué habrá hecho planes?

Estoy planteándome estas preguntas como si no conociera a la chica que duerme al otro lado del pasillo. Indy es una mariposa social, le encanta la gente. ¡Pues claro que ha quedado para salir un viernes por la noche! Está soltera, es impresionante de guapa y muy lista cuando quiere. Que yo lo pase mal cuando salgo del piso no significa que ella también. Quedarse ahí escondida conmigo nunca sería suficiente para ella.

Yo: *Vale. Si necesitas algo, me dices.*

Dios mío, soy patético.

Blue: *¡Gracias! Que pases buena noche.*

No creo, llegados a este punto, pero bueno.

Una de las reglas de la cena del equipo es que, si se va a consumir alcohol, nadie se ponga al

volante. Así que cuando el último de los chicos se ha subido a un coche compartido, Ethan y yo nos quedamos esperando a que llegaran nuestros respectivos conductores.

—Ha estado bien, ¿no crees?

Se encoge de hombros.

—Sí, ha estado bien. La comida era buena.

—Pero...

—Pero ¿has notado que Leon no te miraba a los ojos? ¿O que la mitad del equipo tenía sus propias conversaciones? La cena era para estrechar vínculos. Nos da la oportunidad de quitarnos el uniforme y conocernos como personas, no como jugadores. Eso no ha sucedido esta noche.

Soy consciente de que a mi cena le faltaba algo en comparación con las que solía organizar Ethan.

—Sí, ¿qué coño le pasaba a Leon?

Ethan entorna los ojos.

—¿No lo sabes? El chico está cagado de miedo contigo.

—¿Conmigo?

Suelta una risa sarcástica.

—Te sorprende, ¿verdad? Porque eres el tío más simpático de la chancha.

—Ahí estoy trabajando, no soy como en mi tiempo libre.

—Ryan, ya sabes que te aprecio, pero tu actitud es precisamente la misma que estoy intentando demostrar todo este rato. Nadie más te conoce fuera del baloncesto, así que los chicos piensan que eres un capullo dominante que les va a machacar si hacen algo mal. A Leon le da miedo estar en el mismo equipo que tú durante los entrenamientos. ¿Lo sabías?

Hago un gesto de burla.

—Eso es ridículo. No hay razón para que se tome lo que yo diga o haga como algo personal cuando estamos trabajando.

—A los chicos les da miedo quitarte un pase. Les acojona fallar un tiro y te pasan a ti la pelota para que la lances tú. Nunca vamos a clasificarnos para los *playoffs* si no se fían de sí mismos y, más aún, si tú no te fías de ellos.

Maldita sea, juraría que este hombre me lee el pensamiento. Todo eso lo sé. Les veo el miedo en los ojos cuando la cagan y por supuesto soy consciente de mis propios problemas de confianza.

Llega el sedán de cristales tintados de Ethan.

—No pretendo ser un hijo de...

—No, si tienes razón —lo interrumpo—. Tienes toda la razón. Tengo que ponerle remedio.

Me da una palmada en la espalda.

—Gracias por la cena. Te veo mañana en el aeropuerto.

—Hasta mañana.

La vuelta a mi apartamento transcurre en silencio. A veces charlo con Harold, pero esta noche necesito tranquilidad. Sé lo que cuesta traer un campeonato a casa —gané dos títulos nacionales cuando estaba en la universidad—, pero soy distinto a como era antes. No me resulta fácil confiar en mis compañeros de equipo, bueno, en nadie en realidad.

—Bienvenido a casa, señor Shay.

—¿David? —pregunto, cuando salgo del asiento trasero del coche y el bedel me abre el portal—. ¿Por qué estás trabajando en el turno de noche?

Aunque le he pedido varias veces que me llame Ryan, es evidente que no se encuentra cómodo tratándome con esa familiaridad mientras trabaja.

—Mi nieta daba esta tarde un recital de piano y no me lo podía perder.

Es un buen hombre y tiene mucha familia. También es discreto y yo lo aprecio más de lo que probablemente crea. Ha sido una constante en mi vida desde que me trasladé a Chicago, así que el año pasado, cuando me dijo que su nieta tenía que dejar de tocar el piano porque su familia ya no se lo podía permitir, encontré una beca que la respaldara hasta que quisiera seguir tocando.

Lo que no sabe es que la susodicha beca es tan solo mi cuenta corriente, pero los detalles no importan.

—¿Qué tal ha estado?

Le brillan los ojos.

—Magnífica. Remi cada vez toca mejor.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Sé que tienes un vídeo. ¿Me lo enseñarás mañana?

—Desde luego. Han traído sus flores. Y también su estantería. ¿Quiere que llame a alguien para que se la monte?

—No hace falta, pero gracias de todas maneras. —Cuando ya he atravesado la mitad del portal, me vuelvo hacia la puerta—. David, ¿no habrás visto por casualidad a Indy esta noche?

Una sonrisa le ilumina los labios.

—Sí, estaba guapísima.

Trago saliva.

—Seguro que sí. ¿Mencionó adónde iba? ¿Cogió su propio coche?

—No me lo dijo, pero se fue en un vehículo compartido.

—Estupendo. Buenas noches.

Antes de meterme en el ascensor, el conserje me detiene.

—Es una buena chica, señor Shay. Tiene un gran corazón.

Me enternezco ante sus palabras.

—Sí, es buena chica.

Debo admitir que el piso está deprimente. Es viernes por la noche y la ciudad rebosa de vida, música y gente. Y yo estoy aquí, confinado en estas cuatro paredes en mi noche libre. Aunque quisiera salir y disfrutar del fin de semana, tal vez llamar a Indy y quedar con ella, no puedo. Ese es un lujo del que carezco. La privacidad es un privilegio al que renuncié cuando firmé el contrato con los Devils de Chicago hace cuatro años y medio.

Stevie y Zanders se han marchado a Indiana para ver al padre de Zee, así que esta noche estoy solo de verdad. Tampoco es que sea nada nuevo. De hecho, eso es lo que yo quería y necesitaba, pero desde que mi pintoresca compañera de piso se mudó aquí, estar solo ya no me parece tan atractivo. Sin Indy en casa, el silencio es atronador.

Quiero la comodidad de la privacidad, pero también quiero que ella esté conmigo mientras la disfruto.

El ramo que he encargado es de color púrpura y lila; sé que le va a encantar. Es poco práctico gastarse el dinero en unas flores que van a morir poco después de traerlas a casa, pero vale la pena hasta el último céntimo con tal de poder contemplar su radiante sonrisa cuando las vea. Esta chica merece que la mimen y quiero ser yo quien lo haga. Las cuido intentando hacer lo mismo que los floristas profesionales, pero no me sale igual. Joder, al menos lo he intentado.

Me cambio a una camiseta y una sudadera, cojo una cerveza de la nevera y me pongo a montar la estantería. Podría haber comprado una ya montada, pero me sedujo la idea de hacerlo yo mismo.

Me pareció algo que un hombre normal haría por la chica que le gusta. Porque, al fin y al

cabo, esta estantería es para ella.

Después de haber reclamado la mía y colocar los libros por orden alfabético según el apellido del autor, las novelas románticas de Indy han estado apiladas en el suelo del salón desde que vino a vivir. Por mucho que me burle de ella, lo cierto es que la he visto llorar, reírse o incluso cruzarse de piernas ante determinados pasajes, y me resulta de lo más entrañable que el amor entre unos personajes ficticios pueda provocarle tanta alegría.

Las instrucciones para montar la estantería dicen que hacen falta dos personas, pero, como estoy solo, las tiro y me pongo manos a la obra.

Vale, he tenido que montarla y desmontarla unas cuantas veces. También podría haber visto un vídeo de YouTube, pero el caso es que la estantería ya está terminada. Mi cerveza sigue intacta y está ya caliente, pero creo que Indy se va a alegrar mucho.

Dejo sus libros apilados en el suelo porque no tiene el mismo sistema que yo para ordenarlos y, además, esta zona es suya.

Una llamada telefónica interrumpe el sonido de fondo que me rodea. En la pantalla aparece el nombre de mi hermana.

—Hola, Vee. ¿Qué hay de nuevo? —Me hundo en el sofá.

—¿Sigues en la cena?

—No, estoy en casa.

—Bien, de acuerdo —dice—. Necesito que me hagas un favor. Bueno, mejor dicho, Indy necesita que le hagas un favor.

Al momento me incorporo.

—¿Qué ha pasado?

—Le va a dar mucha rabia que te haya llamado. No es que tenga mucha importancia, pero...

—Stevie, ¿qué pasa?

—Llamó a Rio para que fuera a recogerla en coche, pero ha estado bebiendo en casa mientras jugaba a la Xbox con unos colegas del equipo. Entonces, me ha llamado para que vaya yo, pero estoy a dos horas de la ciudad, en Indiana, viendo al padre de Zee, y los coches compartidos están tardando casi una hora en recoger a la gente.

—¿Necesita que la vaya a recoger? —Me levanto del sofá, cojo las llaves y me dirijo hacia la puerta. Menos mal que estaba tan distraído, que antes no me he tomado esa cerveza—. Voy de camino. ¿Dónde está?

—No pierdas los nervios.

—Si me lo dices, es cuando los pierdo de verdad.

—Ha quedado con un tío que se está portando como un cretino y la está incomodando. Está en el Sullivan's.

¿Tiene una cita?

Se me seca la boca de la rabia que me entra por cada poro del cuerpo. Más vale que no pregunte cómo me sienta que haya quedado con un tío, sobre todo después de haberme dicho que nuestra cita era la primera que había tenido. Además, si el tío le ha puesto un puto dedo encima sin su consentimiento, mi hermana ya puede regresar a Chicago para pagar esta noche la fianza y sacarme de la cárcel.

—Ryan, ¿estás ahí?

Trago saliva para lubricarme un poco la boca y poder hablar.

—Voy para allá.

19

Indy

Es célibe.

Ryan Shay es célibe.

¿Qué hemos hecho la población femenina para merecer esto?

Me siento como si me robaran algo, como si estuviera perdiéndome una de las mejores experiencias de la vida. Me da igual que hiciera el juramento de castidad hace un año u ocho: sé que ese hombre sabe qué hacer entre las sábanas. Nadie que haya visto la fluidez, la precisión y el dominio con los que juega al baloncesto puede venir a decirme que Ryan Shay no es bueno en la cama. Nadie podrá convencerme de que aquel beso era el único que había dado en su vida.

Ahora resulta que no andaba muy desencaminada todas las veces que me he burlado de él diciéndole que tenía miedo de las mujeres desnudas. Puede que no les tenga miedo, pero las rehúye a toda costa.

—Indy, ¿me has oído lo que te he dicho?

«No, Jason, no te he escuchado porque llevas toda la noche sin parar de hablar de ti mismo. He desconectado más o menos cuando has mencionado que te acostaste con la novia de tu amigo en la fiesta de graduación».

—Sí, claro —miento—. Es fascinante.

—Lo sé. Está loca de remate. Quería llevarme con ella al funeral de su abuela, pero desde que la conocí le dejé bien claro que los sábados son para los tíos. Si no eres capaz de aceptar eso, lo siento, pero ya no quiero estar contigo.

Pide otra ronda para los dos.

—No, yo no quiero. Gracias.

—¿Qué dices? Tómate otra. Estás bebiendo muy despacio. Yo ya voy por la cuarta.

Claro, por eso está cada vez más sobón. No para de tocar el respaldo de mi taburete y mis hombros y, además, aprieta su pierna contra la mía. Si por mí fuera, me alejaría un poco con el asiento, pero acabaría en el regazo de la chica de al lado.

—¿Un gin-tonic? —me ofrece la camarera.

—No, yo no... —Me interrumpo cuando veo que asiente con la cabeza de manera discreta.

Si llego a saber que me iba a tomar menos de una copa, me habría traído el coche y me habría marchado hace una hora.

Nunca había quedado con ningún tío hasta hoy, pero si las citas son así, veo mi futuro muy negro. Mi primera cita de verdad. Dios mío, qué espanto.

Prefiero mil veces decir que la primera cita fue con Ryan en el banquete de otoño, aunque aquello fuera todo fingido.

Como Jason sigue contándome todo su historial de ligues, desconecto. Está claro que al tío le encanta el sonido de su propia voz, hasta el punto de que ni se ha enterado cuando he llamado a Rio hace quince minutos, pero sigue sin venir.

Soy consciente de que, si hubiera llamado a Ryan, habría llegado en un santiamén, pero no podía hacerlo. No hace falta que sepa que he quedado con un tío. Porque o bien le importa un

rábano y eso heriría mis sentimientos, o bien se disgusta y eso los heriría aún más.

No me he acostado con nadie desde que estaba con Alex. Tampoco he quedado con nadie desde entonces, y ya va siendo hora de que espabile y salga. Soy una mujer de veintisiete años que lleva casi ocho meses sin tener un orgasmo y mucho me temo que mi cuerpo se va a olvidar de cómo se hacía. Ni los dedos ni los juguetes me han servido para nada.

Por supuesto, Ryan es mi primera opción. Podría decirse que he desarrollado un enamoramiento enfermizo hacia mi compañero de piso, que es lo último que necesito. No debería albergar sentimientos reales por nadie tan poco tiempo después de haber estado con el hombre con el que yo creía que me iba a casar.

De verdad que estaba convencida de que existía la posibilidad de acostarme con mi novio falso y estrella del baloncesto hasta esa mañana de la semana pasada, cuando soltó la novedad de que era célibe.

Hay que joderse. No me lo esperaba. Sabía que era reservado. Sabía que no había quedado con ninguna chica desde que la de la universidad intentó aprovecharse de él. Sabía que no se traía mujeres a casa, pero me imaginaba que lo haría en sus viajes, en la habitación del hotel. Daba por hecho que a las mujeres con las que se acostaba les haría firmar un acuerdo de confidencialidad o algo así de drástico, pero no: cuando está de viaje pasa todas las noches solo. Igual que pasaba en casa antes de que yo me mudara.

Repaso las fotos de nuestra conversación. La que está desayunando solo en la isla de la cocina mientras yo me encontraba fuera de la ciudad. El ramo de flores cuyo nombre desconocía y quería que se lo dijera yo, mientras estaba jugando en Denver. Y también hay algunas que le envié yo de mis viajes: una librería que me pateé en Columbus o la cancha de baloncesto al aire libre por la que pasé en Minneapolis.

Busco cualquier excusa para hablar con él esta semana y no lo puedo achacar a que estoy sola. Lo hago porque la verdad es que me gusta charlar con él más que con la mayoría de la gente. Nunca pensé que mi recluido compañero de piso se convertiría en la persona a la que más ganas tendría de ver, pero así son las cosas.

Aquí, en este bar abarrotado, me encuentro más sola que nunca porque él está en casa y lo echo de menos.

La camarera me pone la copa delante.

—¡Salud! —brinda Jason, dándole un lingotazo a su whisky con Coca Cola antes incluso de que yo haya levantado el vaso de la barra—. Bueno, ¿y qué me dices? —pregunta deslizándose la mano por el muslo. Lo cojo de la manga con el pulgar y el índice, como si tuviera una enfermedad contagiosa, y le aparto su mano.

—¿Qué te digo sobre qué?

—¿Qué te parece si vamos a mi casa? Está a diez minutos de aquí.

—La verdad es que doy la noche por concluida.

—¿Por qué?

—Estoy cansada.

Se ríe sin ganas.

—Vale, entonces nos quedamos un rato aquí. —Le da otro trago a su copa, pero luego clava los ojos en la puerta, a mi espalda—. Ay, Dios mío, pero si es...

Me vuelvo y veo a Ryan en la puerta del Sullivan's. Mira a su alrededor con cara de cabreo hasta que da conmigo. Para cuando me localiza, mi acompañante me ha vuelto a poner la mano en la rodilla sin que yo me haya dado cuenta.

La estrella del baloncesto se acerca a grandes zancadas y con cajas destempladas, como si no

hubiera llamado ya bastante la atención por el simple hecho de ser quien es. No me puedo creer que se haya atrevido a salir del apartamento. Todos tienen la mirada puesta en él mientras cuchichean:

—¿Ese no es Ryan Shay?

—Ay, Dios mío, es Ryan Shay.

—¡Deprisa! ¡Saca el móvil!

Para cuando se acerca a mí, su cabreo es palpable, pero lo que más miedo da es el tono de su voz:

—Quítale las putas manos de encima.

Me levanto mientras me deshago de la mano de Jason y me interpongo entre Ryan y él.

—Joé, tío. —Mi cita suelta una risita tan inoportuna como él.

El flash de una cámara de móvil me recuerda quién es el hombre que ha venido a buscarme, su reputación y lo que puede pasar si no consigo sacarlo del bar.

—Ryan, no pasa nada. Estoy bien.

Mira a mi alrededor como si yo no existiera.

—¿La has tocado? —Se vuelve hacia la camarera—. ¿La ha tocado?

—No me he fijado —dice esta.

—Ryan, la gente está mirando.

—Me importa una mierda, Indy. —Vuelve a centrar la atención en Jason—. ¿La has tocado, hijo de puta?

—No sin que ella quisiera.

Ay, madre, la cosa se pone fea.

Aunque no estoy mirando a mi cita, imagino que estará esbozando su estúpida y engreída sonrisa, y la velocidad con la que el jugador se abalanza sobre él me lo confirma.

Sigo interponiendo mi cuerpo entre los dos. Mis puños se aferran a la camisa de mi compañero de piso intentando tirar de él hacia abajo para mirarlo a los ojos.

—Vámonos a casa, Ryan. Quiero ir a casa.

Por fin me mira de arriba abajo y me coge la cara con las palmas de las manos.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy perfecta, te lo prometo. Llévame a casa.

Con la mano, me empuja un poco la espalda para que salga delante de él, aunque me da miedo dejar de interponer mi cuerpo entre los dos hombres, pues la gente está grabando la escena con los móviles. Por fin me dirijo hacia la salida porque estoy deseando largarme de aquí, pero oigo que Jason se ríe y dice:

—¿Ryan Shay me acaba de robar el ligue?

El aludido se detiene y le ruego a Dios que muestre su típico dominio de sí mismo. En cualquier otro momento, me habría encantado ver cómo le da una paliza a ese imbécil, pero haga lo que haga en este momento puede acabar en la primera plana de los periódicos de mañana.

Respira para centrarse y se gira.

—Créeme, nunca ha sido tu ligue.

Su Audi de cristales tintados está mal aparcado enfrente del bar. Deseosa de huir de la caótica escena que he provocado, corro hacia el coche. Cuando ya casi tengo la puerta abierta del todo, mi salvador la cierra de un manotazo.

Sorprendida, veo que me clava la mirada y que las fosas nasales se le dilatan mientras respira con dificultad. Pero, cuando alzo la vista hacia su ceño fruncido y sus ojos azules como el océano, veo que en ellos hay dolor.

Le he hecho daño. Ay, Dios mío, le he hecho daño.

Nos sostenemos la mirada. Casi creo adivinar las palabras que tiene en la punta de la lengua. Quiere decir algo, pero no lo hace, sino que deja que la silenciosa ira que emana de su cuerpo hable por él.

Yo también quiero decir algo. «Para mí ese tío no significaba nada. Gracias por salvarme». Pero los dos nos quedamos callados, observándonos y esperando a que el otro rompa el mutismo cargado de tensión.

Al final, aparta la vista de mí como si no pudiera aguantar seguir mirándome y me abre la puerta para que entre.

El viaje transcurre en silencio, pero el coche va cargado de tanta tensión que me da miedo que reventen las ventanas por la presión acumulada. Ryan lleva el brazo izquierdo apoyado en la ventanilla mientras conduce con el derecho; veo que se aferra al volante con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Ryan...

—Ahora precisamente no, Indy —me corta.

—Sí, precisamente ahora. ¿Por qué estás tan enfadado?

Inhala aire por la nariz, se pasa la mano por la boca, pero sigue callado.

—Estupendo —digo enrabieta y me vuelvo hacia mi ventanilla, desde donde veo que vamos dejando atrás el *skyline* iluminado de Chicago—. No quieres hablar. Me parece una forma muy madura de arreglar las cosas.

Durante el resto del trayecto, reina el silencio más incómodo que he experimentado jamás. Para cuando llegamos a casa, tengo los pulmones sedientos de aire fresco y de un espacio que me separe de este hombre, pues me está ahogando con su presencia. Aparca donde siempre, apaga el motor y, cuando voy a abrir la puerta, me ordena que no lo haga.

Sigo su cuerpo escultural mientras rodea el vehículo, sin mirarme en ningún momento. Cuando llega a mi lado, desbloquea el coche y me abre la puerta para que salga. Aunque esté tan enfadado, Ryan Shay no puede evitar ser un caballero.

Me dispongo a bajar y centro la atención en él, pero Ryan sigue sin querer mirarme. Mientras sostiene la puerta abierta, le rozo un poco la barbilla y lo fuerzo a mirarme.

En efecto, está muy enojado y, para ser un hombre que no manifiesta nunca sus emociones, en este momento vislumbro una mezcla de sentimientos heridos en sus ojos.

Exhala aire y dice con una voz más suave:

—Vámonos a casa sin más, ¿de acuerdo?

Durante el silencioso viaje en ascensor se acumula aún más tensión y, una vez que entramos en el apartamento, no pierde ni un instante en enfilar hacia su dormitorio.

—Ryan —suplico para intentar retenerlo.

Funciona, pero sigue de espaldas a mí junto a su puerta.

—No quería herir tus sentimientos.

—¿Mis sentimientos? —brama—. No los has herido. Estoy disgustado porque has cometido una imprudencia. Salir en Chicago con otro hombre. ¿Por qué has hecho eso? Podría haberte visto cualquiera. Es más, ya te han visto. Teníamos un trato.

Me adelanto un paso hacia él, pero al instante me arrepiento al ver que retrocede.

—No ha sido así. No estoy saliendo con nadie. Solo iba a ser una noche y lo siento, no creí que nadie me reconociera.

—¿Una noche? —Frunce el ceño—. ¿Qué iba a ser solo una noche?

Noto que me ruborizo porque ahora, justo cuando deseo que no me vea, decide sostenerme la

mirada.

—Es que yo... —baluceo, toqueteando el dobladillo de mi vestido.

—¿Tú qué?

—Yo necesito salir una noche con alguien que no sea Alex, ¿vale? Y esto no es de tu incumbencia.

Se ríe sin ganas mientras rodea la isla de la cocina y se sirve un chupito de whisky.

—Lo siento, Ryan, pero una mujer tiene sus necesidades.

—¡Pues ocúpate tú misma de ellas!

Echo la cabeza hacia atrás, indignada, y pasan unos segundos.

—No es tan difícil, joder, Indy. ¿Cómo crees que he aguantado yo tanto tiempo sin eso? —Arranca de la nevera nuestra lista de las cosas pendientes. Garabatea algo a toda velocidad y me pasa el papel por la isla. Ha añadido un sexto punto: «Mastúrbate».

—Que te jodan, Ryan. ¿Qué te parece si yo añado a tu lista que te folles a alguien?

—¿De eso se trata? ¿Todo esto es porque te dije que soy célibe?

Odio hacia dónde va encaminada esta conversación. Yo no he juzgado nunca sus opciones de vida y creo que él tampoco debe juzgar las mías.

Pero en el fondo tiene razón: sí, todo se debe a que me dijo que era célibe. Porque lo deseo y, puesto que con él no puedo acostarme, tal vez otro consiga hacer que me olvide de él.

—No, no tiene nada que ver con eso. Llevo ocho meses sola y sin acostarme con nadie.

—Entonces, ¿ibas a permitir que ese capullo fuera el primero en tocarte?

—¡Es solo sexo! ¡No significa nada!

—¡Sí, claro que significa algo! —Se desespera intentando hacer que lo entienda. Luego baja el tono hasta hablar en susurros—: Sí significa algo, Indy, y puede que descubran nuestro secreto por un imbécil que ni siquiera merece respirar el mismo aire que tú.

—Ryan —digo con tranquilidad—. Llevo toda la vida oyendo decir que soy demasiado emocional, que siento demasiado las cosas. Así que por una vez estoy intentando ser una chica sin ataduras. Mira lo que me pasó la última vez que quise a alguien.

La verdad es que nunca en la vida me he acostado con alguien sin que significara nada para mí. Perdí la virginidad con Alex. En realidad, no tengo ni idea de lo que es estar sin ataduras.

Mi compañero apura el chupito de whisky.

—Tienes razón. —Estampa el vaso contra la encimera—. Haz lo que te dé la gana. Al fin y al cabo, solo compartimos piso. No importa cómo me sienta ante esta situación.

¿Cómo se sienta ante esta situación? Si está disgustado porque su *general manager* podría haberme pillado, es una cosa, pero si está herido porque no le pedí que fuera el primer hombre tras la ruptura, es otra cosa muy distinta. ¿Es que no se acuerda de que fue él quien me rechazó en el sofá hace pocas semanas? Y ahora que sé que es célibe, nunca le pediría que cambiara su estilo de vida por mí.

—La próxima vez hazlo en privado, ya sabes, nuestra pequeña farsa.

Debería decirle la verdad, que no quiero la ayuda de cualquiera, quiero la suya, pero seguro que eso empeoraría aún más las cosas. Además, sabe lo atraída que me siento por él, así que dudo que le extrañara lo que quiero.

En su lugar, me sincero un poco para que no cruce el umbral de su habitación:

—¿Quieres saber la verdad? —Trago saliva cuando me mira por encima del hombro, como implorando que le diga algo que mejore la situación—. Lo cierto es que no me he corrido en ocho meses. ¿Crees que no lo he intentado yo sola? Pues sí. Muchísimas veces. Y cada vez que estoy a punto, me surge la imagen de mi exnovio y vuelvo a estar en casa viendo cómo se folla a

su compañera de trabajo. Me puso los cuernos y ahora, por su culpa, no puedo tener un orgasmo. —Se me escapa una risa desganada—. Estoy segura de que mi cuerpo se ha roto, así que quería comprobar esa teoría con alguien que me ayudara a distraerme. No pensé en lo de que me vieran en público, así que me disculpo, pero no voy a pedir perdón por tener necesidades y estar desesperada por...

Ryan me agarra por la garganta y me arrima a la pared con las caderas. Me roba el resto de mis palabras con el beso que me planta en la boca.

Al instante, me muestro complaciente y le dejo que me tome como desee. Me besa con fuerza y premura, pero deleitándose.

Esto no puede ser fingido. No hay nadie que lo esté viendo y, por lo tanto, esa incertidumbre se desvanece de mi mente.

Un gemido se me escapa de la garganta cuando su lengua se introduce en mi boca.

—Joder, Ind. Si haces esos ruiditos, no sé si voy a ser capaz de parar.

—Bien, no quiero que lo hagas.

Lo duda por un momento, pero sus labios vuelven adonde tienen que estar.

El whisky que se ha tomado me arde en la boca de la manera más deliciosa, como si me emborrachara al saborearlo en su lengua. Su cuerpo cae sobre el mío con un suave gruñido y su mano se desprende de mi garganta para buscar la pared que hay detrás de mí.

Nunca me han besado así. Con desesperación. Con verdadero anhelo. Como si necesitara hacer esto desde el día que llegué a su apartamento. Igual que yo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevará sin que lo toquen. Este hombre solitario, tan impresionante y con tanto dominio de sí mismo, no ha intimado con nadie desde hace demasiado tiempo y yo voy a ser la mujer que cambie esa situación.

Deslizo la punta de los dedos por su pecho tocándole cada pliegue y hendidura. El pulso le late errático. Aunque a Ryan se le da bien aparentar autodominio, el corazón le delata. Le paso la yema de los dedos por el cuello y lo atraigo hacia mí. No sé si gime por el simple hecho de que lo toque o por puro placer, pero me propongo prolongarle esa sensación tanto tiempo como me deje.

Cada beso que nos damos es más húmedo que el anterior, lo deseo tanto que me arde todo el cuerpo. Qué dolorosamente dulce es lo que siento entre las piernas y qué ganas y necesidad tengo de restregarlo contra algo.

Sus labios emprenden el camino hacia mi mandíbula y de ahí van descendiendo por el cuello.

—No estás rota —le susurra a mi piel—. Lo que pasa es que no has elegido la distracción adecuada.

Puede que esté en lo cierto, pero ahora mismo, mientras me toca y me besa, no pienso en otra cosa que no sea el deseo de tenerlo entre las piernas.

Me mordisquea la clavícula, provocándome un agradable picor que enseguida se calma con sus lametones.

Echo la cabeza hacia atrás para que pueda acceder mejor, mientras aprieto el pecho contra el suyo. Mis pezones duros buscan la suavidad de su camisa. Daría cualquier cosa porque me arrancara el vestido y se metiera uno en la boca.

Pero sus labios vuelven ansiosos a los míos y me dan lo justo para aplacar mi necesidad. Hasta en eso se muestra comedido. Quiero que se abandone y se olvide de todo, igual que yo estoy haciendo ahora mismo.

—Oh —grito cuando me separa los pies con uno suyo y gimo desesperada en el momento en que me toca el clítoris con el muslo. Ay, Dios mío.

Por instinto, me froto contra él para liberarme de mis deseos.

Qué bien se siente. Demasiado.

Ryan no me quita ojo mientras me levanta el vestido lo justo para ver el rastro de humedad que voy dejando en su muslo.

Y pensar que mi excitación se debe tan solo a su pierna... Hacía meses que no me acercaba tanto al éxtasis.

—Mira qué bonito es esto, Blue.

—No pares, por favor —digo en el tono más desesperado del mundo.

—Nunca, nena.

Cada vez más cerca de alcanzar el clímax, me froto mientras él sigue rozándome al ritmo que necesito.

De repente, me distraigo porque mi atención recae sobre una estantería blanca que hay junto a la de Ryan. Tirados por el suelo veo una caja de cartón vacía y un destornillador.

—¿Has montado una estantería para mí? —digo jadeando, mientras intento tragar la emoción que me atenaza la garganta.

Estaba en casa pensando en mí, mientras yo pensaba también en mí de manera egoísta.

Me coge de la barbilla y me fuerza a desviar la atención de nuevo hacia él.

—Céntrate en mí. Céntrate en nosotros, joder. ¿Te vas a correr en mi pierna, Ind?

Respondo con un gemido en su boca.

Sí, me voy a correr porque ya estaba a punto y cada vez estoy más excitada. Me gusta creer que soy capaz de separar el sexo de la emoción, pero no puedo, porque saber que Ryan estaba pensando en mí esta noche me tiene arrebatada.

Le levanto la camisa porque necesito sentir el calor de su vientre, de sus músculos, que reaccionan contrayéndose bajo mi roce.

—No dejes de tocarme —sisea entre dientes.

Sus palabras son igual de desesperadas que las mías, me ruegan que lo desee.

Por debajo de la camisa, le arrimo todo lo que puedo a mí con las manos en su espalda. Irradia calor y fuerza. Su cuerpo es tan perfecto que casi duele.

En respuesta, él aprieta el muslo contra mi clítoris y mi reacción es inmediata y electrizante.

De mi boca brota su nombre como una oración desesperada cuando noto las primeras oleadas del orgasmo, mientras mis dedos se aferran a su camisa para sostenerme de pie. Pletórica de euforia, siento una oleada tras otra de placer atravesándome el cuerpo entero de una forma deliciosa.

Cuando recobro el aliento, miro abajo, veo la mancha que le he dejado en los pantalones, pero no me preocupo lo más mínimo.

Después de casi ocho meses, me ha bastado la puta pierna de Ryan para correrme.

Me toma de nuevo por la barbilla y me besa con más ternura que antes.

—La próxima vez que necesites ayuda, pídemela a mí —murmura haciéndome cosquillas en los labios.

Dicho lo cual, me deja aturdida y satisfecha, apoyada en la pared de la entrada, antes de cerrar tras él la puerta de su dormitorio.

20

Ryan

Durante los cuatro últimos años, he tenido el privilegio de jugar al baloncesto en la NBA. Estoy agradecido de las oportunidades que se me han brindado, es cierto, pero nunca me ha desagradado mi trabajo tanto como ahora.

Mi profesión me ha sacado de casa y me ha metido en un avión doce horas después de que Indy se corriera en mi pierna. Doce horas después de que le dijera que, la próxima vez que necesite alivio, quiero que me pida ayuda a mí.

De eso hace tres días y desde entonces no hemos hablado.

No estoy seguro de si la asusté o se quedó pensativa, pero llevábamos varias semanas coqueteando cada uno a su estilo. Me ha dicho muchas veces que se siente atraída por mí, así que no voy a mentir: el último día esperaba que llamara a mi puerta para decirme que quería tener otro orgasmo.

Llevo siendo célibe más de dos años, pero desde el día en que entró en mi apartamento he imaginado muchas veces sus piernas alrededor de mi cintura, de manera que no pienso dejar que otro se encargue del trabajo sin que yo intervenga.

Asegurarme de que ella tenga sus orgasmos no cambia nada para mí. Puedo cuidar de ella en ese aspecto sin poner en juego las reglas que me he impuesto a mí mismo. De hecho, si ella quiere, podemos añadir sus orgasmos al arreglo que tenemos como pareja falsa. Me cercioraré de que se corra tantas veces como desee, siempre y cuando yo sea el único que tenga ese privilegio.

Porque una cosa es cierta: después de la noche que la arrinconé en la pared e hice que se corriera, es imposible que otro hombre se acerque a ella sin que yo pierda la cabeza.

O ingrese en prisión.

Ella cree que está rota. ¡Rota! Como si su exnovio no ocupara ya el primer puesto en mi lista de gilipollas, el hecho de que la hiciera creer que es algo menos que la perfección personificada es suficiente para que me entren ganas de ir a buscarlo y destruirle la vida por completo.

Un partido por la tarde en San Antonio nos ha traído a Dallas con tiempo suficiente para que los chicos se relajen y tengan la noche libre. Yo, en cambio, desde que hemos aterrizado, estoy en la habitación del hotel viendo grabaciones de partidos. Aquí me voy a quedar hasta el entrenamiento de mañana por la mañana, sin poder evitar comprobar el móvil cada treinta minutos para ver si mi compañera de piso me ha enviado algún mensaje.

Después de rellenar una página entera de anotaciones, cuando ya llevo veinte minutos viendo un partido de Dallas, suena el teléfono de la habitación. Hace un ruido estruendoso y no hay manera de silenciar el chisme sin contestar. Por muy seguros que sean estos hoteles, por desgracia, siempre puede haber alguien que me llame desde recepción sin otro afán que escuchar mi voz al otro lado de la línea.

Exasperado y para quitarme esa molestia de encima, contesto la llamada:

—¿Qué pasa?

—Vaya manera de saludar.

—¿Ethan? ¿Por qué me estás llamando desde la línea del hotel?

—Porque me ignoras en el móvil. Los chicos están tomándose una ronda en el bar del hotel. Anímate.

—Yo no...

—Bar privado. Sin fans. Si quieres venir, incluso amenazaré al camarero con un acuerdo de confidencialidad.

—Estoy viendo un partido.

—La grabación seguirá allí después de que estés una hora con el equipo. Ryan, este es el tipo de planes del que habla Ron. Es la oportunidad perfecta para que crees vínculos con los chicos y estés en el hotel. Puedes volver a tu habitación cuando quieras.

Antes de que pueda decirle otra vez que no, el móvil empieza a vibrar en la cama. Con el fijo pillado entre la mejilla y el hombro, cruzo el colchón y me encuentro el nombre de Indy en la pantalla. Llevo días sin saber de ella, no me ha llamado ni una vez.

—Ethan, tengo que dejarte. Me está llamando Indy.

Se ríe sin ganas.

—Vaya, a ella sí le contestas al móvil y a mí no.

—Es que es mucho más mona que tú. Luego hablamos.

Cuelgo al mismo tiempo que contesto al móvil.

—¿Indy? —Se me nota demasiado entusiasmo, así que me aclaro la garganta y rebajo el tono —: ¿Va todo bien?

—Sí. Hola. Perdona. ¿Estás ocupado? ¿Te molesto?

Chasqueo la lengua.

—No, pero ¿a qué viene tanto formalismo?

—No sé. Supongo que es porque estoy nerviosa.

Me siento en la cama y me apoyo en el cabecero.

—¿Por qué?

—Es que... llevo unos cuantos días sin saber nada de ti.

Esbozo una amplia sonrisa por el tono inseguro de la voz de mi compañera de piso, que por lo general siempre está tan segura de sí misma. Me resulta entrañable que esté nerviosa.

—Yo tampoco he sabido nada de ti, Ind. Te he dejado un poco de espacio. Ahora la pelota está en tu tejado, desde que me ofrecí para ayudarte a que te corras. Desde que hice que te corrieras.

—¡Ryan!

—¿Qué? No me digas que ahora, por haber tenido un orgasmo, te has vuelto tímida. Es solo sexo, ¿recuerdas?

—Yo no soy tímida en lo relativo al sexo, pero creía que tú si lo eras —susurra, dando a entender que la pueden oír.

—Que sea célibe no significa que el tema me resulte incómodo.

Se hace el silencio al otro lado de la línea, de modo que sigo hablando por ella.

—Bueno, has llamado tú. ¿Qué querías?

Se le aclara la voz y me la imagino toda emocionada.

—Estoy trabajando en mi lista de cosas pendientes y he pensado que deberías saberlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué estás haciendo?

—Estoy en el supermercado comprándome todo lo que quiero. Ya tengo el carrito medio lleno. He metido tres siropes diferentes para el café con leche que quiero probar. Uno es sabor a cereales afrutados. ¿Tú sabías que existía algo así? Espero que haya sitio en el frigorífico. ¿Crees que cabrán todos en la nevera?

No puedo evitar sonreír por la alegría desbordante que me llega a través de la línea.

—Les haremos sitio. ¿Qué más estás comprando?

—Mi postre favorito son unos pasteles de frambuesa que hay en la sección de congelados. A Alex le gustaban los de manzana, así que siempre los compraba, pero hoy he cogido los de frambuesa.

—Mmm. Pues sí. Tienen mejor pinta.

—Te guardaré un par. O quizá uno. Intentaré guardarte uno. Por cierto, ¿necesitas algo mientras estoy aquí? Puedo comprar algo para la cena cuando vuelvas. ¿Qué te apetece?

—Indy... —suspiro—. Eso es lo contrario de lo que pone en la lista de cosas pendientes. Solo estás autorizada a comprar lo que te apetezca a ti. Y yo puedo cocinar solo. El desayuno es diferente porque..., bueno, es...

«Es especial».

—Es lo nuestro —dice ella por mí.

—Sí, pero lo principal de esa lista de cosas pendientes es que seas egoísta por una vez.

—Lo sé, pero he dejado de pagar el alquiler. ¿No debería contribuir de alguna manera? Puedo alimentarte. Si necesitas que te lave la ropa...

—De ninguna manera —le digo—. No eres mi madre.

—Estoy acostumbrada a cuidar de alguien.

—Hazme caso, Ind. Lo sé, todavía sigues cuidando de alguien, solo que la persona de la que cuidas eres tú.

—Tienes razón. —Suspira al teléfono—. Hazte tu puta cena, Shay.

Me da la risa.

—Esa es mi chica.

¿Qué coño he dicho?

Me arrepiento y se hace un incómodo silencio.

—Quiero decir...

—Bueno, ¿qué vas a hacer esta noche? —Gracias a Dios, cambia de tema.

—Estoy en la habitación del hotel viendo una película.

—¿Por qué? ¿No tienes la noche libre? Sal con Ethan o algo así.

—Se ha ido al bar del hotel con el equipo.

—¡Deberías ir! Es la oportunidad perfecta para pasar un rato con ellos fuera del entrenamiento.

—Juraría que Ethan y tú tenéis un grupo para hablar de mí porque acaba de decirme justo lo mismo hace cinco minutos.

—Debería haber añadido eso a tu lista de cosas pendientes. —Cambia el tono de voz, como si lo estuviera escribiendo—: Hacerte amigo de tus compañeros de equipo. Así te convertirás en un buen capitán.

Entierro la cara en la almohada.

—Joder.

—¿No te encanta cuando tengo razón?

—No —me apresuro a responder—. Pero vale, tú ganas. Bajaré a tomar una copa.

—Mándame una foto cuando estés. A modo de prueba.

—Pues hablando de las listas de cosas pendientes..., tengo un plan que podemos poner en práctica.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—El sábado que viene, por la noche, hay una fiesta para la que necesito pareja. Estarás en Chicago. He comprobado el programa de los Raptors y estoy segurísimo de que habrá baile.

Espero que podamos movernos un poco.

La verdad es que no tuve que mirar el programa, porque Zanders ha organizado esa fiesta a propósito una noche en la que ni él ni yo no tenemos trabajo y estamos en la ciudad.

—Suenan divertido. E intrigante. ¿Qué se celebra?

—Todavía no te lo puedo decir, pero creo que deberías comprarte un vestido nuevo.

—¿Hay que ir elegante?

Conociendo a Zanders, elegantísimo.

De repente, me acuerdo de su vestido de raso fucsia. Qué suave era la tela al tacto. Y qué impresionante estaba Indy con él.

—Algo parecido a lo que llevaste en el banquete de otoño sería perfecto.

—Pues me lo volveré a poner.

Estoy seguro de que mi compañera de piso se muere por un vestido nuevo.

—Creo que deberías comprarte uno nuevo. En la mesita de la entrada, hay una tarjeta de crédito en el cajón de arriba. Llévate a Stevie y pasadlo bien.

—Ryan...

—No me vengas con la gilipollez de «no me puedo gastar tu dinero». Los dos sabemos que te apetece un huevo ir de compras y, además, dijiste que me saldrías cara como novia, así que haz la prueba.

—¿Estás seguro?

Me echo a reír.

—No hagas como que no te entusiasma gastarte mi dinero. Sí, estoy seguro. Paga también el de Stevie, por favor. Quiero ser yo quien le compre el vestido para esta fiesta.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué tiene de especial esta fiesta?

Me levanto de la cama.

—Tengo que ir a ver al equipo.

—Oye, Ryan, para que lo sepas, voy a comprarme también unos zapatos con tu dinero.

Esbozo otra amplia sonrisa.

—Claro, ahora entiendo por qué te gusto tanto.

Su suave chasqueo con la lengua invade mis oídos.

Me pongo los zapatos y cojo la llave del hotel con el móvil todavía pillado bajo la mejilla.

—Oye, Blue, estos tres últimos días he echado de menos hablar contigo. No lo volvamos a hacer.

—Trato hecho.

—Añádelo a las listas de la nevera. Junto con los demás acuerdos a los que hemos llegado.

Los dos nos quedamos callados un momento, ninguno se decide a colgar todavía.

Indy se aclara la garganta.

—Te veo en casa.

Me encanta cómo suenan esas palabras saliendo de sus labios.

—Te veo en casa.

El bar del hotel está fuera de la vista, bien escondido en la planta número 21. Aunque las puertas de doble hoja son discretas, el ruido de las conversaciones de mis compañeros de equipo pone en evidencia la multitud que hay dentro.

Mantengo la cabeza agachada hasta que llego donde está el guardia de seguridad, con las manos a la espalda, vigilando la entrada. Alza la vista, da su aprobación y me deja entrar.

Ethan tenía razón, es un bar privado. Como esto ocurre muy rara vez, al instante este hotel

pasa a ocupar el primer puesto en mi lista. Aunque sea muy afortunado por llevar la vida que llevo, no puedo salir a tomar una cerveza después del trabajo, como hace la mayoría de la gente. Me reconocen, me sacan fotos y, si a la noche siguiente juego mal, me bombardean en internet acusándome de haber jugado con resaca.

Tener vida social no compensa todo el coñazo que acarrea. Así que es cierto, mi apartamento a veces puede parecer una cárcel personal, pero al menos nos mantiene a salvo a mí y a mi reputación.

—¡Shay! —exclama Dom en cuanto me quito la capucha—. Dichosos los ojos, tío. Ven para acá.

Echa a un novato del taburete que hay al lado del suyo y da unas palmaditas en el asiento, como si llevara toda la noche esperándome.

Le encantan las fiestas. No ha habido reunión del equipo en la que no haya sido el centro de la atención, pero también es un buen tío que adora a su madre. Pasamos tres años juntos en la universidad jugando para la UNC. Luego se fue a un equipo de Los Ángeles, pero al año de su fichaje, su madre tuvo cáncer y él solicitó un traslado a Chicago, su ciudad natal, aceptando un recorte salarial solo para estar cerca de ella. La madre va mejorando, pero él sigue sin querer abandonar la ciudad en la que se crio. Tiene talento, podría jugar con cualquiera de los aspirantes al campeonato, igual que yo, pero le tira más la familia.

Por lo que sea, me había olvidado de su situación. Quizás porque he sido un puto egoísta y, durante demasiado tiempo, no he pensado en ninguno de estos chicos más allá del baloncesto. Los trece tíos que me rodean tienen sus propias historias, pero he estado demasiado preocupado por la mía.

Dom levanta la cerveza para brindar conmigo mientras estamos sentados en la barra con los antebrazos apoyados.

—¿Qué tal está tu madre?

Se sobresalta tanto que al instante siento una punzada de culpabilidad. Ni siquiera puedo hacer la pregunta más sencilla sin levantar sospechas.

—Está bien. Hace dos semanas le hicieron el escáner semestral y sigue en remisión. —Asiente como intentando recordar la buena noticia. Luego hace una pausa y frunce confuso el ceño—. Gracias por preguntar, tío.

—Tengo que admitir que me siento como el culo por no habértelo preguntado antes.

—Ahora eres un pez gordo. Tienes cosas más importantes que hacer que preguntar por la salud de mi madre.

Tiene razón. Bueno, en que he actuado de ese modo, pero la excusa es una gilipollez. Cuando estaba en la universidad, conocía a todos los padres de mis compañeros de equipo por el nombre, aunque siempre los llamaba por el apellido. Conocía a sus hermanos. Y siempre estaba al tanto de lo que necesitaran.

Sabía cómo cuidar de otra gente, cómo pensar en los demás. Sabía confiar en otros porque me aseguraba de que se fiaran de mí. Permitir que Indy haya entrado en mi mundo me ha vuelto dolorosamente consciente de la burbuja de egoísmo en la que he estado viviendo.

Durante los últimos cuatro años, he estado llevando anteojeras desde que pasó todo aquello y no he alzado la vista ni una sola vez. No me he dado cuenta de que mis compañeros de equipo son iguales que yo: tíos normales que practican el deporte que adoran mientras viven bajo los focos. Puede que estos no deslumbren tanto como los míos, es cierto, pero eso no significa que la presión a la que están sometidos sea diferente.

—Eso es una gilipollez —admito—. Quiero decir, que tienes toda la razón, he actuado mal.

Pero eso no está bien. Debería haberme interesado más por mis compañeros de equipo. He sido un imbécil desde que me incorporé a la liga.

Dom chasquea con la lengua.

—Vale, Shay. Sigues siendo mi chico. —Una vez más, brinda con mi vaso—. Esa princesa de Walt Disney que tienes en casa te ha vuelto un sentimental.

Me echo a reír.

—Se llama Indy, capullo.

—Tranqui, tío. No me he olvidado del nombre de tu chica. Estoy casi seguro de que a veces lo susurro en mis sueños.

Meneo la cabeza, no puedo evitar que una sonrisa radiante se me dibuje en los labios.

—No tienes nada que hacer, Dom. Olvídate; no se va a acercar a ti ni a tu polla sobreexplotada.

Suelta una carcajada.

—Joder, cómo te echaba de menos, Shay.

La verdad es que lo he pasado genial esas dos horas tomando una cerveza con los chicos. Ethan se marchó hace una hora, no sin antes lanzarme una mirada de padre orgulloso desde el otro lado de la sala. Como si hubiera ganado mi primer partido de *t-ball* en lugar de estar bebiendo cerveza con mis compañeros de equipo en el bar de un hotel.

El móvil me vibra en el bolsillo. Stevie me ha enviado una foto de Zanders y su perrita Rosie acurrucada en el sofá.

Stevie: *Mira qué monada de familia tengo. Te echo de menos.*

Lo de familia va a ser oficial dentro de poco y ella no tiene ni idea. Desde que guardo el secreto, he estado un poco distante porque no quiero estropear la sorpresa. Pero mi hermana y yo no podemos pasar un día sin hablar, de modo que le mando un mensaje diciendo que yo también la echo de menos.

Luego veo un mensaje de Indy. Lo ha enviado hace más de una hora, pero he estado demasiado distraído charlando con mis compañeros de equipo como para mirar el teléfono. Aunque mi reacción instintiva es disculparme por no haber visto hasta entonces la foto que me ha enviado de la comida china a domicilio y de todos los víveres que se ha comprado depositados sobre la isla de la cocina, estoy casi seguro de que se sentirá orgullosa de que me lo haya pasado tan bien que me he olvidado de estar pendiente del móvil.

Yo: *¿Me odiarías si te cuento que me he olvidado por completo de mandarte una foto mía en el bar con el equipo?*

Blue: *¿Quién eres y qué has hecho con Ryan?*

Yo: *Muy graciosa.*

Le envío una foto de mi vaso de cerveza vacío con los compañeros borrosos al fondo.

Blue: *¿Quién es ese tan alto? ¿Está soltero?*

Yo: *Todos son altos.*

Blue: *Perfecto, entonces me vale cualquiera.*

Yo: *¿Intentas ponerme celoso?*

Blue: *¿Lo he conseguido?*

Sé que coquetear con la mejor amiga de mi hermana forma parte de mi falsa relación con ella, pero yo tampoco puedo evitarlo.

Yo: *Estoy intentando luchar contra la imperiosa necesidad que hacer que los despidan a todos solo de imaginar que te das el lote con alguno de ellos. ¿Es lo suficientemente celoso para ti, Indy?*

Tres puntitos grises aparecen y desaparecen en la pantalla. Reaparecen. Desaparecen.

Yo: *Para ser alguien que siempre tiene algo que decir, me encanta dejarte sin habla.*

Su respuesta es casi instantánea.

Blue: *Me imagino otra manera de dejarme sin habla.*

Vaya, hombre. Ahora soy yo el que me quedo sin palabras. Ella siempre dice lo primero que se le pasa por la cabeza sin el menor problema.

Blue: *Espero que tú y tu mano derecha disfrutéis del resto de la noche. Te veo en casa, Ryan.*

Me vienen a la cabeza todas las maneras en que podría dejarla a ella sin habla, pero creo que preferiría hacerle gritar. Mi nombre, a ser posible. Maldita sea y ahora me viene a la memoria lo guapísima que está cuando se corre. Pero, si se pone así solo con frotarse contra mi pierna, ¿cómo se pondrá follando de verdad? ¿Me clavaría las uñas de color lila en la espalda hasta hacerme sangrar? ¿Me abrazaría la cintura con las piernas y entrelazaría los tobillos para tenerme más apretado? Joder, ojalá lo pueda descubrir pronto.

Indy no va desencaminada. Con lo que me ha dicho, me urge poner la mano derecha en funcionamiento.

Le digo a Dom que pague mi cerveza y, cuando estoy a mitad de camino hacia la puerta, veo a uno de los novatos, Leon Carson, charlando con los muchachos. La última vez que coincidimos fuera del trabajo fue en la cena, donde Ethan me dijo que el chico me tenía miedo.

Me gusta que me respeten, sí, pero no quiero que ninguno me tenga miedo. Eso queda reservado para los que no llevan la camiseta de Chicago.

—Leon.

—Hola, Shay —dice y se le nota que está pasando un mal rato intentando mirarme a los ojos.

Madre mía. Yo nunca he sido tan tímido, ni siquiera cuando era novato. Entré en la liga con una humilde confianza, sabiendo lo que yo podía aportar al juego. Pero Leon es un jugador de banquillo. Es nuestro base de reserva y solo juega en el último cuarto si estamos machacando al otro equipo o este nos está machacando.

—El martes, después del entrenamiento, me quedará hasta tarde haciendo unos tiros. ¿Quieres apuntarte?

—¿En serio?

—Claro que sí. Si hay algo que te dé problemas, podemos revisarlo. Si necesitas algún consejo...

—Sí, sí, desde luego. Eso sería increíble.

Ahora sí me mira a los ojos, se le nota un poco más seguro de sí mismo.

—Estupendo. —Antes de dirigirme hacia la puerta, señalo con la cabeza su copa vacía—. Pídete otra cerveza. Invita Dom.

21

Indy

Yo: *Cómo me va hoy: aunque con unos días de retraso, tengo que decirte una cosa. Me he follado la pierna de tu hermano como una perra en celo.*

Yo: *Stevie, ¿por qué no contestas?*

Yo: *¿ME HAS BLOQUEADO?*

Yo: *¡Stevie Renee Shay! ¡Tú fuiste la que quería que viviera con él!*

Yo: *Es broma. No es culpa tuya. ¡TE QUIERO! ¿Estás enfadada conmigo?*

Llevo una semana sin que Ryan se ofrezca a «ayudarme». Me ha costado un poco recuperarme de mi apresurado orgasmo gracias a la presión de su muslo. He estado fantaseando con este hombre desde que me mudé a esta casa. Bueno, en realidad llevo fantaseando con él desde el día que nos conocimos: el mismo día que pillé a mi ex en la cama con otra.

No estoy segura de qué dice de mí o de nuestra relación que me fijara en otro hombre horas después de que rompiera con la persona con la que creía que me iba a casar, pero estoy empezando a preguntarme si el amor que yo sentía por Alex era genuino y verdadero o tan solo me convenía para el proyecto de vida que yo tenía.

Estoy siendo sincera. Aunque llevo coqueteando con Ryan desde el día que lo conocí, de pronto todo se volvió real de una forma inusitada la noche que quedé con otro. Esa cita tenía por objetivo demostrarme que lo que estaba sintiendo por mi compañero de piso era algo efímero. No podía tener sentimientos auténticos por otro solo ocho meses después de haberlos albergado por quien yo creía que era el amor de mi vida. Alguien me haría sentir lo mismo que sentía por el hombre que vivía al otro lado del pasillo.

Pero comprobé alarmada que resultó ser todo lo contrario.

Ha llegado a casa esta mañana, pero todavía no lo he visto. Antes de que me despertara, ha dejado las bolsas, ha hecho café para mí, lo ha metido en la nevera para que se enfríe y luego se ha marchado a hacer unos tiros antes de que lo entrevisten los medios de comunicación. Un sábado típico para la superestrella Ryan Shay. Me pregunto si no le cansará todo eso. Su vida puede parecer glamurosa desde fuera, pero viendo lo que se machaca a diario, me agota hasta a mí.

Anteayer salí de compras con Stevie y, desde entonces, llevo soñando con el vestido de raso escarlata que cuelga en mi armario. Por lo general, el rojo no suele ser mi tono favorito, pero creo que me hace falta la audacia de este color. Para subirme la cremallera del vestido necesito un segundo par de manos, de modo que me pongo los nuevos zapatos de tacón hasta que le pueda pedir ayuda a mi compañero con lo demás.

Esta fiesta secreta de la que se niega a hablarme se celebra dentro de una hora al otro lado de la ciudad, así que, cuando oigo que se abre la puerta de su dormitorio, me echo un último y largo vistazo en el espejo, cojo aire y me encamino hacia el salón.

El taconeo llama la atención a Ryan, que tiene una copa de whisky escocés en la mano.

Me pasa la mirada por las piernas, se toma su tiempo para examinarme el cuerpo y se demora

en el pecho. No es que yo tenga mucho, pero el vestido resalta lo que tengo de una forma maravillosa. Abre esos labios tan besables que tiene cuando se pasa la lengua por el inferior.

Veo que al tragar saliva se le baja la nuez hasta que al fin me mira a los ojos.

—¡Dios mío!

—Hola.

Asiente con la cabeza como respuesta y he de admitir que la atención que me presta es como una inyección dirigida a mi ego.

—Indy, estás espectacular.

Me tiemblan las rodillas por la adrenalina que me recorre el cuerpo y me sudan las manos de los nervios. No me considero una persona nerviosa, pero la idea de ver a este hombre tan comedido perdiendo el control me ha tenido en vilo toda la semana.

Me levanto el pelo para dejar la nuca despejada, oigo que deja la copa en la encimera antes de dar uno, dos, tres pasos hacia mí. Al instante, su proximidad me calienta la espalda y los dos nos vemos obligados a inhalar aire cuando me desliza las manos por las caderas.

Es evidente que algo ha cambiado entre nosotros. Lo que antes era solo un coqueto flirteo ha pasado a convertirse en algo más, está claro. Solo es cuestión de tiempo que uno de los dos se decida a hacer algo al respecto.

Cuando Ryan me acaricia la nuca con la punta de los dedos, se me pone carne de gallina y el muy cabrón empieza a relamerse y a chasquear la lengua.

—Te odio —le digo con la respiración entrecortada.

—Mmm. Ya se nota.

Acaricia la tela del vestido con una mano, mientras que con la otra se toma su tiempo para subirme la cremallera. Cuando está subida del todo, me toca la nuca con las yemas de los dedos antes de cerrarse alrededor de mi cuello.

—¿Te he comprado yo este vestido?

Asiento con la cabeza.

Suelta un sonido gutural grave, es de satisfacción.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres un poco posesivo, Shay?

Le entra la risa y siento que el pecho le tiembla a mi espalda.

—Jamás. Pero nadie me ha hecho sentir tan insaciable y codicioso como tú, desde luego.

—Ay, Dios mío. Me encanta cuando dices esas cosas.

Arqueando la espalda, estoy a punto de pedirle que mande a la porra la fiesta, que me lleve a la cama y se ocupe de mis necesidades.

Ha debido de notar mi proceso mental porque lo interrumpe:

—Tenemos que marcharnos.

Me vuelvo hacia él y veo su traje azul marino y su ceñida camisa blanca. Este tono más claro que el negro le sienta muy bien, los ojos verdes azulados tienen un tono zafiro.

—Estás guapo esta noche.

De nuevo se pasa la lengua por el labio inferior y centra su atención en mi boca antes de retroceder para interponer cierta distancia entre nosotros.

—No podemos llegar tarde —me recuerda.

—¿Me puedes contar ya qué se celebra?

Echa un vistazo al Rolex que luce en la muñeca, pero luego me devuelve la mirada y duda un momento.

—Zanders le va a proponer matrimonio a Stevie. Es su fiesta de compromiso.

—¿Qué? —Me mira preocupado—. ¿Se lo va a pedir esta noche? —Me tapo la boca con las

dos manos.

—Sí, dentro de nada. Están volviendo en avión a Chicago.

Se me escapa un sollozo muy sentido.

—Ay, Dios mío.

Una vez más, Ryan me mira como si fuera una muñeca frágil que está a punto de romperse.

—¿Te encuentras bien?

Las lágrimas se me agolpan en los ojos porque, con lo emocional que soy, la felicidad también me hace llorar.

—Eh —dice él, cogiéndome de la cara con las manos—. No llores. Te vas a estropear el maquillaje.

—No lo puedo remediar.

—¿Estás disgustada?

—¿Por qué iba a estarlo? —respondo.

—No lo sé.

—¿Porque no soy yo? —admito.

—Todo está todavía muy reciente para ti, Ind... —añade con una sonrisa de disculpa—. Mañana vas a una despedida de soltera y esta noche a una fiesta de compromiso...

—Estoy contenta. Me alegro muchísimo por ellas. No lloro por mí.

Es la pura verdad. No sé si es por el tiempo que ha pasado desde que Alex y yo rompimos, o porque ver feliz a mi mejor amiga no deja espacio para el egoísmo, pero el caso es que no estoy disgustada de ningún modo.

Ryan me mete el pelo detrás de las orejas.

—Eres muy buena amiga, Blue.

—Bueno, ella también. Podrías habérmelo dicho antes. Podría haber ayudado en la fiesta. Podría haber...

—Lo sé. Zanders pensó en pedirte ayuda, pero le dije que no. Quería que te lo pasaras bien sin preocuparte por nadie más.

Sin embargo, ese suele ser mi papel. Soy la que planea las fiestas, la anfitriona. Me aseguro de que la gente esté bien atendida y pase un buen rato.

—Sí, Ind. Vas a pasar una noche entera disfrutando sin preocuparte por ningún otro ser humano. Te extrañará, lo sé, pero creo que podrás hacerlo.

—Vale... —me resigno—. Pero si esta fiesta fracasa, le echaré la culpa a Zee por no haberme pedido opinión.

—Estamos hablando del novio. La fiesta será extravagante que te cagas. —Me aparta el pelo de la cara y me coge por las mejillas—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, pero gracias por preguntar.

Una vez más, centro mi atención en sus labios, pero enseguida se aclara la garganta.

—Deberíamos irnos.

Cuando el chófer nos deja enfrente de un edificio discreto con tan solo un letrero luminoso sobre una puerta negra, Ryan me abre la puerta del coche. Fuera no hay paparazzi ni prensa, solo un hombre grandullón con un portapapeles en la mano.

Mi acompañante me empuja con suavidad hacia la puerta de la entrada.

—Indy Ivers —le dice al seguridad—. Y Ryan...

—Sé quién eres. —La expresión del portero se suaviza y se convierte en una sonrisa, porque ni siquiera un gorila al que le pagan por ser discreto puede evitar ser fan de este tío.

Nos abre la puerta y nos conduce hacia un pasillo oscuro, mientras Ryan sigue protegiéndome

con la mano en mi espalda.

Cuando me quito la chaqueta, me vuelvo hacia él.

—Como hoy no están aquí ni tus compañeros de equipo ni tu *general manager*, supongo que esta noche no tenemos que aparentar que estamos juntos.

Cuelga nuestros abrigos junto a los de los demás invitados.

—Supongo que no.

Ninguno de los dos hemos usado un tono demasiado convincente.

—Sin embargo..., puede ser una buena práctica —al decirlo, veo un rayo de esperanza en sus ojos.

—Exacto, porque la boda es dentro de poco.

—Eso es —enseguida me muestro de acuerdo—. Entonces, ¿fingimos esta noche a modo de práctica?

—Claro que sí, me parece lo más razonable.

Sin más dilación, me da la mano y nos dirigimos a la sala principal con los dedos entrelazados.

La habitación es pequeña; en ella caben justo los mejores amigos y los familiares de los prometidos. Pero, al más puro estilo de Zanders, el bar está abarrotado de la mejor cerveza y el mejor licor que se pueda comprar con dinero, incluso hay un DJ y una pista de baile esperando a ser ocupada.

Las primeras caras que veo son las de los chicos de los Raptors, entre los que se encuentran Maddison y Rio. Este último me saluda con la mano y una expresión entusiasmada. Me da la impresión de que tiene la esperanza de que el hombre que me acompaña, con el que está obsesionado, se acerque también a él.

—Quiero saludar al equipo —le digo a mi acompañante.

—Y mis padres también han venido —me responde él—. Voy a advertir a mi madre de que no eres mi novia para que no le dé un infarto de la emoción.

Yo también iría a saludar a los padres de mi mejor amiga, pero la señora Shay no me cae muy bien. El padre es encantador, pero su madre no se portó bien con Stevie durante un montón de años. Han ido a terapia familiar para arreglar la relación madre-hija y claro que las cosas han mejorado entre ellas, si no, su prometido no la habría invitado hoy.

Por el bien de Ryan, me escabulliré de hablar con su madre esta noche, sobre todo cuando ya me haya tomado unas copas.

—Enseguida te veo.

—Te buscaré.

Tardamos un poco demasiado en soltarnos la mano para ser dos personas que solo están aparentando.

—Vaya, así que te estás follando a mi ídolo —dice Rio, cuando me da un abrazo.

—No estamos follando. Es un ensayo, para que dentro de un par de semanas parezca un novio creíble delante de mis amigos de toda la vida.

Se aparta de sus compañeros de equipo y baja la voz:

—A mí no me vas a convencer de que no te lo estás tirando. ¿Se lo has contado ya a Stevie?

—No, porque no nos estamos acostando. Al menos, no todavía. Se ha ofrecido para ayudarme con ese problema del que te hablé.

—¿Estás de broma? —Abre los ojos de par en par—. Yo podría haberme ofrecido voluntario hace meses —le lanzo una mirada vacía—. Sí, sí. Ya lo sé.

—Me parece increíble que estemos en la fiesta de compromiso de estos dos, ¿tú sabías algo?

—Maddison nos lo ha chivado cuando hemos llegado.

Me acerco a saludar a este y a su mujer, así como al resto de los tíos con los que vuelo por todo el país, mientras esperamos a que lleguen los invitados de honor. Ryan aún sigue con sus padres cuando se abren las puertas principales y todo el mundo estalla en vítores y aclamaciones.

La novia está radiante mientras cruza el umbral de la puerta, y estoy segura de que luce una sonrisa luminosa, pero no puedo saberlo porque, con la sorpresa que se ha llevado, se cubre la boca con las manos.

Incluso desde el otro lado de la sala, veo el pedrusco que lleva en la mano izquierda. Al hombre que no piensa más que en mimarla se le nota orgulloso por haber conseguido sorprenderla.

Me acerco un paso hacia los dos, pero me contengo y dejo que primero los feliciten sus familias.

La novia pasea la mirada por la sala buscando a una persona en concreto y, cuando localiza a su mellizo, enseguida se dirige hacia él. Este sale a su encuentro y la abraza levantándola del suelo.

Por sorprendente que pueda parecer, he conseguido mantener las emociones a raya. En lugar de llorar, noto los dedos de los pies saltarines y no paro de sonreír, pues anhelo que me llegue el turno de dar un abrazo a mi amiga. Ryan se aparta de ella sin dejar de sonreír y lo veo que se restriega los ojos.

No es un hombre que se emocione con facilidad, pero Stevie es siempre una excepción para él. La quiere con locura y que se le escapen unas pocas lágrimas por ella en público me hace concebir cierta esperanza de que tal vez, algún día, alguna otra persona logre volverlo igual de vulnerable.

Cuando la abraza de nuevo, desvío la atención hacia Zanders para no interrumpir mi racha de diez minutos sin llorar. Este abraza a su hermana y a su padre y, justo después, a sus mejores amigos, los Maddison.

Rio me deja un gin-tonic en la mano y me pasa el brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Eso es lo que quería oír.

Hay una pausa una vez que la novia abraza a su padre y mira hacia mí. Me lo tomo como una señal, dejo la copa y, todo lo deprisa que me lo permiten mis taconazos, apoyo una mano en su hombro.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta mientras nos abrazamos—. Yo no tenía ni la más remota idea —dice y estalla en una carcajada.

—¿Por eso no me contestabas a los mensajes?

—Bueno, sobre eso...

—Déjame ver ese pedrusco —interrumpo porque es su momento, no de su hermano o mío—. ¡Madre mía, cómo es Zee!

En ese instante, el novio me pasa un brazo por los hombros.

—¿Te gusta?

—Hubiera preferido que me pidieras ayuda, pero, aunque no lo hayas hecho, me parece que el anillo no puede ser más bonito.

Alguien reclama a Stevie en otra dirección, así que aprovecho para abrazar a su nuevo prometido.

—Enhorabuena.

—Gracias, Indy. —Zanders, que luce una sonrisa radiante, pone cara de preocupación cuando

baja la voz para que nadie más lo oiga—: ¿Estás bien?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—Pues porque, cuando nos conocimos hace un año, eras tú la que tenías una sortija y una potencial fecha de boda. No me malinterpretes; me alegro muchísimo de que ya no sigas con ese tío, pero no hace tanto que lo dejasteis. —Me mira con precaución—. Ryan me ha dicho que estás contenta y no dudo de que sea así. Solo quería asegurarme, eso es todo. No quiero ser desconsiderado.

—¡No, por Dios! —exclamo—. Esto no tiene nada que ver conmigo. No podría sentirme más feliz por vosotros dos. Te lo prometo. Estoy bien.

—Bien. —Le echa un vistazo a mi vestido. De todos mis amigos, es con el que más coincido en lo relativo a la moda—. Me encanta el vestido.

—Me encanta tu traje.

Los mellizos regresan a su pequeño mundo, los veo brindar con las botellas de cerveza y compartir un rato a solas. Zanders y yo nos quedamos mirándolos desde el otro lado de la sala.

—¿No te parece que ocho meses sea mucho tiempo? —le pregunto.

—Creo que ocho horas es demasiado tiempo para lamentar la pérdida de ese idiota, pero te conozco, Indy. Eres más sentimental que la mayoría de la gente, así que no, no me parece que ocho meses sea mucho tiempo. Tú eres leal hasta la exageración y, cuando quieres a alguien, lo sientes en cada fibra del cuerpo.

—Pero ¿y si ese amor y esa fidelidad eran pura mentira? ¿Qué pasa si lo que yo creía sentir por Alex no era más que una excusa para construir la vida que yo quería? En ese caso, ¿no te parecen suficientes ocho meses?

Chasquea la lengua.

—Si me estás preguntando si con ocho meses basta para darse cuenta de que ese tío no te merecía y si, tal vez, solo tal vez, hay alguna otra persona que en tu opinión sí te merece, entonces sí, creo que ocho meses son incluso demasiado tiempo.

Cuando alzo la mirada, esboza una sonrisa de complicidad.

—Ahora voy a bailar con mi prometida. Hay por ahí otro Shay al que sé que no le importaría pasar esta velada contigo.

Ahora soy yo quien chasqueo la lengua.

—Vale, casamentero.

—¿Qué le voy a hacer? ¡Estoy enamorado! —Se marcha, no sin volverse una vez para decirme—: Diviértete sin más, ¿vale?

«Diviértete sin más».

Joder, eso es justo lo que necesito. Dejar de analizar una y otra vez esta situación. Dejar de preguntarme si ha pasado el tiempo suficiente como para que pueda seguir adelante. «Diviértete sin más».

Y resulta que la persona con la que más disfruto pasando el tiempo esta noche está aquí, esperándome con su precioso traje azul marino.

Sigo a Zanders en dirección a los mellizos.

—Vamos a bailar —le dice a Stevie, llevándola de la mano hacia la pista.

—¿Y nosotros qué hacemos? —dice Ryan, mirándome detenidamente de arriba abajo.

—Buena pregunta. —Le doy un sorbo a su cerveza—. ¿Qué hacemos?

La pregunta enmascara otra mucho más importante: «¿Cuánto de todo esto va a ser fingido?».

Cuando la música se pone un poco más sensual, dice:

—Vamos a bailar.

Me toma de la mano y me da un empujoncito para que vaya delante de él. De camino a la pista de baile, me rodea la cintura con un brazo.

Se me apoya en el hombro, cerca del oído.

—Estás impresionante, Ind. Te lo digo por si acaso no lo he mencionado durante los últimos cinco minutos.

Cubro su brazo con el mío y pego mi mejilla a la suya.

La parte más confusa de esta noche es averiguar cuánto de esto es ficticio. Es cierto, hemos decidido actuar como si estuviéramos juntos para practicar un poco, pero ¿por qué todo resulta tan auténtico y natural?

La pista de baile ya está abarrotada, pero nos hacemos sitio sin problema. Me coge los dos brazos y se los coloca encima de los hombros. Me rodea las caderas con las manos, un poco más abajo de lo esperado.

Cuando me arrima a él, no puedo remediar fijarme en lo bien que encajamos el uno en el otro, en lo perfectamente bien que nos amoldamos, aunque en todo lo demás seamos polos opuestos.

Yo soy desordenada. Él es un maniático de la limpieza.

Yo soy una romántica. Él es un cínico.

Yo soy extrovertida. Él es la definición de ermitaño.

Yo quiero que mi futuro incluya el amor y la familia. Él es inflexible en cuanto a pasar el resto de sus días solo.

Sin embargo, aquí, entre sus brazos, no notamos toda esa diferencia.

Con la cabeza apoyada en su hombro, no dejo de observar a Zanders y Stevie, la pareja recién comprometida que irradia una luz especial.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Ryan con ternura.

—En lo enamorados que están.

Noto que gira el cuello para ver a quién miro. Chasquea la lengua.

—Creo que eso es quedarse corto, Ind.

—Es bonito.

Conociendo a mi compañero de piso, que se niega a reconocer toda forma de amor, platónico o del que sea, espero que me ignore o me eche la bronca por idealizar la vida de mis amigos. En su lugar, exhala un suspiro nostálgico y dice:

—Sí, lo es.

Me alejo un poco para verlo mejor, le rodeo los hombros con los brazos y le pregunto:

—¿Has estado enamorado alguna vez?

—Solo una.

—¿En la universidad?

Asiente con la cabeza.

—¿Se parecía a eso? —Señalo hacia su hermana y su futuro cuñado.

—No, para nada.

Habla muy poco de su pasado, así que no lo voy a estropear pidiéndole que me cuente más cosas, pero al mismo tiempo quiero saberlo todo acerca de él.

Mi risa le hace sonreír.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Pues que durante todo este tiempo pensaba que no creías en el amor —confieso.

—Creo en el amor, pero soy realista. Puedes amar a alguien con todas tus fuerzas, pero eso no garantiza que te corresponda. No me gusta hacer apuestas que puedo perder.

Me doy cuenta de que esa es su versión del autocontrol: no permitirse sentir demasiado para

no acabar herido. No permitirse sentir nada. Yo, en cambio, me metí de lleno en una historia y perdí en la primera ronda, pero ya estoy pensando en la segunda.

¿Quizás la chica no le correspondió? ¿Fue eso lo que pasó? Sabiendo que intentó aprovecharse de él, está claro que no lo quería. No entiendo cómo alguien que tuvo la oportunidad de conocer a este hombre, de ser amada por él, no le correspondió.

¿No se daría cuenta de lo especial que era porque él la había elegido?

¿Alex se sentía especial porque yo lo quería? Querer a alguien no garantiza que el sentimiento sea recíproco, pero, aunque lo he intentado y he fracasado, confío en que un día vuelva a encontrar el amor. Y espero que algún día Ryan también desee esto para sí mismo.

—¿Cómo puedes seguir siendo tan romántica, eh, después de lo que te ha ocurrido?

—Tengo que creer en que existe algo más que lo que yo he vivido, si es que a eso se le puede seguir llamando amor. Además, es emocionante, incluso esperanzador, creer que puede haber algo mejor. Llámame soñadora. Llámame ingenua. No me importa. Creo que solo soy optimista.

—Hay algo mejor y, si alguien se merece todo lo que quiere en la vida, esa eres tú.

—También tú te mereces que se hagan realidad tus sueños.

—Yo no sueño, Indy. Yo planifico y mi vida discurre según ese plan. Tengo mi carrera. Es lo que siempre he querido.

Es incapaz de mirarme a los ojos cuando lo dice; no estoy segura de que él mismo se lo crea. Puede que todavía le gusten los partidos, pero la presión por ser perfecto le va pesando cada día un poco más. Está confinado en las cuatro paredes de casa, a no ser que se prepare para ser escudriñado e idolatrado al mismo tiempo. Vive en una prisión de un millón de dólares en la planta número 22. No me imagino que le pueda gustar ese aspecto de su carrera.

Por sorprendente que pueda parecer, Ryan se mueve con gracia en la pista de baile. Para ser un hombre que lleva años sin sostener a una mujer entre sus brazos, no tiene problemas en guiarme mientras bailamos.

—Creo que podemos tachar esto de la lista de las cosas pendientes. Estoy segura de que podemos marcarnos uno o dos bailecitos en la boda.

Una suave sonrisa le ilumina los labios.

El DJ cambia a una canción lenta.

—Deberíamos seguir practicando un poco más, ¿no crees?

Me encanta este tipo de ensayos. Todo ello. Bailar. Vivir juntos. La falsa relación.

—Sí, venga. Nos vendrá bien acostumbrarnos.

Recorremos la pista de baile con las manos entrelazadas a un lado y las mejillas juntas. Una vez más, vislumbro a mi mejor amiga al otro lado de la sala, radiante de felicidad.

—¿Crees que tendrán hijos? ¿Zanders y Stevie?

—No estoy seguro —admite Ryan—. Mi hermana nunca ha hablado mucho de niños. De los dos, yo era el que siempre quería tenerlos. Ella estaba demasiado ocupada salvando a cualquier animal abandonado que encontraba. Pero supongo que los tendrán. A Zee le gustan.

No me ha pasado desapercibida la frase que ha soltado sin darse cuenta. Él era quien siempre quiso tenerlos. Poco a poco, voy extrayendo cada vez más capas de este hombre. Me gustaría saberlo todo de él, pero, como no quiero asustarlo, guardo silencio.

Me mira con precaución, como si por primera vez se diera cuenta de que está cruzando un campo de minas por hablar del matrimonio y los hijos con una mujer que a lo mejor no los tiene, aunque sea lo que más quiere en el mundo.

Menos mal que la música cambia y llena la sala de un ritmo con el que se te van los pies sin querer.

Ryan se quita la chaqueta, la deja en el respaldo de una silla de al lado y se remanga su blanca camisa abotonada. Con las venas recorriéndole los antebrazos y el reloj en la muñeca, es el hombre más sexy que pueda haber.

—Basta ya de hablar. —Me da una palmadita en el culo y me lleva al centro de la pista de baile—. Venga, chica. Vamos a divertirnos.

Al cabo de innumerables canciones, estoy toda sudorosa. Todos lo estamos. La mayor parte de los compañeros de equipo y amigos de Zanders y Stevie no han parado de bailar y el DJ comprende al fin que lo único que queremos escuchar es música para mover el culo.

Hace mucho que me he desprendido de los zapatos; espero volver a encontrarlos luego. Eran monos. Y caros.

La pista de baile se ha convertido en un caos de música, sudor y cuerpos en movimiento. Lo que en principio era un asunto de rigurosa etiqueta se ha convertido en una juerga privada para invitados emperifollados.

Pese a toda la locura, no dejo de seguirle la pista a mi compañero de piso, que tan pronto está compartiendo una copa con su padre como saliendo un momento a tomar el aire. Solo ha aguantado dos canciones antes de irse, y llámame necesitada, pero quiero que vuelva aquí enseguida.

—Baila conmigo, Índigo. —Rio me pasa los brazos por los hombros y mantiene las manos a una altura respetable de mi espalda.

Nuestras caderas se mueven al mismo tiempo, pero todo es platónico, por decirlo de algún modo, y eso se nota por la distancia que hay entre los dos.

En la penumbra, con la música a todo trapo, veo por encima del hombro de Rio a Ryan observándome desde el borde de la pista de baile. Con la copa en una mano y la otra, en el bolsillo. La última vez que me pilló bailando con mi amigo fue en el banquete de otoño.

Me mira con una intensidad sofocante, mientras se lleva el borde de la copa a los labios. No le pierdo de vista ni siquiera cuando me muevo con mi acompañante.

¿Todavía seguimos fingiendo? Me encantaría saberlo.

Su mirada me recorre el cuerpo despacio, sin perderse ni un milímetro. Lo único que quiero hacer es tentar a mi celoso y falso novio para que salga a bailar. Así que le doy la espalda a Rio, me pego a su pecho y meneo las caderas al ritmo de la música.

—Para que lo sepas —me dice este al oído, gritando para que lo oiga con la música atronadora—, estoy al tanto de que me estás utilizando para ponerlo celoso y me parece perfecto.

Chasqueo la lengua.

—Confiaba en que lo supieras.

—Joder, pero, si me da una paliza por lo que estamos haciendo, al menos podría firmarme también un autógrafo.

Me sujeta por las caderas y me pega la boca al oído. No han pasado ni diez segundos cuando veo aparecer ante mí un par de zapatos de vestir. Sigo las piernas a las que pertenecen, largas y musculosas, hasta que me topo con la mirada imperturbable del bello rostro de Ryan.

—Ya te puedes ir —le dice a mi pareja de baile, sosteniéndome la mirada con sus intensos y oceánicos ojos.

—Me ha obligado a hacerlo.

—Oh, sí, ya me he dado cuenta.

Rio se marcha y Ryan dice:

—Bonito espectáculo el que habéis montado.

—¿Te ha gustado? Gracias a eso he conseguido que volvieras conmigo a la pista de baile.

Coloco mis pies descalzos encima de sus zapatos y le rodeo el cuello con los brazos. Aunque la música que está sonando es para mover el esqueleto y menear el culo, empieza a mover los pies despacio y a bailar conmigo encima.

—¿Tenemos que añadir esto a la lista de las cosas pendientes y colgarlo de la nevera? Porque, según el acuerdo, nadie más debía tocarte.

—¿Eso quiere decir que vas a tocarme tú?

Alza las cejas sorprendido.

—¿Quieres que te toque?

«Sí, sí, por favor».

—Ya te lo he dicho antes —continúa—. Lo único que tienes que hacer es pedirme ayuda, Indy. —Como me ve dudar, pregunta—: ¿Pasa algo?

—No, solo estaba pensando en lo bueno que eres actuando.

—¿Crees que estoy actuando?

—Ya no sé lo que está pasando.

Me agarra el culo y me tira de las caderas hacia las suyas, donde me encuentro con un bulto justo encima del monte de venus.

—¿Esto te parece fingido?

—¿Los celos te ponen cachondo?

—Qué va. No hace falta que me ponga celoso porque sé lo que es mío. El que te va a llevar a casa conmigo soy yo.

Como si todo rastro de feminismo se hubiera borrado de mi cuerpo, me fundo con él.

Joder, no quiero esperar hasta que lleguemos a casa.

Me pongo de puntillas y me acerco a su boca. Cuando ya estoy viendo que él va a responder, aparece mi mejor amiga borracha y me coge de la mano.

—¡Ha llegado nuestro coche! Hay sitio para vosotros, chicos. Vámonos.

Stevie.

Joder.

Me faltaban dos segundos para besar a su mellizo en su fiesta de compromiso. Todavía tengo que contarle lo que siento por él. Es cierto que le cuento todos los días lo que ha pasado, pero dudo que sepa que la mayoría de lo que digo va en serio.

Como dijo Zanders, no creo que se disgustara, pero esta chica bate el récord de amigos pésimos que la utilizan para acercarse a su hermano. Me niego a que crea que yo también soy así. Antes tengo que hablar con ella. Nuestra amistad es mucho más importante que lo pillada que estoy por mi compañero de piso.

A Ryan se le pone la misma cara que a mí, como si a él también le hubiera decepcionado la interrupción.

Da un paso atrás.

—Voy a por las chaquetas.

Me despido de los Raptors y me dispongo a salir con Stevie.

—Apenas te he visto en toda la noche —me recuerda medio borracha, mientras me apoya la cabeza en el hombro.

—Lo sé. Qué pena. Estabas muy solicitada.

—Mi hermano y tú estabais un poco sumidos el uno con el otro.

—Estábamos practicando. Para la boda de Maggie.

—Hm —murmura, poco convencida—. Cuando te follaste su pierna, ¿estabais practicando?

—¿Ahora te tomas los mensajes en serio? Nunca me contestas.

Se echa a reír.

—Viéndoos a los dos esta noche, está clarísimo que todo lo dices en serio. Y, en caso de que esta noche no estuvierais practicando para la boda de Maggie, aunque no necesites mi permiso, debes saber que me parece bien.

—¿En serio?

—Pues sí —dice encogiéndose de hombros.

—No quiero que pienses que estoy vulnerando nuestra amistad ni nada parecido.

—Por Dios. Eso lo hiciste cuando me mandaste el primer mensaje contándome cómo te había ido. —Me da un empujoncito con la cadera—. Claro que no lo pienso. No tienes ni un pelo de maldad en el cuerpo. Eres mi mejor amiga, Ind. Lo único que quiero es que seas feliz. Pero trátalo con cuidado, ¿vale? Por más que intente ocultarlo, es muy sensible.

Oír que la persona que mejor conoce a Ryan lo llama sensible reafirma lo que yo ya sabía. Siente cosas. Es emotivo, aunque intente hacer como que no lo es.

—La semana que viene me pasaré a verte para que me cuentes todos los detalles, pero dame una versión abreviada. ¿Cómo te ha hecho la proposición de matrimonio tu ostentoso prometido? Conociéndolo, supongo que de la manera más extravagante posible.

—Alquilamos un avión privado y volamos a las ciudades que significan algo para nosotros, en las que nos enamoramos el año pasado. A nuestro regreso me hizo la pregunta en casa porque quería que Rosie también estuviera presente.

—Madre mía. —Echo la cabeza hacia atrás—. Parece sacado de mis libros románticos.

—No tengo ni idea de lo que significa eso.

—Da igual.

Cuando vamos hacia la salida, nos juntamos con Zanders, Maddison y su mujer. Y ya en la puerta, Ryan me espera con mi chaqueta al hombro y mis zapatos de tacón colgados de la mano.

Me encantaría sacarle una foto y guardarla para siempre, porque está impresionante iluminado por el suave resplandor de las luces de neón del letrero de la salida. Me ayuda a ponerme el abrigo y me saca el pelo por el cuello con delicadeza. Miro los zapatos de tacón que sostiene en la mano y parece que los dos llegamos a un acuerdo tácito de que no me los voy a poner ni de coña.

Estoy sobria, pero a estas horas de la noche me niego a ponerme esos taconazos.

El todoterreno de cristales tintados se acerca y mi acompañante no duda un instante en levantarme con una mano y colocarme las piernas alrededor de sus caderas. Me agarro de su cuello para no perder el equilibrio y así nos mete en el coche, a mí y a mis zapatos.

Dejamos la tercera fila para Zanders y Stevie, así que Maddison, su mujer, Ryan y yo nos apiñamos en la segunda. Solo hay tres asientos para los cuatro, de manera que, en cuanto mi compañero de piso cierra la puerta tras él, me coge en su regazo. La mujer de Maddison se sube al de su marido dejando libre el asiento del medio.

—Ahora hay sitio para ti, Indy —dice este, antes de distraerse con la bella pelirroja con la que está casado.

Cuando arranca el motor, me dispongo a ocupar el asiento del medio, pero Ryan me lo impide agarrándome por las caderas.

—No te vayas —me susurra al oído.

El resto de los ocupantes del coche están demasiado distraídos como para darse cuenta de que no me he cambiado de sitio, así que me apoyo en su pecho. Me va subiendo la palma de la mano por el muslo y, cuando me recuesto y me vuelvo para mirarlo, veo que tiene los ojos entornados y la boca entreabierta.

Está tan excitado como yo. Toda esta noche ha sido como unos preámbulos.

Le deslizo la mano por la nuca mientras me arrima las caderas a él, lo que nos hace proferir un gemido suave, casi silencioso. Sus labios están a unos centímetros de los míos y me importa un comino que en este coche haya gente que nos pueda ver.

—Quiero que todos sepáis una cosa —anuncia Zanders desde el asiento de atrás—: hoy he follado en un avión.

El coche estalla en carcajadas y felicitaciones.

—Santo cielo —murmura Ryan para que no lo oiga nadie, meneando la cabeza—. Eso te arruina una erección.

Suelto una risita, respaldándome en él.

—Como hincó una rodilla para pedirme matrimonio, yo puse las dos para cepillármelo —interviene Stevie, encogiéndose de hombros.

—¡Esa es mi chica! —exclamo.

Su hermano, en cambio, se inclina hacia delante para hablar con el conductor:

—Señor, de un momento a otro voy a saltar en marcha, así que estaría genial si puede acelerar un poco.

Le doy una palmada juguetona en el pecho antes de que vuelva a recostarse en el asiento tirando de mí hacia atrás.

—Esa es una buena frase para ligar, Vee.

—Gracias —dice la aludida—. Llevo todo el año esperando para soltarla.

—¿Tú tienes frases para ligar? —le pregunto a Ryan en voz baja.

—No, yo prefiero llevarlo directamente a la práctica.

Me quedo boquiabierta, porque eso no ha sonado nada cursi. No con la confianza con la que lo ha dicho. Me cago en la puta.

Se ríe ante mi flagrante estupefacción.

—¿Tienes que madrugar mañana? —me susurra.

—Pues sí y me espera un día muy largo.

Exhala un profundo suspiro antes de plantarme un besito en el hombro, donde deja apoyada la barbilla.

—De acuerdo.

Al llegar a casa, entiendo lo que quería decir con ese «de acuerdo».

No va a intentar hacer nada. Me va a dejar dormir.

Lo que seguramente no sepa es que, debido a las horas de preliminares y a que solo he tenido un orgasmo en ocho meses, no voy a pegar ojo en toda la noche. A no ser que suceda algo.

Cierra la puerta del piso tras él y luego deja mis zapatos en la entrada. Conscientes de nuestra proximidad, nos quitamos el abrigo y la chaqueta en medio de un silencio tenso.

—Bueno, pues yo... —Señala su dormitorio con el pulgar—. Buenas noches.

Se demora un momento en la entrada y yo, cobarde de mí, sigo callada.

Con la cabeza agachada, da un paso hacia su habitación.

—Ryan... —intervengo para detenerlo—. Mi vestido. ¿Quieres bajarme la cremallera?

Se toma su tiempo para hacerlo, como si supiera que este es el final de nuestra noche y quisiera que durara. Noto su respiración en la nuca y sus dedos, en la columna vertebral. Su cercanía hace que se me ponga la piel de gallina.

Con la espalda de mi vestido colgando, Ryan me agarra por la cintura y dice:

—Ya está.

Todavía no se marcha, no se mueve hasta que llevo ya demasiado tiempo en silencio.

¿Qué estoy haciendo? ¿A qué vienen tantas dudas? Si soy sincera, por mucho que hable de sexo de manera abierta, nadie me ha tocado desde Alex y eso me asusta. Estar desnuda delante de otra persona puede ser bochornoso, pero estoy harta de que mi ex haya sido el último y el único. No merece el título del último hombre al que me he entregado.

—Ry... —Lo detengo al lado de su puerta. Se vuelve a mirarme. Sus ojos imploran desesperados—. ¿Quieres ayudarme?

Echa la cabeza atrás y exhala un suspiro de alivio.

—¡Joder! ¡Al fin!

22

Ryan

De dos rápidas zancadas, la empujo contra la pared, me rodea la cintura con las piernas y los tirantes de su bonito vestido rojo quedan colgando de los hombros. Nuestros tórax se juntan. Puedo oír los latidos de su corazón mientras mi boca recorre todo su cuello. Le beso y le lamo la delicada piel, al tiempo que de su garganta brota un suave gemido junto a mi boca.

Moviéndome hacia abajo, le paso la lengua húmeda por la clavícula y veo que el pecho adquiere una tonalidad rosada. Sus pezones son pequeños y perfectos, se notan a través del sujetador y separan el raso rojo de su cuerpo. Dios, quiero metérmelos en la boca, chuparlos, mordisquearlos y, tal vez, procurar que se corra solo con eso.

Porque esta noche es solo suya. Va a tener el mejor orgasmo que ha tenido en su vida.

La tengo durísima por los preliminares de toda la noche. Qué coño, por los dos últimos meses, pero el hecho de que vaya a hacer que Indy se corra hasta perder el sentido no cambia en nada la promesa que me hice a mí mismo. Puedo hacerlo. Puedo tocarla, lamerle todo y hacerle gritar sin follarla.

—Ryan... —jadea ella—. Mi habitación. Llévame a mi habitación.

Presiona el coño contra la erección y, con el vestido medio caído a la altura de la cintura, solo nos separan dos finas capas de tela. La fricción me hace soltar un siseo y ya me gotea el líquido preseminal porque hace años que nadie me toca. Nadie me ha tocado desde hace años y ahora tengo a la mujer más maravillosa en mis brazos buscando mi polla con su coño con cada arremetida de sus caderas. Ya está caliente y apostarí cualquier cosa a que también está húmeda.

Me vuelvo hacia su habitación, pero no puedo hacerlo. Evito ese sitio a toda costa. Estoy segurísimo de que no voy a hacer que se corra ahí esta noche.

En su lugar, la llevo hasta el sofá y la coloco boca arriba sin dejar de besarle el cuello, las orejas, el pecho. La beso en todas partes menos en la boca.

No mentía cuando le dije que no me gusta fingir intimidad. La vez que la besé en la boca fue por celos, no pude remediarlo. Sé lo que siento por ella y, joder, llevo deseando besarla desde la primera vez que abrió su preciosa boca para hablar. Sin embargo, ya me ha dicho con toda claridad que esto es todo lo que puede darme y me aterra la idea de invertir en otra mujer que no me corresponda.

Me ha pedido que la ayude a correrse. No me ha pedido que me encariñara ni que besara esos carnosos labios hasta enloquecer. Dios, cómo lo deseo de todas maneras.

La larga melena rubia se le desparrama por los cojines del sofá y arquea la espalda en busca de mi pecho. Me desabrocha los botones de la camisa mientras le beso las curvas de los hombros. Cuando encuentro los lazos que mantienen unidos los tirantes de su vestido, cojo el raso entre los dientes y tiro de la tela hasta que cae al suelo. Para entonces, ya me ha desabotonado toda la camisa.

Me acaricia los abdominales con esas suaves manos con las uñas pintadas de rojo, lo que hace que aún se me ponga más dura.

—Me he tocado pensando en ti —admite.

Joder. Cómo me duele la polla al oír las seis palabras que más cachondo me han puesto en toda mi vida.

—¿Y en qué pensabas?

—En tus manos.

—Ah, ¿sí? —Le toco el pecho y le voy subiendo la mano hacia la garganta—. ¿Y qué más?

Le acaricio los lados del cuello para ver si le gusta.

El agradable gemido que emite me vibra en la mano.

—Esto —exhala—. Tú encima de mí. Imaginaba cómo me sentiría debajo.

Con las rodillas entre sus muslos, le veo los pezones a través de un sujetador negro y sin tirantes sexy que te cagas.

—Tu color favorito.

Santo cielo.

Voy a ser el tío que se corre en los pantalones por oír unas pocas palabras. Eso sí, son perfectas y salen de la boca más apetitosa, pero, si no recupero algo de dominio sobre mí mismo, esta noche no va a ser como yo tenía planeado.

—¿Y no te corriste cuando pensabas en mí, Ind? Porque, cada vez que yo me he tocado pensando en ti, me he corrido tanto que casi me muero.

—¿Tú te tocas pensando en mí?

Me río sin ganas.

—¿Te acuerdas de la noche del camping? Pensé en ti mientras me duchaba y lo hago desde entonces.

Vuelve a acariciarme el estómago y hace que se me contraiga cada músculo del abdomen.

—¿Y por qué no hiciste nada al respecto cuando volviste a la cama?

—No sabía que me deseabas. Pero he soñado que estabas como ahora, tumbada boca arriba y con las piernas a mi alrededor.

Me desabrocha la hebilla del cinturón.

—Bueno, pues aquí me tienes. ¿Qué vas a hacer?

—Nada.

Se detiene y frunce el ceño con una adorable mueca de frustración.

—¿Qué?

Le rodeo el vientre y la cintura con la palma de las manos, me encanta el tacto de su piel.

—No voy a hacer nada. Lo vas a hacer tú. Tú misma te vas a tocar para correrte.

—Pero es que yo no puedo —protesta—. No funciona. Por favor, Ryan. Dijiste que me ayudarías.

—Te estoy ayudando. Te voy a distraer mientras tú te tocas. —Le cojo la mano y se la coloco en el bajo vientre—. ¿Te fías de mí?

—Claro que sí. —Suaviza la mirada—. ¿Tú te fías de mí?

—Sí —digo sin dudarlo. Es entonces cuando me doy cuenta de que nunca me he fiado de ninguna otra mujer tanto como de ella y me dan ganas de ir a por un condón y mandar a tomar por culo a mis dos putos años de celibato.

Unas terribles ansias de posesión y de gritar que es mía se apoderan de mí. Está despatarrada en mi sofá. Vive en mi casa. Desea mi polla.

Me regaño a mí mismo. Esta noche es para ella.

—Tócate, Ind. Date placer. —Me pongo de rodillas, me quito la camisa y la tiro al suelo—. Pero, antes, por el amor de Dios, enséñame lo que tienes debajo.

La acumulación de deseo me resulta dolorosa cuando Indy arquea con sumo gusto la espalda y

me deja el espacio justo para desabrocharle el sujetador. La tela de mi color favorito se suelta alrededor de su pecho antes de que ella la tire al suelo. Tiene unas tetas preciosas, tentadoras, como si estuvieran deseando que las succione.

—Ind... —le digo sin dar crédito a lo que veo y me echo hacia atrás para verlas mejor—. Eres preciosa. Bueno, ya sabía que lo eras, pero ahora que te veo... Dios mío.

—En tal caso, quizás deberías tocarme, ¿no crees?

Habló la listilla.

Asiento con la cabeza.

—Puede.

Sus tetas caben de sobra en una mano, pero, cuando le acaricio una y se la estrujo un poco, me quedo embelesado por el suave roce. Le paso el pulgar por el duro pezón mientras le doy las gracias por dejarme que vea su cuerpo, por dejarme que la toque.

Profiere un gemido angelical.

Sin más dilación, succiono la punta rosa de su pezón antes de lamerlo con la lengua. Luego me lo meto entre los dientes y se lo mordisqueo con suavidad, provocando que sus preciosos grititos llenen el salón.

La parte inferior de su cuerpo se retuerce ante la expectativa y su coño busca y encuentra la fricción contra mí. Me tomo mi tiempo con el otro pecho, al que le dedico la misma atención y admiración.

Tomo su mano para utilizar la mía como guía. Me encanta verla así, aturdida, dilatada, entregada a mi lengua. Mi chica caótica está aún más trastornada de lo habitual, es incapaz de respirar a un ritmo estable, incapaz de que su mente se extravíe por donde no debe.

—Enséñamelo.

Levantando el culo del sofá, se sube el faldón del vestido de raso hasta la cintura. Nunca me ha gustado el color negro tanto como ahora, cuando lo veo húmedo y entre las piernas de Indy.

Deseo enterrarme en ella, en su aroma. Deseo saborear, chupar y succionar lo que sé que va a ser el coño más bonito que he visto en mi vida, pero esta noche está dedicada a ella, a que recuerde, a que sepa cuidar de sí misma.

Entierro la cabeza en su cuello mientras miro hacia abajo, hacia mi erección. Mi polla necesita alivio con desesperación, pero consigo mantenerla bajo control con mucho esfuerzo.

—Enséñamelo —vuelvo a pedirle—. Por favor, enséñamelo.

Con sus uñas rojo fuego, juega con la tela que le cubre la vulva.

—No te burles de mí, Blue. Enséñamelo.

De manera lenta y pausada, tomándose su tiempo, aparta la tela a un lado. Deja al descubierto los brillantes pliegues del coño más bonito que he visto en mi vida.

—¡Dios mío, Ind! —exclamo con admiración—. No pareces real. Eres impresionante.

—Gracias —dice muy bajito.

Hay una manchita de pelo justo encima de la hendidura. Los pliegues de color púrpura oscuro brillan por la excitación. Su raja es tan tentadora que estoy a punto de renunciar a los años de celibato solo por probar lo que se siente cuando esos labios me envuelvan la polla.

Deseo tocarla, familiarizarme con cada centímetro de ella, pero se supone que tiene que aprender a tocarse ella sola.

Tomo su mano y comienzo a guiarla hacia abajo cubriendo sus dedos con los míos. Utilizo nuestros dedos índice y corazón para frotar a lo largo de su pubis antes de abrirlo y descubrir su perfecta yema rosa, dura y mojada.

Su cuerpo se tensa e interrumpe mis pensamientos carnales. Levantando la vista, esos tiernos

ojos marrones me miran y me dan toda la confianza del mundo. Joder, estoy a punto de derretirme allí mismo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente y traga saliva.

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

¿Mi compañera de piso, tan segura de sí misma, está nerviosa?

Se ríe incómoda.

—Me siento como si fuera virgen. Es que hace tanto tiempo...

—Cuéntamelo.

Sonríe con esa boca suya tan besable.

—Si quieres que lo dejemos, dímelo. Pero no tienes que ponerte nerviosa conmigo. Santo cielo, eres más que perfecta, Blue. Imagina que estás sola, tocándote en tu habitación.

—No quiero imaginar que estoy sola.

Claro que no quiere. Nunca quiere estarlo.

—Me gusta saber que estás aquí. Que estás mirándome.

—Entonces, aquí estaré, eternamente agradecido de que me dejes ver cómo te corres. —De nuevo le muevo la mano para que haga un poco más de presión y juntos encontramos su clítoris.

Le enseño a trazar un círculo alrededor del botón y a apretarlo como lo haría yo si su mano no estuviera entre su cuerpo y la mía.

—Por Dios, qué bien. —La cabeza se le cae hacia atrás sobre el sofá y yo sigo ayudándola en su excitación.

El pecho se le mueve con rapidez, sus tetas reclaman atención. Me meto una en la boca y sigo moviéndole la mano.

—¿Qué es lo que más te pone, Ind? ¿Te gusta que te llamen cosas en la cama? ¿Te gusta que te digan guarradas?

Exhala un gemidito, pero creo que tiene más que ver con que le mordisqueo el pezón y con nuestros dedos acariciando su clítoris, no con lo que le he preguntado. Porque conozco a esta chica y sé muy bien que no quiere que la llamen cosas degradantes, solo cosas bonitas.

—No, no es eso. A mi alumna le gusta que la elogien, ¿verdad?

Su garganta emite un gemido, el sonido más bonito y más sexy que uno pueda imaginar.

—Una chica tan lista como tú solo quiere que le digan lo bien que lo está haciendo, lo perfecta que es.

Cuanto más le hablo, más se van humedeciendo nuestros dedos.

—Muy bien, Blue, lo estás haciendo perfectamente. ¿Notas cómo te tocamos tu clítoris bonito? ¿Notas cómo se te va hinchando? ¿Lo mojada que estás? Muy bien, así, mi niña.

Se le escapa un jadeo audible cuando echa la cabeza atrás y presiona el pecho contra mi boca. Las piernas se le agitan a mi alrededor mientras hunde los dedos de los pies en la superficie del sofá.

Dios, cómo deseo follármela. La idea me asusta, pero al mismo tiempo no puedo pensar en otra cosa.

En su lugar, me froto la polla contra el sofá, aunque apenas aplaca mi ardiente necesidad. Desde mi posición puedo ver cada pliegue sedoso de su coño. La reluciente raja.

—Es el más bonito que he visto en mi vida.

Se le agarrotan los músculos al oírme.

—Ryan, haz que me corra.

—Hazlo tú misma.

Le muevo los dedos y los deslizo por sus pliegues, los guío hacia la entrada. Su dedo corazón desaparece. Lo mete y lo saca una y otra vez, húmedo y resbaladizo.

Los ruidos que hace entre un jadeo y otro, así como sus increíbles gemidos, van a acabar conmigo. Pero luego dice unas preciosas palabras que me transportan directo al cielo:

—El tuyo también —me implora—. Méteme el dedo dentro de mí.

—Joder, Indy. Como sigas hablando así, me voy a correr antes que tú.

—Cógete la polla y méteme un dedo. Si esa es la única manera de tenerte en mi interior, hazlo, por favor. ¿Tienes idea de cuánto te deseo, Ryan?

«Cuánto te deseo, Ryan».

Dejo que sus palabras calen en mí. Ya no recuerdo la última vez que me desearon de verdad.

Me saco la polla y la meneo un poco, pero paro antes de que explote. Cuando ella saca el dedo de nuevo, lo cubro con el mío y, entre los dos, nos abrimos paso hacia la entrada.

Qué prieta está. Las paredes de su interior ya están palpitando y ya solo puedo pensar en la polla que tengo en la mano y en que sería una delicia sentirla bien encajada en ella.

Acaricio el interior con nuestros dedos hasta que doy con el punto en el que Indy se retuerce y echa la cabeza hacia delante y hacia atrás, al tiempo que grita:

—Sí, justo ahí. Oh, qué bien, por Dios. —Y mi grito favorito—: Me voy a correr.

Su cuerpo se resiste al inminente orgasmo, todavía no se deja llevar por él. Por lo general, me encanta tener un poco de control sobre el orgasmo, ir a buscarlo, retrasarlo y que se deje llevar de nuevo hasta la liberación final. Pero esta noche solo quiero que se corra. Es mucho el deseo que tiene acumulado.

—Déjate llevar, Ind. Necesito ver cómo disfrutas.

—¿Tú te vas a correr?

¿Qué si me voy a correr? La polla me gotea en la mano, está enfadada por no estar dentro de cualquier cosa que no sea mi puño. Un rápido meneo y me correré por el borde del sofá.

—Sí, mi niña. Me voy a correr.

—¿Puedo verlo?

Santo cielo, esto está que arde. Si eso es lo que necesita, ¿quién soy yo para negárselo?

Me contempla la polla mientras se mueve entre mis lánguidas caricias.

—Oh —exclama—. Qué grande la tienes.

Chasqueo la lengua.

—Ind, ¿qué tal si te corres antes de que empieces a inflarme el ego?

—Sí, señor.

Con la polla aún en la mano, se me contraen los músculos a un ritmo errático. Veo que Indy se acaricia el clítoris excitado, y yo, como el sucio bastardo que soy, solo quiero cubrirle la mano con la mía y usarla para correrme.

Pero no lo hago porque ya estoy sobrepasando más límites de los que me había propuesto para esta noche.

—Córrete encima de mí —me ruega—. Oh, Dios, yo...

—Ya te viene. Buena chica, Blue. Lo estás haciendo divinamente.

Su reacción ante mis palabras es inmediata. Entierra los pies en el sofá, tensa el estómago y la piel de las tetas se le pone de gallina. Abre la boca cuando todo su cuerpo se contrae. Luego cierra los ojos y, cuando dice mi nombre como si de una oración se tratara, me corro con ella sobre su vientre.

Juntos nos deleitamos del éxtasis y la euforia de los últimos momentos. Cuando recupero el

aliento, me quedo mirando cómo también ella va recobrando el suyo con una expresión de felicidad en sus preciosos ojos castaños. Yo, en cambio, no puedo sentirme peor.

Me siento fatal.

Si ya la última vez que se corrió sobre mí me sentí horrible, esta vez, con mis dedos contribuyendo a esa felicidad, noto que estoy acabado. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que podía tocarla, ver cómo se tocaba ella, correrme encima de su cuerpo y actuar como si pudiera sobrevivir un día más sin penetrarla?

Cuando se alza la niebla postcoital, la mala conciencia se adueña de mí. Es la mejor amiga de mi hermana, que no tiene muchos amigos por ser yo quien soy. Y no solo eso. Indy necesita vivir aquí. Tiene que ahorrar dinero y esto podría arruinar nuestra convivencia con mucha facilidad.

Pero esas no son las verdaderas razones por las que me siento angustiado.

Enseguida, me levanto del sofá, me pongo los pantalones y humedezco un paño en el fregadero.

—¿Estás bien? —me pregunta desde el sofá.

Agarrándome al borde de la encimera, respiro hondo.

«Cálmate. Esto es incómodo que te cagas».

El pánico empieza a apoderarse de cada nervio de mi cuerpo, de cada pulgada de mi piel.

Suelto el aire despacio con la esperanza de tranquilizarme.

—Sí —respondo a su pregunta.

Vuelvo al sofá y evito cualquier contacto visual mientras limpio lo que he ensuciado.

Indy me coge de la mano para que no siga limpiando.

—Ryan —dice, forzándome a que la mire—. ¿Qué pasa?

—Nada —contesto demasiado deprisa.

¿Qué me estará pasando? Ha sido todo maravilloso, por increíble que parezca, pero al mismo tiempo ha sido aterrador. Yo sé por qué me ha entrado el pánico. Es un puto chiste pensar que podía hacer esto sin desear acostarme con ella. Como si abstenerme de besarla pudiera servir para aplacar ese fuego.

Pero no me quito de la cabeza la razón por la que me he abstenido durante tanto tiempo. Por la devastadora sensación de que alguien en quien confiaba me había engañado. Por la lóbrega depresión que me provocó aquello.

Me pone la mano en la nuca.

—Eh, mírame.

No puedo. Me siento como un gilipollas y un cobarde redomado. Le doy un besito en la palma de la mano.

—Lo siento, Ind. No es culpa tuya. Solo necesito un minuto.

Sin mirarla, corro a mi habitación y cierro la puerta a mi espalda. Apoyo la cabeza en la madera e intento recobrar el aliento.

¿Por qué soy así? Tengo veintisiete años y me da pánico el sexo. Saber que lo que acabamos de hacer no es suficiente para mí y tener miedo de ir más allá es una combinación horrible. No es el acto en sí lo que me asusta, lo que me petrifica es la fe ciega en otra persona.

Yo estaba enamorado hasta las trancas de una mujer y me enteré de que aquello no era amor. Me engañó. Confiaba en ella más que en nadie, pero intentó aprovecharse de mí de la peor manera posible. ¿Quién me dice que eso no va a ocurrir otra vez?

Llaman a la puerta con los nudillos.

—¿Ryan? —dice Indy al cabo de un rato.

Guardo silencio porque soy un puto cobarde.

—Gracias —dice en voz baja, con suavidad y ternura, desde el otro lado de la puerta.

En ese momento, me odio a mí mismo. Acabo de hacer que una mujer preciosa, amable y divertida se corra en mi sofá y luego la he dejado allí tirada porque soy incapaz de superar mi propio trauma. No se lo merece.

No tengo ni puta idea de cómo arreglar esto. Solo sé que debo ponerle remedio.

23

Indy

Cuando me levanto, me duelen todos los músculos del cuerpo. En cuanto termino de ducharme, me entran escalofríos y noto que tengo un horrible dolor de cabeza.

Estoy hecha polvo.

Hace unas pocas horas me encontraba genial. Eufórica. Satisfecha. Pero, al despertarme por la mañana, estoy hecha trizas. Me siento exhausta después de demasiados vuelos nocturnos, una fiesta de compromiso que se prolongó hasta muy tarde y los nervios que he pasado para que la despedida de soltera de Maggie salga perfecta.

Cualquiera diría que mi cuerpo debería mostrarse agradecido porque anoche le di el mejor orgasmo de mi vida tras un período de sequía de ocho meses. Pero no. Me recompensa con un resfriado.

Al menos mi vestido es una monada. Gracias a Dios, la tela de flores de color púrpura tiene mucho vuelo. Menos mal. Porque solo de pensar en algo que me roce mi dolorida piel me entran ganas de llorar.

Espero que a las chicas les guste.

Traducción: espero gustarles yo.

En parte, he empleado tanto tiempo y he gastado tanto dinero planeando esta despedida de soltera porque quiero que sea perfecta para Maggie, pero también porque siento la necesidad de impresionar a mis amigas. Lo cual es raro teniendo en cuenta que conozco a estas mujeres de toda la vida. Nos hemos visto en todas las etapas chungas, pero también en todos los ... momentos de felicidad.

Sin embargo, desde que rompí con Alex, me siento excluida del grupo y echo de menos que me incluyan.

¿Me convierte eso en patética, en desesperada? Claro que sí, pero no puedo explicar lo que me emocioné cuando las chicas me pidieron que las ayudara con la despedida de soltera. Es como dar un paso hacia la recuperación de nuestra amistad.

He oído que Ryan se ha levantado pronto esta mañana, mientras yo seguía en la cama sin conciliar el sueño. Anoche fue todo increíble y, al mismo tiempo, desconcertante. Si soy sincera, hirió mis sentimientos ver que huía a esconderse en su habitación después de nuestro «momento especial». Aunque quizás para él no lo fuera. Tal vez fue solo un instante de debilidad cuando al fin cedió a la lujuria mutua. O a lo mejor se compadeció de mí y le hizo un favor a su pobre compañera de piso ayudándola a correrse.

¿Se habrá arrepentido?

No me ha pasado desapercibido que no me besó en la boca en toda la noche. No le gusta fingir intimidad, como dice él. No obstante, sus dedos contribuyeron a mi excitación y él se corrió encima de mi pecho, ¿eso no le parecerá intimidad? Todo transcurrió de manera apresurada, sin delicadeza. No hubo nada de ternura ni de cariño.

¿Acaso he idealizado a mi manera romántica lo que ocurrió en el sofá? Debe de ser eso. Qué situación más vergonzosa.

Otro momento humillante del que Ryan Shay ha sido testigo. Darme cuenta de que he malinterpretado nuestra noche ha hecho que mi cuerpo, ya de por sí enfermo y dolorido, empeore aún más.

En Chicago, en enero, hace un frío que pela, pero el restaurante en el que vamos a celebrar la despedida de soltera de Maggie solo está a unas pocas manzanas de casa. No merece la pena coger el coche, por más que me duelan los pies a cada paso que doy.

Durante las últimas semanas, me he desvivido por cada detalle de la decoración, adornos, centros de mesa y regalos, ayer lo traje todo al local de la celebración. Incluso le hice un pedido considerable al chico de mi puesto de flores favorito para crear unos centros de mesa preciosos con peonías, rosas y claveles que den un ambiente fresco y natural. Me he gastado más de lo que me permite mi presupuesto, pero quiero que Maggie se encuentre muy a gusto y lo pase fenomenal.

Stevie irrumpe con su pelo rizado recogido bajo una boina de lana, se quita el grueso abrigo de invierno y se muestra dispuesta a ponerse manos a la obra. Y todo porque se me olvidó decirle que no hacía falta que viniera. Si llego a saber que ayer iba a ser su propuesta en matrimonio, no le habría pedido ni de coña que me echara una mano en la organización de la despedida de soltera.

Ni siquiera conoce a la novia y, sin embargo, aquí está para ayudarme cuando solo han pasado unas pocas horas desde su fiesta.

—¿Por dónde empiezo? —pregunta.

—Vee, soy de lo peor que hay. Márchate a casa, por favor. Se me olvidó por completo decirte que no vinieras. Ve a casa y follad para celebrar el compromiso como unos recién prometidos normales.

Hace un gesto de rechazo con las manos.

—Hemos estado toda la noche dale que te pego. Necesito una hora de descanso. Ponme a trabajar.

Quisiera levantarme y darle un abrazo, pero me encuentro tan mal que no creo que tenga fuerza suficiente para moverme.

Desde el asiento, voy señalando cosas de la sala.

—Hay que atar los globos. Necesito encender todas las velas de té y arreglar las flores de los centros de mesa. Allí al fondo irá una mesa con cócteles de champán y...

—Madre mía, Ind. —Stevie frunce el ceño—. Tienes muy mala cara.

—No digas eso. ¡Mira qué monada de vestido llevo!

Se ríe en silencio.

—Monísimo, pero estás enferma.

—Es solo un catarro.

Me mira recelosa.

—Creo que deberías irte a casa.

—No puedo. Por favor, solo tienes que ayudarme a montar esto. —Cuando me levanto del asiento, noto que me mareo.

—Indy. —Mi amiga me sujeta y me vuelve a sentar—. No creo que sea solo un catarro. Tienes que irte a casa. Yo me encargo de esto.

Entierro la cara en mis manos.

—No puedo irme.

Me acaricia el pelo con suavidad.

—¿Por qué no?

«Porque tu hermano se corrió encima de mí, luego salió disparado y yo soy demasiado cobarde como para hacerle frente», pienso.

—Es que... necesito que esta fiesta salga perfecta. Es importante.

—Claro que lo es, pero, si estás enferma, poco más puedes hacer.

—Vee, Maggie me pidió que fuera a su boda cuando Alex y yo todavía estábamos juntos y me preocupa que se arrepienta. Si hago esto, al menos habré contribuido algo.

—Indy. —Se pone en cuclillas para mirarme a los ojos—. Cualquiera que diga ser tu amiga es muy afortunada. Si estás aquí para intentar convencerlas de eso, entonces no son amigas de verdad, cariño.

—Solo quiero impresionarlas.

Porque soy el hazmerreír de todos. Alex me pone los cuernos y, sin embargo, todos siguen siendo buenos amigos de él. Pero, si consigo hacerlo hoy todo perfecto y si me ven luego en la boda del brazo de Ryan, a lo mejor les impresiono por lo bien que lo estoy haciendo todo. Sea fingido o no.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos porque soy una persona emotiva, pero también porque estoy empezando a darme cuenta de lo enferma que estoy y de lo que me duele todo el cuerpo. También estoy empezando a darme cuenta de que Stevie tiene razón. Me agarro a mi vida antigua y a mis viejos amigos como a un clavo ardiendo, pero ¿por qué? ¿Será porque formaban parte de la idea que yo tenía de lo que iba a ser mi vida?

—¿Se puede saber por qué hoy no he recibido ningún mensaje? —me pregunta en un tono algo receloso.

—Más te vale no hacer preguntas.

Chasquea la lengua.

—De acuerdo. Quédate ahí sentada y bebe un poco de agua. Puedes darme órdenes desde aquí y luego te llevaré a casa.

—No me puedo marchar.

Suelta un suspiro exasperado, pero deja de llevarme la contraria.

Ya está todo más o menos colocado: los globos, las velas, el cartel, las flores... Muy a su pesar, Stevie se ha marchado a casa y me ha dejado aquí.

Maggie, su familia y todos los invitados de la despedida de soltera me elogian por cada uno de los detalles. Por lo que me cuentan, la comida está deliciosa y los cócteles de champán fluyen sin cesar. Me cuesta un esfuerzo extraordinario ya solo permanecer sentada y mantenerme despierta, por no hablar de intentar comer o hacer de anfitriona.

En los asientos que me rodean, la conversación es animada. Hacen planes para organizar una despedida de soltero y de soltera conjunta que tendrá lugar el próximo fin de semana en Miami, a la que yo no podré asistir porque me toca trabajar.

Hace un año, me volvía loca pasar las vacaciones en la playa con mi novio y nuestros amigos íntimos. Siempre lo pasábamos bien juntos y eso que era inevitable que llegara un momento en que Alex me pedía que me callara o que no le corrigiera mientras los tíos hablaban sobre finanzas, pese a que por lo general sé bastante más que ellos sobre ese tema.

Ahora no me imagino un fin de semana mejor que el de quedarme en casa con Ryan. Podría hablar todo lo que quisiera o podríamos sentarnos tan cómodos en silencio leyendo el uno al lado del otro. No tendría que ser distinta de lo que soy porque él me aprecia tal y como soy.

—Esto es una maravilla, Indy. —Maggie se sienta a mi lado.

—Me alegro de que te guste.

—Siempre se te han dado bien este tipo de cosas. —Se pasa la mano por el vestido de gasa

blanco—. Quería hablar contigo... —empieza dubitativa—. Kevin y yo hemos pasado mucho tiempo con Alex y te echo de menos.

—No tienes por qué echarme de menos. Aquí estoy. —Le pongo la mano en la rodilla—. Yo siempre querré verte. Cuando quieras que salgamos juntas, me apunto.

—Ya sabes a lo que me refiero. Os echo de menos juntos.

—Bueno, es que ya no lo estamos.

—¿Y si eso cambiara? Nunca he visto a Alex tan destrozado como desde que te vio con aquel tío.

¿De qué coño está hablando? La última vez que lo vi se encargó de que me enterara de lo bien que le iba.

—La verdad es que no importa mucho que esté destrozado, ¿no crees? Fue él quien tomó la decisión que nos llevó hasta donde estamos ahora.

—Cometió un error. Solo uno.

—No me puedo creer que lo estés defendiendo.

—No es así. Lo que hizo no está bien, pero estamos hablando de Alex.

Intento calmarme respirando hondo. La boca se me llena de saliva y hasta los dientes me duelen a estas alturas. Necesito irme a casa, pero no saco fuerzas ni para levantarme. Me estoy quedando sin energía intentando que el día de hoy sea perfecto, ¿y ahora tengo que oír esto? He estado haciendo todo lo posible por enterrar mi inexistente futuro con mi ex.

—No puedes hablar en serio. ¿Qué pasaría si Kevin te hiciera a ti lo mismo? ¿Lo perdonarías sin más?

—No lo sé, pero no nos daría por perdidos así, sin más. ¿Veintidós años de amistad por una sola noche? Y no se trata solo de él, sino de todas nosotras. —Señala a las otras mujeres de la sala—. No puedes negar que la dinámica ha cambiado.

—¡Claro que ha cambiado! Dejasteis de invitarme a las cosas porque queríais que él siguiera en el grupo. —Respiro hondo para intentar bajar el volumen—. Si el objetivo de invitarme a la boda es conseguir que yo reanude algo, creo que no debería ir.

—Indy, él quiere lo mismo que tú siempre has querido. Tuvo un momento de debilidad. Quiere casarse, tener hijos. Eso no vas a conseguirlo con ese jugador de baloncesto. ¿De verdad estás saliendo con ese tío?

—¡Ryan! —estallo—. Se llama Ryan.

Mira a su alrededor y baja la voz:

—Si todo esto es por aparentar, tienes que contármelo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque... —Se ríe de mala gana—. Quieres a Alex desde siempre y eres la persona más leal que conozco. Da igual lo que hiciera, no te imagino cambiándolo por otro. Siempre has estado con él.

Estoy demasiado enferma como para seguir con esta conversación. Son las mismas palabras que llevo meses repitiéndome a mí misma, dando por descontado que era demasiado pronto para cambiarlo por otro. Pero las cosas han cambiado. No estoy segura de cuándo decidieron mi corazón y mi cabeza ponerse al fin de acuerdo, pero lo hicieron. Ahora hay otra persona a la que le soy leal y no es mi ex.

—Necesito un minuto.

Me levanto con cuidado y me dirijo a la mesa de las bebidas a por un poco de agua. Tengo las manos y los antebrazos fríos y los músculos doloridos, estoy desesperada por meterme en la cama. Me agarro al borde de la mesa de las bebidas, cierro los ojos y respiro hondo para intentar

tragarme los dolores y el malestar.

De repente, la puerta de la sala se abre de par en par y entra Ryan. Les sostiene la mirada a las veinte mujeres allí reunidas.

Él escanea la habitación hasta encontrarme en un rincón. Sus ojos oceánicos se muestran asustados mientras recorre el local a grandes zancadas para dirigirse hacia mí. Está guapísimo e imponente, pero no tengo ni idea de lo que hace aquí.

¿Será esto parte del acuerdo? ¿Actuar como un novio protector delante de mis antiguas amigas?

Sus cálidos dedos me apartan el pelo de la cara antes de comprobar la temperatura de mi frente con el dorso de la mano. Me resisto un poco sin demasiada autoridad, pero él me ignora y comprueba de nuevo si tengo fiebre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, al fin cedo y me apoyo en él.

—Te voy a llevar a casa. Estás enferma, Blue.

—Estoy perfecta y tu hermana es una chivata.

Esboza una cálida sonrisa.

—Sí, pero la testaruda de su mejor amiga no le ha hecho ni caso.

—¿Quién dice que te lo voy a hacer a ti?

No sé por qué me comporto como si tuviera fuerza para pelearme. Estoy a punto de derrumbarme exhausta en su pecho.

—No estás obligada.

De un solo movimiento y con un solo brazo, me levanta y me coloca frente a él con las piernas colgando de su cintura. Sin oponer resistencia, le rodeo el cuello con los brazos y dejo caer la cabeza sobre su hombro.

Me lleva hacia la salida, pesca en el camino mi abrigo y me lo echa por encima.

No me deja tiempo para despedirme de nadie, pero a mí no me importa lo más mínimo.

El frío aire de Chicago me golpea en cuanto salimos del restaurante, pero lo agradezco porque me arde la piel. Cierro los ojos mientras él me lleva al piso, donde necesito descansar.

—Has salido de casa por mí.

Exhala un suspiro.

—Sí, es lo mínimo que podía hacer por ti.

Para evitar que me resbale, me sujeta las piernas con las manos. Casi no me quedan fuerzas, soy un peso muerto, pero él parece que se las arregla a la perfección.

Alzo la cabeza y veo que esta tarde está más guapo que nunca, pero tiene los ojos entornados con cara de preocupación.

—¿Por qué no has ido a entrenar?

—Llamé para decir que no iba.

—¿Por qué?

—¿Tú por qué crees, Ind?

—¿No vas tener problemas por saltarte el entrenamiento? ¿Y si te ponen una sanción?

Me pone una mano en la nuca y me hace que me tumbe otra vez en su hombro.

—Menos mal que soy rico.

Me encanta su olor a limpio y, aunque sigo frustrada por lo de anoche, no puedo evitar relajarme en sus brazos.

—Ya te dije que te iba a salir cara como novia.

—Bienvenido, señor Shay —oigo que dice el portero—. Señorita Ivers.

—Gracias, David.

—¿Quiere que encargue una sopa de pollo con fideos para que se la suban? —Imagino la cara de preocupación que debe de tener el hombre al ver el peso muerto que soy en brazos de Ryan.

—Ya tengo lo necesario —asegura este—. Pero gracias.

—Adiós, Dave —me despido un tanto débil por encima del hombro de mi salvador. Cuando me cure, le traeré un café por haberse portado siempre tan bien conmigo.

En casa, mi compañero de piso me quita la chaqueta y la cuelga cerca de las llaves. Sigue andando por el salón y pone rumbo a su dormitorio.

—A mi habitación, por favor.

—No.

—Ryan, todavía sigo enfadada contigo.

—Vale, puedes estar todo lo enfadada que quieras mientras duermes en mi cama.

No me quedan fuerzas para oponerme, lo que en realidad es una vergüenza, porque me encanta jugar con él a la réplica y contrarréplica.

Una vez cruzado el umbral de su habitación, me lleva al colchón y me tumba en el lado opuesto al suyo. Es una cama grande y lujosa y me hundo en ella dolorida pero aliviada.

Cuando empieza a desatarme el calzado, me suda la frente.

—Sé que estás enferma de verdad porque ni siquiera te has puesto los zapatos de tacón.

Coloca las zapatillas bordadas en el suelo y coge un par de sus pantalones de chándal del vestidor. Me los pone y los remete un poco a la altura de la cintura.

—¿Te importa que te quite el vestido?

Me encojo de hombros.

—No hay nada que no hayas visto antes.

Aunque, como hago siempre, añado un poco de humor a mi tono, en realidad mis sentimientos están heridos por lo de anoche y estoy demasiado cansada para disimularlo.

Ryan suspira como si mis palabras le hubieran propinado una patada en el estómago. Me levanta el vestido y me lo saca por la cabeza; luego se quita su propia camiseta y se queda a pecho descubierto. Cuando me pone la camiseta desgastada, quedo envuelta en su calor y su aroma.

—¿Quieres que te quite el sujetador?

Sonrío con los labios cerrados.

—Vaya, esas son las seis palabras más sexys que he oído en mi vida.

Abro un párpado para otearlo. Menea la cabeza por lo que le he dicho.

—Creo que la fiebre se te ha subido también a la cabeza.

—No tengo fiebre.

—Claro que sí. Estás ardiendo y me atrevería a asegurar que te has cogido algún tipo de gripe.

Sin dudarle ni un momento, me mete la mano debajo de la espalda, me desabrocha el sujetador con un solo movimiento y me lo saca de debajo de la camiseta. Le veo la espalda mientras cuelga mi vestido en su armario, poniendo también mi sujetador en la percha. Cuando se vuelve hacia mí, coloca las zapatillas muy bien junto a la puerta.

Mi pequeño friki del orden y la limpieza.

Me tapa con el edredón hasta la barbilla.

—Intenta dormir. Voy a hacerte algo de comer. —Me retira el pelo de la cara, me besa la frente húmeda con ternura.

—Ryan... —lo llamo, para que se detenga antes de llegar a la puerta—. ¿Por qué haces esto?

—Porque me gusta cuidar de la gente. Sobre todo de ti. —Cierra la puerta al salir.

Sola por primera vez en su cuarto, paseo la mirada por lo que me rodea. No hay ni una foto,

nada de color. Tan solo el ventanal, desde el que se divisa el centro de Chicago. Su habitación es minimalista, como lo era el resto del piso hasta que me mudé aquí. Es como si estuviera de paso y eso que lleva viviendo aquí cuatro años y pico.

Pensándolo bien, es triste. Lo suyo sería que quisiera echar raíces, llegar a casa y encontrar un hogar.

La fiebre debe de estar provocándome alucinaciones, porque juraría que he visto algo verde en su vestidor. Lo reconozco por la maceta de terracota a la que lo trasplanté. No puedo evitar una sonrisa al ver una pequeña señal de vida en su austero dormitorio.

Todavía con la sonrisa en los labios, la fiebre corriendo por mis venas y su ropa envolviéndome el cuerpo, me quedo dormida mirando la motita de color que ha robado del cuarto de estar.

Más tarde, después de haber comido la sopa de verduras que me ha preparado Ryan, con la frente todavía sudorosa y sintiendo escalofríos por toda la piel, saco fuerzas para ducharme.

Me lleva a su cuarto de baño, me da mi champú y mi acondicionador, comprueba la temperatura del agua y me deja sola. Me tomo mi tiempo. Disfruto del agua caliente sobre la espalda y tardo más de lo normal en lavarme el cuerpo y el pelo, pero el calor de la ducha me calienta los huesos y es agradable. Al final, siento como si hubiera recuperado mi identidad.

Por último, después de volver a vestirme, abro la puerta del cuarto de baño y me lo encuentro sentado en el suelo, al lado de la puerta, con la cabeza apoyada en la pared; me da la sensación de que se ha quedado ahí por si lo necesitaba.

Alza la mirada hacia mí.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, se levanta y me da el cepillo del pelo que tenía en la mano mientras acampaba fuera del cuarto de baño.

Con las manos temblorosas, me lo paso por los mechones de pelo, pero estoy débil y cansada. Además, si soy sincera, me importa un comino parecer una desgredada si no me lo cepillo.

Ryan frunce el ceño preocupado cuando ve lo que me cuesta peinarme.

—Déjame que lo haga yo, Blue.

Cedo sin oponer resistencia. Él me hace sentarme en el suelo delante de la silla que tiene en un rincón de su dormitorio. Toma asiento detrás de mí con las dos piernas a cada lado de mi cuerpo.

Con suavidad, empieza a cepillarme el pelo.

Los leves tirones que siento en el cuero cabelludo me parecen tan celestiales que no puedo remediar apoyar la cabeza en su rodilla.

—¿Por qué has ido hoy? —me pregunta con ternura.

—Tenía que ir.

—¿Por qué has ido hoy, Ind? Quiero la verdadera razón.

—Porque... —Cierro los ojos mientras me apoyo en él—. Porque son mis amigas. Eran mis amigas. No sé si lo siguen siendo.

Deja de peinarme y yo me niego a volverme y ver la desilusión en su bello rostro. Sabe, igual que yo, que me aferro a esas amistades como si me aferrara a la vida que tenía con mi ex.

Cuando recuerdo las palabras de Maggie sobre que Alex se arrepiente del rumbo que han tomado las cosas, una inesperada paz se apodera de mí.

Porque yo no me arrepiento ni lo más mínimo.

Si no hubiera hecho lo que hizo, yo nunca habría tenido la oportunidad de conocer a Ryan como lo conozco. Nunca habría tenido ocasión de estar inmersa en el mundo de este hombre ni de darme cuenta de lo a gusto que me siento en él.

Darme cuenta de que en realidad no deseo la vida que antes deseaba me produce una sensación arrolladora.

Con la punta de los dedos, Ryan me apoya con suavidad la cabeza en su otra rodilla de modo que pueda peinarme el otro lado del pelo.

No hace que me sienta como una carga.

No le he ofrecido nada que no sea justo lo que soy y él ha aceptado tanto mi lado bueno como mi lado malo.

Creo que hasta hoy no había sido del todo consciente de eso.

—Indy... —susurra a mi espalda—. Lo que ofreces en una relación como amiga, como mujer o como compañera siendo tan solo tal y como eres es más que suficiente. Si alguien no se da cuenta de lo que vales, él se lo pierde. Sé que eres leal. Es una de mis cosas favoritas de ti, pero tiene que haber un límite. Alguna gente no se merece tu lealtad inquebrantable.

Las lágrimas se me escapan de los ojos cerrados. En parte, porque estoy enferma y, en parte, porque nadie me ha cuidado nunca así, en cuerpo y alma. Todo lo que me está pasando hoy me abruma tanto que me hace llorar.

—Nadie me ha cuidado nunca —balbuceo, tragándome el nudo de la garganta—. Gracias, Ryan.

Por un momento, se detiene y lo miro por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Nada —dice, reanudando la tarea de desenredarme el pelo.

No le gusta fingir intimidad, pero esto, que me cepille el pelo y cuide de mí mientras estoy enferma, me parece mucho más íntimo que cualquier otra cosa que hayamos hecho hasta ahora.

Estoy segura de que la fiebre me da fuerzas para preguntar:

—¿Estás fingiendo esto?

—No, Blue, no estoy fingiendo nada.

Luego noto que me separa la melena en tres partes iguales con los dedos.

—¿Me estás haciendo una trenza?

—Sí.

Jesús, qué hombre este.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Mi melliza tiene el pelo rizado y ¿me preguntas que dónde he aprendido a hacer trenzas?

Ahora me los imagino de pequeños, Ryan ayudando a Stevie a peinarse, y otra vez me entran ganas de llorar.

Aprovecho el momento de vulnerabilidad.

—¿Hice algo mal anoche?

—No, por Dios. Estuviste perfecta.

—Entonces, ¿por qué me dejaste sola?

Suelta un suspiro largo.

—Porque soy un gilipollas, Blue.

—No, no lo eres.

—Soy un... —Se interrumpe en medio de la trenza que ha empezado a hacerme—. Tú eres un regalo del cielo, Indy, y no puedo creer que te hiciera eso. Lo siento muchísimo, de verdad.

Me vuelvo a mirarlo. En sus ojos verdes azulados veo un mundo de arrepentimiento y he aprendido que, aunque a veces sea parco en palabras, las que dice le salen del alma.

—Por un lado, me dejaste claro que ya no te queda nada por dar a nadie y, al mismo tiempo, sigo muy jodido por cosas que ni siquiera conoces. —Hace una mueca de dolor—. Todo eso me

arrolló anoche como un tren de mercancías.

Es evidente que todo eso le supone una carga muy pesada. Esta conversación es importante y, por más respuestas que desee, sé que no tengo la fuerza mental suficiente para prestarle la atención que merece.

Me doy la vuelta y le pongo la mano en la pantorrilla.

—Podemos hablar de esto otro día —sugiero—. Cuando me encuentre mejor.

Me da una palmadita en la mejilla y un beso desesperado en lo alto de la cabeza, donde posa un rato los labios.

Luego reanuda la tarea de trenzarme el cabello y deja la conversación para otro momento.

En sus palabras había desesperación y sinceridad, pero se equivoca en una cosa. Sí me queda algo por dar. He aprendido enseguida que, cuando me animan a ser yo misma, el agotamiento de llevar puesta una máscara de perfección desaparece. Tengo fuerzas para amar a alguien y en mi corazón también hay sitio para ser amada.

Es posible que Alex haya drenado y vaciado a la antigua Indy, pero a la verdadera todavía le queda mucho por dar.

Y creo que me gustaría entregar mi verdadero yo a Ryan, si es que él quiere. Porque me imagino que trataría mi corazón con delicadeza.

24

Ryan

El entrenamiento de esta mañana ha sido relajante, pero había un montón de periodistas esperando a hablar con nosotros nada más salir de la cancha. He hecho mi trabajo y les he dado información personal suficiente, antes de ponerme de nuevo tras el micrófono para responder más preguntas en las entrevistas previas al partido.

Esta tarde he ido a casa para echarme una breve siesta antes del partido y me he encontrado a Indy haciendo la maleta para otro viaje. Confiaba en que lo anulara y se concediera más tiempo para recuperarse, pero me ha prometido ya que se sentía bien. La fiebre le subió en plena noche, pero parece que el virus solo le ha durado veinticuatro horas.

Me asustó cuando la vi en esa fiesta con la piel fría y húmeda y los ojos hundidos. No sabía que necesitaba que alguien le recordara que tenía que cuidar de sí misma, pero no sé por qué me sorprendió. Pasa tanto tiempo haciendo felices a los demás que se olvida de su propio bienestar.

—Shay. —Ron me para en el pasillo cuando ya he terminado con las entrevistas previas al partido—. Ayer te echamos de menos en el entrenamiento.

Luce un traje hecho a medida y extiende la mano para que se la estreche.

—Lo siento, señor. Indy se puso enferma y no me atreví a dejarla sola. Sé que me tiene que multar por ausentarme sin justificación. Lo entiendo perfectamente.

—Una emergencia familiar está justificada.

—Pero ella no es mi familia.

—¿No lo es? Vivís juntos. Está claro que la quieres lo suficiente como para saltarte el entrenamiento. A eso yo lo llamaría familia. Esa chica te conviene, Shay. Antes no te habrías perdido el entrenamiento ni un solo día.

No le falta razón. Antes no me habría atrevido a perderme ni un día de mi precioso tiempo en la cancha. Seguro que mis rivales tampoco, ¿y cómo voy a ser el mejor si me salto entrenamientos mientras la competencia trabaja duro?

Pero cuando Stevie me llamó para contarme que Indy estaba demasiado enferma para seguir levantada, me olvidé de la competencia y del partido por completo. Solo pensaba en mi compañera de piso, renunciaría a casi cualquier cosa por cuidarla.

—Eres mi jefe, ¿no quieres que entrene?

—Quiero que tengas una vida equilibrada y, para ser un jugador de tu nivel, hasta ahora nunca la has tenido. No voy a mentir, pero todo este asunto me tenía mosqueado. Pensaba que intentabas torearne, pero te conozco. Nunca renunciarías al gimnasio por una tontería. Me gusta la actual versión de ti, Shay. Sigue así.

El estómago se me revuelve por la exactitud que encierran sus palabras. Sabía que Ron sospechaba de mí y de mi falsa relación, y lo cierto es que solo ha acabado por creer en nosotros cuando no hemos fingido lo más mínimo.

Me preocupo por Indy mucho más de lo que me he permitido preocuparme por alguien durante años y en la raíz de todo ello está que me estoy aprovechando de ella. Es una constatación patética.

—Caroline ha estado mirando el calendario. Los Raptors van a estar en Phoenix al mismo tiempo que nosotros. ¿Querrá tu chica ver tu partido con nosotros?

—Ah. Tengo que ver si está libre y si le encaja con el horario.

Otra noche que necesito aprovecharme de ella. ¿Qué está sacando la pobre de todo esto? ¿Un acompañante a boda para impresionar a un grupo de amigos que no merecen un segundo de su atención?

—Pero... —continúo—. Estará trabajando, así que no estoy seguro de que pueda asistir.

Ron me da una palmadita en el hombro cuando cruzamos el túnel de los jugadores que lleva a los vestuarios.

—Quería mencionarte que se ha hablado mucho entre bastidores. Sé que todavía estamos en enero, pero se baraja un solo nombre para el MVP de la liga y es el tuyo.

—No jodas.

—Pareces sorprendido. —Se ríe con poco entusiasmo.

—Lo estoy. No esperaba que consideraran a alguien que no ha llevado al equipo a los *playoffs*.

—Nos clasificaremos. Tal como estáis jugando, no me cabe ninguna duda al respecto. Lo estás haciendo bien, Shay. Eres justo quien necesitaba que fueras esta temporada. Mi inversión está dando buen rendimiento. —Le suena el móvil en el bolsillo—. Me da un par de palmaditas más en el hombro y concluye diciendo—: Buena suerte esta noche, muchacho.

Es lo que llevo toda la semana queriendo escuchar: que crea que soy el hombre apropiado para este trabajo. De eso se trataba con toda esta pantomima con Indy, de demostrar que el equipo tomó la decisión acertada cuando me nombró capitán. Es cierto que muchos todavía acuden a Ethan cuando necesitan algo, pero me quedan dos meses para conseguir que nos clasifiquemos para los *playoffs*.

Mientras caliente, dejo que los elogios de Ron surtan efecto en mí. Aunque tampoco es que necesite que alguien me diga que estoy haciendo un buen trabajo, sé que lo estoy haciendo de puta madre. Estoy a punto de batir mis propios récords tanto en asistencias como en puntos en una sola temporada, pero mentiría si dijera que la aprobación del tío que me paga la nómina no me da un subidón de ego.

Es para lo que he estado trabajando. Es para lo que he estado mintiendo.

En pleno tercer período, los fans del equipo de Chicago abarrotan el pabellón. Los chicos han estado jugando genial, sincronizados. Ninguno tiene problemas con las faltas y cada titular ya lleva anotados más de diez puntos cada uno.

Si puedo mantener el ritmo, el culo me dará las gracias si me siento en el banquillo durante todo el último cuarto, cuando Leon me sustituya como base hasta el final del partido.

A veces me pillan en medio de una jugada que a cualquier otro MVP se la pitarían para detener el juego. A mí no. No sé si será por mi altura, inferior a la de la mayoría, o porque mis dedos no van decorados con ningún anillo del campeonato.

Cuando vamos ganando por 21, la multitud estalla en vítores.

—Santo cielo —dice Dom, cuando pasa corriendo a mi lado—. ¿Has echado un polvo o qué? Acabas de anotar un doble triple por segunda vez consecutiva.

Me echo a reír por lo acertada que es esa acusación. Estoy relajado, esa es la pura verdad.

El entrenador se levanta del banquillo, se dirige hacia la cancha y sé que, en cuanto haya un balón muerto, me sustituirá por otro.

—¡A tu izquierda! —grita Dom, y refuerzo mi defensa sobre el base de Memphis.

Cuando ya vamos ganando por 23, no lo veo venir. ¿Quién iba a imaginar que nada más anotar una canasta fácil, cuando todavía estoy descendiendo del salto, el base de Memphis arremetería

contra mí en el aire? Veo que caigo de cabeza sobre la dura madera, pero consigo darme la vuelta. Al final son mis pies los primeros que tocan el suelo y noto un dolor agudo en la rodilla derecha. El inconfundible dolor de la articulación de la rodilla y la inmediata conciencia de lo que ha ocurrido me provocan un zumbido ensordecedor en los oídos que supera incluso al alboroto de la multitud.

En el suelo, me llevo la mano a la rodilla dolorida y al instante noto que la articulación está palpitando.

Cuando veo que el médico del equipo se abre paso a través de unas pocas filas de asientos y viene corriendo hacia mí, sé que estoy bien jodido.

25

Indy

Arrastro la maleta por la terminal privada del Aeropuerto Internacional O'Hare de Chicago y saludo al personal de oficina, dispuesta a volar a Columbus.

—Hola, Margie. —Me apoyo en el mostrador—. Tengo que llegar al avión. —Le enseño la placa como si no supiera quién soy.

—Los pilotos ya están fuera. —Aprieta el botón para abrir la puerta que conduce a la pista de asfalto—. Ya puedes pasar.

—¡Gracias! Que se te dé bien la semana.

Echo a andar con la maleta y la bolsa de vuelo.

—¡Oye, Indy! —oigo a mi espalda—. Cómo me alegro de encontrarte. Te iba a llamar.

Yvonne, la encargada del departamento de recursos humanos, sale a todo correr de su despacho para venir a mi encuentro.

—Tengo buenas noticias —dice en voz baja y me aparta para que nadie pueda oírnos—. Nuestro paquete de seguros se ha modificado a principios de año y ahora cubre...

—¿Lo de los tratamientos de fertilidad? ¿Me lo dices en serio? ¿Cuánto cubre?

—El cien por cien.

—¿Me tomas el pelo?

Con una sonrisa en los labios, niega con la cabeza para darme a entender que ni de coña me está tomando el pelo.

—Una noticia sorprendente, ¿verdad?

Me agacho y le doy un fuerte abrazo. Apenas conozco a esta mujer, solo de saludarnos por el pasillo, pero me acaba de dar la mejor noticia que he recibido desde hace mucho.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo aliviada y me aparto para mirarla a los ojos y asegurarme de que no me miente.

—Me alegro mucho de habértelo podido decir en persona. —Se encoge de hombros—. Bueno, pues buen viaje.

Suelto una carcajada de incredulidad.

—¡Muchas gracias!

Medio aturdida, me dirijo hacia el avión y me encuentro a los dos pilotos haciendo sus comprobaciones previas al vuelo. Los saludo en silencio, concentradísima en lo que acaba de pasar.

Esto puede cambiarlo todo. Ya no tengo que ahorrar hasta el último céntimo. Y puedo ofrecerle a Ryan algo de dinero por el alquiler.

Y podría mudarme a otro piso...

Esta sombría constatación hace que me detenga en seco.

Odio la idea de dejar ese piso. Sabía que en algún momento tendría que mudarme y, desde el primer día, mi compañero se ha mostrado inflexible en cuanto a mi necesidad de ahorrar para mi propia casa. Pero la idea de despertarme y no desayunar con él y no encontrar un café enfriándose en la nevera y no tirar los restos de otro ramo que se ha cargado por más que se haya

propuesto mantenerlo con vida me parece el peor escenario posible. Que su presencia no me envuelva cada segundo que paso en casa me parece la soledad en estado puro.

No me refiero a la que sentía antes solo por no estar acompañada de otra gente, sino por estar sin la única persona que hace que me sienta valorada y merecedora del espacio que ocupo. Y que mi voz merezca ser escuchada.

¿Debería contarle la noticia? Si lo hago, ¿querrá recuperar su casa?

Dejo el bolso en un compartimento superior, me pongo a organizar el avión para el viaje. Algo más tarde se unen las otras dos chicas y empieza a llegar el equipo. Voy hacia la parte delantera del avión, donde trabajo, y les doy la bienvenida a los pasajeros que van subiendo a bordo.

Los jugadores son los últimos en llegar.

Veo los rizos oscuros de Rio balanceándose cuando sube las escaleras con su típico altavoz a un lado.

—Hola, Ind —dice de un modo mucho más solemne del habitual—. ¿Has hablado con él?

—¿Con quién?

—Con Ryan.

¿Cómo demonios sabe que necesito hablar con él? No tiene ni idea de lo que pasó anoche en el sofá.

—¿Qué tal está?

—Bien, supongo.

Zanders sube zumbando las escaleras detrás de Rio.

—Ind, te he estado llamando —dice sin aliento, como si hubiera hecho un esprint del coche al avión.

—Tengo el móvil en el bolso. —Lo saco y veo muchas llamadas y mensajes de Stevie y Zanders—. ¿Qué ha pasado?

—Ryan se ha lesionado en el partido.

Para mis adentros, me repito una y otra vez las palabras hasta que me hago a la idea.

—¿Cómo de grave es?

—Está en el hospital ahora. Su hermana está con él. Le van a hacer una resonancia magnética de la rodilla. Les preocupa que se le haya roto el ligamento cruzado anterior.

No, eso es imposible. Es firme, estable, irrompible.

No entiendo demasiado de lesiones deportivas como para comprender la gravedad de lo que está intentando contarme mi amigo, pero a juzgar por la expresión suplicante de sus ojos, está claro que este momento es lo suficientemente crítico como para que yo no tenga que estar en este avión.

—Debería ir, ¿verdad?

Asiente.

—Sí, deberías.

Con las manos temblorosas, recojo mis cosas; me siento completamente perdida.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? Hasta este momento nunca me he saltado un vuelo. Asomo la cabeza por la cabina para hablar con los pilotos.

—Tengo que marcharme. Necesito que la azafata de reserva haga este viaje por mí.

El capitán se vuelve y me mira por encima del hombro.

—¿Va todo bien?

—No, para nada, pero irá bien.

¿Cómo coño se supone que puedo explicarle la complicada situación? ¿Mi compañero de piso se ha lesionado? ¿Mi falso novio está herido? ¿El tío que tanto me mola está ahora mismo en el

hospital y necesito verlo?

Haciendo acopio de valor, lo intento de nuevo:

—Es una especie de emergencia familiar. —No sé hasta qué punto mis palabras son verdad, pero me salen de una manera muy natural.

—Llamaré a la central para que cambien la tripulación.

—¿Está seguro?

—Sí. Para eso tenemos azafatas de repuesto. Ve y cuídate.

Llamo a una de las otras chicas y la pongo a cargo del avión, informándole de todo lo que pueda necesitar para el viaje.

Zanders me baja la bolsa por las escaleras del avión.

—Puede ser difícil entrar en el hospital. Estoy seguro de que habrá un frenesí mediático esperando fuera. Cuando llegues, llama a Stevie. Ella te dirá lo que tienes que hacer para entrar.

—¿Cómo lo lleva?

—Bien. Está preocupada por él, claro, pero por el golpe que se llevó, lo normal hubiera sido que cayera de cabeza y no de pie. O sea que, dentro de lo malo, está tranquila.

Me pasa la maleta, me da un abrazo y regresa al avión, pero se vuelve antes de alejarse demasiado.

—Indy, no quiero asustarte, pero si es una rotura, ya puede ir despidiéndose de la temporada. Yo sé mejor que nadie que está convencido de que este deporte es todo lo que tiene. Así que cuida de él, ¿vale?

Asiento mostrándome conforme. Es lo que mejor se me da.

Zanders tenía razón. El hospital parece un zoológico de periodistas acampados fuera confiando en ser los primeros en oír el diagnóstico de la superestrella Ryan Shay, como si la organización de los Devils no fuera a ser la primera en publicar un comunicado. Me jugaría el cuello a que ahora mismo el médico del equipo está dentro.

Mientras espero a que Stevie me conteste al mensaje y me diga dónde debo ir, me quedo sentada dentro del coche que he aparcado enfrente del hospital. Saco el móvil y busco el nombre de mi compañero de piso.

Un montón de artículos que especulan sobre su lesión llenan la pantalla, incluidos numerosos vídeos del suceso. Escojo uno y le doy a play.

Solo al tercer intento consigo verlo del tirón. Me cuesta trabajo no apartar la mirada cuando el jugador de gris carga contra Ryan en cuanto suelta los dedos del aro de la canasta.

Zanders tiene razón. Debería haber caído de cabeza, pero de alguna manera, gracias a lo atlético que es, ha conseguido caer de pie. Quiero sentir alivio por ello, pero me resulta casi imposible cuando lo veo retorciéndose de dolor en el suelo.

Es la fuerza personificada y detesto verlo en un momento de debilidad.

Cuando el médico del equipo lo alcanza en la pantalla, me llega un mensaje de Stevie indicándome dónde está la entrada privada. Encuentro a hurtadillas la puerta secreta y la espero al otro lado.

La abre entornándola lo justo para que pueda entrar.

—¿Qué tal está? —es lo primero que le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Es él, ya sabes. Intenta hacerse el estoico. —Se para en el pasillo para abrazarme—. No tenías que haber venido.

—Claro que sí —le digo estrechándola todavía.

Esboza una sonrisa cómplice y seguimos andando hacia su habitación.

—¿Y tú te encuentras mejor?

Justo ahora me siento bastante enferma.

—Todavía no sé cómo responder a eso.

El pasillo está abarrotado de miembros del equipo. Aún llevan puestos los polos de los Devils. Unos miran sus cosas en el portátil, otros mantienen conversaciones acaloradas por el móvil y un par de ellos recorren el pasillo.

Ron me localiza mientras habla por teléfono con el ceño fruncido. Tan solo me obsequia con un saludo desganado.

En ese momento, me doy cuenta de que todos están pendientes de los resultados de la resonancia. Pendiente del propio Ryan. Un hombre más débil se derrumbaría bajo la presión, pero estoy segura de que, cuando entre en su habitación, lo encontraré tan tranquilo, frío y sereno como siempre.

Stevie abre la puerta y me demuestra que tengo razón. El tío está en una habitación privada del hospital con la rodilla cubierta de hielo, los ojos cerrados, recostado en la almohada y con unos auriculares puestos que lo aíslan de cualquier ruido exterior.

Su hermana lo llama y le menea el brazo, parece que obtiene su atención cuando se quita los auriculares.

Abre los ojos para mirarla sin mostrar el menor signo de emoción hasta que su hermana se aparta para que pueda verme a mí.

Esa expresión carente de toda emoción cambia al instante cuando el chico frunce todo lo posible el ceño y luego se muerde el labio inferior en un intento por ocultar el pequeño temblor que se adueña de él.

—Eh... —Ella señala con el pulgar por encima del hombro—. Estaré en el pasillo.

En cuanto cierra la puerta tras de sí, mi compañero me come con la mirada y no le pasa desapercibido mi uniforme de trabajo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Zanders me ha contado lo que ha ocurrido.

—Pero ¿por qué has venido?

Sus ojos verdes azulados ruegan e imploran que le dé la respuesta adecuada. Porque aparte de su melliza, no hay ni un alma ahí fuera que se preocupe por él como persona.

En cuanto abro la boca para contestarle, también lo hace la puerta y entra un hombre con una bata blanca, seguido de Stevie y quien imagino que será el médico del equipo. Se abren paso dejando atrás el caos y el follón que se ha armado en el pasillo.

Mi amiga rodea la cama por el lado opuesto al mío mientras el médico coloca las imágenes de la resonancia magnética en una pantalla iluminada que hay detrás. Todos nos quedamos mirando las imágenes como si supiéramos lo que estamos buscando. Aunque entrecierro los ojos, no distingo ni deduzco nada de las imágenes en blanco y negro.

—Bueno, esta es tu rodilla...

El doctor inicia su perorata, pero desconecto sin darme cuenta cuando noto que Ryan me coge la mano. Entrelaza sus dedos con los míos mientras presta atención al diagnóstico.

Le doy un leve apretón para infundirle ánimo antes de volver a concentrarme en las palabras del médico.

—Como se puede ver aquí... —dice señalando una zona específica de la imagen—, el ligamento cruzado anterior se ha tensado, pero no hay desgarramiento visible.

El paciente exhala un profundo suspiro de alivio, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Es un grado uno, pero has tenido mucha suerte. Si no tuvieras unas piernas tan fuertes,

estaríamos ante un desgarro completo, haría falta cirugía y sería una lesión que haría que se te acabara la temporada. Tienes que cuidarte.

Él se apresura a mostrarse de acuerdo antes de que el médico reanude el discurso:

—Tendrás que estar entre tres y cuatro semanas sin pisar la cancha para cuidarte como es debido. Haremos fisioterapia todos los días. Te voy a poner un plan de tratamiento para que no pienses en nada más que no sea volver a jugar.

Miro a Ryan con ojos de entusiasmo. Es una buena noticia, pero él no parece que se lo tome así. Ha recuperado su expresión sombría y estoica.

—¿Un mes?

—Un mes —confirma el médico.

Se hace un denso silencio en la habitación.

Mi compañero me suelta la mano.

—¿Puedo irme ya a casa?

Todos intercambiamos unas miradas nerviosas hasta que interviene Stevie:

—Tu agente está trabajando en que puedas entrar en el edificio sin que nadie te moleste. Los medios de comunicación están por todas partes, incluso en casa.

Su hermano dibuja un gesto contrariado.

—Sí, malditos sean.

—Ron va a dar una rueda de prensa para emitir un comunicado. Una vez que sepan algo, se calmarán —dice el médico del equipo, pasándole a la hermana una nota que explica el tratamiento que ha de seguir el paciente esta noche en casa—. Quédate aquí unas horas y, una vez que la costa quede despejada, podrás irte a casa.

Nunca he visto a tanta gente agolpada fuera de un edificio como cuando volví del hospital a casa. Hasta al pobre Dave lo estaban bombardeando con preguntas sobre la lesión cuando él solo estaba vigilando la puerta, intentando hacer su trabajo.

He visto la rueda de prensa de Ron por la televisión mientras me quitaba el uniforme de trabajo y deshacía la maleta. Parece que unos fans respiran aliviados, mientras que otros especulan sobre las consecuencias que puede acarrear para los *playoffs* que su estrella esté un mes entero de baja.

En realidad, no entiendo cómo funciona todo esto. Solo sé que la expresión de Ryan cuando nos pidió que saliéramos de la habitación y lo dejáramos solo no era de alivio, sino de frustración y desencanto.

He intentado buscar en internet la lesión para saber cuánto le va a costar recuperarse, pero no hablan mucho de los esguinces de ligamento en atletas profesionales, mucho menos en uno que esté tan en forma como este. Gracias a lo poco que he investigado, me he enterado de que ha tenido muchísima suerte de que no haya sido peor.

A las pocas horas de regresar a casa, las multitudes de fuera del edificio estaban empezando a dispersarse y lo han autorizado a volver al piso.

Lo que yo no esperaba era verlo entrar en casa con muletas.

—Hola. —Mi mirada recae en su rodilla vendada.

—¿Qué tal? —exhala, incapaz de mirarme y dirigiéndose hacia su cuarto—. Me voy a la cama.

Stevie y yo compartimos una mirada que lo dice todo. Como es típico en él, quiere estar solo, cuando lo último que necesita es comerse el coco en silencio.

—La verdad es que... te he preparado el sofá —lo interrumpo señalando el almohadón acolchado que he colocado en la otomana para que pueda apoyar la pierna. Sobre el

reposabrazos, también he dejado lo último que estaba leyendo.

Me mira.

—Solo quiero estar solo.

—Pues yo no. —Señalo de nuevo el asiento—. ¿Lo probamos?

Mientras pone los ojos en blanco, avanza de mala gana hacia el sofá, se desploma en el sitio que le he preparado y apoya con cuidado el pie en el cojín.

—Estupendo —digo, dando una palmada.

Su hermana se ríe por lo bajo antes de dejar la nota del médico del equipo encima de la isla de la cocina.

—Te dejo esto aquí, Ind. Voy a ver cómo sigue Rosie, pero volveré más tarde, cuando estén listas las recetas de los medicamentos. —Cierra la puerta a su espalda sin olvidarse de decir por encima del hombro—: ¡Te quiero, Ry!

Después de comprobar en la hoja de cuidados lo que tengo que hacer esta noche, cojo un paquete de hielo del congelador y le quito la venda a la rodilla de Ryan, que ahora parece un globo más que una parte del cuerpo.

—Lo sé —gruñe él—. Está horrorosa.

Le coloco la bolsa de hielo en la lesión y me siento a su lado en el sofá.

—Podría haber sido mucho peor. Hoy te han dado una buena noticia. No sé por qué estás tan enfadado.

—¿Buena noticia? —Suelta una risotada de incredulidad—. ¿A eso le llamas una buena noticia? Voy a estar incapacitado durante un mes, Ind.

—Bueno, podrías haberlo estado durante toda la temporada —respondo enseguida—. O peor aún: podrías haber caído de cabeza y no quiero ni imaginar las consecuencias que eso habría acarreado.

Menea la cabeza mientras aparta la mirada de mí.

—No lo entiendes.

Le giro la barbilla para obligarle a que me haga frente.

—Pues entonces, explícamelo.

Cierra los ojos un momento y coge aire por la nariz.

—He estado a punto de tener una rotura del ligamento. Eso supone un año entero de recuperación, ¿y sabes lo que le ocurre a casi todo el mundo cuando intenta volver a jugar después? Que se parten el tendón de Aquiles a la siguiente temporada porque la pierna se les queda hecha una mierda. Así que, estaríamos hablando de dos años de recuperación. Para entonces yo ya tendría casi treinta años. Y sería imposible recuperar por completo el nivel que tengo ahora. Mi carrera se iría al carajo.

—De acuerdo, pero no ha pasado nada de eso.

—Pero podría haber ocurrido. Así, sin más. —Chasquea los dedos—. Mi carrera podría haberse ido al garete. El baloncesto es lo único que tengo. Es mi vida entera.

Procuro disimular el daño que me provocan sus palabras.

—Puede que un mes de baja a ti te suene a tontería, pero en mi mundo puede ser perfectamente el resto de la temporada. Si me pierdo un mes de entrenamiento, estaré igual de jodido.

—En fin, eso suena un poco engreído para un hombre al que yo solo he conocido siendo humilde.

—No es engreimiento, Indy. Es puro conocimiento de los hechos. Todo el equipo, toda la organización depende de mí y ahora les he fallado a todos. —Menea la cabeza decepcionado.

Me levanto del sofá dispuesta a pasar el resto de la noche sola en mi habitación.

—¿Adónde vas?

Me encojo de hombros.

—Es que no quiero oír ese tipo de cosas. Vale, será una putada, pero tal y como yo lo veo, has tenido suerte. Siento mucho no entender demasiado de baloncesto, pero siendo mi... —Lo señalo con la mano—. Mi... lo que seas... me alegro de que tu cerebro siga intacto.

—Mi cerebro no cuenta una mierda para jugar. Cuenta el cuerpo.

A parte de que es una afirmación absurda, Ryan se equivoca. No entiendo mucho de baloncesto, pero por lo que he visto, él es siempre el tío más listo de la cancha. Anticipa cada jugada, cada movimiento. Lo ve todo antes de que ocurra. El cerebro es lo más importante en él como jugador y, además, resulta que su cuerpo está a la altura de su talento.

Paso por delante del sofá, pero Ryan me coge por la muñeca.

—Lo siento, es que no sé qué voy a hacer un mes sin jugar.

Tira de mí hacia su regazo y yo tomo asiento frente a él. Sus manos me agarran con fuerza, como si no soportara la idea de que intente irme de nuevo.

—¿Por qué has venido al hospital? —pregunta con suavidad.

—Porque estabas lesionado.

—¿Fue porque estaba allí Ron y habría parecido sospechoso que no vinieras?

Me echo para atrás.

—¿Eso es lo que crees?

Se encoge de hombros y desvía la mirada.

—Fui para verte a ti. Lo creas o no, me importa un bledo tu jefe. Para mí eres... En fin, no sé lo que eres, pero eres importante. Tú como persona, no como jugador, eres importante para mí.

Le paso la palma de la mano por la cara con delicadeza, pero una vez más es incapaz de mirarme y desvía la vista hacia la cocina.

Cuando por fin le veo los ojos, me doy cuenta de que le brillan.

Nunca lo he visto llorar, salvo cuando se le escaparon unas pocas lágrimas en la fiesta de compromiso de su hermana. Lo he visto mostrar otras emociones a regañadientes: dolor, celos, preocupación, alegría..., pero nunca tristeza.

Se traga las lágrimas.

—Creo que deberías coger un vuelo y reunirte con el equipo de hockey. Stevie puede cuidar de mí.

—No.

—Indy, por favor —ruega sin mirarme—. No quiero que me veas así.

—¿Que te vea cómo?

Le tiro de la barbilla con suavidad para que me mire. Las lágrimas se agolpan en las pestañas, pero no caen.

—¿Que te vea cómo? —insisto—. ¿Como a un ser humano?

—No se me permite comportarme como un ser humano.

Las lágrimas caen al fin, pero yo se las enjugo enseguida con los pulgares, antes de que se asuste demasiado cuando las sienta en las mejillas.

—No se me permite meter la pata. No se me permite pasarme de la raya. No se me permite lesionarme y estar un mes de baja. No se me permite volver a hacerlo todo. La presión que se cierne sobre mí es sofocante. Me siento asfixiado.

Su pecho se agita cuando intenta respirar sin echarse a llorar en toda regla. Nunca imaginé que fuera a verlo en este estado y me siento tan honrada como aterrada de echarlo todo a perder y

hacer que vuelva a refugiarse en su caparazón, donde no tienen cabida las emociones.

—¿Volver a hacer qué, Ry?

—De todo. Querer cosas que sé que no puedo tener. Sentir cosas que sé que no van a ser correspondidas. Querer un futuro que no tiene nada que ver con el baloncesto. —Las lágrimas siguen cayendo a raudales—. Eso es todo lo que tengo en esta vida y debe ser suficiente para mí.

¿De qué estará hablando?

—Ryan... —le digo, pasándole los pulgares por las pecas de las mejillas—. No estoy segura de saber de qué estás hablando.

Me mira a los ojos de manera deliberada, respira hondo antes de ladear la cara y besarme la palma de la mano.

—¿Puedo explicártelo?

26

Ryan

Indy asiente y centra toda su atención en mí.

Le giro la cintura y la siento frente a mí para que pueda mirarme directamente a los ojos. Llevo mucho tiempo evitando hablar de esto y ya no puedo seguir guardándomelo para mí. Ha entrado en mi vida con su caos y su bondad, y entre lo mucho que la deseo y haber perdido hoy casi todo, estoy destrozado. Deshecho a nivel emocional.

Por inesperado que pueda parecer, quizás esto sea una liberación para mí. Llevo años con las emociones entumecidas, evitando en cierto modo sentir algo: alegría, tristeza, amor o, en este caso, miedo.

Ya no quiero seguir así.

Inhalo por la nariz para intentar hacer acopio de la poca fuerza que me queda.

—Cuando era más joven y pensaba en mi futuro, me veía jugando en la NBA, pero también formando una familia. No me refiero a Stevie o a mis padres, sino que deseaba tener una pareja. Quería casarme, tener hijos y todo lo que eso conlleva.

Los ojos de color moca de Indy se ensanchan por un momento, hasta que ella misma se da cuenta y vuelve a adoptar una expresión neutral.

—Sé que ahora no lo parece, pero antes me parecía mucho a ti. Confiaba en la gente, amaba a la gente. Mi hermana me echaba la bronca por ser un romántico empedernido porque solo veía lo mejor de la gente. Tuve un par de novias en el instituto, pero fue en la universidad cuando me enamoré por primera vez. Por única vez, en realidad.

Compruebo cómo se siente la chica guapa que está sentada en mi regazo. No quiero que le incomode que saque este tema, pero parece tan sumida en la conversación como yo esperaba que lo estuviera.

—Ya sabes lo que pasó, pero no conoces toda la historia. Se llamaba Marissa. Nos conocimos al final de mi temporada inicial y yo me enamoré enseguida, pero ella no quería que la gente supiera que estábamos juntos, así que lo mantuvimos en secreto. Para ser sincero, te diré que eso me gustaba.

»Mi equipo acababa de ganar el campeonato nacional y la gente estaba empezando a considerarme como una estrella del baloncesto y no como un chico normal y corriente. Notaba que quienes me rodeaban querían tener algo mío antes de que entrara en el *draft*, es decir, el proceso de selección de la NBA. Sin embargo, Marissa... —Meneo la cabeza—. Ella no era así. No deseaba acaparar la atención que traía consigo ser mi novia y sus padres eran muy religiosos, así que por unas cosas u otras no se lo contamos a casi nadie. Pero yo sabía que para cuando nos graduáramos, iba a proponerle matrimonio y entonces muchas de sus preocupaciones dejarían de ser un problema.

»Ya sabes que intentó quedarse embarazada. Y lo consiguió. Durante mi última temporada.

Indy se remueve un poco y coge aire con calma, pero a fondo.

—Yo estaba entusiasmado y ella también. Salía de cuentas ese verano, poco después del *draft*. Yo sabía que tenía que hacerme cargo de ellos dos a nivel económico, y esa familia era todo lo

que siempre había deseado. La única persona a la que le podía contar que iba a ser padre era a Stevie. Marissa no se lo quería contar a nadie, no quería que sus padres se enteraran hasta que tuviéramos el bebé, nos comprometíamos y nos fuéramos a vivir a la ciudad para la que acabara jugando yo.

»La semana del *draft* saqué el número uno de Chicago. Al día siguiente, cogí el avión, me planté aquí y compré esta casa al contado, la amueblé y la preparé para que vinieran la que pronto sería mi prometida y el niño. Luego Marissa se puso de parto. Enseguida cogí otro vuelo, regresé a Carolina del Norte y fui derecho al hospital. Como llegué demasiado tarde, no me dejaron entrar en la sala de partos, así que me puse a dar vueltas por la sala de espera. Tenía el anillo de compromiso quemándome en el bolsillo durante lo que me parecieron horas. Esa semana, la vida era como un sueño. Iba a obtener todo cuanto deseaba en el plazo de cinco o seis días.

»Recuerdo a un tipo que no me quitaba ojo de encima en la sala de espera, pero en ese momento me importaba un rábano. Cada vez me reconocía más gente en el día a día, así que lo achaqué a eso. Estaba nervioso y feliz y asustado, todo a la vez, Ind. Todas las emociones que te puedas imaginar las sentí en ese momento. Vino una enfermera a decirme que la niña estaba sana. La madre también se encontraba bien, pero noté algo raro en cuanto entré en la sala de partos.

»Marissa a duras penas era capaz de mirarme a los ojos, pero yo estaba demasiado entusiasmado como para pensar mucho en eso, hasta que me pasó a su hija... Al instante de sostener a la niña en brazos supe que no era mía.

Indy se traga un agudo suspiro tapándose la boca con sus uñas pintadas de rojo.

—Ella también lo sabía y no sé por qué, pero allí mismo me lo explicó todo con detalle. ¿El tío de la sala de espera? Sí, ese era el puto novio de verdad. La niña era suya. Él estaba al tanto de todo. Nuestra supuesta relación era una pura estratagema. Los dos me la jugaron y ella intentaba quedarse preñada. Lo único que querían era conseguir de mí la manutención del niño durante dieciocho años. —Me río sin ganas al oír lo absurdas que suenan mis palabras dichas en voz alta cuando recuerdo aquel día de hace cuatro años y medio—. Ella nunca tuvo miedo a los focos y sus padres no eran religiosos. No quería que nadie se enterara de nuestra relación porque durante todo el rato me la estuvo jugando.

Encojo la cabeza entre los hombros.

—Toda aquella situación era el sueño de mi vida, Blue, lo que siempre había deseado. Me imaginaba siendo ese padre joven que recoge a su hijo de las gradas y lo lleva por toda la cancha. Pero los muy cabrones me la jugaron.

Indy me acaricia la nuca con suavidad.

—Ryan... —empieza a hablar, pero no hace falta que añada nada más.

Yo he parado de llorar hace tiempo, pero ahora es mi compañera de piso quien toma el relevo.

—Es una de las historias más horribles que he oído.

Le limpio las mejillas.

—Por eso me cuesta tanto fiarme de la gente. La única persona que creía que me amaba me manipuló.

—Compraste este piso para formar una familia. —Se lleva la palma de la mano a la boca—. Ay, Dios mío. Mi habitación está pintada de amarillo. Ese cuarto estaba asignado para...

—Odio esa habitación.

Entierra la cara en las manos.

—¿Por qué sigues viviendo aquí? Este apartamento es como una cárcel para ti. A duras penas

puedes salir, por lo que estás aquí atrapado. En la casa que compraste para la vida que habías planeado.

Guardo silencio mientras veo que ella va encajando todas las piezas del rompecabezas.

—Por eso eres tan... ¿Has estado con alguien desde entonces?

—Sí. He intentado salir con alguien sin darle demasiada importancia al asunto, pero ese nunca ha sido mi estilo. Dos años después de que ocurriera todo, hubo unas tres mujeres en total. Parejas elegidas al azar. Nadie a quien conociera.

Sigo enjugándole las mejillas.

—Por favor, sigue contándome —me ruega con los ojos marrones empañados por las lágrimas.

Cojo aire y continúo:

—Para un hombre de unos veinticinco años era muy raro no practicar el sexo. Así que lo intenté, pero cada vez que me acostaba con alguien, me imaginaba cómo se las arreglaría para aprovecharse de mí. Estaba tan jodido, Blue, que las pocas veces que me acosté con alguien, me llevaba el puto condón para deshacerme de él en alguna otra parte. Así de paranoico estaba. Por eso no me merecía la pena. Lo hacía porque pensaba que tenía que hacerlo, hasta que me di permiso para dejar de intentarlo.

—¿Por eso te fuiste la otra noche?

Asiento con la cabeza.

—Me asusté.

—¿No crees que yo...?

—No —la corto antes de que pueda formular esa frase. No, no creo que ella intente utilizarme de ninguna manera—. Tan solo llevaba mucho tiempo sin consentirme a mí mismo desear a alguien. Eso es lo que me asustó.

Me obsequia con una dulce sonrisa, apremiándome para que continúe.

—Pero, eh... —Vacilo un momento—. Aunque ese día fuera uno de los peores de mi vida, no fue ella quien me dejó hecho polvo. Lo que más me jodió fue darme cuenta de quién era yo para el mundo. Hasta entonces nunca había padecido una enfermedad mental, pero entonces caí en una profunda depresión que me duró dos años. Todo lo que siempre había deseado me lo quitaron ese día, pero también aprendí que nunca más voy a ser capaz de tenerlo.

Se echa un poco para atrás.

—Ryan, puedes tener todo lo que quieras. Si quieres una familia, puedes tenerla.

—¿De verdad, Ind? Ni siquiera puedo hacer lo que hicimos la otra noche sin asustarme. ¿Cómo crees que puedo llegar a fiarme de alguien lo suficiente como para dar un paso adelante, como para tener una familia con esa persona? —Se me cae la cabeza—. Dios mío, esto es vergonzoso.

—¿Por qué estás avergonzado? Tú no has cometido ningún error.

—¡Porque no estoy autorizado para cometer errores! Nadie puede saber esto. La gente espera de mí que sea perfecto, que no la cague, pero nadie tiene ni idea de que, durante dos años, lo único que conseguía sacarme de la cama era una obligación contractual de entrenar y jugar partidos. Por lo demás, dormía de día, comía cuando me acordaba... Mi apartamento... —digo señalando a mi alrededor— estaba hecho un asco. ¿Por qué crees que ahora soy una especie de friki de la limpieza? Hubo un período de dos años durante los que vivía rodeado de mugre. Me sentía incapaz de sacar fuerzas para limpiarlo; vivía en un bucle sin fin de oscuridad y nadie sabía que, cuando se terminaba un partido, su precioso y dorado chico del baloncesto se iba para casa a vivir en la miseria.

Por fin mis ojos se cruzan con los suyos.

—Vaya por Dios —exhalo, limpiándole las lágrimas con la yema de los pulgares—. No llores, Blue. No era mi intención que te disgustaras.

Se desploma en mis hombros, donde oculta la cara. Aprovecho la oportunidad para abrazarla.

—Ojalá lo hubiera sabido —gime—. De haber sido así, habría limpiado mejor lo que ensucio. Creía que solo me reñías por lo desordenada que soy. No quiero que por mi culpa te vengan a la memoria aquellos malos recuerdos.

—No, Ind, no. Solo me burlo un poco de ti por lo desordenada que eres. Puede que hasta me venga bien que seas así. Tenerte aquí me ha ayudado a no querer mantenerlo todo siempre bajo control.

Ella me abraza el cuello, hunde su cabeza más en mis hombros y me aprieta los muslos con los suyos.

—Pero quiero explicarme. Cuando digo que el baloncesto es todo lo que tengo, lo pienso de verdad. Por muy patético que pueda sonar, me ha salvado en muchas ocasiones. Hace un par de años salí del agujero en el que estaba metido y me puse a sonreír ante las cámaras. Dejé de permitir que entrara en mi vida gente desconocida, pero al mismo tiempo conseguí que mi hermana viniera a Chicago, de modo que no me quedé solo. Empecé a pasar todo el tiempo en el gimnasio porque allí era imposible que nadie me jodiera. Recuperé el dominio sobre mí mismo. Si el mundo esperaba que fuera el mejor, me convertí en el mejor, pero no permití que nadie se acercara a mí lo bastante como para aprovecharse de mí.

Se levanta y se enjuga la cara.

—¿Por qué tiene que ser todo o nada? ¿Por qué no puedes ser el mejor y, al mismo tiempo, fiarte de que hay gente que no quiere nada de ti salvo un asiento en primera fila para apoyarte?

—Porque eso no existe. Nadie ha entrado en mi vida que no buscara algo que pudiera obtener de mí. Utilizarme. Aprovecharse de mí.

«Salvo tú», quisiera añadir. «Hasta que llegaste a mi apartamento y pusiste mi mundo patas arriba, borrando todas mis convicciones».

—Ah, pues vale. En tal caso tengo una buena noticia que darte. El seguro me cubre la intervención que tengo que hacerme en verano, así que ya no tengo que seguir ahorrando. Puedo mudarme de casa.

—Pero, bueno, ¿qué dices?

Se aclara la garganta y se coloca el pelo tras las orejas.

—No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti. Por Dios, eso es lo último que quiero, Ryan, pero también quiero ayudarte. Por eso no he trabajado hoy. Así que, si no te importa, me quedaré unos días hasta asegurarme de que puedes volver a andar sin esas muletas; entonces me buscaré mi propio piso.

—No, joder, no. Indy, no me refería a eso.

—Mierda... —dice Stevie desde el pasillo—. No debería estar aquí.

Ninguno de los dos la ha oído abrir la puerta. Mi compañera se baja de mi regazo y se sienta al otro lado del sofá.

Qué mal. No he tenido ocasión de hablarle a mi hermana de lo que siento por su mejor amiga, y ahora va y se la encuentra sentada en mi regazo. Pero lo peor es que mi compañera de piso me está contando que se va a mudar de casa porque no he llegado a explicarle que esas inseguridades mías no son aplicables a ella.

Stevie lo entenderá. Pero justo ahora necesito darle explicaciones a Indy antes de que se le meta más todavía en la cabeza la idea de marcharse.

—Me marcho —dice mi melliza señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Buena idea —estoy de acuerdo.

—¡No! —me interrumpe Indy—. Por favor, quédate.

Ni siquiera me mira a los ojos cuando giro la cabeza hacia ella. Está sentada en un rincón del sofá con las rodillas dobladas a la altura del pecho, está claro que abrumada por nuestra conversación. Nunca le he contado tantas cosas a nadie y ahora estará convencida de que creo que, si vive aquí, es una forma de aprovecharse de mí.

Nada más lejos de la realidad.

27

Ryan

Pasar el día en el pabellón y no ser capaz de hacer nada más que mirar ha sido una tortura. Los médicos y entrenadores del equipo me han pinchado y hurgado en la rodilla mientras yo contemplaba cómo entrenaba el equipo a través de una ventana acristalada.

Es el primer día y ya estoy rabiando por volver. No estoy seguro de si aguantaré cuatro semanas mirando desde la banda.

Ron y mi entrenador me han dado la opción de quedarme en el piso durante los viajes mientras esté de baja y quizás les tome la palabra. Ni siquiera sé si seré capaz de estar en el banquillo en los partidos que juguemos en casa. Me cuesta muchísimo y, si soy sincero, mi actitud tan negativa puede ser peor que mi ausencia en la banda.

Stevie me está esperando justo delante del pabellón en el coche de Zanders. Durante varios días más no podré conducir, pero los entrenadores estaban impresionados por cómo se me ha bajado la hinchazón en las últimas veinticuatro horas. Tengo que darle las gracias a Indy. Me ha estado cuidando con esmero, como cuida siempre de todos cuantos la rodean. Pero no voy a mentir, me encanta ser el centro de su atención por las tardes.

Me han dado permiso para cargar un poco la rodilla andando sin muletas, pero soy más lento que un puto caracol cuando me subo en el Mercedes.

—¡Míralo! ¡Sin muletas! —se entusiasma mi hermana desde el asiento del conductor.

—No sé a qué viene tanto entusiasmo, Vee.

—Vale, malas pulgas. Te he traído café. —Señala la consola central—. ¿Qué te han dicho?

—Estaban impresionados por lo pronto que se me ha bajado la hinchazón. Quieren que ande un poco, pero hasta la semana que viene no puedo empezar a hacer más movimientos.

—¡Eso es estupendo! —Pone el coche en marcha y se dirige hacia casa.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, pero a ti de momento nada te va a parecer lo suficientemente bueno. —Cambia de tema—. ¿A qué hora tienes que estar en la cena del equipo? ¿Necesitas que te acerque o te va a llevar Harold?

—La he cancelado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Mirando por la ventana del copiloto, contemplo cómo vamos dejando atrás Chicago.

—¿Tú por qué crees, Vee? No estoy animado. Lo último que me apetece es llevar a los chicos de cena y hacer como que no les he hecho una putada.

Ella guarda silencio con los ojos clavados en la carretera.

—¿Lo ves? —continúo—. Hasta mi melliza se enfada conmigo. Imagínate cómo tiene que estar otra gente.

Eso provoca que se le escape una leve sonrisa de entre los labios.

—No estoy enfadada contigo, pero tu equipo te sigue necesitando. Sigues siendo el capitán.

Hago un gesto de rechazo.

—Es Ethan. Yo solo ostento el título de cara a la galería.

No me insiste ni me dice que estoy equivocado, lo que es otra señal de que, si mi mejor amiga no es capaz de convencerme, nadie lo es.

—Bueno... —dice cambiando de tema—. ¿No deberíamos hablar de anoche?

Parece que tenemos el cerebro sincronizado cuando la miro por el rabillo del ojo y veo en su rostro la misma expresión que debo de tener: una sonrisa de complicidad.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto, haciéndome el inocente.

Se echa a reír.

—Qué puñetero eres. Es obvio que me pediste que te trajera yo a casa en lugar de Harold para hablar de eso, así que dispara, superestrella.

Joder, a veces asusta lo bien que nos conocemos el uno al otro.

—Es posible que sienta algo por tu mejor amiga.

—Ja, ja —estalla en una carcajada—. Por Dios, Ray. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Pongo los ojos en blanco.

—Quizás esté un poquitín enamorado de la rubia que vive en mi casa.

Stevie se ríe para sus adentros.

—Estabais agarrados de la mano mientras te contaban la noticia más importante de tu carrera. Si me dijeras que estás enamorado hasta las trancas de ella, te creería más.

—Le he hablado de Marissa.

Menos mal que estamos en un semáforo en rojo porque mi hermana gira la cabeza hacia mí de manera brusca y aparta los ojos de la carretera.

—¿De verdad?

—Sí, anoche. Cuando llegaste.

—Ryan... —Los ojos se le enternecen—. Eso es todo un avance.

No me explico acerca del resto, la depresión y todo eso. Quiero a Stevie más que a nadie en el mundo, pero ni siquiera ella tuvo acceso a mis días de oscuridad. Indy es la primera persona que lo sabe y tengo ganas de llegar a casa para contarle todo lo demás. Tiene que saber lo mucho que deseo que se quede. Lo mucho que necesito que se quede.

—La deseo, Vee. No sé lo que ella es capaz de sentir después de todo lo que le ha pasado, pero me quedaré con lo que me ofrezca. —La veo que sigue conduciendo concentrada en la carretera—. ¿Te parece bien?

—No necesitáis mi permiso para estar juntos.

—Ya, pero aun así, quiero tu aprobación. Es tu mejor amiga y los dos sabemos que yo tengo la culpa de que otras amistades no te hayan salido bien.

—Mira, podrías estar hablándome de cualquier otra persona y también me sentiría igual de emocionada al pensar que al fin te has abierto a una nueva relación, pero de Indy... No hay nadie de quien me fíe más y sé que te va a proteger tanto como tú a ella.

La obsequio con una débil sonrisa.

—Gracias, Vee.

—Pero deberías asegurártela. ¿Has visto cómo es esa mujer? —se burla mi hermana—. Todo el equipo de hockey está enamorado de ella.

—Vale, vale. No hace falta que me lo recuerdes.

—Lo digo por si acaso. Da un paso adelante, tío. Ya vivís juntos y me encantaría tener otra cuñada.

—Madre mía... —digo, muerto de risa—. No pienso contarte nada más. Eres una lianta.

Aparca enfrente de mi edificio.

—No tienes por qué contármelo todo. —Se toca un lado de la cabeza—. Cerebros mellizos.

Ya lo sé todo.

Oigo hablar a Indy antes de que haya entrado en el apartamento. Nada más abrir la puerta, veo que mi casa es un caos: sillas plegables apiladas junto a la pared, dos largas mesas abatibles en mitad del salón. El sofá está pegado a la pared. Unas cajas de cartón vacías invaden el suelo.

Hay un móvil sobre la isla de la cocina mientras mi compañera habla por él. No ha debido de oírme porque no se da la vuelta, pero enseguida veo a su madre en la pantalla del teléfono.

—¡Hola, Ryan! —me saluda.

Indy se vuelve y me ve en el umbral de la puerta.

—Hola, Abigale. ¿Qué hacéis?

—Le estoy pasando una receta a Índigo.

La aludida señala la tabla de cortar que tiene delante; toda la cocina está llena de la comida que ha preparado.

Con una sonrisa radiante, se la ve mucho más contenta que anoche.

—¿Qué tal te encuentras? —sigue su madre.

—Vamos tirando. Espero volver a la cancha cuando Tim y tú vengáis a visitarnos.

—Bueno, de todas formas, te apoyaremos. Os dejo. Hablamos pronto, Ryan. Adiós, cariño.

Su hija cuelga el móvil.

—¿Por qué mi madre habla como si fuera tu mejor amiga?

Me encojo de hombros.

—Las madres me adoran.

Me observa con recelo, pero es que no sabe que estamos tan familiarizados el uno con el otro porque he hablado con sus padres más de una vez desde que los conocí a través de una videollamada en esta misma cocina.

—Sé que la casa está hecha un asco, pero lo limpiaré todo después de esta noche. —Me mira de arriba abajo—. ¿Sin muletas? ¡Qué alegría!

—¿Estás bien? —le pregunto desconcertado. Anoche estaba abrumada y distante. Hoy es como si nuestra conversación nunca hubiera tenido lugar.

—Desde luego que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

«¿Tal vez porque interpretaste mal lo que dije ayer y creías que yo quería que te mudaras?».

Mirando el apartamento abarrotado, pregunto:

—¿Qué pasa?

—Somos los anfitriones de la cena del equipo.

—Eh..., no, no lo somos.

—Llamó Annie diciendo que habías cancelado todo.

—Así es.

—Pues yo le dije a Ethan que anulara la cancelación y que invitara aquí al equipo.

—Indy, ¿por qué has hecho eso? Ya sabes cómo me siento cuando la gente invade mi espacio. Por no hablar de la faena que les hice anoche a todos esos tíos. No estoy preparado para mirarlos a la cara.

Deja el cuchillo que está utilizando para cortar verdura.

—Ryan, no le has hecho nada a nadie. Además, tenemos un trato. Se supone que debo ayudarte a ser mejor líder.

—No, solo tienes que ayudarme a convencer a Ron de que lo soy.

—¿Por qué no hacerlo de verdad? Vas a estar un mes sin poder jugar. ¿Por qué no te tomas esto como una oportunidad para cambiar de chip y colaborar de otra manera? Eres el tío más inteligente del equipo. Aún puedes utilizar el cerebro desde la banda.

Casi no tengo argumentos para rebatirle su lógica. Es lo que haría un buen líder.

—No sé qué decirte, Ind. Tener a tanta gente en casa...

Además, creí que íbamos a estar solos y podría convencerla de que no se mudara. Durante toda la noche. Tal vez con mi lengua.

—¿Te importaría fiarte de mí en esto? —me implora—. Si vienen y te resulta molesto, los echo a todos a patadas, pero creo que puede estar muy bien. He comprado platos y cubiertos para todos, así que tenemos suficientes. Bueno, los has comprado tú. Utilicé tu tarjeta de crédito, obviamente.

Se me escapa una sonrisa.

—Obviamente.

—Te devolveré el dinero.

—No lo hagas, por favor. No te andes con pies de plomo. ¿Cómo me vas a devolver el dinero por la cena de mi propio equipo?

—Y he alquilado unas cuantas mesas y sillas. Tienes que dejar de tratar esta casa como si fuera una prisión personal y empezar a vivir de nuevo. Esta noche es un buen comienzo.

Por supuesto, debería haber sabido que en el momento en que Indy supiera algo de mi pasado, intentaría ayudarme para que me curara. Eso se le da muy bien.

La casa está ya lista y a ella se la ve entusiasmada. Lo que esté asándose en el horno huele fenomenal y, conociendo las buenas intenciones de esta mujer, estará convencida de que esta noche me va a sentar muy bien.

Me agobia muchísimo que venga tanta gente a mi espacio seguro, pero lo intentaré por ella.

Quito de la nevera todos los imanes con los acuerdos que hemos tomado. No hace ninguna falta que mis compañeros de equipo se enteren de que tengo una lista de cosas pendientes para aprender a ser un novio pasable, o que la mujer que se supone que es mi novia tiene un contrato de alquiler.

—Voy a esconder estas cosas. —Las cojo y veo los trozos de papeles garabateados que constituyen toda nuestra relación.

Chasquea la lengua, pero antes de que se ponga otra vez a picar verdura, la pillo con una triste sonrisa en los labios.

Quiero quitarle ese gesto con un beso y decirle que no le consiento que se mude a ninguna parte. Y menos ahora que encaja tan bien aquí y que hace que uno se sienta en un verdadero hogar, pero alguien llama a la puerta con los nudillos y me impide hacerlo.

Dom está masticando el pollo a la parmesana más increíble que he probado en mi vida. Pone los ojos en blanco y se le escapa otro gemido.

—De puta madre, Shay. ¿Es solo tu novia y ya te hace todo esto? Esto es más propio de una esposa. —La aludida le sirve otro vaso de vino intentando no reírse—. Indy, si no quiere casarse contigo, me casaré yo. Ahora mismo. —Empieza a levantarse del asiento para hincar una rodilla en el suelo frente a ella.

—Vuelve a poner tu puto culo en el asiento —le ordeno desde la cabecera de la mesa.

Me ignora y sigue mirando a la rubia impresionante. Le hace un gesto de complicidad antes de decirle en voz baja:

—Tú y yo... En fin, ya sabes. Llámame.

Ella suelta su típica risita, que es mi sonido favorito.

Apenas puede sentarse, no hace más que correr de la cocina al improvisado comedor con más comida y bebida para el equipo. No he visto a estos chicos tan relajados desde las cenas que hacíamos en casa de Ethan. La comida está exquisita, aunque a mí me gustaría que Indy se

sentara a mi lado y cenara con nosotros. Para ella se ha preparado unas berenjenas con queso parmesano, pero todavía no ha tenido tiempo de disfrutarlas.

—Shay, tu casa es increíble —dice Leon, está mucho más parlanchín que en la última cena del equipo.

Confiaba en empezar a trabajar con él a solas, pero ahora con la lesión ha quedado todo aplazado.

—Gracias, tío.

—¿Cómo es que no nos habías traído por aquí? La comida está... de puta madre.

—No estoy seguro. Supongo que porque hasta hace poco no se me había ocurrido.

Paseo la mirada por la cocina para encontrar la razón por la que estoy tan relajado. Por sorprendente que parezca, no me he sentido demasiado agobiado cuando han ido apareciendo los chicos. Han estado hablando de los próximos partidos y de las chicas con las que salen. Ninguno ha intentado husmear en mi espacio privado. En su lugar, tan solo disfrutan de estar juntos fuera del trabajo.

Las dos habitaciones están cerradas con llave, de modo que todos quedan confinados a la cocina y al salón, así que no tienen ni idea de que dormimos en habitaciones separadas.

—¿Desde cuándo vives aquí? —continúa Leon.

—Desde hace cuatro años y medio.

—Jo, me encantaría tener un piso como este algún día —dice meneando la cabeza.

Un piso como este es muy apropiado para un tío como él. Soltero. Joven. Bueno, yo también soy joven y soltero, pero cada vez tengo más ganas de cambiarme a un sitio más grande. Alguno que tenga un jardín en el que nadie me moleste. Una casa que no me recuerde a la vida que daba por supuesto que iba a tener algún día.

—Si nos sacas adelante durante este mes, estoy seguro de que ascenderás y te subirán el sueldo en tu siguiente contrato —le aseguro.

Se echa a reír.

—Qué va, eso no va a ocurrir. No estoy preparado para sustituir a nadie, menos a Ryan Shay.

Ethan oye sin querer la conversación y nuestras miradas se cruzan.

Dejo el cuchillo y el tenedor y me reclino en la silla.

—Sí lo estás. Tienes que estarlo.

Leon mira a todos los compañeros del equipo que están en la mesa antes de dirigir de nuevo la mirada hacia mí.

—No sé hacerlo. Soy hombre de banquillo.

Es mi sustituto y solo juega en el último cuarto si vamos ganando por mucha diferencia. Me inclino hacia delante para que solo puedan oírme Ethan y él.

—Sí que sabes. Yo te ayudaré.

—¿De verdad?

—Somos un equipo y tú tienes que ser el líder de la cancha ahora. Tú y yo, tal y como habíamos planeado, nos quedaremos hasta tarde después del entrenamiento. Lo repasaré todo contigo. Estaré en la banda durante los partidos para ayudarte. Puedes hacerlo.

No me había dado cuenta de que tenía todo eso decidido hasta que salió de mi boca, pero sé que es lo que debo hacer. Es lo que haría un buen líder. Es lo que habría hecho el líder que fui en mi época universitaria cuando traje a casa dos campeonatos nacionales.

—Harás que nos clasifiquemos para los *playoffs* y yo te voy a ayudar.

El chaval respira hondo y asiente con la cabeza.

—Luego... —continúa—, dentro de un mes, te volveré a robar el sitio.

A los tres nos da la risa. Pillo a Ethan asintiendo con la cabeza y mirándome con cara de orgullo.

Le doy una palmada de complicidad en el hombro, paso a su lado y veo que el resto de los chicos están a gusto en la sobremesa. Encuentro a Indy en la cocina sacando más platos de comida para los catorce jugadores de baloncesto hambrientos que tenemos en casa.

—¿Te lo estás pasándolo bien? —susurra.

—Genial.

—Te dije que podías fiarte de mí.

Le doy un beso en el hombro. No tengo mucho más que decirle, salvo que le estaré eternamente agradecido porque esta noche me haya sacado de mi caparazón. Por raro que parezca, tener compañía en casa resulta liberador. Creí que iba a perder los nervios o que me iba a poner paranoico; sin embargo, cosa extraña, me siento muy tranquilo.

—Ven a cenar conmigo.

—Todavía no puedo. Tengo que sacar más comida y bebida.

—Todo el mundo está feliz. Tómate un descanso y siéntate conmigo.

De mala gana, deja los utensilios para servir y me sigue hasta la mesa, donde le saco la silla que hay entre Ethan y yo. Llevo a la mesa más bandejas de comida y un par de botellas de vino tinto. Ya son mayorcitos. Que se sirvan ellos mismos.

Siempre estoy a gusto sentado al lado de mi compañera de piso, pero esta noche, cuando se pone a hablar con mi equipo, siento una especie de orgullo de que crean que es mía. Podría serlo. Quiero que lo sea. Cuanto más observo la ligereza con que se toma la vida, el poco esfuerzo que le cuesta pasar por ella, más necesito que lo sea.

Tampoco es una alocada que no percibe la parte horrible de la vida. Es realista y no cree en unicornios ni en cosas raras, pero es muy sensible. Lo siente todo, le emociona tanto lo bueno como lo malo, y ya solo por eso es como un soplo de aire fresco en mi vida. Es un ser vivo que despierta mi admiración y, en ocasiones, hasta mi envidia.

Anoche, cuando estaba sentada en mi regazo escuchando lo peor de mi pasado, se produjo en mí un cambio, pues me di cuenta de que deseaba que ella formara parte de mi futuro.

—Indy... —la llama Dom desde la otra punta de la mesa—. Me estás convenciendo de que necesito tener una novia.

—Si tienes un montón —bromea ella.

Solo le he mencionado una o dos veces a este tío de pasada, pero enseguida he aprendido que mi compañera se acuerda de casi todo lo que digo, igual que me pasa a mí con ella.

—No, me refiero a una de verdad.

Todo el equipo estalla en una carcajada porque... En fin... No es que Dom sea precisamente hombre de una sola mujer.

—Que os jodan, tíos. Puedo cambiar. Shay ha cambiado. —Me señala—. Mirad a ese hijo de puta enamorado. Ahora tiene un bombón viviendo en su piso. Yo también quiero una Indy dando vueltas por mi casa.

—Además... —intervengo—, el bombón en cuestión tiene un máster de Administración de Empresas y es divertidísima.

La susodicha se ruboriza, extrañada de que la elogien por su capacidad intelectual y no solo por su aspecto físico.

Dom alza el bocado que se iba a comer con una sonrisa picarona.

—Y es una magnífica cocinera.

—Sí que lo soy —ella está de acuerdo.

—Mi casa es más grande que la de Shay. Siempre serás bienvenida.

Puto aguafiestas.

—No se va a ir a ninguna parte —le digo a Dom, pero sin apartar la mirada de Indy.

Ella no me mira.

Tenerla aquí es una bendición. Este apartamento es su casa y aquí es donde debe vivir conmigo. Si por un momento cree que va a mudarse, está muy equivocada.

28

Indy

Yo: *Cómo me va hoy: necesito irme del apartamento. ¿Puedo pasar la noche en vuestra casa?*

Stevie: *¿Va todo bien?*

Yo: *No.*

Stevie: *Vente a casa.*

Guardé mis cosas en la bolsa mientras Ryan estaba en el entrenamiento y tenía planeado marcharme antes de que él llegara a casa. Pero, cuando Annie llamó para contarme que había cancelado la cena del equipo, supe que todavía no podía marcharme.

Quizás debería haberme ido más lejos que al ático de Zanders y Stevie, si lo que de verdad estoy intentando es huir, pero no sé si es eso. No sé lo que estoy haciendo, lo único que sé es que en este apartamento sobro y me resulta agobiante.

Lo mucho que deseo a mi compañero de piso es agobiante.

Lo mucho que me preocupa y el amor que le he cogido en tan poco tiempo es agobiante.

Llámame dramática, pero lo que me contó anoche me dejó hecha polvo. Se pasó nueve meses amando a una criatura que no era suya. ¿Cómo se recupera alguien de una cosa así? No me extraña que sea tan receloso y desconfiado.

Me crispa los nervios que alguien intentara aprovecharse de él de una forma tan dolorosa y que haya llegado a pensar que todo el mundo que lo rodea ha intentado utilizarlo.

Sé con total certeza que a mí no me excluyó de esa sospecha, porque en ningún momento oí que lo dijera. Por eso me niego a quedarme en un sitio que no está pensado para mí, del mismo modo que me quedé en una relación que había dejado de ser mi futuro.

Lo último que quiero es que me comparen con la mujer que hubo antes que yo. Me mudaré de casa, así no seguirá pensando que estoy aprovechándome de él.

En cuanto vi que estaba distraído y que se habían marchado del apartamento todos menos Ethan y Dom, yo también me escabullí. Pero ahora, nada más dejar mi bolsa en el dormitorio de invitados de Zanders y Stevie y antes de ponerme el pijama, oigo la voz de Ryan desde el vestíbulo:

—¿No habréis visto por casualidad esta noche a una rubia parlanchina, piernas kilométricas y un coco espectacular? —les pregunta a su hermana y a su cuñado.

En el tono de este último percibo su sonrisa cuando le dice a su prometida:

—Me encanta esto, Vee. Se está retorciendo cual cachorro en celo, se está ablandando el muy hijo de puta.

—Que te den.

Mi amiga se ríe desde donde está sentada, en el sofá con su prometido y la perrita Rosie.

—Está en el cuarto de invitados. Saldrá dentro de un minuto, estoy segura.

Sabía que vendría aquí o que al menos llamaría, pero ha sido más rápido de lo que esperaba.

Como acabo de sacar el cepillo para lavarme los dientes antes de acostarme, salgo con él en la mano y me dirijo al vestíbulo.

Ryan no parece enfadado, pero tampoco nada impresionado. Tiene un hombro apoyado en la pared del salón, las manos metidas en los bolsillos y un pie cruzado encima del otro, como si el asunto no le afectara en lo más mínimo.

—Aquí está la fugitiva.

—Hola.

—Hola, Blue.

—Quería dejarte más espacio —digo antes de que me pregunte nada.

—¿Para qué coño quiero yo eso?

—Es que anoche...

—Anoche no me dejaste terminar lo que estaba intentando decirte.

Se aparta de la pared y se planta justo enfrente de mí.

—¿Podemos terminar ahora la conversación? —dice.

Se me escucha tragar saliva y me limito a asentir con la cabeza.

—Nadie ha entrado en mi vida que no buscara algo que pudiera obtener de mí... —repite las palabras de anoche, como si yo pudiera olvidarlas—. Hasta que llegaste tú.

Me arrincona en la pared para asegurarse de que lo oigo bien.

—Hasta que metiste en mi apartamento tus colores, tu desorden y tu culo demasiado tentador. Nunca jamás me ha parecido que te aprovecharas de mí. De hecho, si lo recuerdas, fui yo quien no quiso que me pagaras alquiler. Me importa una mierda que ya no necesites ahorrar dinero. No te vas a marchar.

—Vaya, suena a un secuestro.

—No me tientes.

Levanto la mirada y me encuentro con el cepillo de dientes rosa chillón todavía en la mano. Mi cerebro se habría imaginado la escena mucho más romántica. Esa confesión habría tenido lugar tal vez en plena tormenta o quizá delante de millones de personas. No mientras sostengo el cepillo de dientes en casa de mi mejor amiga.

—Tenemos público —susurro, señalando con la cabeza a la pareja de fisgones que hay en el sofá.

—Que miren si quieren. —Ryan me quita el cepillo con amabilidad y lo pone sobre una mesita que hay al lado, antes de colocarme los brazos encima de los hombros—. Después de todo lo que me hicieron pasar hace un año, es lo mínimo que se merecen.

Se me escapa una risita.

Al escucharla, Ryan dibuja en los labios una sonrisa preciosa, con hoyuelos y todo.

—Bueno, entonces, ¿hemos terminado con esa estúpida conversación acerca de la mudanza?

Esa mirada de los ojos oceánicos desciende hacia mi boca.

—Pero es que te gasto muchísimo dinero.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Y soy desordenada. A ti no te gusta el desorden.

—Me gusta el tuyo.

—Y no tengo ni idea de cómo estar sola.

—Bien. Yo no quiero que lo estés. Quiero que estés conmigo.

Sus ojos recaen en mi garganta y me observa tragar saliva.

—Ven a casa conmigo, Blue. —Al parecer, medio segundo de duda es demasiado tiempo, porque continúa—: Y quiero que te quede bien claro que, si dices que no, te llevaré conmigo a cuestras. Pero, como tengo la rodilla lesionada, prefiero que vengas por propia voluntad.

No creo que este hombre tenga ni idea de lo gracioso que puede resultar. Le gusta creer que es

serio y estoico, pero me hace sonreír más que ninguna otra persona que haya conocido.

—Llévame a casa, Shay.

Se llena los pulmones de aire, agarra mi bolsa, me coge de la mano y me lleva hacia la puerta.

—¡Indy, desde ahora te digo que mañana no quiero saber cómo te va! —anuncia Stevie desde el sofá.

—¡Te escribiré por la mañana para darte los detalles!

—He cambiado de número.

—¿Acaso no somos el cuarteto familiar más entrañable del mundo? —interviene Zanders.

—Os quiero a todos —dice para terminar Ryan desde el umbral de la puerta, tirando de mí—. Sobre todo a Rosie, por supuesto. —Lo cual es bastante paradójico, teniendo en cuenta que es alérgico a los perros y tiene que tomarse las pastillas cada vez que está con ella.

Al otro lado de la calle, abre la puerta de nuestro apartamento, me coge en brazos, me lleva a su cama y me lanza al colchón. Antes me da tiempo de ver que los trozos de papel que constituyen nuestra relación vuelven a estar pegados al frigorífico.

Noto que suspira aliviado, como si verme en su casa y, en concreto, en su cama le hiciera recobrar la paz.

—Este es tu sitio. —Me recorre entera con la mirada—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Por esta noche. Creo que siempre he querido tener al equipo en mi casa, tener a gente aquí, solo que me asustaba. Me daba miedo que se metieran en mi vida. —Empieza a desabotonarse la camisa—. Pero al estar tú aquí, quiero que todo el mundo vea lo afortunado que soy por tenerte.

Mientras estoy boca arriba, veo que cuelga la camisa en el armario. He pensado en esto muchas veces, sabiendo que sería incapaz de desnudarse sin dejar cada cosa en su sitio, pero como ya sé por qué es así, ahora entiendo su pulcritud perfectamente.

Gracias a eso, cuento con más tiempo para admirar su ondulado pecho y sus musculosos brazos. Es guapo, protector y trabajador. No entiendo cómo alguien fue incapaz de apreciarle.

Vuelve y se tumba en el colchón como si estuviera muerto de hambre. Me retira el pelo de la cara y me pone las palmas de las manos en las sienes. Luego dice:

—Gracias, Índigo.

Sin dudarle ni un segundo, le rodeo la cintura con las piernas y los hombros con los brazos.

—No hay de qué.

—Y, ahora, por el amor de Dios, bésame.

—¿Estás seguro? Porque la otra noche cuando... En fin, cuando hicimos eso, no nos besamos.

—Eso fue porque yo no sabía si me deseabas. No sabía si solo querías correrte o si me deseabas a mí.

Frunzo el ceño. ¿Cómo no habré caído antes? ¿Cómo no supe ver que necesitaba sentirse deseado?

Le muevo la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Es a ti a quien deseo, Ryan. Siempre te he deseado, pero no creía ser tan afortunada como para que me correspondieras.

—Entonces, bésame, Blue.

Eso hago, sin prisa, arañándole un poco el cuello con las uñas. Me coge la cara y me entierra los dedos en el pelo. Por primera vez, no hay duda de que esto es real. Sé que lo es.

Pero, por si acaso, pregunto:

—¿Estás fingiendo?

Se aparta un poco y suelta una carcajada.

—Dejé de fingir hace mucho tiempo, Ind.

—Es que... no quiero esto si solo lo haces porque tienes la oportunidad. Ya sabes, porque vivo aquí y tal.

Llámame insegura, pero he perdido demasiado tiempo en una relación que era cómoda y oportuna, y me niego a perderlo otra vez.

—Te lo digo con todo el cariño posible, Blue, pero tú eres la cosa más inoportuna que me ha ocurrido nunca. Si estuviera buscando una oportunidad, no llevaría años sin tocar a una mujer. Levantarme y pensar en ti, acostarme y desear que estuvieras ahí... Todo eso ha sido molesto, tedioso y exasperante que te cagas, pero no renunciaría a ti por nada del mundo.

Me han dicho cosas bonitas, cosas amorosas y románticas. Pero que me digan que soy inoportuna solo porque se ha dado cuenta de que no podía seguir llevando la vida solitaria que, a su parecer, le estaba asignada, es una de las cosas más románticas que he oído nunca.

Sus labios vuelven a posarse en los míos, antes de descender por mi mandíbula, mi cuello, mi pecho.

—Gracias por escucharme anoche —murmura contra mi piel.

—No me des las gracias —digo sintiéndome un tanto culpable—. No abrí la boca. Me estabas contando algo importantísimo, algo esencial que explica cómo eres y yo no dije nada.

—Estuviste perfecta —me asegura.

—Quiero que sepas que no fue tu historia la que me asustó. Fue la idea de que quisieras que me marchara.

—Lo sé.

Le acaricio la mejilla llena de pecas con el pulgar.

—¿Cómo te sientes después de haber hablado de ello?

—Más aliviado. Es como si hoy me importara menos.

Yo diría que, de hecho, ya no importa nada. Solo porque alguien le haya hecho creer que su valor se basa en sus ingresos y en su fama y no en él como hombre, no significa que sea real. Y tal vez él esté empezando a comprenderlo.

Se agacha para besar la sonrisa de mis labios. Nuestras lenguas se entrelazan y aprieto las piernas en torno a su cintura. La manera en que me besa me pone salvaje. Rodar por la cama con Ryan Shay hace que me sienta como una adolescente a la que por fin le dan su primer beso.

De alguna manera, es el primero. Nadie me ha visto nunca como me ve él. Nunca me han valorado como me valora él. Nadie me ha animado nunca a ser yo misma del modo en que lo hace él.

—¿Qué quieres hacer, Blue? —Su voz es grave y ronca, pero no insistente, aunque sé a lo que se refiere.

Deseo que me folle. Noto el bulto de su erección contra la pierna, buscando la fricción. Quiero tenerlo dentro de mí.

—Quiero que tú marques el ritmo.

Guardando silencio, baja la cabeza hacia mi pecho y me lo besa. Sus dedos se entrelazan con los míos, me sube las manos por encima de la cabeza y sigue descendiendo por mi estómago, me lo besa por encima de la ropa mientras me la va quitando.

Cuelga la pierna lesionada fuera del colchón y sostiene el peso con la otra.

—Indy, no tienes ni idea del poder que ejerces sobre mí —dice mientras continúa besándome el vientre.

Por fin me levanta toda la ropa por encima del culo. Esta vez su cálida boca llega hasta la

carne tierna que encuentra por encima de las bragas.

—Cuido de esas dichas flores solo para ver cómo se te ilumina la cara cuando llegas a casa. Te llevo al orgasmo solo para oír mi nombre saliendo de tus labios.

Me planta un beso en el centro del coño. Cuando inhala mi aroma, se le escapa un gemido de la garganta. No puedo evitar acercar las caderas a él en busca de más fricción.

—Estás empapada, Ind. ¿Le gusta a mi pequeña que le digan lo rica que está?

Incapaz de hablar, le aprieto la cara con los muslos.

—Palabras, Indy.

—Sí, me gusta —logro decir.

No es que quiera pensar en el hombre que lo precedió, pero estuve viviendo seis años con ese tío y solo me comía el coño cuando se lo rogaba. Según él, una mamada no requería reciprocidad. Enseguida dejé de pedírselo. De todas formas, nunca se le dio bien, lo sé con total certeza porque jamás me corrí con su boca.

Ryan, en cambio, tiene la cara tan bien encajada entre mis piernas y muestra tal entusiasmo que parece que se va a quedar ahí toda la noche.

Ojalá.

—Ry, ¿te gusta hacerlo?

—¿Me preguntas que si me gusta comer coños? —Desliza la lengua por la tela de las bragas, creando una deliciosa fricción en mi clítoris—. ¿Qué dirías si te cuento que todas las mañanas pensaba en tumbarte sobre la isla de la cocina y que fueras tú mi desayuno? ¿O que cuando te ponías uno de esos vestidos tan bonitos estaba deseando levantártelo por encima de mi cabeza, arrodillarme y saborear el lindo coño de mi compañera de piso? Creo que sí, puedo asegurar que me gusta comer coños. Pero hazme la pregunta que de verdad quieres, Blue. Tú quieres saber si me gusta comerte el tuyo.

Dios mío, qué boca. Que me digan guarradas en ese momento me encanta, pero ya si salen de Ryan, el hombre que solo habla cuando es necesario, me ponen a cien.

—Pregúntamelo, Ind —dice, plantándome un beso en todo el clítoris ya desnudo.

Mi garganta emite un jadeo al verle la cabeza enterrada entre las piernas y los labios llenos jugando con mi excitación.

¡Joder, qué bien sabe!

Vuelvo a mirar hacia abajo y veo que está sonriendo mientras me da lametones. ¡Sonríe mientras me lo chupa!

Nunca he sentido nada tan sabroso como su lengua en mi cuerpo. Después de besarme por todas partes, se concentra en mi clítoris y alterna entre lamerlo y metérselo en la boca.

Jadeo. Grito. Estoy a su entera disposición, he perdido por completo el control de mi cuerpo, cuando empieza a lamerme el camino que va desde el culo hasta el clítoris.

Sorprendida, noto que adoro esa sensación; nunca me han saboreado con tanta minuciosidad.

—¡Joder, Ryan!

—Dilo otra vez.

—¿El qué?

—Mi nombre. Dilo otra vez. Quiero oírlo cuando mi lengua esté enterrada en tu interior. Quiero que recuerdes que eres mía. Así que di mi nombre otra vez.

Cuando miro hacia abajo, lo veo observándome a la espera de mis palabras.

—Ryan, soy tuya, haz conmigo lo que quieras. —Me desabrocho el sujetador y lo tiro al suelo —. Utilízame como más te guste.

—Vas a hacer que me corra solo de verte y oírte.

—Por favor, llévame al orgasmo.

—Qué educada estás esta noche, nena. —Me besa la parte interior de mis muslos y vuelve a abrirse camino hacia mi coño. Con una mano me alcanza el pecho y me pellizca el pezón, antes de que sus dedos índice y corazón lleguen a mi labio inferior y me pida—: Abre la boca para mí y chupa.

Hago lo que me pide y los succiono metiéndomelos hasta el fondo de la garganta, como si fueran otra parte de su cuerpo.

—Hostia puta —exhala lleno de admiración—. Deberías ver cómo te imagino en este momento, colocada a cuatro patas para mí. —Me saca los dedos de la boca—. Pero antes quédate ahí tumbada y córrete con mi lengua como la chica obediente que sé que eres.

Ahora a su boca le acompañan sus húmedos dedos, que encuentran mi punto G sin demasiado esfuerzo.

Jadeo cuando halla el ritmo perfecto.

Desde luego, para ser un hombre que lleva años sin estar con una mujer, no parece ni de coña que haya perdido la práctica.

—Es una maravilla lo prieta que estás, Ind —dice, admirando cómo sus propios dedos entran y salen de mí—. Tan perfecta, joder...

Estoy a medio segundo de correrme cuando reduce la velocidad y me impide tocar el orgasmo.

—Ryan... —gimoteo—. No, no pares.

—Dime que no te vas a mudar.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Quieres correrte? Pues dime que no te vas a cambiar de piso.

—Por favor, haz que me corra y así podré ponerte hielo en la rodilla.

—Dime que no te vas a mudar y haré justo eso.

No me voy a ir a ninguna parte y menos ahora al verlo entre mis muslos. Sintiendo lo suave y, al mismo tiempo, áspera que es su lengua.

—Ánimo, Blue. Dime lo que necesito oír.

Echa el aliento sobre mi clítoris y de nuevo me lleva al borde del orgasmo.

—No... no me voy a ir a ninguna parte. Por favor —le ruego, sin apenas voz.

—¿Es así como consigo que seas educada conmigo? ¿Burlándome de ti con un orgasmo?

—Cierra el pico y haz que me corra.

Se echa a reír antes de meterme un dedo en la boca. Me encanta el sonido de su risa. Le aprieto las mejillas con los muslos mientras arqueo la espalda y la separo de la cama. Ya no para. Sigue chupándome, saboreándome como si estuviera preparado para quedarse ahí toda la noche. Verlo tan relajado, con su bonita sonrisa en los labios, es lo que al fin me lleva a culminar todos mis deseos.

Una vez saciada y más que satisfecha, no puedo remediar que me entre la risa al acordarme de que hace tan solo unas semanas creía que mi cuerpo estaba roto. Ni de coña lo está, no era una distracción lo que yo necesitaba, sino a este hombre.

Me besa por última vez la vulva al tiempo que me da un azote en el culo.

—Buena chica; eres mi tipo de desorden favorito.

—¿Qué tal va eso? —pregunto, señalando hacia su pierna.

—Ind, ¿aún sigues goteando y te preocupas por mi rodilla?

—¿Quién ha dicho que preguntaba por ella?

Esboza una sonrisa.

—Si te refieres a mi rodilla, está bien. Si estás hablando de mi polla, la tengo tan dura que me

duele.

Sentada en el borde de la cama, lo rodeo con mis piernas. Me besa y me deja en los labios mi propio sabor.

—Me encanta besarte —murmura.

Le meto la lengua en la boca, mientras le desabrocho el cinturón de los pantalones. Acaricio con los dedos el vello que encuentro sobre la pretina y él endurece el estómago ante mi roce.

Inhalando con fuerza, apoya la cabeza en la mía y se queda contemplando mis dedos exploradores.

—Dime lo que quieres, Ind.

Le meto la mano dentro de los pantalones.

—Esto.

—¿Dónde?

—En mi boca.

—Mmm —suelta—. Entonces, sácala y muéstrame lo que sabes hacer.

Enseguida, se desabrocha el cinturón. En cuanto los pantalones caen al suelo, me abro paso por sus calzoncillos con los dedos y le libero la polla.

Como está incómodo por la pierna lesionada, le digo:

—Ryan, siéntate. —Señalo la silla que hay en el rincón de la habitación.

Noto que se siente aliviado. Toma asiento, se recuesta y apoya un brazo en el respaldo. Se repantinga como un rey que espera a que le succionen la polla y, a mi parecer, lo es.

Dios, qué hermoso es este hombre. Y es todo mío. La tiene grande, suave al tacto y dura; nunca he deseado tanto a nadie.

—¿Qué estás mirando? —me dice, mientras se la agarra y la menea un poco.

—A ti.

Me pongo de rodillas y me abro paso entre sus piernas. Con las palmas de las manos, le recorro los muslos mientras observo el tamaño de su polla, que desde este ángulo es intimidante y está pidiendo a gritos que la libere.

Le acaricio el glande con el pulgar, que ya gotea el líquido preseminal.

—¡Joder! —dice, echando la cabeza atrás.

Sus gemidos y jadeos me recuerdan que nadie lo ha tocado desde hace demasiado tiempo y yo soy la privilegiada que va a hacer que eso cambie.

Pienso deleitarme con ello hasta el último segundo.

Mientras le acaricio los muslos y el cuerpo musculoso, él me observa con los ojos entornados y me acaricia el pelo.

Por fin recorro con los dedos toda la longitud. Está caliente, tersa, dura. Solo con eso, Ryan emite ya un gruñido. Es imposible que vaya a durar mucho, ni tampoco yo quiero hacerle esperar. La envuelvo con la mano y contemplo lo grande que se va haciendo. Me encanta cómo mira lo que le hago, como si quisiera recordar cada momento.

Con suavidad, le beso el glande antes de chuparlo desde la base hasta la punta.

—¡Oh, joder! —exclama. No puedo evitar soltar una sonrisa al sentir que este hombre tan controlado está a punto de trastornarse—. Qué bien se siente tu lengua.

Dibujo una O con los labios y me la meto lo más dentro que puedo, succionándola arriba y abajo. La punta ya gotea y se la limpio con un lametón. Agacho la cabeza para chupársela con los labios y con la lengua.

Con la voz ronca me dice:

—Mírame, Indy.

Al levantar la vista, veo que le tiembla la mandíbula de intentar mantener cierto control, pero luego me folla la boca sin poder contenerse. Me agarro a su muslo para no perder el equilibrio, noto que está a punto de correrse.

—Maldita sea —exhala—. Sabía lo guapa que ibas a estar de rodillas, Blue.

Sigo lamiéndolo mientras le rodeo la base con la mano. Me coge las mejillas.

—Puedes metértela más adentro. Sé que eres capaz. He tocado tu garganta con los dedos. Vamos, Ind. Puedes hacerlo.

Es lo más grande que he tenido en la boca, pero mi cuerpo responde a su polla. Parece hecho para ella, de modo que relajo la mandíbula y logro que entre más adentro.

—Ahí vamos —me elogia—. Esa es mi chica.

Me encanta que un hombre tan fuerte se muestre tan débil ante mí.

—Oh, sí, Indy. Tienes una boca increíble, nena.

Quiero que pierda por completo el control. Y lo hace cuando me folla la boca con dureza. Lo único que puedo hacer es sostenerle la mirada y dejar que me utilice a su gusto.

Veo que empieza a enloquecer, a perder el control, y la sensación de que ya no puede contenerse gracias a mí me impulsa a metérmela lo más adentro que puedo. Me coge la cabeza y golpea el fondo de mi garganta. No deja de mirar hasta que echa la cabeza hacia atrás. Tomo hasta la última gota que me ofrece, me encanta su sabor en mi lengua, necesito todo cuanto brota de él.

Desde arriba me ordena:

—Trágatelo. —Me coge el cuello con una sola mano—. Trágatelo —murmura de nuevo y me recorre toda la longitud de la garganta con los dedos para ayudarme a que me lo trague.

—Esa es mi chica —me alaba—. Qué bien lo has hecho.

Enseguida cambia del tono imperioso a la ternura, me toma de la mano para auparme en su regazo y me acaricia las caderas, la espalda, toda mi piel cálida.

—Gracias —susurra, mientras me besa en los labios.

Estoy obsesionada con este hombre, haría cualquier cosa por él, y va y me da las gracias por una simple mamada.

Intento moverme a su ritmo, pero cuando desliza sus dedos por debajo y encuentra mi clítoris hinchado, me resulta difícil pensar en otra cosa que no sea desear más.

—Ryan, si quieres parar, creo que este es el momento. Porque me gusta tanto lo que estás haciendo, que te deseo demasiado y estoy intentando ser respetuosa...

—Blue, no tengo la más mínima intención de parar si no quieres que lo haga.

—¿No? —Le echo las manos a la nuca.

—No, Ind. No puedo volver a fingir que no te deseo. —Me besa despacio, deleitándose con el momento, antes de sonreír contra mis labios—. Pero ten cuidado conmigo, ¿vale?

Sé que lo dice en broma, pero no hay duda de que tendré cuidado con su corazón mientras lo siga poniendo a mi disposición.

Asiento con la cabeza.

—Ahora utiliza las palabras y dime exactamente cómo quieres que te folle por primera vez.

29

Ryan

Boca arriba sobre el colchón, estiro las piernas en la cama porque eso es lo que quiere Indy. La tengo encima, cabalgándome. La tomaría de la manera que quisiera, pero también soy consciente de que tiene cuidado con mi lesión. Y eso que en este momento no me duele nada; solo tengo una necesidad abrumadora de estar dentro de ella.

—Ven aquí —la llamo con la voz ronca.

Es impresionante, siempre lo ha sido, pero ahora que la conozco, ahora que he visto sus partes más vulnerables, creo sinceramente que nunca he puesto los ojos en un ser humano más bello. Cuando extiende su cuerpo desnudo sobre el mío, estoy a punto de enloquecer.

Menos mal que ha hecho que me corra porque, de lo contrario, sería incapaz de durar más de diez segundos en su interior.

Con el dedo pulgar, le froto el clítoris trazando círculos y así me doy algo de tiempo para estar listo de nuevo.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunto para asegurarme.

—Te deseo a ti.

«Te deseo a ti».

He oído esa frase cientos de veces, pero siempre con otro significado. Los equipos me han deseado por mi talento; los agentes, por mi fama; y las mujeres, por lo que puedo proporcionarles.

Ella me desea por mí mismo.

—Si tú quieres, yo también —continúa, dejándome unos besos cálidos por la mandíbula—. Si quieres esperar, podemos esperar, pero nunca he deseado a nadie tanto como te deseo a ti —añade, besándome los labios como si fuera su última oportunidad de hacerlo.

Pero, después de esta noche, ya no hay marcha atrás. Estoy metido de lleno.

He intentado convencerme de que no había mujer en el mundo que pudiera cambiarme, distraerme, recordarme todo lo que siempre quise. Sin embargo, llegó Indy Ivers y ella sola consiguió reparar todas las piezas rotas.

Yo creía que había amado a alguien, pero ahora sé que mi corazón nunca estuvo entregado del todo a nadie. Me gustaba la vida que creía poder tener, pero con esta mujer, aunque pasáramos el resto de nuestra vida los dos solos en este apartamento, moriría siendo un hombre feliz, colmado de satisfacción.

—Indy, sé que querías que esto fuera algo sin complicaciones, pero yo no puedo actuar contigo como si esto solo fuera algo ocasional.

—Yo no quiero que sea algo esporádico —dice, negando con la cabeza de manera enérgica—. Contigo nunca lo he querido. Siento haberte hecho creer eso. Has sido como un rayo de luz en mi corazón. Tengo la certeza de que estás hecho para mí.

Sus palabras hacen que se me endurezca la polla al instante.

—Joder, Indy, esas son las palabras más bonitas que he oído salir de la boca más linda del mundo.

Alargo la mano hacia la mesilla de noche y saco un condón que me ha dado Dom después de la cena. No pude explicarle que no tenía ninguno porque llevo un par de años sin follar, así que le dije que se me habían terminado y que, al haberme lesionado, no me había dado tiempo de ir a comprar más. El tío tiene siempre un montón a mano.

Después de darnos unos cuantos besos húmedos, Indy me frota las tetas contra el pecho y me arrima el culo a la polla. La necesito.

—Por favor —le pido, pasándole el condón.

—¿Estás implorando, Shay?

—Sí —me río—. Joder, estoy desesperado por ti, Blue.

—Bien. —Abre el envoltorio de aluminio—. Quiero que te domines con todos los demás, pero conmigo te quiero ver trastornado. ¿Podrías hacerlo por mí?

—Puedo hacer cualquier cosa por ti, nena.

Me gusta que hable de lo que necesita. Toda su vida, se ha centrado en complacer a los demás, pero conmigo quiero que sea egoísta, que tome en lugar de dar.

Después de ponerme el condón, me pide:

—Ve despacio conmigo. Nunca he tenido nada tan grande dentro.

—Sigue hablando, Ind. Lo que dices es muy bueno para el ego de un hombre.

Sonríe y vuelve a trepar sobre mis caderas. Aprovecho ese momento para acariciarle los muslos y apreciar su cuerpo, mientras juego con los pulgares en sus pezones. Le paso las manos por el vientre y la cintura y le acaricio el culo con los dedos.

Es preciosa y es a mí a quien desea.

Podría tener una multitud de hombres rendidos a sus pies y, sin embargo, me desea a mí.

Se levanta y restriega el coño a lo largo de mi polla, lo que me proporciona una sensación muy placentera. Cuando le acaricio el clítoris y suelta el gemido más encantador que haya oído nunca, me obligo a pensar en cualquier otra cosa menos en que tengo a la mujer más sexy desnuda sobre mi regazo, todo para no correrme incluso antes de acceder a su interior.

Llevo años sin acostarme con nadie y esta mujer va a ser mi perdición.

Se pone de rodillas, encuentra mi polla y la centra. En cuanto la punta roza la entrada, echa la cabeza atrás y se demora un rato, mirándome para asegurarse de que estoy bien.

Estoy mejor que bien, así que le sostengo la mirada, la cojo por las caderas y la embisto.

Compartimos un jadeo, el único sonido que se oye en la silenciosa habitación.

—Qué prieta —le digo, introduciéndome en ella poco a poco.

—Ryan, es demasiado.

—Te cabe, ya verás —le aseguro, pero dejo de empujar para que se ajuste.

Cuando está preparada, se agarra al cabecero de la cama que hay a mi espalda y va descendiendo los últimos centímetros hasta envolverme por completo.

—Buena chica. Bien hecho, Ind.

Su pecho cae sobre el mío y empezamos a movernos al unísono.

—Lo sabía —le susurro al oído.

—¿El qué?

—Que estabas hecha a mi medida. ¿Sientes lo bien que encajamos?

Asiente mientras menea las caderas. Se toma su tiempo y yo la dejo que se mueva a su ritmo, aunque me muera por seguir embistiéndola. Quiero que sepa que manda ella porque no sé si alguna vez lo ha sabido.

La beso en los labios mientras empieza a subir hasta la punta y luego se deja caer.

—Joder —exclamo—. Qué buena estás.

Gime dentro de mi boca y yo me trago sus suspiros, me los bebo como si estuviera muerto de sed. La verdad es que ninguno de los dos permanecemos demasiado callados: los gemidos y los jadeos resuenan en las paredes que nos rodean.

Sujetándose en mi vientre y en mis brazos, saca pecho y deja caer la cabeza hacia atrás. Desde mi posición veo que las tetas se le balancean. Tiene el rubio cabello pegado a la frente y los labios hinchados y de un color rosa intenso.

Dios, qué preciosidad.

Al mirarla, hasta yo estoy a punto de chillar como una perra porque, por primera vez en cuatro años, no pienso en nada salvo en lo mucho que deseo a esta mujer.

Me siento libre.

He recuperado mi identidad.

—Sigue conmigo, Ryan. —Indy me pasa los pulgares por las mejillas—. Sigue conmigo.

—Estoy contigo, Blue. No te preocupes por eso.

Jadea cuando levanto las caderas y me introduzco en ella hasta llegar al punto preciso; entonces, me abraza el cuello y empieza a cabalgarme. Le succiono las tetas y me araña la piel mientras me adentro en ella una y otra vez.

Tengo todos los músculos tensos, pero nunca he sentido tanta paz mental, nunca me he sentido tan bien como en este momento.

Nunca me he sentido tan compenetrado con otra persona como ahora.

No hay duda de lo que está ocurriendo. No estamos follando; esto es algo demasiado especial como para llamarlo así.

Cuando me susurra palabras para recordarme lo mucho que significo para ella, lo mucho que me desea, entonces sé que nunca volveré a ser el mismo.

—¡Ry! —grita con la respiración entrecortada.

Le encuentro el clítoris con el pulgar, entre nuestros cuerpos, y se lo estimulo para que se corra conmigo.

—Espera. Quiero que te corras tú —dice.

—No pienses en nadie, Indy. Toma lo que necesites.

Echa la cabeza hacia atrás, me implora que le succione y le mordisque el cuello. Cuando se acerca jadeante, vuelve a murmurar mi nombre contra mis labios.

Su prieta vulva me estrecha cada vez más. Cuando entreabre la boca del éxtasis, ya no me contengo y me corro con ella. Derramo el semen en el condón. Por primera vez en demasiado tiempo, me permito perder el control por alguien. Junto con unas cuantas palabrotas, se me escapa su nombre de los labios como si fuera una plegaria de agradecimiento. Porque así es exactamente como me siento.

Agradecido.

30

Ryan

Un suave y rítmico golpeteo en mi mejilla me despierta por la mañana del sueño más reparador que he tenido en mucho tiempo.

Cuando intento orientarme, me encuentro a Indy debajo de mí, abrazándome mientras duerme. Todo mi cuerpo está encima del suyo y no puedo evitar sonreír al verle el pelo rubio enredado que hace contraste con la funda negra de la almohada. Tiene los labios hinchados; la piel, enrojecida y todavía brillante por las cuatro veces que se corrió anoche.

Me siento un tanto orgulloso de ello. Para ser una mujer que no ha podido tener un orgasmo durante los últimos ocho meses, no me ha costado nada provocárselos.

Su olor es como una puta droga para mí y su sabor se ha convertido enseguida en mi adicción favorita. Por esa razón, mientras hacía de enfermera y me ponía hielo en la rodilla después de haber hecho el amor, la animé a que se me sentara en la cara y le di el orgasmo número tres. Luego, en mitad de la noche, con su cuerpo acoplado al mío, la desperté, deslicé la mano entre sus pernas e hice que se corriera por cuarta vez.

Fue muy liberador pasar la noche entera con ella en mi cama y tener la mente despejada de pensamientos angustiosos.

—Mmm... —murmura al despertarse—. Cómo pesas.

—Te aguantas.

—Quítate de encima.

La abrazo con más fuerza.

—Ni de coña.

Dobra las rodillas, me rodea la cintura con las piernas y cruza los tobillos para tenerme más cerca. La consecuencia es que mi erección matutina, cubierta tan solo por mis bóxeres, presiona contra su monte de Venus y me recuerda que, aparte de la camiseta mía que lleva puesta, está desnuda del todo.

Se me escapa un profundo gruñido gutural cuando, una vez más, muevo las caderas hacia las suyas.

Si tuviera tiempo y un condón, podríamos empezar de nuevo.

—¿Cuándo me vas a dejar que te corresponda en reciprocidad? —me susurra el oído, lo que hace que me empalme aún más.

Desesperado, levanto la cabeza para mirar el despertador de la mesilla y ruego a Dios que me haya despertado lo suficientemente pronto como para ver otra vez la boca de Indy rodeándome la polla. Anoche lo intentó, pero después de hacer que me corriera dos veces, quise que el resto de la noche le perteneciera a ella.

Sin embargo, a la luz del día, me siento un poco más egoísta, sobre todo porque sé que después del partido tengo que montarme en un avión para otro partido.

Al ver la hora, suelto un gemido de desesperación.

—Cuando no tenga que ir a una rueda de prensa dentro de menos de veinte minutos —respondo a su pregunta.

Ella suspira y dice:

—¿Quién hace el desayuno? ¿Tú o yo?

Con el portátil abierto, echo una ojeada a los huevos que se están haciendo en la cocina.

—Oye, Indy. ¿Te importa venir un segundo?

La siento entrar en la cocina y apoyarme la mejilla en el hombro para que sepa que ha venido.

—¿Qué te parecen estas zapatillas? —pregunto, señalando la pantalla del ordenador.

—Pues... me gustan.

—Qué mentirosa eres.

—Perdona, pero llevo cuatro meses mintiéndole con éxito a tu jefe. —De nuevo señalo la pantalla del portátil—. Son un poco sosas —admite con sinceridad—. Podrían tener algo más de color.

Me hace sonreír pensar que es imposible que a mi chica alegre le gusten unas zapatillas blancas y negras.

—¿En qué color estás pensando?

Se queda pensativa.

—Tal vez rojo, como el color de tu equipo.

—¿Y azul?

—¿Por qué? El rojo tiene más sentido.

—Pero es que el azul está empezando a ser mi color favorito.

—Pues uno de los dos. —Se encoge de hombros, no ha pillado la indirecta—. El que tú elijas estará bien.

Se agacha y me da un beso en el brazo, luego se dispone a dejarme solo en la cocina.

Con una mano, le rodeo la cintura y la detengo para que vuelva. Los dos sabemos la cantidad de veces que hemos compartido el desayuno en esta cocina y que hoy es diferente.

—Buenos días —le digo, antes de besarla en la boca, que le sabe a pasta de dientes.

—No tienes ni idea de la cantidad de veces que he deseado que me besaras durante el desayuno —dice acurrucándose a mi lado.

Así que eso hago una y otra vez, hasta que las tortillas veganas ya están listas.

Saca el café de la nevera y añade una de esas leches con sabores tan dulces que compró.

—Todas las mañanas te encargabas de que mi café estuviera frío para que no se aguara cuando le añadiera el hielo. Puede que ese fuera tu lenguaje del amor. Siempre me daba cuenta. Gracias.

Puede que tenga razón, porque me encantaba verla sonreír cada vez que sacaba la taza y se daba cuenta de que lo había hecho por ella.

En algún momento, tal vez deba decirle que mi lenguaje del amor es el que ella quiera que sea, así no tendrá que seguir averiguando cosas. Me aseguraré de que esta chica se sienta amada como lo necesite.

Se sienta a mi lado y coloca una carpeta cerca de mi plato.

—¿Qué es eso?

Se ruboriza.

—Ignórame si me sobrepaso, pero el día que fuimos de camping me contaste que querías crear tu propia fundación y no he podido quitármelo de la cabeza. Como dijiste que te parecía una tarea abrumadora, pensé que tal vez yo podría ayudarte a encauzarlo en la buena dirección.

Al abrir la carpeta, aparecen un montón de papeles que detallan los pormenores de una nueva organización sin ánimo de lucro. Costes de puesta en marcha, previsiones de recaudación de fondos, descripción y un minucioso plan de marketing. Cada detalle está pensado y organizado con sumo cuidado, es un plan empresarial tan completo que solo le falta un nombre.

Saber lo que esto significa hace que se me seque la garganta y no pueda ni hablar. Indy continúa:

—Empezaremos poco a poco. Muchos de estos niños no tienen un sitio en el que pasar los veranos, como sucede durante el curso escolar. Incluso se quedan sin la comida que les proporciona el colegio y, por lo tanto, imagino que algunos ni siquiera comerán esos días. Así que, ¿qué tal si montamos un campamento de verano, algo que les garantice un entorno con su horario programado y todas esas cosas? Podríamos proporcionarles las comidas y un lugar seguro donde jugar. —Va pasando las páginas, pero yo ni las leo, pues me limito a mirarla a ella—. Podríamos limpiar algunas de las pistas al aire libre que hay en la periferia de Chicago. E incluir donaciones de zapatillas deportivas. Así tendrán algo que ponerse. Más adelante, podríamos encargarnos también de los programas del colegio y crear actividades extraescolares. Este es mi proyecto. —Me pasa un gráfico—. Dentro de cinco años, esta es la cantidad de niños a los que podríamos ayudar, si vamos creciendo a este ritmo.

Yo guardo silencio, estoy cautivado por cada una de las palabras que sale de su boca.

El nerviosismo y la inseguridad se apoderan de ella, que se pone las manos en el regazo y deja la carpeta en la encimera de la cocina.

—Si quieres, claro. Es solo un primer borrador...

La interrumpo con un beso.

—Eres increíble —murmuro en sus labios.

—No es nada.

—Es todo.

—¿Te gusta?

Me pregunta que si me gusta... Me encanta. Sobre todo la cantidad de veces que ha utilizado la primera persona de plural mientras explicaba el plan.

—No solo me gusta, Blue. Esto significa muchísimo para mí, de verdad. Gracias.

No se me escapa la sonrisita de orgullo que se le cruza por los labios por el hecho de que la elogien por su mente brillante en lugar de que la obliguen a callarse. Me entran ganas de pasar el resto de mi vida recordándole lo brillante que es, hasta que le desaparezcan por completo esas inseguridades. El detalle y el cuidado que ha puesto en cada palabra se reflejan en las páginas a medida que las hojeo.

—¿Esto es lo que estudiaste en la carrera?

—Sí. Hice Administración y Dirección de Empresas. Tenía planeado estudiarlo sobre el terreno después de la graduación.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque enseguida me di cuenta de que la mayor parte del tiempo estaría trabajando con gente rica para hacerla aún más rica y eso ya me aburría.

Indy toma un bocado de su desayuno y yo me quedo mirándola sin pestañear. Es más inteligente de lo que le da a entender a la mayor parte de la gente. Se le da genial ponerse una máscara de felicidad y hacer que quienes la rodean se sientan bien consigo mismos. Me imagino que tuvo que resultarle agotador enaltecer el ego y abultar aún más los bolsillos de la gente acaudalada.

Es una curiosa combinación de idealismo y lógica, con tendencia hacia el lado romántico. Estoy seguro de que tuvo que resultarle difícil ver la parte romántica de los números. En cambio, en esto, en encontrar una manera de ayudar a los niños, se puede ver la pasión que ha puesto a la hora de desarrollar este plan empresarial.

—Entonces fue cuando te hiciste azafata, ¿no?

—Sí, me encanta mi trabajo. Estoy todo el día rodeada de gente y viajo por todo el mundo. Quería ver lo máximo posible antes de asentarme algún día con una familia... —Se aclara la garganta y cambia de tema—: ¿Vas al partido esta noche?

Es el primero que se juega desde mi lesión y, aunque me han dado permiso para saltármelo, le prometí a Leon que estaría allí para ayudarlo. Quiero hacerlo. Quiero que ganemos, aunque no sea yo el que marque los puntos.

—Sí. ¿Tú?

—¿Quieres que vaya?

—Quiero tenerte allí.

«Quiero tenerte en todas partes».

—Entonces iré.

La rueda de prensa de esta mañana ha sido la primera desde la lesión y seguro que también la más larga de mi carrera. Me han hecho un montón de preguntas a las que he contestado, como siempre, con toda la diplomacia que soy capaz de reunir.

«¿Cuándo volverás?». Espero que dentro de tres o cuatro semanas.

«¿Cómo te encuentras?». Genial. He hecho progresos en estos pocos días que han transcurrido desde que pasó aquello.

«¿Crees que el equipo será capaz de arreglárselas sin ti un mes?». Tengo fe en mis chicos.

Si pudiera ser sincero, les contaría la verdad: que me siento como si le hubiera hecho una faena a toda la organización y, en cierto modo, a toda la ciudad. Pero tengo que estar perfecto a todas horas y eso incluye las entrevistas con los medios de comunicación. No puedo permitir que me vean sudar.

No puedo estar más agradecido de poder ver el partido desde la banda sin muletas. Casi siento las cámaras enfocándome con el zoom y a los periodistas hablando de mí en las retransmisiones.

Lo odio.

—¿Estás bien, tío? —Ethan me da unas palmaditas el hombro.

—Voy tirando.

—Es una pasada que estés aquí. Este es el momento en que se ve el tipo de líder que eres. Has venido por ellos, no para que te vea Ron. —Señala al equipo cuando lo nombra.

Llevo unos meses intentando convencer a mi *general manager* de que soy un buen líder. Pero hoy no he pensado en él cuando he tomado la decisión de aparecer por aquí. Por primera vez desde hace tiempo, estoy empezando a sentirme como era en mi época universitaria. Como el que llevó a su equipo a dos campeonatos nacionales. Como el tío que se fiaba de la gente sin hacer indagaciones innecesarias.

Echo de menos a mi antiguo yo, pero mi cuerpo se siente ligero ante la esperanza de estar recuperándolo.

Mi silla es la primera del banquillo y, durante todo el primer cuarto, no he parado de mover los pies con energía en un intento por permanecer sentado.

Leon es un magnífico tirador, pero tiene que enfrentarse a uno de los mejores bases de la liga, el del equipo de Toronto.

A él le cuesta mucho más que a mí ver la cancha como la veo yo, pero eso es algo que solo lo dan los años de experiencia. De momento, yo puedo ser sus ojos.

Se acerca al banquillo para intentar oírme por encima del ruido del pabellón abarrotado. Luego hace el primer descanso del partido, al final del primer cuarto, y se sienta a mi lado.

—Lo estás haciendo bien —le aseguro.

—El tío va un paso por delante de mí cada vez que se dirige hacia la canasta.

—Eso es porque tú esperas que vaya por la derecha, pero él prefiere ir por la izquierda. Siempre. Y sí, es más rápido que tú. Eso es un hecho, así que arriésgate y engáñalo. En el mejor de los casos, evitarás que enfile hacia canasta, y en el peor, le dejarás que te alcance por la derecha y así aprenderás para la próxima vez.

Cuando Leon sale de nuevo a la cancha, ataca por la izquierda y provoca que el base de Toronto pierda el equilibrio. A partir de entonces, observa con precisión los pies de su rival y, en el momento en que este cambia el peso de una pierna a otra, Leon interviene y hace que los Devils pierdan la posesión, aunque se apresuran a recuperarla.

Aunque no esté jugando ahí fuera, me siento tan eufórico como si fuera yo mismo quien estuviera haciendo las jugadas.

Al siguiente balón muerto, Leon mira hacia mí como un niño pequeño emocionado porque acaba de encestar su primera canasta. Es tierno y encantador, estoy muy orgulloso de él.

Mi entrenador me da un golpecito en el hombro.

—Buen trabajo, Shay.

Tras las entrevistas posteriores al partido, saco la maleta del vestuario y decido encontrarme con Indy antes de subirme al autobús del equipo de camino al aeropuerto. Quiero verla en mi espacio.

Nada más doblar la esquina del vestuario, me sorprende para bien encontrarla fuera de la sala de espera de las familias.

Stevie y mis padres han estado ahí numerosas veces, pero nunca creí que ella también pudiera estar ahí esperándome algún día. Lleva mi camiseta, que le queda de puta madre.

—No sabía adónde ir. Annie se ha marchado ya con los niños a casa y me siento como una intrusa.

—Estás justo donde tienes que estar.

—Buen partido.

—Gracias. —Estoy a punto de recordarle que no he jugado yo, pero acepto el cumplido porque ya lo sabe.

Le retiro el pelo de la cara y la beso en los labios. Cuando me sonrío, me doy cuenta de cuánto la deseo.

—Qué bien te sienta la camiseta con mi apellido, Blue.

Me atrae hacia ella y profundiza en el beso apoyando la espalda en la pared de la sala de espera. Cómo me alegro de que se hayan ido ya los hijos de Ethan.

Desde luego, no es ni mucho menos el momento apropiado, pero me importa un carajo. No hay nadie alrededor que pueda vernos y tengo que subirme a un avión y abandonarla durante una semana.

—Shay —oigo al otro lado del pasillo. Me aparto de Indy, miro por encima del hombro y me encuentro a Ron Morgan.

—Señor.

—Buen trabajo esta noche. Carson ha estado magnífico gracias a ti. Ese era el tipo de líder que yo buscaba. —Inclina la cabeza hacia mi chica—. Indy, me alegro de verte.

—Lo mismo digo, señor Morgan —dice, intentando disimular el rubor de las mejillas porque la hayan pillado in fraganti.

Cuando nos da la espalda para dirigirse de nuevo al pasillo, se despide.

—Adiós, pareja. ¡Espero verte en Phoenix, Indy!

Me resulta curioso que, por primera vez, no estábamos haciendo nada para que nos viera Ron.

—¿Qué pasa en Phoenix?

—Que tu viaje y el mío se solapan durante un día. Caroline y él querían que fueras con ellos,

si el trabajo te lo permite.

—¿Tú quieres que vaya?

Si me lo hubiera preguntado hace un par de meses, le habría contestado de inmediato que sí. Habría querido impresionar a mi *general manager*, intentar convencerlo de que no soy tan solitario como él se imaginaba. Ahora también deseo decirle que sí, pero solo porque eso significa pasar más tiempo con ella.

—Sé que tienes trabajo, pero si puedes, entonces sí, me encantaría verte.

—Y a los Morgan.

Pongo los ojos en blanco.

—Y a los Morgan.

Cuando le veo las zapatillas Converse bordadas, descubro que tiene un añadido nuevo. Dentro del tobillo izquierdo, hay un balón de baloncesto con mi número y un corazón cosido en el centro.

—¿Cuándo has hecho eso? —pregunto.

—Esta tarde. He pensado que ya era hora.

Me agacho y la beso de nuevo. No creo que me acostumbre nunca a tener el privilegio de besar a esta chica. Me parece excesivo que ella me toque y me desee. ¿Qué he hecho yo para merecer que me desee precisamente a mí?

—¿Me acompañas al autobús del equipo? —Cojo la maleta con una mano y a ella con la otra.

Nada más salir por la puerta trasera del pabellón, lo oigo antes de verlo. Y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, veo que está toqueteando el brazo de Indy.

—Indy.

Me aprieta la mano ante el sonido de su nombre.

—Alex. ¿Qué estás haciendo aquí?

No deja de tocarle el codo. Con suavidad. Demorándose.

—Aparta la puta mano de ella.

Por instinto, me pongo entre los dos.

Quiero interponerme entre ellos física y metafóricamente. Para acercarse a ella, tendrá que pasar a través de mí, y eso no va a ocurrir ni de coña.

—Vale. —Alza las manos como rindiéndose, antes de redirigir su atención a la rubia que está detrás de mí—. Indy, tenemos que hablar.

—No, de eso nada —hablo por ella, como un cavernícola perturbado. No hay nada que decir.

—Ryan, no pasa nada —dice ella acariciándome en un costado—. Alex, no creo que tengamos que hablar. Ni ahora ni nunca.

—Nunca hemos hablado de aquella noche. Necesito explicarme.

Ella se ríe, pero noto lo mucho que le duele oír su propia risa.

—¿Explicar qué? ¿La razón por la que te acostaste con otra?

El interpelado mira al suelo con las manos en los bolsillos.

—Sí, exactamente. Pero me gustaría hablar contigo a solas.

—Pues eso no va a suceder —intervengo.

—Indy, veintidós años. Te debes a ti misma escuchar mi explicación.

Cabrón manipulador. Utiliza la historia como un cebo con la mujer más leal que conozco.

Ella inhala aire y respira hondo; sé que ya la tiene. Lo odio.

—Está bien. Cinco minutos.

—Blue —protesto por encima de mi hombro.

—No pasa nada, Ryan. —Se centra de nuevo en su ex—. No tiene importancia.

Me niego a moverme, a dejar un espacio abierto entre ellos, pero no sirve de nada porque me rodea y se pone frente a mí.

—Bueno, te llamaré en cuanto pueda. Que tengas un buen vuelo.

Le lanzo una mirada asesina al capullo que tiene detrás. «Tócala y te mataré. Di algo que la disguste y te arruinaré la vida. Mírala como no debes y te daré una paliza de muerte».

No sé si será capaz de interpretar todo lo que dice mi mirada, pero espero que lo haya entendido.

Tomo la cara de Indy entre mis manos y en voz baja le ruego que se vaya a casa, pero ella se mantiene firme en su decisión de tener esa conversación.

Soy un hombre posesivo en lo que se refiere a ella, de eso no cabe duda. Aunque soy controlador en mi propia vida, jamás controlaría la suya ni sus decisiones.

A final cedo, la beso en la frente y me demoro todo lo que puedo.

—¡Ryan! —me llama Ethan desde el autobús del equipo, que está a mi espalda—. ¡Tenemos que marcharnos!

Hay muchas cosas que quiero decirle justo ahora, pero sobre todo me gustaría saber si lo que siente por mí es suficiente para que no tenga que preocuparme. También quisiera saber si de verdad quiere hacer esto. No hace tanto tiempo que estuvo llorando en nuestro salón antes de arrojar un zapato a mi puerta por culpa de este tío.

Pero no tengo tiempo de hacerle ni una pregunta, pues el autobús me está esperando, y también un avión en la pista.

—Llámame en cuanto puedas —le digo, mientras retrocedo hacia el vehículo.

Asiente con la cabeza y no aparto la vista de ella hasta que tengo que subir los escalones del autobús, donde casi hago un esprint hacia mi asiento. Veo desde la ventanilla que los dos se sientan en el bordillo que hay fuera del pabellón.

¿Por qué? No necesitan tanto tiempo. De hecho, no necesitan ni un segundo.

Estoy hecho un manojo de nervios, totalmente fuera de control. En cierto sentido, llevo así desde que esta chica pisó por primera vez mi apartamento, pero esta vez la impotencia no me resulta nada liberadora. Cuando arranca el autobús, me siento furioso.

Todo es tan reciente entre nosotros... No hemos tenido la oportunidad de hablar a fondo sobre nuestra relación. Se nos hacía raro ponerle una etiqueta a algo tan orgánico.

Pero ojalá lo hubiéramos hecho. Así ahora se lo podría contar a él y, lo que es más importante todavía, podría contarme a mí en qué punto estamos.

Todas las inseguridades del mundo se apoderan de mí.

¿Significaré lo suficiente para ella?

¿Volverá con él?

¿Y si nunca ha dejado de quererlo?

Estas tres preguntas me consumen, me ciegan. Me las hago una y otra vez mientras contemplo a mi chica con otro hombre. Y encima tengo que coger un avión, marcharme de Chicago y conformarme con rezar para que yo signifique lo suficiente para ella.

Tardamos veinte minutos en llegar al aeropuerto; le he dado ese tiempo para llamarla.

—Hola —saluda, la oigo tragar saliva.

La conozco lo suficiente como para saber que se está tragando las emociones.

—¿Estás bien?

Acabo de salir del autobús y me demoro en la pista mientras los chicos embarcan en el avión.

Se le escapa un sollozo del pecho.

—Sí.

—Indy... —Cierro los ojos suspirando—. Mierda.

No solo detesto oír la disgustada, sino que me reconcome no saber exactamente por qué lo está. Recorro la pista despejada a paso rápido mientras escucho sus sollozos, hasta que dice:

—Estoy bien, Ryan.

—Quiere que vuelvas con él, ¿no?

Como no responde, mi corazón se desploma ante su silencio.

—¿Qué te ha dicho?

—No importa.

—¿Cómo puedes decir eso, Ind? Está claro que sí te importa. Te has disgustado.

—Estoy procesándolo. Tengo que despedirme de un montón de años.

Joder. No quería oír nada de eso, pero tampoco estoy seguro de lo que esperaba. ¿Acaso creía que iba a contestar al teléfono diciéndome que lo había mandado a tomar por culo y que a ella no le había afectado lo más mínimo?

Es una chica muy sensible. Al principio, eso me irritaba, pero es lo que al final me enamoró tanto de ella, su disponibilidad para sentir. Hay que dar por supuesto que esa conversación ha tenido que afectarle. De lo contrario, no sería ella.

Pero lo que necesito que me diga es que no ha cambiado nada entre nosotros y está claro que no puede.

—¡Shay, vámonos! —grita uno de los empleados del equipo desde lo alto de las escaleras del avión.

—Blue... —empiezo, pero no encuentro las palabras.

Necesito decirle lo mucho que la deseo. Necesito decirle que puedo darle la vida que siempre ha deseado si me lo permite. Necesito decirle cualquier cosa que le haga olvidarse de esa puñetera conversación con el tío que no ha sabido apreciar todo lo que vale.

—Tienes que marcharte, Ryan.

—¡Shay! —oigo otra vez.

—Maldita sea. —Respiro hondo mientras empiezo a subir la escalerilla del avión—. Tómame el tiempo que necesites, Indy. Lo entiendo o, al menos, intentaré entenderlo. Que tengas un buen vuelo mañana.

Cuelgo porque comprendo que este no es el momento de hablar de mí. Aunque me mate la incertidumbre, sería un egoísta redomado si no le diera tiempo para que lo procesara.

Sin embargo, pese a que intento ser un buen chico, pensar que a lo mejor lo he malinterpretado todo como un loco enfermo de amor, como lo hice antes con otra mujer, me crispa los nervios cuando me siento antes de despegar.

31

Indy

Yo: *Necesito saber cómo te ha ido el día. ¿Está bien Ryan? Apenas me habla.*

Stevie: *Creo que está asustado, aunque no quiera admitirlo.*

Yo: *No tiene motivo alguno para estarlo y, si quisiera hablar conmigo, lo sabría.*

Stevie: *Lo sé, Ind, pero las inseguridades no funcionan así.*

Me he sentido muy sola, aunque haya estado rodeada de amigos durante el trabajo.

Ya no me importa si estoy en una habitación llena de gente. Si no está Ryan, me siento sola. Y justo ahora no solo no está conmigo, sino que además no me habla demasiado.

No está enfadado conmigo ni tampoco me está esquivando, solo está dándome espacio para que procese la conversación con Alex. Pero no lo necesito. Ya se lo he dicho, pero las veces que hemos hablado en los últimos días no me ha dado tiempo de explicarle lo que pasó.

Si soy sincera, a veces creo que piensa que, si me da tiempo suficiente para explicárselo, acabará diciéndole que voy a volver con mi ex. Pero lo cierto es que le contaría lo orgullosa que estoy de mí misma por cómo llevé la conversación y lo obsesionada que sigo con el hombre con el que vivo.

Le contaría que cuando mi ex empezó a llorar, mi antiguo yo habría hecho cualquier cosa por consolarlo y hacerle feliz, pero mi nuevo yo sintió que esa no era su responsabilidad.

Le diría que me explicó por qué se había acostado con otra: porque llevábamos juntos mucho tiempo, porque éramos amigos íntimos desde los cinco años, porque yo era la única chica con la que había estado, porque quería explorar algo nuevo antes de asentarse de manera definitiva conmigo, pero que nunca en su vida se había arrepentido tanto. Y le contaría lo que le contesté yo: que era lo mejor que me había pasado en mi vida.

Le explicaría que cuando me preguntó si él era la última persona con la que había estado, porque para él no hubo ni un antes ni un después desde la noche en que lo pillé, le dije que no me había hecho la pregunta adecuada. Que debería haberme preguntado si él era la última persona a la que había amado, pero que, de todas maneras, la respuesta a las dos preguntas era que no.

Le dejaría claro que, cuando Alex me pidió que fuera a casa con él, yo le dije que mi casa estaba en la planta número 22 de un edificio del centro.

También le contaría que, mientras estuvimos sentados en ese bordillo, tuve la oportunidad de llorar esa relación por primera vez desde que se acabaron las cosas. Las respuestas que me dio me brindaron la oportunidad de cerrar ese capítulo de mi vida de manera oficial. Y, en ese momento, sentí pena por la triste chica de hace unos meses que necesitaba respuestas con urgencia, mientras que a la mujer que soy hoy ya no le importan nada sus razones. Esas lágrimas, por lo tanto, no significaban que quisiera volver a la vida de antes.

—Es la primera vez que vengo a este pabellón —dice Carolina, dando una palmada de emoción. Me saca de mis recuerdos mientras nos disponemos a ver el partido de baloncesto en Arizona desde cerca de la banda.

Tanto los Raptors como los Devils juegan en Phoenix esta noche. Ron y Caroline me han

llamado para que me sentara con ellos, pero solo me puedo quedar la primera mitad. Tengo que ir al aeropuerto para preparar el avión para poder llevar a casa esta noche al equipo de hockey.

Ryan me aseguró que no hacía falta que viniera a verlo. Que los Morgan no se iban a mosquear porque les rechazara una invitación. Pero yo no he venido para convencerlos de que lo nuestro es real, he venido por él.

Por fin, los dos equipos salen a calentar y la cancha se llena de unos jugadores altísimos. Tras ellos se encuentra mi compañero de piso. Está al otro lado de la cancha, de pie frente al banquillo de su equipo, con ropa de calle y los ojos clavados en mí.

Es un hombre tan bueno que se me cae el alma a los pies al verlo tan preocupado. No parece contento, sino estresado.

Tiene los brazos cruzados sobre el fuerte pecho y esboza una leve sonrisa, pero no tan amplia como para que le salgan los hoyuelos.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta Caroline desde al lado refiriéndose a él.

—No estoy segura. —Sigo con la mirada clavada en él, que vuelve a centrar la atención en el equipo con el que no puede jugar—. Tuve una conversación con alguien de mi pasado hace unos días y no he tenido la oportunidad de explicarle que no ha significado nada para mí. Creo que está estresado por eso.

—Bueno... —dice, me pone la mano sobre la mía y me la aprieta un poco—, eso es porque te ama. Y no quiere perderte.

—Todavía no me lo ha dicho.

—¿No?

Vaya por Dios. No debía habérselo contado, pues ella cree que estamos felizmente enamorados y viviendo juntos. Lo nuestro ha empezado del revés. Primero nos hemos ido a vivir juntos, luego hemos hecho como que nos queremos y después hemos ido desarrollando sentimientos de verdad.

Quizás no debería haberlo dicho en voz alta, pero ahora mismo me siento demasiado vulnerable como para mentir.

—¿Sabes una cosa, Indy? No creo que Ryan sea el tipo de hombre que va por ahí proclamando su amor a los cuatro vientos. Puede que no lo diga, pero apostaría cualquier cosa a que lo expresa sin palabras todos los días.

Café frío esperándome en la nevera.

Flores frescas, aunque a veces se mueran porque se preocupa demasiado por mantenerlas vivas, encima de la isla de la cocina esperándome en casa después de cada viaje.

Siempre se asegura de que haya comida que yo pueda tomar.

Incluso me está dando tiempo para procesar mi conversación con Alex.

—A veces, cuando el amor es verdadero, sobran las palabras —continúa Caroline.

La emoción me empaña los ojos mientras estoy allí sentada junto a la banda, rodeada de dieciocho mil fans. Nunca lo había contemplado desde esa perspectiva.

Pese a ser una romántica empedernida, ya no necesito las continuas declaraciones de amor de mi ex, pues sus acciones no se correspondían con sus palabras. Tan solo quiero sentirme amada como me siento con Ryan.

Cuando terminan de calentar, Ron se sienta junto a su esposa y, tras las presentaciones del equipo, salen a la cancha unos veinte niños de la escuela primaria.

Cada jugador, incluido el capitán, queda emparejado con uno de los niños, de edades comprendidas entre los siete y los once años. Al parecer, pertenecen a una escuela primaria local y son homenajeados por haber obtenido las máximas calificaciones en el colegio.

El jugador correspondiente le regala a cada alumno una camiseta y un fotógrafo inmortaliza el momento. Algunos de los niños no les llegan ni a la cintura a estos hombres tan altos, por lo que las fotografías tienen que resultar graciosas y entrañables.

A Ryan le ha tocado una niña que parece la más pequeña del grupo. No dice ni una palabra, solo lo mira fijamente a la cara. Es posible que esté nerviosa por estar delante de miles de personas y al lado de Shay, nada más y nada menos.

Pero, cuando el fotógrafo reclama su atención y ella no se vuelve hasta que el jugador señala en esa dirección, me doy cuenta de que sus grandes ojos están pendientes de los labios para poder leerlos cuando habla. Es sorda.

Por sorprendente que pueda parecer, él cae en la cuenta enseguida. En cuanto el fotógrafo saca la foto, él se acuclilla para ponerse a la altura de la niña. Hace el signo de «hola» llevándose la mano a la frente. A continuación, cruza los dedos índice y corazón de cada mano y se los lleva al pecho para decir «mi nombre». Luego lo deletrea con los dedos. Lo hace despacio, pero eso no importa.

La cara de la niña pequeña se ilumina y enseguida le deletrea por signos su propio nombre. Sarah.

Él repite su nombre con los dedos y vocaliza la palabra para que la niña se lo confirme. La sonrisa de esta se amplía cuando asiente entusiasmada.

Ryan se señala de nuevo a sí mismo y, con los dedos índices girando hacia atrás, hace el signo de: «Estoy aprendiendo el lenguaje de los signos».

Verbaliza también esas palabras, pero Sarah ha comprendido sin problema sus signos y levanta eufórica los dos pulgares para decirle que está haciendo un buen trabajo.

Yo no tenía ni idea de que estuviera aprendiendo lenguaje por señas, pero noto que ese momento es muy especial para él. Irradia una expresión de orgullo y alegría por haber conseguido comunicarse con la ayuda de las manos.

—No sabía que signara —comenta Caroline.

—No lo sabe. Bueno, quiero decir que antes no, pero yo no tenía ni idea de que estuviera estudiándolo. Me ofrecí para enseñárselo, pero no hemos vuelto a hablar de ello. Es que mi padre es sordo.

—Oh, Indy. —Caroline me coloca la mano sobre la mía—. Ese hombre te ama. Esto que acabamos de ver es puro amor.

Vuelvo a mirar y veo que Sarah está contándole algo a Ryan, se lleva la mano abierta a la barbilla y de ahí a la frente. Él está confuso porque todavía no entiende los signos de «papá» y «mamá», así que ella le tira de la manga y señala hacia la banda de la cancha, donde sus padres saludan muy emocionados a su hija.

—Perdonadme. —Me levanto enseguida del asiento, salgo de la cancha y me dirijo al cuarto de baño para no echarme a llorar delante de miles de personas, incluido el *general manager* del equipo.

Apoyo las manos en el lavabo y doy rienda suelta a mi llanto. Las lágrimas me brotan a raudales y me ruedan por las mejillas al darme cuenta de que nunca me han querido como me quiere Ryan Shay.

Nadie en toda mi vida ha hecho el esfuerzo de comunicarse con mi padre. Ni mis amigos de toda la vida ni el que fue mi novio durante seis años. Y llega este hombre al que solo conozco desde hace unos meses y me demuestra lo que significa que te quieran.

No hace falta que me lo diga, yo ya lo sé.

Y me da mucha rabia que se esté preguntando si voy a volver con mi ex. ¿Cómo puede

imaginar que quiero estar con otro después de estos meses?

Sé que tiene que lidiar con sus inseguridades. Yo también he experimentado algo parecido, pero no me ha impactado tanto como a él. Necesito ser la que lo haga sentirse seguro, recordarle que lo deseo hasta que lo sepa con total certeza y deje de planteárselo.

Tengo que demostrarle como sea lo mucho que lo quiero, lo mucho que lo deseo por su corazón y no por su fama.

Cuando salgo del baño, tengo los ojos rojos y la piel tan colorada que no hay manera de disimular que he estado llorando como una magdalena. El maquillaje ha desaparecido por completo, pero me lo retocaré antes del vuelo si me apetece.

Ryan me localiza en cuanto vuelvo a sentarme. Tiene el ceño fruncido y los codos apoyados en las rodillas, pero, a diferencia del resto del banquillo, él no está viendo el partido.

Le lanzo una sonrisilla para tranquilizarlo.

—¿Estás bien? —vocaliza desde el otro lado de la cancha.

Asiento con la cabeza, sonrío un poco más y me contengo las ganas de gritar: «¡Te quiero!». Me dan ganas de decírselo a pleno pulmón, de demostrárselo con mis acciones cotidianas, quiero que sienta la intención que hay detrás de las palabras.

Se muerde el labio inferior como si quisiera decir algo más, pero al final se centra de nuevo en el juego.

A mitad del partido, salgo pitando en dirección al aeropuerto con la certeza de que, cuanto antes vuelva a Chicago, antes podré decírselo.

32

Ryan

Soy un cobarde.

Llevo unos días evitando las llamadas de Indy, incapaz de sacar fuerzas para responder. Sé que cabe la posibilidad de que me llame para decirme que va a volver con su ex, el cual ni siquiera se merece respirar el mismo aire que ella.

Pero, cuando la vi hace dos noches en el partido, decidí que teníamos que establecernos como pareja y asegurarme de que lo sepa. Aunque ella no me desee, aunque decida volver a la vida que tenía antes de conocerme, yo no sería capaz de vivir conmigo mismo sin decirle lo importante que es, tanto para mí como para el mundo.

Indy, la romántica.

Se merece ese gesto. Merece saber que la quiero del modo que ella desee.

Le daré la vida con la que siempre ha soñado. Me aseguraré de que sepa lo especial que es. No necesita hacer el paripé para nadie. A mí me gusta su manera de ser, caótica y emocional. Me gusta su desorden.

Pero, por supuesto, no he tenido el valor de decirle ninguna de estas cosas, pues temo que su respuesta me destruya.

¿Y si las lágrimas que se le escaparon antes de irse de prisa al cuarto de baño durante el partido se debían a que se sentía culpable porque sabía que me iba a doler muchísimo cuando rompiera conmigo?

Debería haber impedido que hablara con él. Debería haberle recordado que él ha necesitado que no esté en su vida para comprender el tesoro que tenía, mientras que es su presencia en la mía la que me ha abierto los ojos a todo lo que siempre he querido.

Para colmo de males, anoche tuvo la cena de ensayo de la boda de sus amigos y fui demasiado cobarde para decirle cuánto significa para mí antes de que pasara un día entero con Alex.

Por si me hiciera falta algo que añadir a la angustia que ya me recorre las venas.

El viaje al hotel en el que se celebra la boda, fuera de la ciudad, me llevó dos horas y casi llegué tarde debido a la cita que tenía con el fisioterapeuta. Pero la buena noticia es que la semana que viene ya puedo empezar a entrenar con una intensidad baja. Si las cosas siguen bien y la rodilla continúa curándose como es debido, poco después volveré a la cancha.

Unos pocos invitados a la boda pasan al lado de mi coche aparcado, se apresuran a entrar en el hotel porque temen llegar tarde. Yo, en cambio, me quedo sentado en el Audi inhalando grandes bocanadas de aire para ver si se me calman los nervios. No le di a Indy la posibilidad de que me dijera que no viniera, así que no sé lo que me voy a encontrar ahí dentro.

Me asalta la necesidad imperiosa de dar marcha atrás en el coche y salir de allí zumbando, pero hicimos un trato. Yo sería su pareja en esta boda y, aunque ella ya no me necesite para demostrar nada o para convencer a sus amigos de que está de maravilla, yo hice una promesa y la cumpliré.

Entro en el vestíbulo del hotel con la cabeza agachada, antes de encontrar una de las grandes salas del banquete al fondo. Debo de ser el último invitado en llegar porque ya están todos en sus

asientos cuando me asomo procurando que no me vean.

No funciona.

Los pocos invitados que me ven enseguida se lo cuentan al de al lado, hasta que todos los ojos se dirigen a mí.

Lo odio.

Cuando empiezan a circular los rumores, intento esconderme en la última fila. Hay muchísima gente que no conozco y que vigila cada movimiento que hago. Gente que no es Indy y que no me aporta la calma que me da ella. Mantengo la cabeza agachada, haciendo como que estoy leyendo el programa de la boda e intentando no oír el creciente murmullo.

La música cambia. De inmediato, la multitud guarda silencio y se centra en la verdadera razón por la que están todos aquí.

Entran los padrinos de boda y él es al primero que veo. Un pedazo de mierda de pelo rubio que no supo soportar que su chica fuera más lista que él. El tío que la hizo creer que no estaba bien de la cabeza o que era una pesada.

El mismo tío que dejó a las puertas de mi casa lo mejor que me ha pasado en la vida.

Luce una sonrisa petulante y no me hago a la idea de si es tan arrogante de manera natural o si es porque ha conseguido recuperar a una persona que nunca debió ser suya para empezar.

Luego se abren una serie de puertas y aparece ella. Un ángel envuelto en lavanda. Pelo rubio rizado y parcialmente peinado hacia atrás, flores blancas en la mano y en el pelo. Me encanta cómo le quedan los taconazos y lo alta que le hacen.

Pasa a mi lado mientras recorre el pasillo y no puedo apartar los ojos de ella. Va con la cabeza bien alta y una sonrisa radiante en los labios.

Está impresionante.

Cuando llega al altar improvisado, se coloca a la izquierda, frente al resto de las mujeres que van vestidas igual que ella.

Alex tiene los ojos clavados en ella y no lo puedo culpar porque Indy irradia magnetismo.

Están más o menos el uno frente al otro, en paredes opuestas de la sala.

Ella no sabe que estoy aquí, escondido entre las últimas filas. En cambio, yo solo la veo a ella, incluso cuando cambia la música y aparece la novia recorriendo el pasillo. Aunque me encuentre con los demás invitados, la única persona a la que miro es a esa rubia alta que me ha robado el corazón.

Ella sonríe contemplando la boda de sus amigos, pero noto que recorre con la mirada a todos los invitados. Le cuesta un rato pasearla por toda la multitud, hasta que por fin sus cálidos ojos marrones se encuentran con los míos.

Su sonrisa de compromiso se transforma en una radiante de oreja a oreja. Aunque no sé lo que eso puede significar, estoy segurísimo de que a su ex no le sonríe así ni de coña.

Me sostiene la mirada un poco ruborizada y vocaliza «hola» mientras nadie nos presta atención. «Estás guapísima», le respondo del mismo modo.

Se vuelve a centrar en la novia de camino al altar y mi atención recae de nuevo en los padrinos de boda. Veo que Alex no me quita ojo de encima. Lo saludo con la mano y vuelvo a posar los ojos en mi chica.

Durante toda la ceremonia, ella sigue siendo lo único que veo. La iluminación ambiental le confiere un color dorado a su piel. Con la barbilla erguida, sonríe con amabilidad cuando sus amigos intercambian los votos.

Mientras tanto, Indy me mira. Me encantaría saber en qué está pensando. Juraría que no perdería el tiempo diciéndole esas cosas —«en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la

pobreza...»— al idiota de su ex, sino solo a mí.

La ceremonia termina con los vítores y aplausos de los invitados. También yo me levanto a aplaudir, pero me pongo malo cuando veo que sus llamados amigos emparejan a Indy con Alex para recorrer el pasillo hacia la salida. Está más claro que el agua que quieren que vuelvan a estar juntos.

Él le dice algo al oído mientras van del brazo, pero ella no responde con palabras. Tan solo luce una sonrisa falsa, su máscara de perfecta felicidad.

Pero yo soy el privilegiado que recibe una última mirada de ella antes de abandonar la sala.

El tiempo que transcurre entre la ceremonia y la recepción se me hace larguísimo, porque sé que ella estará por ahí sacándose fotos sin mí. Quiero hablar con ella, abrazarla, escondernos del resto de la gente, que no me ha dejado en paz.

He firmado no sé cuántos autógrafos luciendo mi sonrisa profesional, respondiendo con diplomacia a sus preguntas.

«Pronto volveré a la cancha».

«La rodilla va genial».

Y cuando me preguntan que de qué conozco al novio y a la novia: «Mi compañera de piso está invitada a la boda». Como es natural, sé que no somos solo compañeros de piso, pero no tengo ni idea de cómo quiere Indy que me presente.

Esta es su gente, o más bien lo era, y no estoy seguro de lo que quiere que crean.

En el fondo, ella y yo no somos tan distintos como creía al principio. Los dos mostramos una fachada al resto del mundo a sabiendas de lo que la gente quiere ver y oír, pero en casa nos comportamos como somos de verdad y me encanta tener el privilegio de presenciar esa faceta suya.

Al cabo de treinta minutos, encuentro un cubículo en el que esconderme. Es duro responder a las expectativas de los fans cuando quieren saber algo sobre la vida real de Ryan Shay, mientras yo solo intento averiguar si la chica que me gusta quiere estar conmigo.

Con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada, me centro un rato en mí mismo, pues sé que tengo que comportarme como un profesional cuando vuelva ahí fuera.

—¿Te estás escondiendo, Shay?

Cuando alzo la vista, veo a Indy con su ramo de flores en la mano. Está preciosa. Y también feliz. Tengo la esperanza de que yo sea la razón de esa felicidad.

—Me conoces demasiado bien, Ivers.

—¿Puedo esconderme contigo?

—Puedes esconderte conmigo de por vida, nena.

Entra en el cubículo que he encontrado, donde no nos ve nadie.

—Has estado evitando mis llamadas.

—Lo sé.

—Necesito decirte una cosa.

—Yo primero.

—Ryan...

—Yo tengo que decirte varias cosas, Ind. Necesito que sepas lo que pienso y lo que quiero, si es que no lo he dejado claro. Tengo que dejar claras mis intenciones. Necesito jugármela y decirte...

—No tienes que decirme nada.

—Te deseo, Indy. Quiero que estemos juntos. Me gusta la vida que hemos construido, incluso cuando creíamos que estábamos fingiendo. Quiero tenerte en mi casa porque tú la has convertido

en un hogar. Quiero tu desorden y tu caos. Quiero tus sonrisas de verdad, las que esbozas cuando estás con mi hermana, con el equipo de hockey y conmigo. Deseo que seas feliz y quiero ser la razón de tu felicidad. Quiero que me elijas a mí.

—Ry...

—Sé contra qué estoy compitiendo. Sé que no tengo tu pasado, pero quiero tu futuro.

—Ryan...

—Mereces los grandes gestos, los grandes momentos. A mí eso no se me da nada bien, pero lo haré si eso es lo que necesitas para comprender cuánto deseo tenerte en mi vida. Joder, tendría que haber hecho esto enfrente de una multitud o en plena lluvia o en una situación más romántica en lugar de estar aquí escondidos. Dios. Te estoy contando que eres lo mejor que me ha pasado en la vida escondido en un cuartucho con una alfombra y un empapelado espantosos...

—¡Ryan!

Trago saliva.

—¿Sí?

—Nunca pensé que tendría que pedirte que te callaras. No tienes que decir nada. Por si lo has olvidado, en esta relación suelo ser yo quien más habla, pero hoy solo tengo que decirte dos palabras: «Te quiero».

»Si esta semana hubieras contestado a una sola de mis llamadas, podría haberte contado qué le dije exactamente a Alex. Mi hogar y mi corazón están contigo. Nunca lo he dudado ni por un momento, Ryan. La única razón por la que me oíste llorar después de aquella conversación es porque al fin me sentí libre. No quiero que cambies. No necesito que proclames tu amor a los cuatro vientos. Solo deseo tu amor tácito, que es para mí la declaración más elocuente que he oído jamás. Te quiero tal y como eres. Estoy enamorada de ti, Ryan Shay, y no necesito que lo sepa el mundo entero.

Suspiro de alivio, pero al mismo tiempo me quedo mudo. Durante todas estas semanas, he estado convencido de que Indy tardaría un tiempo en alcanzar la misma longitud de onda que yo para sentir por mí lo mismo que yo por ella. Nunca creí que fuera ella la primera en admitirlo, pero ahí está mi chica romántica tomándose la delantera.

Noto que mi silencio está empezando a ponerla nerviosa.

—Sé que he dicho que me gusta tu silencio, pero este sería un buen momento para decir algo.

Mi chica, tan segura de sí misma, se siente vulnerable y nerviosa.

Le aparto el pelo detrás de las orejas, la cojo por las mejillas y me aseguro de que me mire.

—Bienvenida a bordo.

Se le dibuja una sonrisa en la boca.

—Siento que alguien te haya hecho creer que es difícil amarte, Blue, porque es la cosa más fácil que he hecho en mi vida. Te quiero, Indy. Creo que, en cierto sentido, llevo haciéndolo desde la primera vez que desayunamos juntos. Tú me has devuelto la vida, Ind, y te querré hasta el fin de mis días si me lo permites.

—¿Me lo prometes?

La atraigo hacia mí y la beso en los labios.

—Si hace falta, lo añadiré a la lista del frigorífico.

Indy ha intentado estar a mi lado durante toda la recepción, pero la novia decidía cada dos por tres que la necesitaba para algo.

Nos ponemos a bailar y Maggie necesita su ayuda para algo del vestido.

Se sienta en mi regazo para partir la tarta y Maggie quiere que la ayude a retocarse el maquillaje.

Tampoco nos sentamos juntos a cenar. Las medidas drásticas que han tomado sus amigos para que su ex y ella cenén el uno al lado del otro resultan ridículas. En otras circunstancias, me habría puesto un poco celoso, pero como sé que me quiere a mí, no siento ni pizca de celos.

Qué ganas tengo de que termine esta boda para poder llevármela a casa. Sus amigos están tan empeñados en mantenerla ocupada y lejos de mí, como si no viviéramos juntos, que me da tiempo de darle las gracias a Alex en persona.

—Tomaré lo mismo que él —le digo al camarero, apoyando los codos en la barra.

Este me pone delante una copa con un líquido de color ámbar y un solo cubito de hielo esférico. Le doy un trago, está delicioso.

El tío tiene buen gusto, eso se lo concedo. También lo tuvo al elegir a su exnovia.

Me acerco a él y le hablo en susurros, pero con claridad:

—Por desgracia, los viejos amigos de Indy son también los tuyos. Tú siempre andarás por ahí, eso lo entiendo. Pero si alguna vez, y quiero decir una sola puta vez, la haces llorar de nuevo, haré todo cuanto esté en mi mano para convertir tu vida en un infierno. Mi cara aparecerá allá donde vayas. Me verás en tus peores pesadillas. Todos los días estaré ahí para recordarte que has perdido lo mejor que vas a tener en tu puta vida. ¿Entendido?

Se queda mirando fijamente al frente, pero noto el tic nervioso de sus ojos.

—¿Entendido? —repito.

Asiente con la cabeza y, cuando me dispongo a marcharme, decide abrir la puta boca.

—¿No se supone que eres el chico bueno de la NBA? Dudo que acosarme de esta manera sea lo que le conviene a tu imagen del niño de oro.

Se me escapa una risa condescendiente.

—Dice el tío que acampó fuera del pabellón para hablar con una chica que no quiere tener nada que ver con él. Pero déjame que te aclare una cosa: cuando se trata de ella, me importa un carajo arruinar mi reputación. Quemaría el mundo entero por protegerla y luego mostraría orgulloso la cerilla para que todos supieran que lo he hecho yo.

Me retiro de la barra para ir a buscar a Indy, pero luego añado una cosa más:

—¿Sabes la camiseta esa que tienes con mi apellido estampado en ella? Pues cuando la veas colgada en el armario, espero que te sirva de recordatorio de que, dentro de poco, ese será también el apellido de ella.

Entrechoco mi copa con la suya porque a veces soy un gilipollas y, a continuación, voy a buscar a mi chica.

La encuentro sola. Al no estar yo, sus amigas no tienen ninguna razón para perder el tiempo con ella y distraerla con cualquier cosa para que no esté conmigo.

En cuanto le rodeo la cintura, pone la mano encima de la mía y entrelazamos los dedos.

—¡Santo cielo! —interviene un señor mayor con el que está hablando en ese momento—. ¡Si eres Ryan Shay! Soy un gran fan. Me muero de ganas de que vuelvas a la cancha. El equipo te necesita.

Una vez más, esbozo mi sonrisa profesional:

—Los chicos lo están haciendo fenomenal sin mí.

—Bueno, pero eso es porque estás tú en la banda, controlando cada jugada. —Se ríe de su propio comentario—. No nos abandones, hijo. Necesitamos clasificarnos para los *playoffs*. Hace mucho tiempo desde la última vez y me voy haciendo cada vez más viejo.

—Sí, señor. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Disculpenos —lo corta Indy—. Le voy a robar a mi novio por un momento.

«Novio».

Tira de mí y me lleva hacia la salida.

—¿Novio, eh?

—¿No te gusta? ¿Preferirías que te llamara otra cosa como «mi churri» o tal vez «mi amante»?

—Se da la vuelta y hace como que lo anuncia a la multitud—: ¡En breve, mi amante me va a follar como una bestia parda!

La conduzco hacia la salida.

—No tienes permiso para ponerme motes.

—Ah, ¿solo los puedes poner tú?

—Bueno, sí, es que los míos son buenos.

«Blue».

«Ind».

«Nena», cuando estamos en la cama.

«Señora Shay» es otro que me gustaría añadir a la lista en el futuro.

—¿Cómo quieres que te llame entonces?

La beso delante de todo el mundo.

—Llámame tuyo.

Me sonrío.

—¿Puedes llevarme a casa?

—¿No quieres quedarte aquí?

Tiene una habitación arriba para pasar la noche y yo tengo una bolsa en el coche por si hoy las cosas se me daban bien.

—Quiero volver a la ciudad y estar solos tú y yo en nuestra casa.

«Nuestra casa».

—Me gusta cómo suena eso.

—¿Ya te vas? —interviene Maggie, mientras nos dirigimos hacia la puerta.

La noche ha terminado, casi todos los invitados se han marchado y llevo más de una hora sin ver a las otras damas de honor, así que supongo que también se habrán ido.

—Mags, ¿de verdad quieres que me quede?

—Claro que sí.

—Me refiero a mí, no a la novia de Alex ni a mí como parte del grupo.

La novia guarda silencio más tiempo del que me gustaría. Es Indy la que empieza a hablar:

—Mira, yo te quiero. Llevamos siendo amigas toda la vida, pero ya no encajo en el grupo y no pasa nada. Si quieres ser mi amiga, me encantaría que lo fueras de verdad, sin ningún objetivo oculto. Pero, si no estamos juntas más a menudo porque tu marido es amigo de mi ex, tampoco pasa nada. —Le acaricia el brazo—. Estás guapísima hoy y me alegro muchísimo por ti.

Es cierto, se alegra. Se lo noto por la cara. No hay ni celos ocultos ni tristeza. Parece contenta de verdad.

Se agacha para abrazarla.

—Podemos hablar de esto en otro momento si quieres, pero por mí no te preocupes. Soy feliz, Maggie, y me encantaría que tú también te alegraras por mí. Ve y diviértete, ¿vale?

Entonces la cojo de la mano y la llevo hacia la salida.

—Indy... —la llama la novia—. Me alegro por ti.

La aludida le obsequia con una leve sonrisa y, por fin, nos largamos de esa puta boda.

33

Indy

Yo: *Cómo me ha ido hoy: estoy enamorada de tu hermano.*

Stevie: *La mejor actualización que he recibido hasta ahora.*

En cuanto llegamos a la habitación del hotel para recoger mis cosas y poder irnos a casa, Ryan me rodea la cintura con los brazos y me llena el cuello de besos.

Para ser un hombre que, según yo daba por hecho, sentía terror por las mujeres, no desaprovecha ninguna oportunidad para tocarme.

—Vamos a recoger tus cosas para que pueda llevarte a casa y, más concretamente, a mi cama. Coge la ropa del cuarto de baño, mientras yo meto lo que llevaba ayer en la bolsa.

—¿Ryan...?

—¿Sí?

—¿Cuándo has empezado a estudiar el lenguaje de signos?

Se asoma por el cuarto de baño, el marco de la puerta le cubre a medias su alto cuerpo.

—Tu madre me escribió un mensaje para preguntarme por ti unos días después de que conociera a tus padres. Le pedí consejo sobre la mejor manera de aprenderlo, puesto que ella también lo aprendió de adulta. Desde entonces nos hemos hecho videollamadas una vez a la semana y los dos me han ido enseñando.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos porque este hombre me destroza a nivel emocional, en el buen sentido.

—Tu madre también me ayudó a apuntarme a unas clases online que me están dando unos resultados excelentes... No llores, Blue.

—No lo puedo remediar. —Respiro hondo—. Te adoro. Por eso parecías tan familiarizado con mi madre el otro día cuando nos encontraste hablando —supongo.

—Es graciosa. Me cae muy bien.

—Pero no tan graciosa como yo, ¿no?

Se echa a reír.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué estás aprendiendo a signar?

Estoy casi segura de saber la razón, pero quiero oírse lo decir.

—Porque es tu familia y tú eres mía. Ya solo la pregunta me extraña. Aprender a comunicarme con tu familia me parece lo mínimo, Ind. Y también porque te quiero y, cuando se lo cuente a tu padre, quiero ser yo quien se lo diga.

Me recorre el esternón con el dedo corazón y se adentra en mi bonito escote palabra de honor.

—Dos horas es un largo viaje.

Su voz grave me provoca calor entre las piernas.

—Demasiado... —me muestro de acuerdo, mientras palpo la cremallera de su pantalón, donde hay un bulto impresionante esperándome—. Conducir con esto sería incomodísimo...

—¿Te vas a encargar de solucionarlo, Blue?

Le desabrocho el cinturón.

—Siempre y cuando tú te encargues de mí.

Sus cálidos labios se me posan en la carne tierna del lóbulo de la oreja.

—Yo siempre cuidaré de ti.

Y aunque ahora estemos hablando en términos sexuales, no se me escapa que Ryan me cuidará y protegerá siempre, del mismo modo que yo haré con él.

Por naturaleza, me gusta cuidar de los demás. Ahora que puedo mirar atrás, veo con claridad que en el pasado la gente explotó esa parte de mi personalidad, pero Ryan no se ha aprovechado ni una sola vez de mí. Lleva demasiado tiempo solo y para mí es un privilegio poder cuidar de él.

Le meto las manos por debajo de la camisa abotonada y, cuando se la saco del pantalón, me encuentro con su cálida carne. Nunca me canso de tocar a este hombre, me encanta memorizar cómo le tiembla el estómago cuando le deslizo las uñas por el abdomen. Me besa la garganta y la clavícula mientras me baja rápidamente la cremallera del vestido. Gracias al sujetador sin tirantes, me quedo desnuda cuando este se queda en mis caderas.

Ryan emite un sonido de apreciación al ver mis pechos desnudos y mis pezones de punta. Pasa el pulgar por uno de ellos.

—Me encantan tus tetas, Ind. Y estos deliciosos pezones, tan bonitos entre mis dedos.

—Más bonitos estarán con tu lengua.

—¿Estás necesitada esta noche, Blue? Porque no hay nada que me guste más en el mundo que oírte rogarme y créeme, nena, no pararé hasta que lo hagas.

Esta noche, noto una energía diferente en él y enseguida me doy cuenta de que la noche que nos acostamos fue tan solo de precalentamiento. Como si estuviera quitándose las telarañas tras años de celibato. Adquirir conciencia de ello es emocionante y aterrador a partes iguales.

—Te daré todo lo que quieras, pero tendrás que utilizar tu preciosa boca para pedírmelo. Me gustó lo educada que estuviste la otra noche, así que asegúrate de decir «por favor» cuando quieras algo.

Sigue acariciándome los pezones con los pétalos sedosos de las flores de mi ramo.

—¿Me harás todas las cosas que siempre has deseado hacerme, Ryan? —Levanta una ceja—. Por favor —añado.

—Son un montón de cosas, Blue.

—Entonces, menos mal que vivimos juntos y tenemos todo el tiempo del mundo. Pero, Shay, si no sustituyes esa flor por tu boca, esta noche no te pediré nada más «por favor».

Se echa a reír.

—Me hace gracia que creas que vas a poder hablar cuando te embista.

Me levanta y le paso las piernas alrededor de la cintura. Luego me lleva al otro lado de la habitación, junto a la pared, y planta su boca en la mía. Me encanta controlarlo, pero verlo trastornado me entenece.

Por fin me besa los pechos y me los pellizca con los dientes. Mañana tendré todo el cuerpo lleno de moratones, cosa que no me importa nada teniendo en cuenta que el púrpura es mi color favorito.

—Voy a tocarte el coño ahora mismo. ¿Se está humedeciendo para mí?

Asiento enseguida.

—Tócamelo y lo averiguarás.

—Necesito que tú misma me lo pidas, Ind.

Me rindo porque necesito que me toque más que nada en el mundo.

—¿Me vas a tocar para averiguar lo húmeda que estoy para ti?

Me arrincona con las caderas contra la pared, me quita el vestido y mira hacia abajo. No me sorprende nada que tenga el tanga mojado.

—Mmm... —murmura satisfecho—. Buena chica. Estás empapada.

La cabeza se me cae hacia la pared que tengo detrás cuando observo cómo me pasa un dedo por la raja. Utiliza el mismo dedo para apartar la ropa interior hacia un lado y dejar al descubierto mi centro palpitante. Traza círculos en el clítoris antes de metérselo en la boca.

—Oh, Dios —exhalo, viendo cómo me saborea.

—¿A quién le rezas?

—No estoy segura.

Ronronea al notar mi sabor.

—Pues asegúrate de usar mi verdadero nombre cuando te haga gritar.

Me lleva a la cama y me tira al colchón. Soy una chica alta y nunca he tenido el placer de que me zarandeen. Quiero hacerlo en diferentes posturas. Quiero sentirme dominada.

Por la manera en que se acerca a la cama, como si fuera un depredador, no me cabe ninguna duda de que voy a sentirme dominada.

Se desabrocha la camisa.

—Pídeme lo que quieras.

—Quiero que me folles.

No reacciona, solo sigue desnudándose para mí.

—¿Vas a follarme, por favor? —me corrijo yo sola.

—Veo que mi chica lista va aprendiendo —dice, y sus ojos oceánicos emiten un destello de orgullo.

—¿Te gusta eso, Ryan? ¿Te gusta que te lo pida todo?

Tira la camisa al suelo, cosa que me sorprende.

—¿Eh, te gusta eso?

—Sí.

Se baja la cremallera, se quita los pantalones y me recuerda una vez más lo impresionante que es.

—Eso es porque sabes que te daré todo lo que me pidas. Hace mucho que dejaste de preocuparte de tus propias necesidades, Indy, pero yo quiero que tú misma me lo pidas y quiero ver cómo reaccionas al recibirlo.

Maldita sea. Estoy casi segura de que este hombre puede llevarme al orgasmo solo con sus palabras.

Sin embargo, tiene razón. He pasado un montón de años pidiendo cosas. Pero era como si nadie oyera mis palabras, así que dejé de pedir nada.

Este hombre quiere que se lo pida todo y sé que no solo se refiere al dormitorio, sino también a nuestra vida fuera de estas cuatro paredes.

—Así que pídemelo lo que quieras, Indy.

—¿Quieres explicarme en detalle todo lo que me vas a hacer?

También me tira el vestido al suelo, donde están sus pantalones y su camisa. Me encanta que en ese momento le importen un bledo esas cosas.

—Primero me vas a quitar esto —dice señalándose los calzoncillos—. Luego vas a hacer algunos de esos ruiditos que me gustan tanto cuando te metes mi polla en tu coño. Voy a tirarte del pelo. Te diré lo guapa que te pones cuando estoy dentro de tu coño. Voy a follarte boca arriba y luego, a cuatro patas. Y te correrás solo después de que yo te haya dado permiso.

Me froto los muslos, pero él me los separa y da otro paso hacia mí.

—Y durante todo el rato, te voy a dar todo lo que necesites porque te quiero.

Nuestras lenguas se entrelazan en un delicioso beso que saboreamos con placer y sin prisas. Cuando le bajo los calzoncillos y le agarro con el puño la base de la polla, sus besos se vuelven aún más profundos y apasionados. Siempre sabemos quién está al cargo de cada situación, me gusta esa dinámica. Elijo dejarle que me haga lo que quiera.

Me quita el tanga, se deshace de él y enseguida lo rodeo con las piernas para atraerlo hacia mí. Estoy boca arriba cuando me introduce la polla.

Los dos soltamos un gemido.

Repito el movimiento una y otra vez, piel contra piel, con suavidad, pero con dureza. Lo quiero tan dentro de mí que me duele, pero eso no se lo digo nunca. Al menos, no todavía.

—Joder, qué bien se siente, Blue.

Tiene la polla dura y caliente. No quiere detenerse para coger un preservativo. Me quedo lo más quieta posible, para que tome él la decisión, pero mi espalda arqueada y mis gemidos no se lo ponen fácil.

Antes de darme cuenta, ya tiene el condón puesto.

—Ábrete de piernas para mí, Ind. —Se pone de rodillas con las manos apoyadas en mis muslos y me los separa—. Buena chica. Estás preciosa boca arriba. Ahora, métela dentro.

—¿Tú no tienes que pedírmelo?

Suelta una risa ronca.

—Ya te voy conociendo, Blue. Veo lo húmeda que te pones cuando te digo lo que tienes que hacer. Quieres que mande yo. Tú no necesitas que yo te lo pida en voz alta porque ya sabes lo débil que me vuelvo contigo.

Tiene razón. Yo no quiero que sea educado conmigo en la cama. Quiero que me exija cosas y, luego, que me elogie por lo bien que lo estoy haciendo.

Froto el clítoris contra su capullo varias veces y él echa la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres mirarme, Ryan?

Sin dudarlo ni un segundo, sus pupilas dilatadas se cruzan con las mías. Y me sostiene la mirada cuando me meto la polla.

Nos miramos boquiabiertos.

Encuentra cierta resistencia en mi cuerpo porque, después de haber follado una sola vez, todavía no me he acostumbrado a su tamaño. Me frota el clítoris con el pulgar, así me voy relajando mientras empuja despacio hacia dentro y mi cuerpo se va adaptando.

—Esto está de puta madre —dice a media voz—. Qué bien me aprietas. Tan estrechito, pero tan perfecto...

—Oh, fóllame, Ryan.

Suelta el gruñido que más cachonda me ha puesto en mi vida.

—Qué buena estás, Blue.

Haciendo rodar nuestros cuerpos, me embiste de nuevo. Las paredes tiemblan por el movimiento y, aunque me dan un poco de pena los vecinos, sobre todo me fijo en lo colmada que me siento de él.

Sin dejar de mirarnos, observamos el efecto que provocamos en el otro.

Me suelta las manos para levantarme los muslos de modo que las rodillas me dan en el pecho. Este ligero cambio de ángulo hace que me penetre más adentro.

—¿Te gusta así? —me pregunta sin dejar de embestirme.

Ryan no se equivocaba cuando decía que al embestirme no sería capaz de hablar. Las palabras se me atascan en la garganta mientras su polla golpea sin cesar en el punto exacto. Ya no puedo

ver. Ya no puedo pensar. Solo puedo sentirlo en toda su plenitud.

Al ver que no le contesto, aminora la intensidad de sus embestidas.

—Más fuerte —le ruego, con los talones clavados en sus hombros—. ¿Quieres hacer el favor de follarme más fuerte?

Se me queda mirando un momento.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

Me da la vuelta con una agilidad pasmosa.

—Ponte de rodillas.

De repente, me encuentro a cuatro patas. Me empuja los omoplatos hasta que la cabeza se me queda enterrada en la cama y el culo en pompa.

Traza círculos en mi clítoris.

—Qué mojada estás, Ind. ¿Te gusta que te zarandeen?

Giro la cabeza enterrada en el colchón, lo miró por encima del hombro y asiento con la cabeza.

—Deberías verte, nena. Estás impresionante, joder.

—¿Ryan? —Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Te apetece follarme ahora?

Me coge del pelo y tira de él una vez. Dos veces.

Me paso la mano por debajo de las piernas, le agarro la polla y la centro para meterla dentro de mí.

Con la mano que tiene libre, me coge de la cadera mientras sigue propinándome embestidas. Desde ese ángulo logra meterse aún más adentro, mientras su pelvis golpea una y otra vez contra mi culo.

La habitación se llena del crujido del colchón y de nuestros gemidos y jadeos. Tengo la frente llena de sudor y, aunque él está en una posición de dominio, los ruidos desesperados que se le escapan de la garganta nos recuerdan a los dos que conmigo pierde por completo el control.

Me pasa un brazo por la cintura y me acerca los labios al oído:

—Me vuelves loco, Ind. Te quiero tantísimo...

—Yo también te quiero, cariño.

Gime al oír el apodo con que le llamo y apoya la frente en la mía.

Su vulnerabilidad me entenece tanto que me aprieto contra él.

—Todavía no. No te atrevas a correrte hasta que yo no te lo diga.

Grito su nombre cuando cambia el ritmo y me da la vuelta.

—Pídemelo, Blue. Pídemelo porque te daré todo lo que quieras.

Se pone encima de mí con todos los músculos del pecho y del estómago contraídos. Está claro que él también está a punto de correrse, pero intenta cumplir la promesa de hacer que llegue yo al clímax solo después de pedírselo.

—Ryan, por favor, ¿quieres darme un orgasmo?

Se mete una y otra vez en mi interior y, aunque no dice ni una palabra, sí que me traza círculos en el clítoris con la yema del dedo. Sé que ese es su permiso tácito.

La euforia se apodera de mí y arqueo la espalda separándola de la cama mientras me sigue follando hasta que alcanzo el clímax y, justo antes de que se corra él, sale de mi cuerpo y me obliga a sentarme sobre su cara.

Grito de nuevo su nombre cuando me lame el clítoris hinchado y sensible.

—Oh, Dios mío, esto es demasiado.

Ignora mis palabras y no deja de lamerme, porque, aunque me quejo porque voy a tener otro orgasmo justo después del último, sigo restregando el coño contra su boca.

Me succiona y me chupa manteniéndome sujeta y bajo su absoluto dominio.

—Córrete otra vez para mí, Blue. Puedes hacerlo. —Luego me acaricia el clítoris después de darme permiso y me corro en su lengua.

Todavía estoy temblando por los dos orgasmos en menos de dos minutos, cuando me tumba boca arriba y me abre las piernas.

—Ind, necesito otro orgasmo tuyo.

—No puedo...

Aunque después de dos orgasmos seguidos tengo el cuerpo molido, este traiciona mis palabras y se dispone a tener un tercero.

—Dame uno más y esta vez me correré contigo.

Me besa mientras su polla entra y sale de mi interior colmándome y llevándome al mismo tiempo a la ruina.

Joder, cómo amo a este hombre y cómo me gusta ver que pierde la cabeza por mi culpa.

—¿Vas a hacer que me corra, Ryan? —susurro en sus labios.

Sus manos aprietan las mías antes de girar el cuerpo y adoptar una postura en la que me golpetea el clítoris con la pelvis a un ritmo regular.

De nuevo me corro y, acto seguido, se le agita todo el cuerpo, los músculos se le tensan y el estómago se le contrae. Me entierra la cabeza en el cuello y, mientras está en pleno orgasmo, repite una y otra vez cuánto me ama.

Desplomados y sudorosos, nos perdemos en nuestro propio mundo en el que solo existimos él y yo. Felices, despreocupados y completamente enamorados el uno del otro.

34

Indy

Yo: *Cómo me ha ido hoy: anoche tu hermano casi me parte en dos cuando llegué a casa del aeropuerto. Qué demonio de hombre.*

Stevie: *Apiádate de mí. Pensé que esto acabaría ahora que estáis juntos.*

Yo: *Qué va, hija. Ni de coña.*

Stevie: *Y yo que pensaba pedirte que estuvieras en mi boda cuando te vea esta noche...*

Yo: *¡ESPERA! ¡Por favor, pídemelo! Seré la mejor dama de honor del mundo. Te organizaré la despedida de soltera más épica que hayas visto nunca, e incluso te sujetaré el vestido mientras haces pis. ¡Por favor!*

Stevie: *Impones unas condiciones muy duras.*

Yo: *¿Puedo ir con tu hermano?*

Stevie: *Depende. ¿Me prometes que no saltarás encima de él en medio del pasillo?*

Yo: *No te lo garantizo.*

Yo: *Espera. ¿Te voy a ver esta noche?*

Stevie: *¿Está Ryan en casa?*

Yo: *Todavía no ha llegado.*

Han pasado unas semanas desde la boda de Maggie y la vida de Ryan y la mía no han cambiado demasiado desde entonces.

Solo que ahora nos contamos cómo nos sentimos con franqueza, ya no hay nada fingido y compartimos su cama todas las noches. Mi habitación se ha convertido en un enorme armario que me viene de perlas para mi amplio vestuario.

Seguimos desayunando juntos todas las mañanas cuando estamos en la ciudad, aunque ahora a menudo estamos desnudos y yo me suelo sentar en su regazo mientras comemos.

Cuando los cuatro estamos en Chicago, cenamos casi todas las noches con Zanders y Stevie en su casa o en la nuestra.

Una vez que fuimos a cenar en público, enseguida los fans y los medios de comunicación nos bombardearon. A Ryan no le resulta fácil salir de casa, pero no pasa nada. Me encanta la vida que hemos creado entre estas cuatro paredes.

—¡Ind! —me llama en cuanto entra por la puerta al volver del entrenamiento matutino.

—¡Estoy aquí dentro!

Se apoya en el marco de la puerta del dormitorio con una sonrisa en los labios y un ramo de flores frescas en la mano.

—¿Son para mí?

Se encoge de hombros antes de dejarlas en la mesilla de noche.

—Puede.

—Ryan, el romántico. —Nunca pensé que diría estas palabras—. Me encantan las peonías. Gracias.

Cuando abro los brazos, se mete enseguida en la cama.

—Y a mí me encanta llegar a casa para verte. ¿Vas a venir esta noche a ver el partido? —me pregunta.

—Por supuesto. Estaré con Annie y las chicas en el sitio de siempre.

—Entonces, supongo que no querrás las entradas de los Morgan al lado de la cancha.

Me alejo un poco para verlo mejor, intentando no emocionarme demasiado.

—¿Te han dado sus entradas?

—Sí, han pensado que tal vez tú, Zanders y mi hermana queráis tener buenos asientos para verme volver.

—¡Ryan! ¿Lo dices en serio?

Se echa a reír ante mi reacción.

—Esta mañana ya me han dado permiso.

—¡Ryan Shay! ¡Eso es genial! ¿Estás contento? ¡Qué ilusión me hace! —Salgo de la cama y echo a correr por el pasillo a mi antigua habitación—. ¡Necesito mirar qué me voy a poner!

Oigo su risa relajada desde la cama y vuelvo al dormitorio.

—¿Eres feliz, Ry?

Con las manos cruzadas debajo de la cabeza, entrelaza los tobillos y esboza una suave sonrisa.

—Tengo todo lo que siempre he deseado. Nunca he sido más feliz en mi vida, Blue. Ya solo me falta clasificarnos para los *playoffs*.

35

Ryan

—Los Devils tienen que ganar cuatro de los siguientes cinco partidos para clasificarse para los *playoffs*. ¿Confías en conseguirlo?

—Ahora que has vuelto a la alineación, tendrás que recuperar mucho terreno. Toda la ciudad cuenta con que lleves al equipo a los *playoffs* y llegas después de haber estado un mes lesionado. ¿Sientes la presión de volver como si nunca te hubieras marchado y obtener algunas victorias?

—Ryan, no te da tiempo a reincorporarte poco a poco al baloncesto. Estáis en una situación en la que tenéis que ganar sí o sí. ¿Cómo te sientes ante esa perspectiva?

Me preguntan que cómo me siento... Pues me siento angustiado y nervioso. No hace falta que me recuerden todo el rato cuánta gente está pendiente de mí y cuenta conmigo. Yo mismo me presiono con eso todos los días. Pero, claro, es mi primera rueda de prensa desde que me he recuperado de la lesión.

Esta noche quería pasar desapercibido. Quería darme un poco de tiempo para asegurarme de que puedo correr bien y no he perdido demasiada fuerza. Sin embargo, regreso al equipo en una situación de tener que ganar a la fuerza. No tengo tiempo para ir adaptándome y la rueda de prensa previa al partido ha sido una dosis de realidad.

Las preguntas me resuenan en la cabeza mientras cruzo el túnel, dispuesto a salir corriendo con mi equipo.

Leon Carson ha hecho un trabajo cojonudo sustituyéndome durante las cuatro últimas semanas. Repartimos victorias y derrotas, y eso es todo lo que podía esperar de un principiante que no estaba del todo preparado para su papel.

En cambio, esta noche... Esta noche, voy a recuperar mi sitio. Esta noche, voy a pasar las dos siguientes horas practicando el deporte que más me gusta con los tíos que se han convertido en mis amigos. Esta noche, voy a intentar no preocuparme por las presiones exteriores, pese a que las noto con cada fibra de mi cuerpo.

—Me alegro de tenerte de vuelta, capi. —Ethan me da unas palmaditas en la cabeza—. ¿Estás preparado para esto?

Asiento y levanto el puño. El resto del equipo se une y juntamos nuestros puños en el centro de un corro.

—Bueno, muchachos... —anuncio—. Ya estoy de vuelta. —El equipo me vitorea—. Tenemos mucho trabajo por delante. Hemos de ganar sí o sí.

Los chicos guardan silencio para concentrarse. Asienten con la cabeza, establecen contacto visual.

—Pero ¿qué tal si nos divertimos un poco y jugamos como nos dé la gana?

Miradas de confusión se cruzan con la mía. Estos tíos están acostumbrados a que yo sea severo e implacable, pero ser un burro con tus compañeros de equipo y meterles más presión de la que ya tienen no va a hacer que jueguen mejor, ni mucho menos, así que por de pronto llevaré esa carga yo solo.

—¡Ya le habéis oído! —añade Ethan, rompiendo el silencio.

Una vez más, se cargan de energía y adrenalina.

—¡Vamos, Devils, a por ellos!

El túnel resuena con los gritos mientras salimos a calentar.

El público vocifera, pero, cuando salgo yo, el jaleo es ensordecedor. Llevaba demasiado tiempo con el culo en el banquillo en lugar de estar corriendo por la cancha. Echaba de menos la madera en contacto con mis suelas. Echaba de menos llevar la camiseta roja, negra y blanca de Chicago.

Es como volver a casa, una sensación que solo crece cuando veo a mi chica llevando mi camiseta. Ella también grita, aplaude y vitorea como el resto de la multitud. La única diferencia es que Indy se muestra salvaje, como si se hubiera vuelto loca.

Como a mí me gusta.

Se canta el himno nacional y empiezan los anuncios de las alineaciones.

No sé por qué estoy nervioso. Me han anunciado muchísimas veces, pero las cuatro semanas que he pasado sin este juego me recuerdan lo especial que es. Lo privilegiado que soy por poder hacer una carrera de algo que me gusta tanto. Lo mucho que lo echaba de menos. Y ahora quiero saborear cada segundo.

Y sí, sigo queriendo ganar. Más que nada en el mundo.

—¡Y, por último, esta noche regresa a la alineación titular... —se anuncia por los altavoces—, el número cinco, damas y caballeros, el base Ryan Shay!

Cuando me levanto del banquillo, las aclamaciones, los gritos y los aplausos por mi vuelta son tan ensordecedores que me zumban los oídos.

Corro por el pasillo que han formado mis compañeros de equipo y me aseguro de entrechocar la mano con todos ellos, también con los que están esperando al otro extremo de la cancha, en la banda opuesta.

Cuando llevo el uniforme, no dejo que la multitud me distraiga, no presto atención a nadie que no sea del partido. Pero, si algo he aprendido estas cuatro semanas, es que este deporte no me importaría demasiado sin las tres personas que están sentadas junto a la banda.

Indy no necesita que el mundo sepa que la amo —eso dijo ella misma—, pero eso no significa que yo no quiera que lo sepan.

Alzando el puño, lo choco con el de Zanders.

Me agacho un poco y le doy un beso a Stevie en la mejilla.

—Te quiero —me dice.

—Te quiero, Vee.

Al lado de mi hermana se halla sentada su mejor amiga, la beldad de ojos castaños que me ha robado el corazón. Le levanto la barbilla con los nudillos y me agacho para besarla en los labios.

—Te quiero.

Me sonrío y dice:

—¡A por ellos, número cinco!

Mientras regreso corriendo junto a mi equipo, mi cuñado me grita desde atrás.

—¿Y yo qué? ¿A mí no me quieres?

—¡A ti también te quiero, hermano!

Durante la mitad del primer cuarto, nos ha costado cogerle el ritmo al partido.

Se me ha curado la rodilla por completo. La noto fuerte y estable, pero no puedo evitar cargar el peso en el lado izquierdo por miedo a lesionarme de nuevo. Y, gracias a las excesivas pérdidas de balón, enseguida recuerdo que no puedo jugar asustado a este nivel, de modo que en el

segundo cuarto vuelvo a ser el que era.

Noto que mi entrenador está procurando facilitarme la vuelta, pero lo cierto es que no tenemos tiempo de tomarnos las cosas con calma. Nos quedan cinco partidos y necesitamos ganar al menos cuatro para clasificarnos para los *playoffs*.

Antes de que termine la noche, quiero sentirme igual que me sentía antes. Compruebo mi velocidad y veo que sigue siendo la misma. Mi rival recorre la banda y le pasa el balón a otro jugador que está fuera del perímetro. Disparan, pero fallan, y entonces aparece Dom con el rebote.

Este le pasa el balón a Ethan, que se apresura a lanzármelo a mí. Quiero jugar con seguridad, así que me paro para cerciorarme de que no se me escurra la pelota antes de lanzarla.

Todos estos pensamientos se me cruzan por la cabeza en el medio segundo que tengo para tomar una decisión.

No puedo jugar asustado.

Con un rápido regate, me alzo en el aire, agarro el aro con una sola mano y meto el balón por la red. Suspiro de alivio cuando piso de nuevo el suelo con firmeza.

Estoy segurísimo de que el tío que me marca me ha hecho falta cuando he saltado, porque me ha agarrado del otro brazo y ha tirado de mí hacia abajo. Pero ¿la han pitado? ¡Qué va!, y eso no es nada nuevo para mí. Bueno, otras veces es a mí a quien no le pitan una falta, así son las cosas.

Orgulloso de mí mismo por haberlo hecho y no haber jugado con miedo, vuelvo a la defensa sin decir ni una palabra. Nunca he sido uno de esos jugadores que se quejan a los árbitros, aunque hagan una mierda de trabajo.

—¡Eh! —Indy se levanta de un salto y les grita a los árbitros cuando paso a su lado—. ¿Qué coño ha sido eso? ¿Es que estáis ciegos? ¡Ha sido falta! ¡Ya va siendo hora de que aprendáis a soplar ese silbato en lugar de cargaros el partido!

Mi chica tiene la cara colorada y está tan furiosa que pateo el suelo con sus zapatos de tacón rojos mientras sigue amonestando a los árbitros.

Me quedo mirándola con los brazos en jarras. Ethan y Dom se unen a mí y me flanquean.

—¿Para qué demonios os pagan? —continúa, antes de añadir unos cuantos tacos—. Maldita sea. ¿Es que os duelen las rodillas por pitar esa falta?

Casi se me escapa una sonrisa de complicidad, pero me limito a menear la cabeza al mirarla.

—A veces tu novia da miedo, Shay —comenta Dom a mi lado.

Ethan se ríe desde el otro.

—Lo sé... —admito orgulloso—, pero me encanta.

Ganamos por diecisiete.

36

Indy

Cojo las llaves y me dirijo hacia la puerta de casa.

—Ry, voy a Casa de Michael.

Sentado en el sofá con un libro en la mano y los pies subidos a la mesita del café, Ryan se pone rígido antes de bajar el libro a su regazo poco a poco.

—¿Me lo puedes repetir?

—Voy a Casa de Michael.

—¿Y quién coño es ese?

Cuando lo oigo, tengo que hacer auténticos esfuerzos para no reírme. Me mola que se ponga celoso, así que le sigo el juego antes de admitir que Casa de Michael es la tienda artesanal donde compro hilo de bordar para hacer punto de cruz.

—No te preocupes por eso.

Levanta las cejas hasta el arranque del pelo.

—¿Cómo que no me preocupe por eso? Pues vaya.

—No tienes que decirme lo que debo hacer a no ser que estemos los dos desnudos.

Vuelve a coger el libro y se centra en las páginas.

—Diviértete, pero que sepas que eres responsable de lo que le pase al tal Michael esta noche. De hecho... —se repantinga en el sofá como si la cosa no le afectara lo más mínimo—, así ya tengo algo que hacer.

—Estás loco. —Ryan levanta un ojo por encima del libro—. Casa de Michael es una tienda artesanal y tú, un psicópata. —Incapaz de contener la risa, me siento en su regazo—. ¿Me acompañas? Así puedes enfrentarte a Michael mientras yo escojo un nuevo bastidor para bordar y unas agujas.

Me rodea la cintura con los brazos.

—Estaba a punto de tirar al tal Michael al suelo de un puñetazo.

Dejo caer la cabeza sobre su hombro hasta que por fin es capaz de reírse de sí mismo.

—¿Quieres que te acompañe?

Quiero que venga a todas partes conmigo, pero le cuesta salir de casa. Ahora que se acerca el final de la temporada, es casi imposible que lo haga.

Ryan se adelanta para coger uno de mis libros de la mesita del café.

—¿De qué trata este?

—Un jefe de la mafia hace un trato con otro jefe de la mafia utilizando a su hija como pago. Un matrimonio de conveniencia. Lo normal.

—¿Por qué te gusta tanto leer ficción? —me pregunta sin el menor asomo de querer juzgarme.

—¿De qué otro modo podrías vivir mil vidas en el período de una sola? La belleza de la ficción es que te hace sentir cosas a un nivel visceral. Puedes llorar con los personajes, reírte con ellos. Te enseña a mirar las cosas desde otra perspectiva, a sentir empatía. En la no ficción, solo aprendes algo en lugar de sentirlo.

—Tú ya sientes más cosas que la mayor parte de la gente a la que conozco. —Cierra su libro,

ladea la cabeza y me mira con una ternura que yo no sabía que existiera cuando me mudé a esta casa—. Tampoco has leído mucho últimamente.

Me encojo de hombros.

—Bueno, eso es porque no siento la necesidad de vivir en la realidad de algún otro. Disfruto mucho de la mía últimamente.

Le sale su sonrisa radiante adornada con los hoyuelos.

—¿Puedo leer algo de tu libro?

—¿De verdad lo dices?

Asiente con pasión.

—Vale, espera que busque algo que te pueda gustar...

Me detiene mientras hojeo las páginas.

—Déjame leer la página por la que vayas.

Vaya, esto se está poniendo interesante...

Se lo paso. Abre los ojos verdes azulados como platos en cuanto empieza a leer, pues justo lo dejé cuando iba por una escena muy detallada. El jefe de la mafia le está comiendo el coño a la protagonista encima del escritorio después de que este haya matado a un hombre a sangre fría.

—¡Joder! —exclama y se acurruca en el sofá como si pensara quedarse allí el tiempo suficiente como para terminarse el libro—. Es muy guarro. Te pone cachondo.

—¿A que sí? Es casi un manual sobre cómo satisfacer a una mujer. No sé cómo no hay más hombres que lean este tipo de libros.

Tiene los ojos clavados a las páginas hasta que acerco las caderas a las suyas para llamarle la atención. Sus oceánicos ojos se vuelven más oscuros cuando me mira.

—Este puede ser el más calenturiento que jamás haya leído jamás —admito.

—Ah, ¿sí? —Ryan deja caer mi libro y, con las manos enterradas en mi pelo, me tumba antes de besarme de una forma tan profunda que noto su intensidad en cada nervio de mi cuerpo.

Hace unos ruiditos que, en parte, son lo que lo hace tan sexy. No le importa que yo sepa el efecto que ejerzo sobre él.

En cuanto le meto la mano por debajo de la camisa y noto el calor de su piel, alguien llama con los nudillos a la puerta de la calle.

—No —muestro mi desacuerdo contra sus labios—. Esto no está sucediendo. Vas a estar fuera cuatro días. No contestes a la puerta.

Se ríe.

Vuelven a llamar.

Pongo los ojos en blanco, me levanto de su regazo y me derrumbo en el sofá a su lado, dejándole que se levante para abrir la puerta.

—Qué raro que David no haya llamado antes... —dice Ryan mirando por la mirilla—. Ah, es Kai.

Y no es raro que Dave no haya llamado. Kai también vive en el mismo edificio.

—Hola, tío.

—Hola. —Kai me saluda con la mano—. Hola, Indy.

—Vaya, si es el mismísimo Clark Kent del béisbol. ¿A qué debemos el honor?

Una tímida sonrisa se le cruza por los labios al escuchar el apodo. Kai Rhodes es altísimo, tiene el pelo ondulado oscuro y lleva unas gafas con la montura negra. Su encantadora sonrisa derrite a casi todas las mujeres al instante. Esas cosas y el hecho de que sea uno de los mejores jugadores de béisbol siempre me han desconcertado; me pregunto por qué coño seguirá soltero.

En la cintura lleva a una criatura adorable, es mi visita favorita.

—Vengo a pedirlos un favor muy grande. Esta noche tenemos una cena de pretemporada con algunos de los abonados y he despedido a la niñera.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.... —Evita el contacto visual porque esta es la sexta a la que ha despedido y eso solo desde que yo le conozco.

Tanto Ryan como los entrenadores y el agente de Kai, así como el resto de su equipo, han estado ayudándolo a encontrar una cuidadora de la que se fíe para que cuide a su hijo, no para que las despidan a todas al cabo de menos de una semana. Kai necesita a alguien que quiera viajar con el equipo porque el calendario de la MLB o Grandes Ligas de Béisbol es una locura, teniendo en cuenta que es padre soltero. La verdad es que yo he perdido toda esperanza de que vaya a encontrar a la persona adecuada para ese trabajo.

—Volveré dentro de menos de dos horas. Me daré prisa. Max estará dormido casi todo el rato —continúa Kai.

Mi novio me mira, a la espera de mi intervención. Aunque pensábamos pasar una noche bien distinta, me encanta la idea de sostener a Max en brazos.

—¡Sí! —digo por los dos desde el sofá—. Estamos encantados de cuidarlo. Tómame todo el tiempo que quieras, Kai.

—Sois de lo mejor que hay, chicos. —Se retira del hombro la bolsa de pañales y se la pasa a Ryan—. Todo lo que necesita está dentro de la bolsa. Dentro de una hora le toca el biberón y, seguro que cuando se lo tome se quedará dormido hasta que yo vuelva a casa. Por favor, llamadme si pasa cualquier cosa. Si no come o no duerme, vendré enseguida a casa. En la bolsa hay una lista de contactos de emergencia, pero por favor llamadme si...

—Kai. —Me levanto del sofá—. No le va a pasar nada. Ve a lo tuyo y no te preocupes por nosotros.

Me hubiera gustado añadir que yo he nacido para cuidar niños, pero lo más probable es que mi novio hubiera flipado.

—Necesito mi dosis. —Extiendo los brazos y Kai me pasa a su hijo adormilado.

—Llamadme —implora una vez más.

Ryan lo reconforta:

—Lo haremos. Hasta luego.

Una vez cerrada la puerta, coloca la bolsa de los pañales en la isla de la cocina, mientras yo confío en que Max no llore ahora que se ha ido su padre.

—En fin, no era exactamente así como me había imaginado la noche...

Le lanzo una sonrisa comprensiva porque se va a marchar cuatro días y estaba ansioso por follar esta noche. Varias veces.

Mientras yo no dejo de mecer a Max dando vueltas por el apartamento, Ryan me dice que va a preparar la cena.

No ha pasado todavía ni un cuarto de hora cuando el bebé empieza a berrear a voz en grito. Intento calmarlo hablándole bajito al oído y acariciándole la espalda, pero no sirve de nada.

—¿Me dejas que lo intente?

—¿En serio? Creía que te daba miedo.

Suelta una risotada.

—Por favor. La única razón por la que no lo he cogido nunca en brazos es porque sé lo mucho que te gusta a ti tenerlo, pero he cuidado de Max un montón de veces antes de que te mudaras a este piso. No le tengo miedo, Blue.

No sé cómo consigue sorprenderme tantas veces, pero es que este hombre solo dice las cosas

cuando es necesario decirlas.

Me coge al niño y coloca la cabeza de Max en su hombro. Lo sostiene sin el menor esfuerzo con un solo antebrazo mientras sigue haciendo la cena como si no hubiera pasado nada. Por si fuera poco, empieza a cantarle a Max al oído, y juro por Dios que mis ovarios están en máxima alerta porque Ryan Shay sosteniendo a un bebé mientras prepara la cena es la cosa más sexy que he visto en mi vida.

Lo tranquiliza dándole besitos en la cabeza mientras le canta, de modo que al cabo de un minuto o dos el bebé se queda tan tranquilo apoyado en el cuello.

Mi novio me lanza una sonrisa maliciosa por encima del hombro. Está orgulloso de sí mismo y tengo que admitir que se le da genial.

Sigue cocinando y veo que Max hasta le lanza alguna dulce risita. Ofrezco mi ayuda, pero Ryan la rechaza diciendo que ya le ha cogido el tranquillo, y en ese momento me doy cuenta de que deseo ese tipo de vida con él.

Siempre he querido ser madre. La única razón por la que me mudé al principio a este piso fue la de ahorrar dinero suficiente como para hacer realidad ese sueño. Ahora, en cambio, quiero tener hijos con él.

Es horrible admitirlo, pero en cierto modo me comportaba de manera egoísta al querer tener hijos. Quería ser madre yo, quería tener hijos yo, y por primera vez en mi vida hay otra persona con la que quiero compartir este privilegio.

Llevamos la cena al sofá y, cuando me ofrezco a darle el biberón a Max, Ryan se niega y me insiste en que tome la cena mientras esté caliente. El niño se queda dormido antes de terminarse del todo la leche, tal y como ha dicho su padre. Entonces, mi novio se recoloca en el sofá con el niño dormido en su pecho mientras él se toma su cena ya templada.

Cuando me sonrío con la boca llena de pasta y un niño dormido en su pecho, me gustaría hablar. Quisiera decir qué natural y qué sexy resulta verlo con un bebé, pero cierro el pico. Tengo mucho miedo de asustarlo, de darle alguna razón para que dude de mí. Este hombre se ha abstenido durante años de follar porque no quería darle a nadie la oportunidad de aprovecharse de él.

Porque tenía miedo.

Pero yo también tengo miedo de que nunca quiera tener en la vida cosas que para mí son esenciales. Verlo así esta noche me ha recordado que no hace mucho me habló de la visión tan diferente que teníamos los dos del futuro.

37

Ryan

—Serás consciente de que perdisteis anoche.

—Claro. —Procuro no poner los ojos en blanco ante el reportero que está sentado en la tercera fila en esta rueda de prensa matutina, pero es la afirmación más obvia que he oído en mi vida.

—Lo que significa que, si perdéis una de las otras dos, los Devils de Chicago no se clasificarán para los *playoffs*.

—¿Eso era una pregunta?

Por lo general, suelo ser paciente y diplomático con los periodistas, pero anoche perdimos. Después, cogimos un vuelo hacia Chicago y, esta mañana, antes de pasar por casa, me han endilgado una rueda de prensa.

Y lo último que necesito antes de irme a dormir y de rumiar la pérdida es a un corresponsal que no dice más que obviedades.

—¿Cómo te sientes ante eso? —rectifica.

—No muy bien. Esta derrota es culpa mía por haber estado lesionado, soy consciente de ello. Sé la responsabilidad que recae sobre mis hombros.

Perdimos por dos contra Sacramento.

Varias manos se levantan en la sala y el coordinador de prensa del equipo elige al siguiente reportero para que me haga una pregunta.

—Corren rumores en torno a la liga sobre un posible cambio si el equipo no consigue clasificarse esta temporada para los *playoffs*. ¿Qué tipo de presión sientes para conseguir estas dos próximas victorias?

Mis ojos se clavan en Ron Morgan, de pie al fondo de la sala con los brazos cruzados. Su rostro no muestra la menor expresión y no tengo ni idea de lo que estará pensando. ¿De verdad estará pensando en sustituirme? Ese es el rumor que lleva circulando toda esta semana.

De manera que sí, no solo noto la presión de la ciudad y de la organización de los Devils para clasificarnos para los *playoffs*, sino que además me pesa mucho saber que mi novia, mi hermana y mi futuro cuñado han echado raíces en Chicago.

Nunca en la vida me han estresado tanto dos partidos.

—No siento la presión —miento—. Sé lo que tengo que hacer y sé lo que tiene que hacer el equipo para que todo salga bien. Y lo conseguiremos.

Miro hacia Ron y veo que asiente con la cabeza.

—Siguiente pregunta —continúa nuestro coordinador, cuando me hundo en el asiento dispuesto a que me asedien con más cuestiones que no quiero responder.

Después de cruzar el portal con la maleta a rastras, por fin llego a casa.

Estoy hecho polvo, no he pegado ojo en el avión pensando una y otra vez en la derrota de anoche. Lo único que quiero es encontrar a Indy, llevármela a la cama y pasar todo el día durmiendo.

—¡Ind! —la llamo, pero no contesta—. Blue, estoy en casa. ¿Dónde estás?

Miro en mi habitación, en la suya, en la ducha y en la cocina. No está en casa. Cuando saco el móvil para llamarla, ya tengo un mensaje suyo esperándome.

Indy: *Tengo algo que contarte cuando llegue a casa, pero tenía tantas ganas de verte que no he podido dormir. He ido a comprar dos cafés para nosotros y uno para Dave, por si llegas a casa antes que yo.*

Con una sonrisa en la cara, me siento en el banco de la entrada y me quito los zapatos. Estoy tan agotado que me voy a quedar aquí esperando hasta que llegue mi chica y me lleve a la cama.

Me agacho y meto los zapatos debajo del banco, pero cuando me voy a incorporar encuentro una varita blanca de plástico con un capuchón azul que asoma por debajo de una de las patas de madera.

En cuanto lo cojo, sé lo que es y no doy crédito a lo que veo.

Esto no puede estar sucediendo. ¿Cómo habrá pasado? Bueno, ya sé cómo, pero siempre hemos tenido cuidado. Siempre hemos tomado precauciones. Ella me dijo que haría falta un milagro para que ocurriera de manera natural. ¿Cómo coño ha ocurrido? ¿Y por qué coño está aquí debajo? ¿Para ocultármelo?

Claro, no mentía cuando me ha dicho que tiene una cosa que contarme cuando venga a casa, porque tengo entre las manos una prueba de embarazo que casi está gritando la palabra «positivo» con las letras en negrita.

El test positivo del embarazo de Indy.

38

Indy

Entro por la puerta de la casa corriendo con una bandeja de cafés porque llevo cuatro días sin ver a Ryan y soy una perra necesitada que requiere su atención. Además, tengo que contarle que mis padres han reservado un vuelo y pronto vendrán a visitarnos. Qué ganas tengo de verlos en persona.

Pero no tardo mucho en encontrarlo sentado en el banco de la entrada con los codos en las rodillas y la cabeza colgando.

—¡Hola, te he echado de menos!

Echa la cabeza atrás, pero no me mira. En cambio, clava los ojos oceánicos en el techo, están tan llenos de emociones que no acierto a dilucidar.

—¿Qué pasa? —Dejo la bandeja en la isla de la cocina, me quedo de pie entre sus piernas y le acaricio el pelo—. ¿Estás disgustado por el partido de anoche?

Hace amago de reírse sin ganas.

—No.

—Vale. Entonces, ¿qué te preocupa?

Menea la cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

Respiro hondo e intento cambiar de conversación:

—Pues yo tengo algo emocionante que contarte.

Estira una mano entre nosotros y saca una varita de plástico para que la vea.

—Lo sé todo —dice.

—¿Qué es eso? —No responde nada—. ¿Es un test de embarazo?

—Claro, Ind. ¿Desde cuándo lo sabías?

Espera un momento... ¿Qué?

Por fin me mira a los ojos. Es evidente que no está cabreado por el partido de anoche. En realidad, ni siquiera está enfadado, sino asustado. Como si todas sus inseguridades se hicieran realidad en este momento y yo fuera la personificación de todas ellas.

—No tengo nada que contarte, Ryan —digo en tono suave.

—¿Has hecho esto...? —empieza, antes de detenerse y menear la cabeza.

Con los ojos como platos, doy un paso atrás para alejarme de él y levanto las manos para defenderme.

—Joder —dice con voz de arrepentimiento, pero yo me mantengo fuera de su alcance.

—Pregúntamelo, Ryan.

Sin dejar de menear la cabeza, se me va acercando despacito, pero yo retrocedo del mismo modo.

El miedo se apodera de mí.

—¡Pregúntamelo, joder, Ryan!

Estoy demasiado enojada para llorar. Demasiado cabreada conmigo misma por enamorarme de un hombre que dejó claro desde el principio que no quería las mismas cosas que yo.

—Pregúntame si lo he hecho a propósito —hablo yo por él—. Eso es lo que estás pensando,

¿verdad?

—No estoy reaccionando bien, Indy. Vengo agotado y no puedo pensar bien.

Por primera vez en nuestra relación, no me muestro emocional. Está a punto de echarse a llorar, pero no estoy segura de si es porque cree que estoy encinta y eso es lo último que quiere, o si cree que lo he traicionado al quedarme embarazada.

Rodea la isla de la cocina para acercarse a mí, pero yo mantengo la distancia y la espalda cerca de la puerta de entrada.

—Blue, por favor.

Parece igual de triste que duro y, aunque en parte quisiera abrazarlo, sobre todo estoy cabreada porque se le haya ocurrido pensar ni siquiera por un segundo que yo podría tenderle una trampa.

—No tienes que asustarte, Ryan. No estoy embarazada. Sería un milagro si eso ocurriera algún día, así que gracias por recordármelo. Gracias por recordarme que lo último que quieres en la vida es lo que yo más deseo. —Suelto un carcajada falsa—. Nunca hemos deseado lo mismo, ¿verdad?

—Indy... —Se aprieta el puente de la nariz—. Solo necesito un momento para pensarlo... No me lo esperaba.

Claro, está ignorando la parte en la que le digo que no estoy embarazada. Quizá ha entrado en shock. Tal vez no sea capaz de entender nada de esto. Estoy intentando ser comprensiva con sus temores, pero me niego a pasar el resto de mi vida convenciendo a otro hombre para que quiera las mismas cosas que yo.

—A veces desearía que tuvieras un trabajo normal, porque entonces podrías confiar en que no hay motivos ocultos para amarte. —Cojo las llaves de la isla de la cocina y salgo a toda velocidad al vestíbulo—. Tómame todo el tiempo que quieras, Ryan.

Lo oigo gritar mi nombre a través de la puerta, pero no me doy la vuelta.

39

Ryan

Debería ir detrás de ella, pero no puedo. Estoy tan acojonado que lo único que quieren mis pies es recorrer el salón.

Estoy completamente bloqueado. No recuerdo ni la mitad de lo que ha dicho, pero sé que la he cagado.

No quería reaccionar de ese modo, pero, Dios mío, ¡con qué cara me miraba! Ni siquiera estaba llorando, y esa es la parte que más me asusta de todo. Mi chica emocional no estaba nada emocionada. Estaba dura y yo he sido el causante.

Esto es justo lo que yo quería, solo que no esperaba que fuera tan pronto. Soy planificador por naturaleza. Conocería a sus padres, le pediría que se casara conmigo y luego haría cuanto estuviera en mi mano para convertirla en madre. No estoy acostumbrado a que mis planes se derrumben. No soy dado a soñar ni a tener esperanzas.

Al menos, no soñaba antes de conocerla.

Durante una fracción de segundo, he visto a Marissa delante de mí. He revivido el día en que me contó que estaba embarazada. He pasado por todas las emociones que sentí durante esos nueve meses en los que creía que iba a ser padre. Me he visto arrojado a aquella tarde en el hospital, cuando averigüé que su hija no era mía. Cada segundo doloroso de aquel día se me ha representado como un fogonazo, antes de ver que era Indy a la que tenía delante.

No son iguales. Nunca han sido iguales y he tratado a esta última como si lo fueran.

Dios mío, ¿qué me está pasando? Me aterroriza pensar que he arruinado uno de los mejores días de nuestra vida.

Tiene que estar muy disgustada. Es lo que ella siempre ha querido y le he hecho creer que yo no lo quería.

Justo cuando me dirijo hacia la puerta para salir a buscarla, esta se abre de repente. Pero, en lugar de mi novia, es mi hermana la que irrumpe en nuestra casa.

—¿Qué estás haciendo aquí, Vee?

Ni me mira ni me contesta, sino que tan solo se pone a rebuscar en mi apartamento levantando cojines y abriendo cajones. Entra en mi cuarto de baño, donde mira hasta en la papelera.

—Stevie, ¿qué coño estás haciendo? —le pregunto y veo su cara de preocupación.

—Ryan, estoy... —Su atención se dirige a mi mano—. ¿Dónde has encontrado eso?

Por mi puño cerrado, asoma el test de embarazo.

Mierda. No quería que se enterara de esta manera. Indy también debería estar presente, pero no puedo mentirle a mi hermana en el momento en el que me siento más vulnerable.

—Vee, Indy está embarazada.

Stevie cierra los ojos y exhala un hondo suspiro mientras las lágrimas le caen por las mejillas llenas de pecas.

—No, no lo está, Ryan. —Abre las pestañas empañadas en lágrimas, pero con una sonrisa en los labios—. Soy yo la que lo está.

—¿Qué?

—Ese test es mío. Zee estaba ayer en casa e Indy se había marchado a hacer recados. Yo sabía que el apartamento estaba vacío, así que vine aquí para hacerme la prueba. Bueno, me hice seis. Y esta mañana solo he podido encontrar cinco y no quería que ella se encontrara la sexta.

Siento una mezcla de alivio y de desilusión.

—Stevie... ¿Estás embarazada? —digo con la voz quebrada por la emoción.

Asiente con una carcajada que enseguida se convierte en un sollozo.

—Eh, eh —digo abrazándola—. ¿Por qué estás llorando?

—No lo sé. ¿Por qué lloras tú?

—Porque mi melliza va a ser madre y me va a convertir en tío.

—Estoy asustada.

—¿Por qué?

—Porque yo no me he pasado la vida soñando con eso como tú. No empecé a pensar en niños hasta que conocí a Zee.

—Stevie, los dos vais a ser unos padres estupendos. Bueno, la verdad es que, si se parece al padre, podemos tener un problema, pero...

Por fin suelta una carcajada en mi pecho.

—Espero que sean clavados a él.

—¿Lo sabe?

—Todavía no. Se lo voy a contar hoy. —Se aparta de mí y se limpia la cara—. Hazme un favor. Déjame que sea yo la que se lo cuente a Indy. Soy... No sé. Quiero decírselo yo. Soy tan feliz..., pero no quiero restregárselo en la cara. Esto es algo que ella siempre ha deseado.

Una oleada de arrepentimiento del tamaño de un tsunami se abalanza sobre mí cuando de repente me vienen a la memoria todas y cada una de sus palabras.

«No estoy embarazada».

«Sería un milagro que eso ocurriera algún día».

«Gracias por recordarme que lo último que quieres en la vida es lo que yo más deseo».

«Nunca hemos deseado lo mismo, ¿verdad?».

—Stevie, la he cagado. Ha venido a casa toda emocionada para contarme algo y he creído que el test era suyo. Me lo he tomado muy mal. Ha pensado que iba a preguntarle si lo había hecho a propósito. Creo que no iba a preguntarle eso, pero no estoy seguro del todo.

—No, Ryan.

—De repente se me vino encima todo lo de Marissa y me asusté. Me he acojonado. Y ella se ha sentido muy dolida. Ni siquiera ha llorado, Vee. Me ha mirado como si la hubiera traicionado. Y lo he hecho. Creo que la he traicionado. Esto es lo que más desea en el mundo y le he hecho pensar que yo no.

Mi hermana se tapa la cara con las manos.

—Ryan, es muy posible que Indy no pueda quedarse embarazada de manera natural.

—¡Ya lo sé! Dios, soy un idiota. No podía pensar en ese momento.

Apenada, cierra los ojos.

—Debe de estar muy disgustada.

—Le hice pensar que yo no quiero el mismo futuro que ella. Creerá que he estado todo el tiempo dándole largas sin tener planes para brindarle la vida que ella desea.

—¿Y es así? —pregunta mi hermana con precaución—. Ryan, yo te quiero. Significas para mí más que nadie en el mundo, pero, si existe una mínima parte de ti que no desea las mismas cosas que ella, entonces tienes que dejar que se vaya. Ha perdido demasiado tiempo con un tío que le daba largas y yo no puedo permitir que tú le hagas lo mismo.

Por mucho que mi melliza sea mi otra mitad, hay cosas que ni siquiera ella sabe. Los pasos que he dado para otorgarle a Indy el futuro que ella quiere. El futuro que también quiero yo. Siempre he querido formar una familia, pero, sabiendo que podría hacerlo al mismo tiempo que mi hermana y después de haber creído que mi novia estaba embarazada, ahora lo deseo más que nunca.

—Nunca habríamos llegado hasta aquí si no deseara lo mismo que ella. He visto por lo que ha tenido que pasar y yo jamás le haría eso.

Stevie asiente con la cabeza.

—Tengo que encontrarla. Hablar con ella. Pedirle perdón. ¿Crees que habrá ido a tu casa?

—Lo dudo. Ya sabes lo lista que es. Estoy segura de que enseguida ha llegado a la conclusión de que ese test era mío. Creo que sé dónde podría estar, pero yo necesito hablar primero con ella.

Abraza otra vez a mi hermana y la beso en la coronilla de pelo rizado.

—De verdad que me alegro mucho por ti, Vee. Vas a ser una mamá increíble y Zanders será un padre cojonudo.

—Tú también lo serás, Ryan. Cuando llegue el momento. —Me abraza más fuerte—. Mientras tanto, sé que vas a ser el mejor tío del mundo.

40

Indy

La casa de Rio apesta a chico.

Montones de ropa sucia y latas de cerveza vacías decoran el lugar. Está jugando a la Xbox con otros tres tíos del equipo y arman un ruido atronador.

Pero no me puedo quejar. En cuanto abre la puerta y me ve los ojos rojos, echa a sus compañeros a patadas y me da un juego de sábanas limpias para la habitación de invitados.

—Indy, tienes una visita —anuncia desde el umbral de la puerta.

—No quiero hablar con Ryan.

—¿Y conmigo?

Miro por encima del hombro al reconocer la voz de Stevie y me la encuentro apoyada en el marco de la puerta con mi anfitrión. Esos ojos tan parecidos a los de su hermano solo me recuerdan al miedo que he visto en los de este por la mañana.

No sé si alguna vez voy a ser capaz de olvidar esa cara de terror y no puedo estar más agradecida de que el test no fuera mío. Por mucho que quiera formar una familia, prefiero estar sola antes que tener un compañero que sienta que lo atrapo.

Rio nos deja solas con una sonrisa en los labios.

Mi amiga se sube a la cama conmigo y me abraza.

—Eso me reconforta —digo suspirando—. Tu hermano siempre lo llama «achuchón».

—Hoy no me has enviado ningún mensaje contándome cómo te van las cosas.

—Lo que ha pasado hoy, Vee..., es que tu hermano no quiere lo mismo que yo y no sé cómo vamos a acabar.

Me acaricia el brazo con suavidad.

—¿Te ha dicho eso?

Las lágrimas me caen por las mejillas hasta la funda de la almohada.

—Tendrías que haberlo visto, tía. Estaba aterrado. —Intento encontrar oxígeno suficiente para seguir hablando—. He evitado sacar la conversación durante toda nuestra relación, pero esperaba que se mostrara más abierto cuando llegara el momento. Pero esta mañana he visto con claridad que nunca lo hará.

Stevie se queda callada un buen rato.

—Te quiero, pero no debería estar teniendo esta conversación contigo —continúo—. Ryan te necesita.

—Indy, sigues siendo mi mejor amiga.

—Y él también. ¿Quieres asegurarte de que se encuentra bien? Échale un vistazo. Yo ahora mismo no puedo.

Me aprieta el brazo con más fuerza.

—Claro que sí.

Me doy la vuelta en la cama y me vuelvo hacia ella.

—¿De verdad estás embarazada?

Los ojos oceánicos le brillan. Incapaz de hablar, se limita a asentir con la cabeza.

—Vee... —Le doy un abrazo—. Es increíble. Cómo me alegro por ti. Con esa genética, seguro que será impresionante.

Las dos nos reímos y lloramos a la vez. Ella porque seguramente tenga las hormonas revueltas y yo, bueno, porque soy yo.

—Tenía tanto miedo de contártelo... —solloza.

—¿Por qué?

—¿Tú por qué crees, Ind?

—No te preocupes. —Le coloco los rizos detrás de la oreja—. Me alegro mucho por Zanders y por ti.

—¿Sí?

—¡Pues claro! Voy a tirar la casa por la ventana con ese bebé. Espero que tenga un armario enorme, porque entre su padre y yo va a tener más ropa que un príncipe. Prométeme que, aunque no esté con Ryan, seguiré siendo la tía Ind.

—Siempre lo serás. —Me obsequia con una sonrisa triste—. Pero habla con él, ¿vale? Cuando estés preparada.

Me seco las lágrimas de las mejillas y ella hace lo mismo.

—Desde luego, qué patéticas somos —me río.

—Muchísimo. —Me da otro abrazo—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¡Esto sí que es una fantasía hecha realidad! ¿Dos tías revolcándose en mi cama? ¡Señor, ten piedad de mí!

Lanzo una almohada a la puerta.

—¡Lárgate, Rio!

—Ha venido otro más a verte.

—Dile que no estoy. Además, no puede estar aquí, tiene que ir a entrenar al pabellón.

Rio inspira hondo porque tiene que decirle a su ídolo que se marche, que es justo lo que va a hacer. Se da ánimos a sí mismo y nos deja solas otra vez.

—Tengo que ir a contarle a Zee que va a ser padre.

—¿Cómo? —Me incorporo en la cama—. Stevie Renee Shay, ¿te estás burlando de mí? ¿Me he enterado yo antes que él?

Ella también se incorpora.

—Tenía que asegurarme de que estabas bien.

—Por favor, ve a decírselo ahora mismo.

—Venga, hombre. Déjame hablar con ella. Ya me has echado una vez esta mañana.

Oigo la voz de Ryan desde el cuarto de invitados de Rio, donde he estado llorando un rato antes de pasarme la tarde durmiendo. No sabría decir qué hora es, pues llevo todo el día con el móvil apagado. Intentar asimilar la idea de no pasar la vida con la persona que amas es agotador.

—Tío, tú sabes que yo casi beso el suelo que pisas, así que decirte que no entres en mi casa o aguantarme sin pedirte un autógrafo para el póster que tengo en la habitación de juegos supone para mí una prueba que excede todos los límites. Pero ella no está preparada y también es una de mis personas favoritas, así que por esta vez me voy a poner de su parte.

—Sé que está disgustada, pero todo se arreglaría si pudiera hablar con ella...

—No quiere hablar contigo.

Ryan hace una pausa.

—¿Eso te ha dicho?

—Literalmente. —Otro incómodo silencio—. Dale un poco de tiempo. Estoy seguro de que irá

a verte cuando esté preparada.

—Joder —exclama el jugador de baloncesto y pasa otro rato callado, como si estuviera intentando asimilar y aceptar que esta noche no vamos a hablar—. ¿Querrás cuidar de ella por mí y asegurarte de que está bien?

—Por supuesto.

—¿Tienes comida que ella pueda tomar? Es vegetariana, enviaré aquí algunos alimentos para ella. Y el café le gusta frío. Si se lo puedes guardar por la mañana en la nevera... ¿Puedes darle esto de mi parte?

En cuanto oigo que se cierra la puerta de la calle, abro la del dormitorio y veo a Rio con una bolsa en la mano.

—Se que estás cabreada con él, Indy, pero no dejar entrar a mi ídolo en mi casa ha sido una de las cosas más duras que he tenido que hacer en mi vida.. Si eso no merece el título de tu mejor amigo, yo ya no sé. En eso seguro que incluso supero a Stevie.

—Gracias. Siento haberte puesto en esta situación.

Deja la bolsa encima de la cama.

—Te ha traído esto. Está desolado, Ind.

Asiento porque comprendo ese sentimiento demasiado bien.

—Yo también lo estoy.

Con una sonrisa de simpatía, me deja sola por esta noche.

La cruda realidad es que no quiero a Ryan menos que esta mañana, pero, aun reconociendo eso, me duele más saber que no deseamos la misma vida. Solo porque nuestros futuros no estén alineados no significa que el amor que siento por él haya desaparecido.

Al abrir la bolsa encuentro arriba del todo el pijama de seda que llevaba la noche que fuimos de camping y compartimos cama por primera vez. Debajo está la ropa interior, los calcetines... y el neceser de viaje, así como la última labor de punto de cruz y el libro que estoy leyendo.

Al ir sacando cada cosa, no puedo evitar llorar a lágrima viva porque lo quiero y me encanta su manera tranquila y atenta de amarme.

Hoy el problema han sido las palabras que él tenía en la punta de la lengua: preguntarme si me había quedado embarazada a propósito. Me cuesta mucho encajar la idea de que me compare con quien le ha provocado el mayor daño de su vida.

Como necesito huir de la realidad, abro el libro por donde lo dejé la última vez. Pero en lugar del marcapáginas habitual, me encuentro con un trozo de papel arrancado en el que ha garabateado con prisa:

Blue, no se me dan muy bien las palabras, así que seré breve. Te quiero. Te querré hasta que me concedas ese privilegio e incluso después. Tengo toda la intención de darte la vida que desees. Espero que me dejes hacerlo. Si quieres, puedes añadir esta promesa al frigorífico cuando vengas a casa.

Ryan

A duras penas he conciliado el sueño. En una cama que no es la de Ryan. En una casa que no es la nuestra. Los cojines apilados no han conseguido engañarme porque cada milímetro de mi cuerpo sabía que él no estaba allí.

Salgo del oscuro y solitario cuarto de invitados y me encuentro a Rio en la cocina. Ver cómo prepara el desayuno me provoca un dolor físico en el pecho por los recuerdos que me trae.

Solo han pasado veinticuatro horas y ya lo echo de menos más de lo que he añorado nunca a ninguna otra persona, incluso me he planteado si el futuro que he imaginado para mí de verdad

merece la pena si él no está ahí para compartirlo conmigo.

Rio baja un poco la música antes de ponerme, todo orgulloso, una taza delante.

—Café frío.

Doy un sorbito y por poco me atraganto de lo amargo que está, por no mencionar la textura de la bebida, que está toda llena de grumos. Pero lo obsequio con una sonrisa porque el chico lo ha intentado.

—Está bueno.

—Está asqueroso, ¿a que sí?

—Pues ahora que lo dices...

—Nunca había hecho café porque no lo tomo. La única razón por la que tengo una cafetera es por los chicos del equipo, para cuando se pasan por aquí y les apetece tomarse una taza.

Como siempre, después de pasarme toda la noche llorando sobre la funda de la almohada, mi amigo me hace sonreír.

—No tenías que haberme hecho nada, pero gracias. Lo aprecio más de lo que imaginas. Y gracias por dejar que me quede aquí.

—Por supuesto, Índigo. Eres mi chica.

Se vuelve para freír unas pocas salchichas vegetales. No se lo pregunto, pero sé que Ryan se ha tomado la libertad de encargarlas al supermercado para que las manden aquí.

—Por cierto, te equivocas —dice.

—¿En qué me equivoco?

—En que no tenía que haberte hecho el café. Tu novio me contó cómo te gustaba y me gritó: «¡Más te vale hacerle el puto café cuando se despierte!». Así que te equivocas, tía.

Suelto una carcajada que casi me asusta a mí misma. Rio siempre sabe hacerme reír. Igual que Stevie y Zee. Y también Ryan. Esta familia que he encontrado en un año y medio es mucho más importante para mí que los amigos de toda la vida.

—Hablando de la superestrella... —empieza Rio de nuevo—. Hay un jugador de baloncesto que vale más dinero del que he visto en toda mi vida durmiendo en la entrada a mi casa.

—¿Ha vuelto?

—No se fue. El tío ha dormido en el coche.

Sigo sin tener ni idea de qué decirle a Ryan. Estas horas sin él solo han servido para desconcertarme más aún. No puede dormir en el coche. Le esperan dos de los partidos más importantes de su carrera y me niego a dejar que algo tan trivial como la falta de sueño sea la razón por la que no esté en plena forma.

Cojo el abrigo de camino a la puerta de la calle.

—¡Por favor, no le cuentes lo asqueroso que estaba mi café! —grita Rio desde la cocina.

El Rang Rover está aparcado enfrente de la casa con las ventanillas subidas, pero veo que él está reclinado en el asiento del conductor y tapado con el abrigo.

Al tocar en el cristal, lo despierto.

Le cuesta un poco aclimatarsé a su entorno hasta que se fija en mí. Frunce el ceño, pero al mismo tiempo una sonrisa de alivio le ilumina el rostro.

Daba por hecho que iba a bajar la ventanilla para poder hablar, pero abre la puerta en su lugar. Al instante, me da un abrazo. Con la barbilla encima de mi cabeza, me agarra con tanta fuerza como si se propusiera no dejarme marchar nunca más.

—¿Has dormido algo? —pregunta.

—No mucho. ¿Y tú?

—Igual.

—Te traería una taza de café, pero el de Rio es vomitivo en comparación con el tuyo.

La risa le retumba en el pecho hasta que por fin se aparta de mí lo suficiente como para verme.

—Por favor, ven a casa.

Los ojos se me empañan de lágrimas.

—Ryan, no puedo.

—Por favor, Ind.

—¿Recuerdas lo que me dijiste la primera mañana que desayunamos juntos? Que nunca debería tener que rogarle a nadie que estuviera preparado para un futuro. Y no lo voy a hacer. No otra vez. Esas fueron tus palabras.

Cierra los ojos cuando se pasa la palma de la mano por la cara. Cuando los vuelve a abrir, los tiene tan empañados como los míos.

—No tienes que rogarme nada, Ind. Te daré todo lo que quieras.

Me encantaría creerlo, pero nunca ha dado señales de querer tener la familia que yo quiero y yo hacía como que no me daba cuenta. Cada vez que salían los hijos en la conversación, él hablaba en pasado.

—Pero ¿es eso lo que tú quieres? ¿O tendrías hijos conmigo solo porque es lo que yo quiero? Te quiero demasiado como para permitir que te pases el resto de la vida cumpliendo mis deseos si esos sueños no son también los tuyos.

—Lo son —asegura, como rogándome que lo entienda—. Ya te lo dije. Estoy en ello.

Puede ser doloroso, pero no sé cómo hacerle comprender mi miedo a que lo que está diciendo solo sean palabras bonitas que sabe que quiero oír.

—Ryan, he pasado seis años oyendo esas mismas palabras.

—Yo no soy él.

—Lo sé, pero ayer me asustaste.

—No quise decir eso. No quise compararte con ella. En realidad, ni siquiera lo pensé.

—¿Qué habría ocurrido si ese test hubiera sido mío, si de verdad estuviera embarazada? Te quedaste petrificado, incluso disgustado, solo de pensar que lo estaba. Ry, las promesas no significan mucho cuando se reacciona así.

Se le mueve la nuez al tragar saliva.

—Lo sé. La cagué. Y me arrepiento muchísimo.

—Vamos a pensarlo un segundo, ¿vale?

—¡Yo no necesito pensar! Sé lo que quiero.

—Pero yo sí lo necesito —digo con suavidad—. Yo te quiero, Ryan. Pero no quiero volver a ese piso ahora porque sé que, en cuanto cruce la puerta, me olvidaré de todo solo porque estar allí contigo me hace feliz. Me debo a mí misma pensar con claridad. Se trata del resto de mi vida. Y también de la tuya.

Suspira hondo y mira para otro lado, intentado asimilar que hoy no voy a ir a casa con él.

—Te quiero —me dice—. Prométeme que no vas a renunciar a nosotros.

—No voy a renunciar.

Después de abrazarnos y besarnos, se aparta de mí. Luego, antes de dejarme volver a la casa, me da otro beso en la mejilla y en la frente.

Con los brazos cruzados encima del coche, me observa entrar.

—¡Dile a Rio que mejor compre café hecho si va a hacer esta puta mierda!

Con una sonrisa en los labios, cierro la puerta tras de mí. Sé ya de antemano que el hombre que está ahí fuera hará que me traigan un café en menos de media hora.

41

Indy

La sala de espera de la clínica de la fertilidad no es muy distinta a la de un hospital. Unas paredes blancas y estériles, unos horribles asientos duros, unos muebles de roble anticuados y unas revistas de hace seis meses.

Espero sentada con la documentación a que digan mi nombre. La cita de hoy es solo un chequeo preliminar para asegurarse de que estoy sana y que mi aparato reproductor coopera. En cuanto termine la temporada del hockey, empezaré con las inyecciones. Si soy sincera, hay un montón de palabrería médica que no entiendo del todo, pero sé que el proceso hará que mis óvulos maduren lo necesario.

Hay otras tres familias en la sala de espera. Una con un bebé recién nacido, otra con un niño pequeño y la otra es una pareja que parece esperanzada por su primer hijo. Soy la única que ha venido sola.

No le he contado a Ryan que mi cita era hoy porque, francamente, ni siquiera sé muy bien qué hago yo aquí.

Si él no está involucrado, ¿de qué me sirve todo esto? Es cierto, siempre he querido tener hijos, pero ahora ya no los quiero sin él. Esa convicción lleva martirizándome desde que me he metido esta mañana en el coche para venir aquí y ahora, al verme sola, sigo preguntándome lo mismo.

Si él no quiere esto, ¿sigo queriéndolo yo?

Ya me preocupaba que esto fuera una pérdida de dinero por si no funciona antes de enterarme de que lo cubre el seguro. Pero ahora me pregunto si también es una pérdida de tiempo. No me veo haciendo esto sin él.

—Índigo Ivers —llama la señora mayor del escritorio de enfrente.

—Soy yo. —Cojo la documentación antes de dirigirme a ella.

Teclea la información que le doy, mientras sigo esperando mi turno.

—¿Qué tal va el día? —le pregunto en un intento por ahuyentar mis propios pensamientos.

—Genial, bonita, ¿y el tuyo?

—No estoy segura.

Se ríe.

—¿Estás nerviosa, cariño?

—Creo que sí.

—¿Has venido sola?

Se me forma un nudo en la garganta.

—Sí.

—Bien por ti —dice, mientras sigue tecleando con sus largas uñas—. Es muy inteligente que planees tu futuro tú sola. Nunca se sabe cuándo vas a encontrar a la persona adecuada.

—Yo ya la he encontrado.

Me mira por encima del monitor con una sonrisita de medio lado. Enseguida su atención vuelve al ordenador para seguir añadiendo toda mi información personal a su sistema.

—Hoy debería tener un copago pendiente.

Mira por encima de la pantalla y meneas la cabeza a un lado y a otro.

—No.

—¿De verdad? Qué raro. Siempre tengo un copago cuando utilizo mi seguro.

—Ah, es que no estás usando tu seguro.

—¿Podría comprobarlo?

Tap, tap, tap.

—No, hija, tu póliza de seguro no cubre nada de esto.

¿Me estás tomando el pelo? Ni de coña puedo pagar esto de mi bolsillo. Dejé de ahorrar hace meses, en junio, cuando me dijeron que las prestaciones del seguro cambiaban al inicio del año.

—¿Está segura?

—Afirmativo. Puedo enseñártelo si quieres.

—No, no hace falta.

Joder. Estoy a punto de llamar a mis padres para que me hagan un préstamo, aunque me prometí a mí misma que nunca lo haría. Y, una vez más me pregunto, si todo esto merece la pena.

Saco la tarjeta de crédito toda nerviosa.

—¿Cuánto le debo por lo de hoy?

Tap, tap, tap.

—Nada. Está todo cubierto.

—Pero si me ha dicho que...

—No por el seguro. Una tarjeta de crédito personal pagó por todo el tratamiento hace meses.

Cierro los ojos y repito una y otra vez sus palabras para mis adentros. No hace falta que me diga a qué nombre estaba esa tarjeta, porque ya lo sé.

—¿Puede decirme cuándo se hizo el pago?

—Como a mediados de diciembre.

Justo después de que fuéramos de camping, cuando le conté por primera vez por qué estaba ahorrando dinero.

—Cariño, ¿estás llorando?

Me cubro la cara con las manos y asiento.

—Son cosas mías.

—Parece que tenías razón cuando dijiste que ya habías conocido a la persona adecuada...

—Indy... —dice Rio desde el sofá, detrás de mí, y me cierra el libro que estoy leyendo—. Verás, yo te quiero, eso ya lo sabes, pero no te puedes quedar aquí para siempre.

—Llevo aquí solo unos días y decías que me podía quedar todo el tiempo que quisiera.

—He cambiado de idea. Hoy va a venir mi agente y puede llevarte a ver casas.

Lo miro desconcertada.

—¿Qué? No quiero mirar pisos. Todavía no sé si me voy a marchar del de Ryan. Solo necesitaba unos días.

—Ya han pasado unos días.

Me doy la vuelta para mirarlo bien.

—¿Es que vas a traerte a alguna chica y quieres que me vaya? Puedo quedarme escondida en el cuarto de invitados.

—Ojalá tuviera a una chica... Bueno, ve a ducharte y ponte algo que no sea esa vieja sudadera manchada de salsa de espaguetis. Tienes que tener buen aspecto para mi agente.

—La verdad es que te estás comportando de una manera rarísima.

—Me encanta esta parte de la ciudad —dice Cindy, la agente de Rio, mientras nos lleva en coche a treinta minutos del centro—. Tranquila, es un buen sitio para criar niños, hay muy buenos colegios.

—Yo solo busco casa para mí.

En realidad, no estoy buscando nada.

—Esta parte es muy segura, se puede ir andando a todas partes. Tiene unas tiendas de alimentación estupendas y muchos parques. Bastantes sitios para ir de excursión. Dentro de un par de meses, todo estará cubierto de verde y de flores. Es una zona preciosa.

—Eso suena bien.

En caso de que estuviera buscando algo.

Sigue conduciendo y parece que tiene razón. Es un barrio pequeño, a treinta minutos del bullicio y el ajetreo del centro de Chicago. A Ryan le gustaría. Podría ir al supermercado él solo sin que lo bombardearan o incluso darse un largo paseo sin que lo persiguiera la prensa.

—Ya hemos llegado.

Se mete por la larga entrada de coches de una casa impresionante con una fachada blanca ribeteada de negro. Flanquean la entrada unos olmos que van recuperando su color después de un duro invierno. Un porche precioso rodea toda la casa. No hay ningún otro edificio a la vista, y ya solo por la fachada se puede intuir que en la parte de atrás la finca es inmensa.

—Creo que nos hemos equivocado de dirección —le digo—. Soy yo sola. No estoy buscando algo tan grande y, aunque fuera así, no podría permitírmelo. —Me quedo en el asiento con el cinturón de seguridad puesto, dispuesta a que arranque en busca de la casa que estamos buscando.

—Bueno, vamos a entrar a echar un vistazo, ¿te parece? Es una casa increíble. Una no se la puede saltar así como así.

Cindy ya ha salido del coche antes de que me dé tiempo a protestar. Me desato el cinturón de seguridad y la sigo por la amplia escalinata que conduce al porche de la fachada.

En torno a la casa, solo se oye el lejano gorjeo de los pájaros. Es justo lo contrario al apartamento de la planta 22 del centro de Chicago. No puedo evitar preguntarme cuántas estrellas se verán desde aquí sin las luces deslumbrantes de la ciudad.

Los arriates que bordean la escalera, con sus pequeños vástagos, prometen que en breve brotará algo maravilloso.

Cindy no utiliza una llave para abrir las puertas dobles que dan a la casa. Tan solo gira el pomo y las abre. Me anima a entrar desde el porche.

Al instante, me viene un aroma a café recién hecho y a tostadas.

Una gran escalinata de dos tramos enmarca el vestíbulo. Hay habitaciones a derecha e izquierda. La casa parece que está en plena renovación, pero se reconoce con claridad el salón y el comedor.

Al fondo del todo se oye algo que crepita en la cocina y desde aquí se ven las bocanadas del vapor.

Cindy cierra la puerta y, cuando miro hacia atrás, ya se ha ido. Me ha dejado sola dentro.

Orientándome por el olfato, llego a la enorme cocina que da a la parte de atrás de la casa. Hay armarios blancos, electrodomésticos de acero inoxidable y una isla en la que cabe una familia de seis miembros para desayunar.

Pero la parte más bonita de la casa es el hombre que me está dando la espalda mientras cocina. Parece tan cómodo y relajado como suele estar en casa, así que no podría estar más agradecida a Rio por haber hecho que moviera el culo y me cepillara el pelo.

A estas alturas, ya tengo clarísimo que su agente no iba a enseñarme pisos. Mi amigo lo dijo solo para que viniera aquí.

—¿Ryan? —Miro a mi alrededor—. ¿Qué está pasando?

Cuando se vuelve para mirarme, veo su impresionante sonrisa adornada con los hoyuelos.

—Siéntate. —Señala la isla de la cocina.

Desconcertada, cojo un taburete y me siento antes de ver el precioso ramo de flores del centro de la isla.

—Has de saber que he conseguido mantenerlas vivas tres días enteros.

La naturalidad de su voz me provoca una sonrisa.

Me pone delante un plato con fruta, tostadas y huevos. Luego añade un café helado y me da a probar una leche de sabores nueva con virutas de chocolate a la menta.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos?

No contesta a la pregunta.

—El otro día no acerté con las palabras que te dije y he aquí otras que necesitas oír — responde en cambio.

Trago saliva y le dedico toda mi atención.

—Yo no me daba cuenta de lo solo que estaba hasta que llegaste tú. Gracias a ti he regresado a la vida y me niego a retroceder al mundo en el que me encontraba antes de conocerte. No volveré a la vida que llevaba antes de que aparecieras tú, Ind.

—Yo tampoco quiero una vida sin ti, Ryan, pero a veces las cosas no son tan simples. La vida no es blanca y negra.

—¿No crees que ya lo sé? No he vuelto a ver en blanco y negro desde el instante en que entraste en mi piso. Ahora veo las uñas de los pies pintadas de lila, la ropa de color púrpura, las plantas verdes y esas dichosas cortinas amarillas. Y mucho indigo, mucho tú.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me extraña que aún me queden lágrimas por derramar.

—Me encanta que leas novelas románticas para sentir algo. Me encanta que te gusten las flores y las plantas porque forma parte de tu naturaleza cuidar de las cosas y hacer que algo crezca. Me gusta que experimentes de una forma tan viva cada emoción. Quiero ser quien te dé hijos a los que cuidar. Cuando pienses en mí, la única emoción que quiero que sientas es un amor incondicional. Porque, cuando te miro, veo todo mi futuro y no soporto vivir en un mundo en el que me mires y no veas lo mismo que yo.

Me enjugo las mejillas.

—Veo lo mismo, Ryan. Solo tengo miedo de darte una vida que tú no quieras. O que no querías hasta el otro día. Eso no formaba parte de tu plan.

—¿Y si he cambiado de planes por ti?

La respuesta se me queda atascada en la garganta.

—Yo te he escuchado, Blue. La otra mañana, cuando dijiste que las palabras eran solo eso, tenías razón. Por eso te he amado a través de mis acciones. He dejado que estas hablaran por mí.

Su amor silencioso y, sin embargo, elocuente.

Veo el frigorífico de pasada, en él cuelgan nuestras listas de cosas pendientes acompañadas de otro fajo de papeles.

—Desde el principio, dejaste bien claro cómo querías que fuera tu vida y yo he ido dando pasos para que eso se haga realidad, incluso cuando tú no te dabas cuenta. Así que no, Ind, no tienes que rogarme un futuro porque eso es lo que yo he querido desde el principio.

Retira de la nevera los papeles nuevos y los coloca al lado de mi desayuno.

—Compré esta casa para nosotros en enero. —Los ojea hasta llegar a la última página de lo que ahora ya sé que es la escritura de la casa y señala el último renglón—. Y, si no me crees, aquí está tu nombre.

Efectivamente, ahí está. Puso mi nombre justo al lado del suyo en el título de propiedad de la casa con fecha de enero. Solo unos días después de la lesión de rodilla.

—Siempre lo he sabido, Ind. He querido todo lo que tú quieres desde que entraste en mi mundo y me recordaste quién era. Me diste la esperanza de tener una compañera de verdad, una familia y unos hijos. Hasta entonces, estaba convencido de que nunca tendría esas cosas porque nadie me amaría jamás como hombre, sino solo por mi fama.

»Quiero que esta casa sea el lugar donde todos se reúnen. Quiero cenas del equipo aquí. Quiero que vengan nuestros amigos. Quiero que nuestros hijos se traigan también a sus amigos. Aquí podemos respirar, Ind. No hay fans ni periodistas esperando fuera del edificio. De noche podrás ver las estrellas. Es increíble y, además, la finca es grande. Puedes tener todo un jardín o incluso un invernadero. Y me muero de ganas de ver cómo conviertes esta casa en un hogar, igual que lo hiciste con el apartamento.

Me encanta verlo aquí tan ligero, tan libre. Queda tan lejos el peso de la ciudad, de los partidos...

—Parte de mí siempre ha querido esconderse, pero ahora quiero esconderme aquí contigo. —Rodea la isla y ve mis lágrimas—. No puedes maquillarte y llorar encima de la escritura de la casa.

Nos entra la risa a los dos y se rompe la tensión. Me besa en la frente.

—He estado haciendo obras desde que compré la casa. Todavía falta mucho por hacer. Algunas habitaciones necesitan una mano de pintura y, como es natural, necesitamos más muebles, pero está habitable. Tu cama está en el dormitorio principal, donde también tienes algo de ropa. Haré que te traigan tu coche hoy mismo, pero ¿quieres quedarte aquí mientras lo piensas? Esta casa tiene cinco dormitorios y, cuando la compré, lo hice con la intención de llenarlos todos. Quiero que veas esta casa cuando te preguntes si me estás atrapando en una vida que no deseo, ¿de acuerdo?

—Palabras de afirmación.

—¿Qué?

—Decías que no se te daban bien las palabras, pero creo que las palabras de afirmación pueden ser tu lenguaje amoroso. O hacer actos de servicio. O regalar cosas. Dios mío, no sé ya lo que me digo... Te quiero.

—Te quiero tanto, Blue, que lucharé siempre por ti, pero también necesito que tú luches por nosotros. Y ahora tómate el desayuno, que se te está enfriando.

Me da un último beso en la frente antes de dirigirse a la puerta principal.

—Ryan...

Se vuelve para mirarme.

—¿Por qué me pagaste el tratamiento de la fertilidad? No quería que lo pagara nadie.

—No, lo que no querías era que lo pagaran tus padres. Decías que te incomodaba que alguien te pagara por formar una familia. En fin, como va a ser también mi familia, yo no cuento.

—Pero eso fue allá por diciembre. ¿Incluso entonces?

—Incluso entonces.

Dicho lo cual, me deja con el desayuno y una casa enorme que quiere llenar con nuestra familia.

42

Indy

Solo me puedo tomar la mitad del desayuno que me ha preparado Ryan. Ojalá estuviera él aquí para terminárselo.

Me siento abrumada por sus palabras, por saber que compró esta casa hace meses. Que me pagó el tratamiento de fertilidad hace meses. No tiene nada que ver con el dinero. Puedo hacer chistes diciendo que salgo cara como novia, pero el dinero que gane mi chico no puede importarme menos. Sería feliz viviendo en una caja de cartón con este hombre.

Pero lo que de verdad resulta abrumador es el significado que hay tras el gesto. Que durante todo este tiempo haya sabido que quería formar una familia conmigo. Yo solo quería que los dos deseáramos lo mismo, pero esto es más de lo que puede soñar mi corazón romántico.

Después de estar más de una hora sentada en la cocina en una especie de shock, me doy una vuelta por la casa. La planta baja es diáfana, tan solo hay las paredes imprescindibles, y está bien aireado. Es el espacio perfecto para que se junten los invitados mientras hago de anfitriona. Me imagino aquí las cenas del equipo o que vengan nuestros amigos. La fiesta de bienvenida al bebé de Stevie o, quién sabe, tal vez algún día, la de mi propio hijo.

Las paredes todavía huelen a pintura fresca y el suelo parece recién arreglado. En esta planta están el salón, el comedor y un coqueto rincón para desayunar. Aunque eligiera la casa de mis sueños de alguna revista, no sería tan perfecta como esta.

Subiendo un tramo de escaleras llego al primer piso. Hay cuatro dormitorios, cada dos comparten un cuarto de baño Jack and Jill. En esta planta también hay un desván grande que podría ser perfectamente un cuarto para jugar.

Tras otro tramo de escaleras, me encuentro con el dormitorio principal, que ocupa todo el tercer piso. Tiene unas altas ventanas que dan al patio de atrás y por las que entra mucha luz y calorcito. Debajo de cada una hay un banco en el que me imagino leyendo o vigilando a mi familia cuando esté jugando fuera. Mi cama está en esta habitación, como también lo están mis libros y la ropa, todo bien colocado y guardado.

El cuarto y la casa son enormes, puedo sentir cómo este espacio bulle de energía y pide a gritos que lo llenen de familia y amigos.

Cuando salgo al porche de la parte de atrás, me lleno los pulmones de aire fresco y me lo imagino todo. Pero estar aquí sin él se me hace raro y estoy segura de que esa era su intención cuando me ha pedido que me quede aquí a pensar.

No necesito pensar nada. Desde el mismo instante en que he sabido que sus acciones se correspondían con sus palabras, no he tenido que sopesar nada más. Me quedo con Ryan. No me han hecho falta seis años para saberlo. Ni siquiera seis meses. Mi corazón le pertenece desde el primer momento, incluso cuando creía que me había quedado sin nada que ofrecerle a nadie.

Él lo curó cuando otra persona lo había roto y ahora es suyo para siempre.

Nunca me ha gustado estar sola. Mis inseguridades afloran con el silencio. Que no soy lo bastante lista o que soy una pesada. Que no me merezco la vida que tengo. Antes llevaba esa máscara perfecta en público para asegurarme de que los demás se sintieran cómodos. Ni

demasiado contenta ni demasiado triste. Ni demasiado parlanchina ni tampoco muy callada. Aquello era agotador.

En cambio, aquí, sentada en el porche trasero de la casa que Ryan ha comprado para nosotros, estoy feliz. Estoy en paz.

Siento que estoy en mi hogar.

Desde que conozco a este hombre, he empezado a apreciar la tranquilidad. Ahora el silencio me permite tener momentos de introspección. Puedo pensar que me merezco el amor con el que soñaba y la familia que siempre he deseado. Lo sé porque me he enamorado de un hombre con el que me he podido comportar siempre con completa naturalidad, sin dejar nunca de ser yo misma.

Sentada en el escalón superior del porche de atrás, oigo que se abre una puerta a mi espalda. Por encima del hombro veo el pelo rizado de mi mejor amiga, que viene con dos botellas en las manos.

Se sienta justo a mi lado y las dos nos quedamos contemplando los interminables acres de tierra que tenemos delante.

—Te he traído el coche —dice por fin Stevie mientras me pasa una botella de cerveza.

—Gracias, Vee.

Entrechoca la suya con la mía.

—Yo soy más de gin-tonic —comento como si ella no lo supiera y doy un trago.

—¿Incluso a las diez de la mañana?

—Un buen cóctel se puede tomar a cualquier hora.

—Pues ahora que tu mejor amiga está embarazada, tendrás que conformarte con una cerveza sin alcohol —repone con una sonrisa.

Vuelvo a centrar mi atención en el verdor que tenemos delante. Las dos nos quedamos unos minutos en silencio, aspirando el aire puro y los olores frescos. Este lugar rebosa libertad.

—¿En qué estás pensando, Ind?

En criar hijos con la mujer que tengo a mi lado. En llamar «cuñada» a mi mejor amiga. En ser la tía del bebé que está gestando. En pasar los días juntas en el United Center viendo jugar a Ryan o a Zanders y luego pasar la noche aquí fuera.

Me llevo la botella a los labios.

—Estoy pensando en lo sexy que estaré cuando sea la mujer de un jugador de la NBA.

Stevie se ríe y me apoya la cabeza en el hombro.

—Cómo me alegro de que mi mejor amiga y mi hermano se quieran tanto.

Yo también apoyo la cabeza en la suya.

—¿Inmortalizamos este momento? ¿Criamos a nuestros hijos y envejecemos los cuatro juntos para siempre?

—Dímelo tú, Indy. ¿Es lo que quieres?

Lo único que veo en este patio de atrás es el resto de nuestras vidas. Todos los cumpleaños. Todas las vacaciones. Cada noche cálida de verano y cada mañana fresca de invierno. Y todo ello gira en torno al hombre que mi corazón, mi mente y mi alma quieren.

Por primera vez en la vida, no tengo que romantizar nada. Ryan ha hecho de mi sueño una realidad.

—Novedad del día, Vee: vamos a inmortalizar este momento para siempre, pero antes necesito que me ayudes con una cosa.

43

Ryan

—Dígame cuando esté preparado —me pide David, el portero.

—Harold tiene que aparecer de un momento a otro.

Los dos estamos mirando desde el portal las hordas de fans que hay fuera del edificio. Después de la victoria de anoche, por primera vez en seis años, solo nos falta un partido para asegurarnos los *playoffs*. No es ni mucho menos el equivalente de ganar un campeonato, pero sigue siendo importante para esta ciudad.

—Hace casi una semana que no veo a la señorita Ivers y el otro día oí a los de las mudanzas llevarse sus cosas.

Es un hombre discreto, pero nos conocemos desde hace suficiente tiempo como para que de vez en cuando cometa alguna indiscreción conmigo.

—He comprado una casa a treinta minutos de la ciudad. Ella está allí ahora.

Levanta las cejas.

—¿Se van a mudar?

—No lo sé. La he comprado para Indy y no quiero vivir allí sin ella.

Se queda pensativo, sin saber muy bien si seguir hablando. Al final, decide continuar:

—Señor Shay, en mis casi cuatro décadas que llevo haciendo este trabajo, usted ha sido mi inquilino favorito. Es amable, generoso y más sensato que cualquier persona de veintisiete años que gane todo el dineral que debe de ganar usted. Pero, hijo, en los casi cinco años que lleva viviendo aquí, solo ha podido salir corriendo para meterse en un coche o para cruzar la calle e ir a ver a su hermana en el edificio de enfrente. Eso no es vida. Siempre lo están observando y vigilando. —Señala hacia la multitud de fans que me están esperando fuera—. Los echaré un montón de menos, pero ojalá la señorita Ivers y usted se marchen de aquí y encuentren un lugar en el que puedan disfrutar de momentos de paz.

Eso es justo lo que significa esa casa para mí. Lo percibí desde el instante en que entré en ella. Vi que tenía todo el potencial para convertirse en un hogar y me imaginé a Indy en todas las habitaciones. La veía en el jardín o en la cocina, en el cuarto de estar o en nuestro dormitorio.

Es el lugar perfecto para esconderse y espero que ella decida venirse conmigo.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Dave... —le digo utilizando la abreviatura con la que suele llamarle mi compañera, y a los dos nos da un poco la risa—. David, si al final me traslado, vendrás con tu familia a vernos, ¿verdad?

—Nos encantaría.

Harold aparca justo delante del edificio y el conserje me abre la puerta del portal.

Con la cabeza agachada, firmo un puñado de autógrafos mientras enfilo a paso rápido hacia el coche. En cuanto me meto y me siento seguro, Harold pone rumbo al gimnasio, donde me espera otra rueda de prensa antes de poder poner un pie en la pista.

Apoyo la cabeza en el reposacabezas y voy viendo pasar la ciudad a una velocidad de vértigo.

Esta semana no he dormido mucho porque, por un lado, echo de menos a Indy y, por otro,

estoy arrepentido de cómo me comporté aquella mañana de hace unos días. Sin embargo, estoy orgulloso de ella. Cualquiera que hubiera visto cómo reaccioné cuando creí que estaba embarazada, estaría deseando que me abandonara. Ella se merece todo lo que quiera en la vida y no estoy seguro de que hace un año hubiera sacado fuerzas para marcharse como lo ha hecho.

Lo último que quiero es que me deje, pero al mismo tiempo, me gusta ver lo valiente que ha sido al alzarse y reclamar lo que desea.

Ojalá me llame y me diga que me traslade a esa casa con ella; eso sería estupendo.

Lleva tres días viviendo allí y no he hecho más que bombardear a mi hermana con mensajes y llamadas. Pero lo único que le he sonsacado es que mi novia se encuentra bien, así que intentaré conformarme con eso.

En la rueda de prensa, tengo a Ethan sentado a un lado y a mi entrenador al otro. Supone un respiro no ser la única persona que está detrás del micro, pero de todas formas la mayoría de las preguntas son para mí.

Un periodista de la primera fila se levanta y habla por el micrófono:

—Shay, ¿qué tal llevas toda esta presión?

—No noto ninguna presión.

Mentira. La mirada de reojo que me lanza mi compañero de equipo me confirma que sabe que miento.

—Esta noche os jugáis los *playoffs*. ¿No notas ninguna presión?

Como siempre, me pongo la máscara. Tranquilo. Frío. Sereno.

—No, ninguna.

Otro periodista se levanta:

—¿Qué cree que supondrá para su futuro si este año no se clasifica para los *playoffs*?

—No he pensado en ello, mi única intención es llevar a mi equipo a los *playoffs*.

Las preguntas continúan y no recuerdo qué he contestado a la mitad de ellas.

—Desde la universidad, se ha dicho que eres el próximo Michael Jordan. ¿En qué momento dejarán los fans de hacer esa comparación?

—¿Crees que rindes de manera adecuada como para justificar el sueldo que cobras?

—¿Quieres que se produzca un cambio? Hay por ahí equipos más fuertes que te contratarían enseguida si estuvieras disponible. ¿Crees que lo mejor para Chicago sería empezar de nuevo con un talento más joven?

—Hablando de cambios, ¿crees que esta sería tu última noche con la camiseta de los Devils si no consiguieras la victoria?

—No —dice Ethan por el micrófono, aunque la pregunta iba dirigida a mí—. Ha firmado aquí para otras tres temporadas. No se irá a ninguna parte. ¿Alguien tiene una pregunta para mí?

Durante un rato, me quita un peso de encima, pero el alivio no dura mucho.

—Shay, ¿sientes a todas horas la carga de ser perfecto?

—Sí —digo antes de que Ethan me quite la palabra—. Siento la carga todos los días.

Se hace un silencio inquietante. En mi vida he sido tan sincero con la prensa.

—Me gusta este equipo y aún me gusta más este deporte —continúo—. Pero, durante las cuatro últimas temporadas, a veces lo he despreciado. Ha habido una presión constante para que no mostrara ninguna debilidad, para que no os dijera el miedo que tengo a fallar, para no defraudar a esta ciudad.

Las cámaras siguen rodando y las cabezas están enterradas en los cuadernos mientras sus dueños anotan todo lo que digo.

Me aclaro la garganta, me enderezo en el asiento y me acerco más al micro.

—En los deportes profesionales, existe esa presión demencial para que seas perfecto a todas horas. Para que seas una máquina. Tengo a miles de personas observando cada uno de mis movimientos para ver si me merezco el sueldo y no me puedo quejar. Tengo el mejor trabajo del mundo y adoro a mis fans, pero soy humano. Por mucho que haya intentado convencerme a mí mismo de que no lo era, lo soy. Cometo errores. Fallo tiros esenciales y me machaco a mí mismo por ello más que cualquier fan, más que el entrenador o el *general manager*.

Ethan me aprieta un poco el hombro, como para animarme, justo cuando veo a Ron Morgan de pie al fondo de la sala.

—He hecho algunas cosas escandalosas para convencer a otros de que soy el hombre apropiado para este trabajo. —Retiro la mirada de Ron y la oriento de nuevo hacia los medios de comunicación—. Es más, incluso me he convencido a mí mismo de algunas cosas para creer que podía ser esa máquina que no pierde la calma, que no teme fracasar. He cortado con amistades y relaciones. Me he aislado y lo único que he conseguido es que este deporte que adoro se convierta en algo irritante.

Carraspeo de nuevo mientras la sala permanece en silencio.

—Mis dos primeros años en la liga fueron de los más duros de mi vida. Tanto las entradas como las camisetas se vendían como churros; así pues, ¿de qué me quejo? —Me río sin ganas—. Joder, esos años apestaban. Ser nuevo en la liga fue como un toque de atención para recordarme que yo ya no era un hombre, sino tan solo un instrumento, y la verdad es que tampoco supe gestionar bien el asunto. Llevo años mintiéndoo a todos. Noto la presión todos los putos días, pero esta temporada, por primera vez en mucho tiempo, jugar al baloncesto ha vuelto a ser divertido.

»De manera que sí, espero ganar esta noche, pero el sol seguirá saliendo cada mañana, aunque no lo consigamos. Si no ganamos, me quedan mi familia, mis amigos y mis compañeros de equipo. Y espero que no me sustituyan, porque quiero un huevo a este equipo y me encanta esta ciudad, pero eso ya escapa a mi control. Así que saldré ahí fuera esta noche y haré todo lo que esté en mi mano, mientras me lo paso bien con mis chicos.

Me levanto y saludo con la mano.

—Gracias.

A mi espalda se arma un gran alboroto. Los periodistas me llaman, las cámaras disparan sus flashes, pero yo no me detengo ni me vuelvo. Salgo por la sala privada que bloquean los de seguridad.

Ron entra en la sala por una puerta lateral. Me da la espalda sin saber que estoy detrás de él.

—Señor Morgan —lo llamo y echo una carrerita hacia él—. Señor.

Se detiene y se vuelve con sus elegantes zapatos y su traje impecable.

—Quiero pedirle disculpas por si lo que he dicho puede causarle algún daño a la organización. Menea la cabeza desconcertado.

—Sé que no suelo admitir ese tipo de cosas, pero...

—Gracias a Dios que por fin lo has hecho —dice riéndose—. Ese es el Ryan Shay que yo quería que la gente viera todos estos años. El de la universidad, el talento que yo cacé. Me alegro de volver a verlo.

—¿Me va a cambiar por otro si perdemos esta noche? —le pregunto mientras se aleja.

Suelta una carcajada que resuena por toda la sala.

—Ni hablar. Tengo el mejor base de la liga. Quizás el mejor base que este juego haya conocido jamás y lo tengo en nómina. ¿Crees que voy a renunciar a eso? Ni se te ocurra pensarlo, es como si te hubiera criado yo, chaval.

Como guardo silencio, Ron me mira con curiosidad antes de continuar:

—Puede que esto no lo dijera un *general manager*, digamos, rentable, pero lo cierto es que no me preocupa el marcador. Quiero a gente que quiera estar aquí. Que disfrute con sus compañeros de equipo. Quiero que el resto de la liga mire a la organización de los Devils de Chicago y vea que los chicos que juegan para mí aman su trabajo. Eso será lo que nos haga ganar un campeonato. Eso es lo que nos va a proporcionar el éxito y, por primera vez en cinco años, creo percibir que te encanta tu trabajo, Shay.

—Así es, señor.

—Bien.

Se demora un rato como si tuviera que contarle algo más y a lo mejor debería decirle algo, tal vez para completar y cerrar este asunto de la sinceridad.

—¿Puedo contarle una cosa que quizá le haga cambiar de opinión y sustituirme por otro?

Chasquea la lengua.

—Dispara.

—Indy no era mi novia la primera vez que le hablé de ella. Fingimos que éramos una pareja para convencerle a usted de que me había ablandado lo suficiente como para ser el tipo de capitán que usted quería que fuera. Le menté a la cara. —La expresión de Ron se vuelve fría y estoica—. Solo era la mejor amiga de mi hermana que se mudó a mi casa porque me sobraba una habitación.

La cara seria de Ron se va volviendo cada vez más risueña hasta que estalla en una incontrolable carcajada.

—¡No jodas! —Se lleva una mano al pecho—. ¡Caroline tenía razón! Dios mío, esta noche cuando llegue a casa, no parará de decirme: «Te lo dije».

—¿Perdone?

—Mi mujer supo que tramabais algo en cuanto os vio juntos en el banquete de otoño. En cambio, a mí me convencisteis por completo. La única razón por la que tuve alguna duda fue porque ella no paraba de insinuármelo.

—¿Lo sabía?

—¡Claro que lo sabía! ¿Quién va de camping en pleno invierno en Chicago? —Se ríe otra vez—. Ella daba por hecho que, si os manteníamos juntos a los dos, tal vez surgiera algo real entre vosotros y así fue. Shay, puede que mintieras para convencerme de que habías cambiado, pero de todas maneras te convertiste en ese hombre.

—Entonces, ¿no está enfadado conmigo?

—No, qué va. Le veo el lado divertido a todo esto.

Sonríó y me siento mucho más aliviado ahora que me he quitado de encima el peso de tanta falsedad.

—Ahora la quiero de verdad.

—¡No me digas! Pues claro, Shay. No habrías cambiado tanto de no ser por el amor.

Estira la mano para chocarla con la mía y, cuando lo hago, tira de mí para darme un abrazo.

—Bueno, para tenerlo claro definitivamente, ¿no va a cambiarme por otro? —pregunto de nuevo.

—Estoy seguro de que, si lo hiciera, Caroline me cambiaría por otro marido. Le encanta tener cerca a Indy y no se me ocurre otro capitán mejor para este equipo.

—Gracias, señor.

Recorre de nuevo la sala.

—¡Las cenas no se interrumpen cuando se acaba la temporada! —grita desde lejos—. Espero

veros a ti, a Indy, a Ethan y a Annie al menos una vez al mes a lo largo del verano.

No puedo evitar dibujar una amplia sonrisa.

—Los anfitriones seremos nosotros.

Con un poco de suerte.

44

Ryan

Veo un destello de pelo rubio a mitad del tercer cuarto cuando me permito mirar un momento hacia las gradas.

Indy ha venido con Zanders y Stevie, y ya solo eso me parece una victoria. La segunda victoria se producirá dentro de unos quince segundos, cuando el partido termine con los Devils ganando por catorce puntos.

Nuestra primera clasificación para los *playoffs* en seis años.

Ya era hora. Por mí. Por este equipo. Por esta ciudad.

Por primera vez desde que estoy en la liga, mi futuro con esta organización parece esperanzador. Como si en los próximos años pudiéramos hacer una carrera de verdad hacia el campeonato. Nuestra atención ya no se centra en cómo evitar ser los últimos de la liga, sino en cómo ser los mejores.

De momento, al centrarnos en algo más realista, hemos cumplido con lo que nos habíamos propuesto, que es un poco como nuestra propia versión del campeonato.

Cuando suena la bocina, me levanto del banquillo, en el que he disfrutado casi todo el último cuarto, y Ethan es al primero que veo. Me estrecha una mano y la otra me la echa al hombro en un abrazo.

—Buen trabajo —me dice al oído mientras me da unos golpecitos en la cabeza.

—Tú también, tío. Gracias.

Aunque no me apetece halagarle en plan ñoño, él sabe a lo que me refiero.

«Gracias por haberme tutelado. Gracias por respaldarme en la transición de tu capitanía a la mía. Gracias por ser mi amigo cuando yo creía que no necesitaba ninguno».

No hay confetis ni banderas ni desfiles por esta victoria. Esto no es ni mucho menos un campeonato. En el gran escenario de la NBA, esto es solo otra victoria más, pero aquí en Chicago lo es todo.

Leon salta encima de otro novato; parecen dos críos recibiendo los regalos de Navidad. Los entrenadores se abrazan y se felicitan el uno al otro, y Dom va a todo correr donde su madre, que está sentada en la tercera fila.

Todavía nos queda un largo camino por recorrer, pero ese es un objetivo que he de alcanzar en mi carrera.

Mi celebración es breve, como también lo es la reunión de después del partido. Luego echo un esprint hacia la sala de espera de las familias. Stevie y Zanders son los únicos que me están esperando y, por mucho que los quiera, salta a la vista que estoy decepcionado.

—¡Bonito partido! —exclama mi hermana.

La abrazo primero a ella y luego, a mi futuro cuñado.

—No has estado mal del todo —me dice él.

—No puedo decir lo mismo de ti. ¿Qué demonios te pasó en el partido de anoche?

—¡Estaba distraído! Me acababa de enterar de que iba a ser papi. Es una lástima, pero el hockey pasó a ocupar un segundo plano.

Le doy una palmadita de broma en la mejilla.

—Bueno, por fin alguien te va a llamar papi, ya no tendrás que seguir pidiéndoselo a mi hermana.

Los ojos de color avellana de Zanders se posan en Stevie.

—Nunca dejaré de pedírtelo, cariño.

—Me encanta cuando me lo pides —dice ella mordiendo el labio inferior con un aire coqueto.

—Vale —intervengo—. ¿Vais a seguir mucho tiempo así? ¿Es que no puedo estar tranquilo ni en mi lugar de trabajo?

—También es el mío, tío.

Me vuelvo hacia mi hermana y voy al grano.

—¿Dónde está Indy?

Se encoge de hombros.

—Ha tenido que marcharse a hacer algo.

—¿Qué coño puede ser tan importante para que se haya tenido que ir nada más terminar el partido?

—Luego se pasará por nuestra casa. Tú también vendrás, ¿no? Después de pasarte por la tuya.

—Sí, vale —suspiro cuando me doy por vencido—. Iré a casa a cambiarme y después cruzaré a la vuestra.

Salgo del pabellón y me dirijo a mi apartamento sintiéndome tan solo como me he sentido durante los últimos días. Sin ver su caótico desorden cuando cruzo la puerta, sin encontrármela leyendo en el sofá. Con todas las luces apagadas porque he sido el último en salir.

He odiado este piso casi desde inmediatamente después de habérmelo comprado, pero durante los últimos meses se ha producido un cambio de energía que me ha hecho quererlo por estar con ella. Ahora, en cambio, lo desprecio más que nunca.

Pero, cuando abro la puerta, lo que más me extraña no es que falten sus libros, su ropa o sus flores. Es que falta absolutamente todo. Mi apartamento está vacío y, de no ser por el elevado nivel de seguridad que tiene el edificio, cabría pensar en un robo.

El sofá y la televisión han desaparecido. Ya no está mi estantería de libros. Ni tampoco la cafetera.

En el aire queda el olor a pintura fresca, que viene de la antigua habitación de Indy. También está vacía, pero eso es porque hace unos días envié todas sus cosas a la casa nueva. La única diferencia es que las paredes amarillas, que tanto me atormentaban, ahora están cubiertas de una fresca capa de pintura blanca.

Luego me encuentro con que el salón y mi dormitorio también están igual de vacíos.

No hay nada. Ni una simple prenda de ropa ni un plato en el fregadero. El apartamento está completamente inhabitable y creo saber por qué. Creo que la de ayer fue la última noche que tuve que dormir en esta casa, que durante la mayor parte del tiempo ha sido más una cárcel que un hogar para mí.

No esperaba sentirme más ligero, pero mi pecho se desprende del peso con el que cargaba por no tener que seguir contemplando día tras día la representación física de mis problemas de confianza.

En lugar de cruzar la calle para ir a casa de mi hermana, me monto en el coche para salir de la ciudad haciendo un recorrido de media hora. Recuerdo la primera vez que conduje hacia esa casa. La conciencia abrumadora de que allí era donde quería que pasáramos el resto de nuestra vida me golpeó como un tren de mercancías y, esta noche, mientras conduzco hacia allí, siento lo

mismo.

El porche de la fachada está todo iluminado, igual que la casa entera. Cuando entro, casi no reconozco la casa que vi hace tres días. Hay alfombras y cortinas y tantos puñeteros cojines en el sofá del cuarto de estar que no sé cómo se puede uno sentar en él. La nueva mesa del comedor ocupa otro cuarto de la estancia y en ella caben hasta doce comensales. Hay fotos enmarcadas nuestras y de nuestros amigos. También veo cuadros tan llenos de colorido como la chica que los ha colgado.

Esta casa rebosa amor y cuidado. No sé cómo explicarlo de otra manera, pero es como la definición de un hogar.

Voy derecho al vestíbulo y no pierdo ni un segundo en nada salvo en buscarla. En el fondo, sé dónde estará. En la cocina, donde solemos tener las conversaciones más importantes.

Las flores que le dejé están vivas en un jarrón que ocupa el centro de la isla y mi cafetera está enchufada con mi taza debajo y la suya rosa al lado.

Y ahí está ella, con un vestido de verano de color lavanda y sus zapatillas Converse bordadas. Tan guapa como siempre, con esa sonrisa que nunca me cansaré de ver.

—Hola —me saluda. El sueño que llevaba meses rondándome la cabeza ahora es tangible y lo tengo delante de mí—. Enhorabuena por el partido —continúa—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, cariño. —Miro a mi alrededor para ver todos los cambios que ha hecho—. ¿Qué tal estás?

Me señala el sitio de enfrente en la isla para que tome asiento.

—¿No deberíamos hablar del alquiler? —dice.

Me echo a reír.

—¿El qué?

—El alquiler.

Coge uno de los papeles que hay pegados al frigorífico.

—Primer punto —dice—: renta.

—Blue, es nuestra casa.

Me ignora.

—Voy a necesitar como mínimo dos «te quiero» todas las mañanas y uno antes de ir a la cama. Estoy un poco necesitada, ya lo sabes. Palabras de afirmación y todo eso. Además, deberíamos dedicar una habitación a biblioteca y tal vez construir un invernadero en la parte de atrás.

Me entra la risa.

—Creo que puedo asumir esa forma de pago.

—Bueno, eso ha sido fácil. Sigamos. Normas.

—¿Cuáles son tus normas, Ind?

—Vivir aquí felices tú y yo. Incluso aunque no tengamos hijos. Agradecer siempre el habernos encontrado el uno al otro.

No puedo estar más de acuerdo.

—Trato hecho.

—Pero al mismo tiempo... —dice levantando el dedo índice—, tenemos que intentar por todos los medios llenar cada una de las habitaciones de la casa. Estoy hablando de por la mañana, por la tarde y por la noche. ¿Crees que haces mucho ejercicio para el baloncesto? —Suelta una risa condescendiente—. Pues eso no es nada, Shay.

Ya no aguanto más y me levanto del taburete, rodeo la isla y, agarrándola de la cintura, la beso en el hombro.

—Trato hecho.

—Ryan, necesito que sepas que, cuando estuve en casa de Rio, no pensé para nada en si eras la persona adecuada para mí. Ni siquiera me planteo cuánto te deseo y te amo. Eso lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Y estos últimos días no te he llamado porque quería sorprenderte con una casa bien puesta.

—Está preciosa.

—Bueno... —Esboza una sonrisa de culpabilidad—. Como solo tenía tres días, he tenido que esconder un poco de porquería en los dormitorios del segundo piso.

Me agacho y apoyo la frente en la suya.

—Te quiero.

—Dios mío, cuánto te quiero —dice rodeándome el cuello con las manos—. Te he echado de menos. Gracias por entender mis temores y por tratarlos con paciencia. Haces que me sienta digna de todo cuanto deseo en la vida. No sé de dónde has salido ni cómo he tenido la suerte de que me quieras, pero te adoro, Ryan.

—Te quiero. Te mereces todo lo que desees. Me ha sentado fatal estar lejos de ti, pero al mismo tiempo me encantó ver cómo defendías las cosas que querías. No dejes nunca de hacerlo.

Se pone de puntillas y me besa.

—No sé por dónde empezar a darte las gracias. Por esta casa, por planear nuestro futuro...

—Podrías empezar diciéndome que me mude aquí.

Ladea la cabeza.

—No lo sé. No llevamos demasiado tiempo saliendo. ¿No crees que es un poco pronto para vivir juntos? —dice con una sonrisa maliciosa.

—Te crees muy graciosa, ¿eh? Pregúntamelo.

—¿Qué te parece, Shay? ¿Quieres ser mi compañero de piso? ¿Quieres esconderte conmigo en esta preciosa y enorme casa?

—Creo que esa sería una jugada maestra.

—Te querré durante el resto de mi vida —susurra junto a mis labios.

Es una promesa que viene de la mujer más leal que conozco.

—Para siempre, Blue.

Cuando su boca encuentra la mía, estoy perdido. Siento los lengüetazos leves y cálidos de un sabor celestial. El perfume de coco se le queda adherido a la piel; lo inhalo cuanto me es posible, lo que me trae a la memoria que la tengo conmigo. Que estamos bien.

He estado más de tres días sin besarla cuando voy de viaje o cuando se va ella, pero este distanciamiento deliberado ha sido una tortura. Besarla ahora, en nuestra cocina, es como besarla por primera vez, solo que con la certidumbre de que nunca habrá un final.

Me abraza la cintura con las piernas y me atrae hacia ella. Su bonito vestido de verano se le arremolina en las caderas cuando nos frotamos. Aunque el primer plan de Indy es decorar cada habitación, el mío es bautizar toda superficie llana que encuentre. Esta casa es diez veces más grande que el apartamento, así que me llevará unos cuantos días, pero afrontaré el desafío.

—¿Hoy no llevas bragas?

—Así te facilito el acceso. —Me besa y me mordisquea el cuello y la mandíbula mientras juega con el cinturón. Me baja la cremallera y, enseguida, mete la mano por dentro de los calzoncillos.

—Joder —exhalo.

—Esta noche, has hecho que tu equipo se clasifique para los *playoffs*.

—¿Es esta mi recompensa?

—Una de ellas. —Me besa la garganta—. Vas a tener muchas más, Shay. Supongo que, después de haberme comprado una casa, es justo que te haga una mamada en cada habitación.

—Bien, estás muy guapa de rodillas, cariño.

—Mmm, gracias.

Por más que me apetezca follármela en la isla de la cocina, en el suelo, en el sofá y en el porche de atrás, la primera vez que lo hacemos no quiero ser frenético ni apresurado. Quiero saborear cada momento. Así que la llevo hacia las escaleras.

Subo con ella al colchón de nuestro nuevo dormitorio. De nuestra nueva casa.

Joder, eso suena de puta madre.

Me tumbo boca arriba en la cama y la coloco encima de mí.

—¿Por qué es tan cómoda esta cama? ¿Siempre lo ha sido?

Se ríe.

—Sí, siempre ha resultado igual de cómoda. Le preguntaré a mi compañero de piso dónde la compró y te lo haré saber.

Le levanto el vestido por encima de la cabeza.

—No me puedo creer que te haya comprado una cama cien veces mejor que la mía y que nunca haya dormido en ella.

Le desabrocho el sujetador y al instante coloco mis manos en sus tetas. Le rodeo los pezones con los pulgares antes de darles un pellizquito. Al sentirlo, se muerde el labio y meneas las caderas encima de mi polla.

—Quítame los pantalones, Ind.

Así lo hace y, de paso, también se lleva los calzoncillos. Me quito la camisa y coloco a Indy boca arriba con mi cara entre sus piernas. La saboreo con unas largas y suaves caricias de mi lengua, la pruebo y la chupo. Le beso el coño. Le succiono el clítoris.

Arquea la espalda sobre la cama mientras me acerca las caderas a la cara. Está empapada y necesitada. Tiene el clítoris hinchado e implorante, pero, antes de que pueda hacer que se corra, me detiene y dice:

—Quiero correrme contigo.

Después de besarle el vientre, las tetas y la garganta, le meto la polla para aplacar su excitación.

Los dos nos miramos.

—Te quiero, Ryan —dice, sin venir a cuento, aparentemente.

Pero no lo ha dicho por decir. Sabe que estamos a punto de hacer algo que yo pensaba que nunca iba a ser capaz de hacer. Que nunca más me iba a fiar de ninguna mujer. Que nunca iba a tener una familia. Pero, una vez más, en cuanto deslizo mi piel desnuda contra la suya, me desprendo por completo de lo que queda de mis viejos temores.

—Métetela, Blue. Déjame que te observe.

Pero, antes de hacerlo, se incorpora un poco y me besa. Despacio, con pasión. Luego me coge la polla, la centra y la empuja dentro sin ninguna barrera entre nosotros.

Jadea y yo casi me corro con tan solo meter la punta en su interior.

Está prieta, caliente y húmeda.

—Joder, Ind. Qué buena estás.

—Quiero más, Ry —me suplica, sin saber que estoy ya a punto de correrme.

Me rodea las caderas con las piernas y no me queda otra opción que introducirme del todo en ella. Cuando lo hago, suelta un grito tan bonito que quiero oírlo de nuevo. Esta vez, más fuerte. No hay nadie en varios kilómetros a la redonda que pueda oírla.

Salgo y la embisto de nuevo asegurándome de frotarle el clítoris con la pelvis cada vez que lo hago. Echa la cabeza atrás en la almohada para darme la oportunidad de succionarle y mordisquearle el cuello.

—Me vas a arruinar —suspira.

—Toma. —La embisto otra vez.

Jadea.

—Dime... —Le propino otra embestida—. Dime que eres toda mía.

—Sí, soy tuya. Siempre lo seré.

Presiono mi pecho contra el suyo, la beso en los labios y le susurro al oído todas las cosas que me gustan de ella. Me abraza con fuerza; yo hago lo mismo y meto las manos entre su cuerpo y el colchón para acercarla lo máximo posible a mí, mientras permito que mi cuerpo le demuestre cuánto la amo.

Y entonces se corre. Me sostiene la mirada mientras observo su boca abierta y sus músculos contraídos. Y luego esos músculos se ciñen a mi alrededor apretándome la polla y facilitando mi propio orgasmo.

De nuevo, me introduzco en ella y me corro.

Es increíble cuánto quiero a esta mujer. Estoy medio mareado, con la visión borrosa, cuando su cuerpo recoge hasta la última gota que le doy. Me produce euforia y, al mismo tiempo, tranquilidad. Esta mujer me ha llevado a la ruina desde el mismo día en que entró a mi apartamento; poco después me devolvió la vida y ahora soy suyo. Siempre lo he sido.

Caigo sobre ella y nuestros pechos respiran exhaustos, subiendo y bajando a la vez.

—Te quiero —murmuro junto a su cuello.

—Te quiero.

Poco a poco, me salgo de su interior y contemplo cómo mi esperma se desliza por todo su cuerpo. Con un solo dedo, lo recojo y lo vuelvo a meter en su interior.

Estoy casi seguro de que me ha salido un gruñido extraño. No lo sé. Un ruido cavernícola y posesivo se me ha escapado de la garganta ante la visión de mi esperma.

—¿Te pone la idea de preñarme, Shay?

Asiento enseguida con la cabeza, sin quitarle ojo de las piernas abiertas.

—Creo que sí. Dame diez minutos y lo volvemos a hacer.

Suelta una de esas risas que tanto me halagan al oído.

Voy a quedarme aquí toda la noche, desnudo con el amor de mi vida en nuestra casa. O por lo menos esa era mi intención antes de que sonara el timbre de la puerta.

La miro desconcertado.

—¿Quién será?

Indy mira el reloj de la mesilla.

—¡Jo, mierda! Tendría que haberles dicho que vinieran una hora más tarde.

Sale a toda velocidad de la cama y se pone el sujetador y el vestido.

Sin saber por qué, también yo me visto lo más deprisa que puedo.

—¿A quién tendrías que habérselo dicho?

—A todos.

—¿A todos?

—Bueno, a todos los de nuestro círculo. Compraste esta casa para huir del caos de la ciudad, pero también porque querías un sitio en el que pasar el tiempo con tus amigos y la familia sin sentirte vigilado todo el rato. Entonces, he pensado que no hay mejor manera de inaugurar esta casa que celebrar que Chicago se ha clasificado para los *playoffs* por primera vez en seis años.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta y la sigo escaleras abajo. Cuando abre la puerta, todavía está ajustándose el sujetador y yo subiéndome la cremallera de la bragueta. Menos mal que son mi cuñada y mi hermana.

—Eh, tío, tienes pinta de recién follado. —Zanders me da un leve cachete en la mejilla antes de irrumpir en mi casa.

—Os daría a los dos un abrazo —dice mi melliza, alzando las manos como si se rindiera—, pero esta vez voy a pasar de vosotros.

Los dos ponen rumbo a la cocina dejándonos solos en el vestíbulo.

—¿Te parece bien que lo celebremos? —me pregunta emocionada, le brillan los ojos.

Compré esta casa para que ella hiciera de anfitriona. Para que invitara a toda la gente que quisiera. Estoy seguro de que yo seguiré siendo un poco lobo solitario y querré pasar un tiempo a solas, siempre y cuando ese «a solas» incluya a Indy. Ella, en cambio, por mucho que haya aprendido a disfrutar de la tranquilidad, siempre será una mariposa social.

No compré esta casa para alejarla del mundo entero, sino para que ella trajera aquí nuestro mundo.

—¿Cómo dices?

Aunque para el resto de la liga esta ha sido tan solo otra victoria más, para mis compañeros de equipo y para mí lo es todo y aún tenemos pendiente celebrar este logro.

La beso una vez más mientras sonrío.

—Sí, Blue, vamos a celebrarlo.

La casa está llena de mis compañeros de equipo. Hay comida y bebida abundantes para todos, Indy va recorriendo la casa con bandejas de aperitivos.

Ha venido Dom con su madre y también Leon y el resto de los chicos. Incluso los Morgan han hecho su aparición. Ethan y Annie han traído a sus tres niñas, que no paran de correr por el patio de atrás con una energía que parece no tener fin. La suegra de Ethan ha estado en la cocina enseñándole a mi novia su receta secreta del *kimchi jjigae*, que solía hacer en grandes cantidades para que los chicos y yo nos lo lleváramos a casa después de las cenas en las que Ethan era el anfitrión. Es mi comida reconfortante favorita, e Indy ya puede tener cuidado en aprenderse la receta de la señora Jeong, porque, a nada que le salga la mitad de buena que la original, va a ser la única que cocine en casa durante el resto de nuestras vidas.

El timbre de la puerta vuelve a sonar, pero no sé quién más puede venir. Todos los de Chicago que son importantes para nosotros están ya aquí. Voy a abrir la puerta a la vez que Indy.

—¡Mamá! —exclama esta en cuanto está solo entornada y se arroja a los brazos de Abigale.

—¡Cómo te he echado de menos, Ind!

Cuando veo al padre, enseguida me concentro procurando recordar todo lo que he aprendido. Las manos abiertas del todo, una encima de otra, deslizo la palma de mi mano dominante por la no dominante, perpendiculares entre sí. Luego digo mediante signos «conocer» antes de señalar a Tim.

«Encantado de conocerte».

Luego sigo hablando en voz alta por si acaso Indy tiene que corregirme si hago el signo incorrecto.

«Bienvenido a nuestra casa».

Tim sonrío con orgullo antes de contestarme mediante signos.

—¿Mi hija ha sido un coñazo?

—El mejor.

—Gracias por cuidar de ella.

Esta vez no utilizo mi voz mientras hago los signos porque quiero que esta conversación quede entre el padre de Indy y yo.

—La quiero. Para mí significa el mundo entero. Es mi mejor amiga.

Tim asiente pensativo antes de darme un abrazo.

—Ryan... —Abigale me sonríe cuando Tim presta atención a su hija—. Ya era hora.

Abrazo a la mujer con la que he pasado todos los martes por la tarde chateando por internet desde hace meses.

—No sabía que fuerais a venir esta noche.

—Íbamos a venir dentro de unas semanas, pero luego Indy nos contó lo de la casa y la fiesta, así que cambiamos el vuelo. La casa es preciosa, Ryan. Buen trabajo.

Convierte sus palabras en signos para su marido, antes de darme una palmada en el pecho como si fuéramos viejos amigos, y, si soy sincero, así es como me siento. A todos los Ivers se les da genial hacer que cuantos los rodean se sientan cómodos y bienvenidos.

Indy me da la mano cuando les enseñamos a sus padres la casa nueva.

Su madre y ella a veces me tienen que traducir lo que dice Tim más deprisa que cuando habla conmigo a solas, pero muchas veces soy capaz de comunicarme con él yo solo. Esto me llena de orgullo y satisfacción, me hace desear que llegue el día en que hable con fluidez lengua de signos.

Su padre vuelve a signar, pero solo reconozco los de «victoria» y «partido». Hay un signo que hace Tim que nunca he visto hasta ahora.

Se parece al signo de proteger, pero en su mano dominante los dedos índice y corazón están cruzados como la letra «R».

Tim se vuelve hacia mí y hace de nuevo el signo de la palabra «proteger», creando al mismo tiempo con sus dedos la letra «R». Me señala a mí.

—¿Es Ryan? —pregunto, utilizando su signo para mi nombre.

Asiente sonriendo.

—¿Es ese mi nombre en lengua de signos? —pregunto lo mejor que puedo.

—Sí.

Las palabras se me atascan en la garganta, de modo que me limito a asentir y a decir por signos:

—Gracias.

—No, gracias a ti —signa.

No hace falta que diga nada más. Sé lo que significa. «Gracias por proteger a mi hija, por amar a mi hija». Pero espero que esta noche sea yo el que dé las gracias cuando le pida su bendición para casarme con su hija.

Fue la primera pregunta que aprendí a decir por signos.

Cuando saco un rotulador Sharpie de mi bolsa de deporte, me encuentro a Rio sentado en el porche de atrás con mi hermana, Zanders, Kai y su hijo, Max.

—Bueno, ¿dónde quieres que te firme?

Enseguida dibuja una expresión de entusiasmo.

—¿De verdad?

—Has dejado que mi chica duerma en tu casa, cuidaste de ella y la trajiste aquí. Es lo mínimo que puedo hacer.

Rio se encoge de hombros con desgana, haciéndose el indiferente, como si no llevara esperando este momento desde que le conocí.

—La verdad es que no llevo nada encima que me puedas firmar.

—¿No? Bueno, vale. Lo he intentado.

—¡Espera! Tengo dos camisetas y un póster en el coche. También tengo una vieja caja de cereales Wheaties en la que salías tú. —Enseguida se levanta del asiento—. ¡No guardes el rotulador!

Los demás no podemos evitar reírnos al ver sus oscuros rizos echar con él un esprint por toda la casa, mientras esquiva a mis compañeros de equipo hasta llegar a la puerta de la fachada.

—Ese es mi compañero de equipo —dice mi cuñado con un extraño sentido del orgullo.

Le robo la silla y me siento en el corro de Kai, Zanders y mi hermana, estoy completamente en paz.

—Eres feliz. —Mi melliza sonríe con ternura—. Eso te sienta bien, Ry.

—Lo soy. Esto es todo lo que yo creía que no podía tener.

Miro por la puerta de atrás y veo a Indy rellenando más bebidas y noto que no podía estar más contenta de ser la anfitriona de una reunión en su propia casa.

—Ella es feliz también, ¿verdad? —No sé por qué tengo la necesidad de preguntar, supongo que para escuchar una confirmación.

—Ha estado tan nerviosa y entusiasmada planeando la fiesta de esta noche para ti... Tendrías que haberla visto los tres últimos días, Ryan.

—¿Y si hubiéramos perdido?

—Habría celebrado la fiesta de todas formas.

Ethan y Annie se unen a nuestro grupo.

—La casa me parece increíble, Ryan —dice Annie.

—Todo ha sido cosa de Indy.

—A las niñas les encanta estar ahí fuera. —Ethan señala con la barbilla hacia sus tres hijas, que no han parado de perseguirse las unas a las otras desde que han llegado.

—Vosotros también deberíais mudaros aquí, a las afueras —les propongo—. Salid del centro. En este distrito hay colegios muy buenos.

Annie arquea las cejas.

—¿Hay buenos colegios? ¿Por qué te has fijado en eso, eh?

Me encojo de hombros.

—Ryan Shay, ¿Indy está embarazada?

—Todavía no —respondo.

Ethan interviene:

—¿Todavía no?

—Lo estamos intentando —aclaro.

Noto que Stevie me observa y esboza una leve sonrisa. No tengo ni que decírselo. Nuestros cerebros mellizos se comunican con una simple mirada.

—Yo también dejo el piso —anuncia Kai—. Acabo de comprar una casa.

Todos los ojos se dirigen a él, mientras Max duerme apacible sobre su pecho.

—Ah, ¿sí?

—Max está creciendo. Pronto aprenderá a andar y, con el inicio de la temporada de béisbol, necesitaré más ayuda. El apartamento ya se nos hacía pequeño.

—Ann, deberíamos mudarnos aquí —dice Ethan—. A las niñas les encantaría.

—¿Qué tal si primero te jubilas y luego nos mudamos?

Ethan me mira.

—Eso va por ti, Ryan. Te necesito para que me den el anillo del campeonato.

Entrechocamos nuestros botellines para brindar.

—Eso está hecho.

Mientras sigue la conversación a mi alrededor, observo que Indy charla con mis compañeros de equipo y con los Morgan. Mi novia, tan segura de sí misma, no tiene el menor problema de meterse en los corrillos de los baloncestistas para ver si alguien necesita algo más.

—¡Ind! —la llamo cuando pasa por la puerta de atrás que está abierta—. Ven a sentarte conmigo.

Deja lo que estaba haciendo, sale y toma asiento en mi regazo. La abrazo para que no tenga frío con ese vestido tan ligero.

—¿Puedo ayudarte en algo? —susurro.

Menea la cabeza antes de dejarla caer sobre mi hombro.

—Me lo estoy pasando muy bien.

—Yo también.

Alza la cabeza para mirarme.

—¿Sí?

Asiento.

—Gracias por planearme esta fiesta.

—Me hace feliz pensar que eres feliz.

—Y a mí pensar que lo somos los dos.

Indy y yo podemos ser opuestos, pero en algunas cosas nos parecemos más de lo que yo creía al principio. Nos preocupamos por aquellos a los que amamos. Ella es cariñosa y yo soy protector, pero todo eso se reduce a un denominador común: nos queremos mucho.

Me rodea los hombros con sus brazos y reanudamos la conversación con la familia y los amigos.

—Kai, ¿cuándo te marchas para el entrenamiento de la primavera? —pregunta Indy.

—Nos vamos a Arizona la semana que viene.

—¿Y qué vas a hacer con Max?

—Sigo buscando una cuidadora que aguante más tiempo.

—Pues deja de despedirlas a todas —digo riéndome.

—No lo puedo remediar. —Besa a Max en la cabecita—. No me fío de ninguna para él. —Se queda mirando a Indy—. Oye, Ind...

—Ni se te ocurra —lo corto antes de que ella pueda aceptar.

—Pero si es una monada —añade Kai con inocencia.

Indy suspira.

—Monísimo.

—Necesito a alguien que quiera viajar con el equipo y que se adapte a nuestro demencial programa de partidos. Y dudo mucho que tu novio me deje secuestrarte durante un verano entero.

—En efecto. Ni de coña —aseguro mientras la abrazo más fuerte.

Cuando el grupo continúa hablando, Indy apoya la cabeza en la mía y me dice en voz baja:

—Qué ganas tengo de pasar todo el verano contigo en casa, sin que ninguno de los dos tenga que viajar.

—Qué ganas tengo yo de estar en casa contigo para siempre, Blue.

Cuando sonrío, sus tiernos ojos marrones rebosan amor.

—Para siempre suena genial.

Pues sí, suena perfecto. No podría estar más contento con mi gente, mi chica y mi equipo clasificado para los *playoffs*. Esta vida, este hogar, esta relación, es lo único que deseo, es algo

con lo que ni siquiera me había atrevido a soñar.

EPÍLOGO

Indy

Cuatro años más tarde

Iverson levanta la cabecita sudada de mi hombro. Cuando se despierta de su siesta de la tarde, tiene mi vestido marcado en la mejilla. Navy, su hermana, ya lleva levantada desde hace una hora y no para de corretear por nuestro palco familiar del United Center.

No ocurre con demasiada frecuencia, pero al menos una vez por temporada Ryan y Zanders coinciden jugando el mismo día en Chicago. Tenía la intención de pasar la tarde en casa mientras en el estadio convertían la pista de hockey en una cancha de baloncesto, pero los niños se han dormido después del partido de su tío y yo no quería interrumpirles la siesta.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? —pregunta mi cuñado.

Taylor Shay Zanders es mi única sobrina, del mismo modo que Navy es la única sobrina de él.

—Un poco despeinada. —El pelo de mi hija pequeña está todo enredado por la siesta y sigue con los ojos hinchados de tanto llorar—. Navy, iremos a ver a papá antes de que empiece el partido, te lo prometo.

Está muy apegada a su padre y odia que tenga que irse a trabajar. Aunque se han pasado toda la mañana viendo el partido de su tío, a ella nunca le parece suficiente.

A él tampoco.

Iverson es mi chico tranquilo y Navy mi chica emocional. Ambos han cumplido dos años y tienen personalidades definidas, aunque opuestas.

Zanders me pasa a su hija, Taylor, para poder consolar a la mía.

—Hola, Tay Tay.

—¿Un pez de colores? —pregunta la niña, estirando la mano hacia Iverson.

Este sonríe y le coge uno de la palma de la mano.

—¿Bebé Iverson dormidito? —me pregunta.

—Lo estaba. Se ha despertado hace poco.

Tay le acaricia la cabeza como para hacer que se duerma otra vez. La niña adora a sus dos primos.

Lo llama «bebé Iverson», pero solo es el más pequeño de la familia por tres meses. Ryan y yo empezamos a intentarlo en cuanto nos mudamos a la casa, pero no funcionó, cosa que tampoco nos pilló de sorpresa. Cuando me hicieron la primera extracción de óvulos, salimos de todo el proceso con un solo embrión, de manera que ese mismo año, más tarde, me hice otra extracción de óvulos. Una vez más, solo conseguimos un embrión más viable.

Enseguida, hicimos un trasplante, pero por desgracia nuestro primer intento no salió bien.

No me lo tomé demasiado bien. Esos meses fueron duros. Me sentía como si hubiera defraudado a Ryan, que por cierto me apoyó muchísimo. Ni se inmutó cuando empezó a contemplar la posibilidad de la adopción. Solo queríamos proporcionar un hogar seguro y agradable a quien lo necesitara. Nunca vimos la diferencia entre un hijo biológico y uno no biológico. Los amaríamos por igual.

Todo el proceso fue largo y lento, hasta que por fin me sentí preparada a nivel mental para intentar el trasplante de nuestro último embrión.

Y funcionó. Por fin me quedé embarazada de nuestro hijo, y nunca he sentido tanta alegría y tanta emoción como el día que nos dijeron que íbamos a ser padres.

Hasta que, unas dos semanas más tarde, recibimos la llamada de una madre embarazada que quería conocernos. Tras muchas conversaciones y después de explorar cada una de las opciones, asegurándonos de que no solo éramos la mejor opción para el bebé, sino también para la madre, esa misma alegría indescriptible volvió a adueñarse de mí.

Navy Renee vino al mundo tan solo tres meses antes que su hermano. Puede que no sean mellizos biológicos, pero se criarán como tales. Compartirán la misma clase en el colegio y, ojalá, el mismo grupo de amigos. Y, si tenemos suerte, estarán tan unidos como lo están Ryan y Stevie.

Justo entonces, cuando estoy pensando en mi mejor amiga, aparecen Rio y ella en nuestro palco del estadio.

Durante toda la temporada, estos son los asientos de las familias Zanders y Shay en el United Center. Esté jugando el equipo de Chicago que esté jugando esa noche, los asientos son nuestros.

Stevie le da un beso en la mejilla a mi hija, que ahora está feliz y contenta jugando con su tío. Se sienta a mi lado.

—Tay Tay, ¿cuántos puntos va a marcar el tío Ry esta noche?

La niña levanta las manos.

—¡Cien!

—¿Cien?

—Sí y ganará como gana papá.

—Y como ganó el tío Rio —interviene este, mientras ocupa la silla que hay a mi otro lado—. No te olvides de mí, Tay.

—El tío Rio no ha ganado.

A Tay, la nueva humorista de la familia, se le da genial que tengamos los pies en la tierra y no puedo evitar reírme a costa de mi amigo.

—Bueno, está bien, Tay. Hace mucho que el tío Rio no gana, tienes razón.

Rio DeLuca es uno de mis mejores amigos. Es como un niño grande. Tiene veintisiete años y lleva seis años jugando en la NHL.

Tiene un corazón de oro, pero se le da fatal hablar con las mujeres.

Ojalá algún día alguien no se fije tanto en su exterior bobalicón y se dé cuenta de que tiene un gran potencial, pero para que eso ocurra tendrá que madurar un poco.

—¿Qué tal es la tripulación de vuelo de este año? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No son como vosotras dos.

—Cariño, nosotras lo dejamos hace años. Tendrás que adaptarte.

Sus ojos verdes se concentran en la pista que tiene delante.

—Me niego a aceptar que lo dejarais.

—Hace tres años —añado para él.

—Vale, de acuerdo...

Por mucho que eche de menos ver al equipo en cada viaje de trabajo, estoy contenta de haberlo dejado cuando lo hice. Volé durante una temporada más antes de renunciar. Estábamos intentando que me quedara embarazada y, a finales de ese año, lo conseguimos. Además, la Fundación Ryan Shay empezaba a despegar y yo llevaba todos los asuntos comerciales.

Para cuando nacieron Navy e Iverson, ese trabajo requería mi dedicación a tiempo completo. Disfrutaba cada segundo que dedicaba a la fundación de Ryan. Lo que era un campamento de verano acabó por convertirse en un apasionante proyecto para todo el año. Conseguimos mantener limpias y utilizables las pistas al aire libre de Chicago. La donación de calzado deportivo de Ryan se ha triplicado desde que empezamos y lo que al principio era una comida durante el verano para los niños se ha convertido en varias comidas diarias tras el colegio para quienes lo necesiten.

Nuestro último proyecto fue uno de mis favoritos. Logramos ampliar en un treinta por ciento las bibliotecas de los colegios públicos de Chicago con nuevos libros de texto y herramientas para la investigación. También hay un montón de libros nuevos para los niños que quieran leer por pura diversión, y este año confiamos en alcanzar como mínimo otro treinta por ciento.

La lectura fue una de las primeras cosas que nos unió a Ryan y a mí. Aunque no tenemos los mismos gustos en cuanto a libros, ser capaz de meterse en el pellejo del otro y leer una historia desde su perspectiva no solo ayuda al aprendizaje y a la instrucción, sino que también sirve para cultivar la empatía.

—Actualización del día, Vee.

—No, ten piedad de mí.

—Esta mañana, en la ducha...

—Déjalo ya, anda.

Les tapo los oídos a los niños.

—Tu hermano me empujó con tanta fuerza contra el cristal, que estoy segura de que las tetas se han quedado grabadas en la mampara de la ducha.

—Llevamos así cuatro años, Ind. Líbrame de esta cruz.

—Te hice una promesa hace años —le recuerdo—. Me gusta cumplir con mi palabra.

Stevie me coge a Iverson, y Tay se acomoda aún más en mi regazo apoyando la nuca en mi pecho.

—¿Quién es mi chico favorito? —le pregunta Stevie a su sobrino.

—¡Estoy bien, cariño! —grita Zanders desde el fondo del palco.

Oigo las risitas de Navy mientras juega con su tío.

—¿No es el tío Zee un poco engreído? —dice mi cuñada con una voz de pito que a Iverson le encanta. Cuando le sonrío a su tía, se le marcan los hoyuelos y se le ven los dientecitos de leche—. ¡Sí que lo es! Es un chulito, ¿a que sí?

Colma de besos las mejillas de su sobrino y no me canso de pensar en la suerte que he tenido de rodearme de mi gente favorita, de querer a sus hijos lo mismo que a los míos.

Tienen unos abuelos que los adoran, unos tíos y unas tías que los tratan como si fueran suyos, y un padre que se pasa todo el tiempo que puede asegurándose de que sepan lo adorados que son.

Taylor se ríe en mi regazo por la voz que pone su tía.

—Tay, ¿está tu mamá hablando como un bebé?

—¡Sí! —Se tapa la boca con la mano para aguantarse la risa—. Iverson es un bebé, pero yo ya no soy un bebé.

—¿No lo eres? —Stevie suspira—. Yo creo que sigues siendo mi bebé.

—¡No! —dice la niña riéndose—. Tengo tres años. —Levanta tres dedos de la mano—. Iverson y Navy tienen dos años. Son bebés.

—Ah, entonces no querrás venir a ver a Danny the Devil en el descanso. Creo que solo los bebés pueden pasar a ver a la mascota del equipo.

Se incorpora en mi regazo.

—¡No! ¡Yo quiero ir!

—Ah, vale. Me he debido de confundir cuando decías que no eras un bebé...

—Soy tu bebé.

Stevie se ríe antes de plantarle un beso en la mejilla.

—Claro que lo eres.

Mis cuñados solo han tenido una hija. Taylor nació y con eso la familia quedó completa. Rosie estaba obsesionada con ella desde el momento en que nació. Hace poco, se han mudado a una casa que está cerca de la nuestra y han adoptado unos pocos cachorros más, pero Taylor es el centro de su universo y así todo funciona a la perfección. Es ingeniosa, encantadora, dulce y más lista que un lince. Es una combinación peligrosa que les va a dar que hacer cuando crezca. Porque, además es guapísima, con sus ojos de color avellana y su cabello rizado. Cuando vaya al colegio y todos la persigan, Zee tendrá ocasión de probar su propia medicina.

—¡Navy! —llamo a mi hija—. ¿Quieres ir a ver a papá antes de que empiece el partido?

La niña interrumpe de momento el baile con Zanders.

—¡Sí!

—¿Papá? —pregunta en voz baja Iverson—. Baloncesto —dice, haciendo con las manos el signo correspondiente en lengua de signos.

Últimamente, es su signo favorito, aunque no le salen todas las sílabas, pero sabe que empieza por «b» y termina por «to». Mis dos hijos están aprendiendo lengua de signos mientras aprenden a hablar en inglés y, a estas alturas, Ryan lo habla ya con fluidez. Me encanta que mi padre vea que sus nietos aprenden palabras nuevas, igual que nosotros.

—Sí, cariño, está jugando al baloncesto, y también puedes ver a Dom.

—¡Dom!

Esa palabra también es de sus preferidas.

Con Navy de una mano e Iverson de la otra, nos abrimos poco a poco paso hacia la cancha, utilizando los túneles de atrás para cruzar el pabellón. Tardamos un buen rato porque todo el personal conoce a los niños por su nombre y tanto Navy como Iverson quieren demostrarles sus habilidades.

—¡Papi! —dice Navy poniéndose de puntillas en cuanto lo ve.

Ahí está el número cinco, todo sudado y todo mío. Con la edad, Ryan Shay se va poniendo cada vez más sexy. Sigue manteniendo el control en la cancha y me encanta verlo correr en cada partido que juega. Pero, cuando está en casa, se relaja y sabe desconectar. Mudarnos a las afueras fue la mejor decisión por muchas razones, entre otras, porque ha permitido que Ryan, la superestrella del baloncesto, se distancie lo suficiente del centro de la ciudad como para obtener dos títulos de MVP.

Cuando está en casa, solo hace de papá y de marido, y las dos cosas se le dan a las mil maravillas.

—¡Papá! —dice ahora Iverson, que lleva una camiseta con el número cinco.

Ryan se agacha y levanta a los dos, a cada uno con un brazo, y los colma de besos.

Es mi imagen favorita: los tres juntos. Podría sentarme a contemplarlos todo el día sin cansarme de verlos. Como padre, Ryan Shay no solo es tierno y divertido, sino que, además, mientras ejerce como tal, está muy atractivo. ¿Has visto alguna vez a un jugador de baloncesto de un metro noventa tumbado sin camisa con sus retoños? Porque yo sí lo he visto, y déjame que te diga que esa visión se me grabará para siempre a fuego en la memoria.

—¿Me estás escaneando, Indy? —pregunta Ryan con una sonrisita arrogante, sacándome de mis ensoñaciones.

De nada sirve negarlo.

—Pues sí.

Esboza una sonrisa más amplia y me recorre con la mirada desde la cabeza hasta las zapatillas Converse. Por mucho que me gusten los taconazos, tengo un par de chavales que se escapan cada dos por tres y a los que debo perseguir, así que los zapatos de tacón solo ven la luz del día cuando Ryan y yo asistimos a algún evento o quedamos con alguien para cenar.

—¿Papá juega al baloncesto ahora? —interviene Iverson, interrumpiendo el descarado examen que su padre está haciendo de mi cuerpo.

—Sí, cariño, igual que tú.

Iverson muestra su propia pelota de baloncesto. Para tener dos años, el niño es muy atlético, incluso acierta siempre a meterla en su minicanasta y cada día aprende nuevos trucos en su pequeño patinete. Domina el equilibrio y la coordinación. Sospecho que el pequeño seguirá algún día los pasos de su padre.

Dom aparece detrás de ellos estirando los brazos hacia adelante y formando con ellos un círculo que es como un aro gigantesco.

—¿Me enseñas a encestar, hombrecito?

Iverson lanza su pelota de juguete por dentro de los brazos abiertos de Dom.

—¡Buen disparo, mi niño! —lo vitorea Ryan con cara de orgullo.

Iverson se aplaude a sí mismo y luego señala al compañero de equipo de su padre.

—¡Dom! ¡Dom!

Ryan le pasa a nuestro hijo y, al instante, Dom se lo lleva a la canasta de verdad, le ayuda a tirar un balón por la red y, sujetándolo por las piernas, le deja que agarre el aro con sus manitas y se cuelgue de él.

Navy aprovecha la oportunidad de que se ha quedado a solas con su padre y le abraza el cuello enterrando la cabeza en su hombro.

—¿Estás necesitada hoy? —le pregunta Ryan—. ¿Has aprendido eso de tu mamá?

Los oceánicos ojos burlones de mi marido se encuentran con los míos.

—Sí.

—Te quiero, Navy.

Veo que hace mohines cuando cierra los ojos.

Navy es dulce y emocional y quiere mucho a su hermano, del que es buena amiga. Nuestra actividad favorita por las mañanas es elegir juntas vestidos de niña y lazos que vayan a juego. Pero, a la hora de acostarse, solo se queda dormida si su padre le lee un cuento. Aunque esté en la otra punta del país, tiene que verle la cara antes de conciliar el sueño. No sé cuántas veces le ha leído a través de FaceTime desde los vestuarios antes de un partido.

A él eso le encanta. Aprovecha las noches que está en casa y hace un esfuerzo aún mayor cuando se va de viaje. La verdad es que no imagino un padre mejor para nuestros hijos.

Navy levanta la cabeza del cuello de Ryan para ponerse a correr con las niñas de Ethan. Nuestra hija no les sigue el paso a las chicas, que son mayores, pero estas lo aminoran para asegurarse de incluirla en sus juegos.

Encuentro a Ethan charlando con Ron Morgan y Annie me saluda con la mano mientras vigila a sus niñas y a la mía.

Ethan se mantuvo fiel a su palabra y se jubiló la temporada pasada, cuando los Devils ganaron su primer campeonato. Estuvieron a punto el año anterior, pero perdieron el sexto partido de las finales. Ethan aguantó un año más y terminó la carrera por todo lo alto.

Ryan lo echa de menos en la cancha y en los vestuarios, pero Ethan sigue viniendo a casi

todos los partidos que se juegan en Chicago y viene a nuestra casa las noches que organizamos la cena del equipo. Por no hablar de los fines de semana que nos juntamos las familias ahora que se han venido a vivir más cerca de nosotros.

Ryan me rodea con las manos y acaba posándolas en mi culo.

—¿Han dormido bien los niños?

—Iverson un poco más, pero Navy ha llorado porque quería estar contigo.

—Entonces, es como su madre.

—Sí, sí —digo rodeándole el cuello con los brazos.

Sonríe apacible, se le nota contento.

—Me encantan los días que os tengo a todos en el estadio.

—¿Dónde íbamos a estar mejor? Esta noche dales caña.

—Haré lo que pueda. —Me da un beso en los labios—. Te quiero, Blue. A ver si te oigo gritar desde las gradas.

—Ya lo creo que sí. Y más tarde me oirás gritar de otra manera diferente.

—Por Dios, cariño. Voy con pantalones de baloncesto. Procura que no se me ponga dura cuando salgamos en la tele.

—No te lo garantizo. —Le doy un último beso—. Te quiero. Buena suerte ahí fuera.

Me vuelvo para recoger a nuestros hijos y subir a las gradas para verlo jugar el partido.

—Ah, por cierto —le grito—. Tay le ha contado a todo el mundo que esta noche vas a marcar cien puntos, así que sería un poco vergonzoso que no lo cumplieras.

Se echa a reír.

—Haré lo que pueda. —Recorre con la mirada la camiseta que llevo puesta, es la suya—. Te sienta bien llevar nuestro apellido, señora Shay.

Por encima del hombro, veo que me examina de arriba abajo mientras retrocede hacia la cancha.

Yo también le paso revista. Piel resplandeciente, mejillas pecosas y alianza de silicona en el dedo anular, la que le permiten llevar durante los partidos.

—Lo mismo te digo, Cinco.

Me guiña un ojo, es un gesto de complicidad, antes de regresar corriendo a la cancha y volver a concentrarse en el juego.

Los niños y yo nos reunimos con el resto de la familia arriba y, para mis adentros, no puedo remediar sentirme infinitamente agradecida. El hombre al que amo me ha dado la vida con la que siempre he soñado, pero es aún mejor de lo que jamás pude imaginar.

El día que me mudé a su apartamento ignoraba por completo que mi nuevo compañero de piso ocuparía para siempre el centro de mi futura felicidad.

Agradecimientos

Comencemos por dar las gracias al más importante: ¡a ti que me lees! Gracias por brindarles una oportunidad a mis palabras.

Mi gratitud a BookTok, Bookstagram y a todos los lectores que hayan compartido mi obra. Gracias a vosotros he podido seguir haciendo lo que más me gusta y espero que, a cambio, haya sabido daros algo que os guste. Los ánimos que me habéis dado nunca dejarán de asombrarme y agradezco mucho que hayáis dedicado tiempo a leer, valorar, revisar y compartir. Esta carrera ha sido una bendición en mi vida y es todo gracias a vosotros.

Allyson, gracias por dedicar varios meses a enviarme mensajes y correos electrónicos con tus comentarios agudos. No sé si decirte «gracias» será suficiente, porque fuiste la primera persona que vio este libro cuando todavía era un batiburrillo de letras que necesitaba orden. Nunca te agradeceré bastante el ánimo que me diste para que siguiera adelante. Soy muy afortunada de poder decir que eres una de mis mejores amigas.

Megan, tú contribuiste a que esta novela saliera a la luz. Me sentía perdida con el primer borrador y necesitaba otro par de ojos que lo leyera. No pude encontrar una lectora alfa mejor. Tener a otra persona que juzgara el rumbo que iba tomando la historia me dio el empujón necesario para seguir adelante. Confío en que quieras seguir siendo siempre la lectora alfa, porque no te va a quedar más remedio...

Samantha, qué suerte tengo de que no solo seas mi asistente personal, sino también mi amiga. Gracias por estar en mi rincón y por cuidar de cosas que a veces escapan a mi capacidad intelectual. La verdad es que has sido como una roca para mí. Gracias por comprobar el recuento de palabras, por ayudarme con las redes sociales o tan solo por decirme que vayamos a tomar una copa. Has sido un punto de inflexión en mi carrera. Si la publicación de este libro ha sido divertida se debe sobre todo a que te he tenido a mi lado, así que ¡gracias por todo lo que has hecho!

Kristie, eres la mejor de quienes me han apoyado. En realidad, tú fuiste la que cambió el rumbo de mi carrera, por lo que no puedo estar más agradecida. Gracias por ser mi lectora beta y por proporcionarme la valoración que necesitaba antes de publicar el libro. Te guste o no, no pienso soltarte.

Marc, quiero expresarte mi gratitud por la música que elegiste y por el esfuerzo que dedicaste a encontrar canciones para la lista de reproducción.

Erica, gracias por la edición y por comprender lo que necesitaba esta historia. ¡Me encantaría seguir trabajando juntas en muchos libros más!

Cat, te agradezco que hayas sido «mi puente» con la comunidad de sordos. Fuiste de gran ayuda y me ha encantado aprender de tus historias y experiencias. ¡Gracias por contribuir de manera esencial a que esta historia haya salido a la luz!

¡Y ahora... ha llegado el momento del tercer libro de La Ciudad de los Vientos!

Un jugador de baloncesto con el ego subido, la mejor amiga de su hermana y una decisión terrible: fingir que son pareja para engañar a la prensa y al mundo.

¿Qué puede salir mal? Llega la segunda parte de Mile High: el romance deportivo que ha enganchado a #Booktok.



RYAN

Soy el nuevo capitán de los Devils, el equipo de la NBA de Chicago, y lo último que necesitaba este año era que Indy Ivers, la mejor amiga de mi hermana, se mudara a mi apartamento. Es

desordenada, histérica y demasiado tentadora.

Pero cuando el director del equipo expresa su desaprobación por mi ascenso a capitán, refiriéndose a mí como un lobo solitario sin equilibrio entre la vida laboral y personal, no se me ocurre mejor manera de convencerle de lo contrario que fingir que salgo con mi simpatiquísima compañera de piso.

Tener una novia falsa no tenía por qué ser complicado, pero tener a Indy bajo mi techo y en mi cama es complicado, sobre todo cuando quiere también la parte romántica que yo nunca podría darle.

INDY

Nunca imaginé que viviría con el hermano de mi mejor amiga, la superestrella de la NBA Ryan Shay. ¿Más increíble aún? Me necesita para que actúe como su novia, amantísima y cariñosa, que de repente lo ha convertido en un tipo simpático y accesible.

Porque, bueno... no lo es. Es un obseso de su espacio personal y no confía en los demás.

Pero nuestro acuerdo no es unilateral. Tengo una boda dentro de poco, a la que asistirán todos mis amigos de la infancia, incluido mi exnovio, y no hay mejor venganza que ir acompañada del héroe de mi ex.

Sin embargo, a veces se me hace imposible separar lo real de lo falso. Enamorarme de mi compañero de piso nunca formó parte del trato, sobre todo cuando Ryan no hace más que recordarme que no cree en el amor.

Liz Tomforde es una autora superventas de novelas románticas en el mundo deportivo. Sus historias mezclan relaciones sanas, una chispa de humor irresistible y personajes masculinos de los que te enamorarás.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *The Right Move*

Primera edición: mayo de 2024

© 2023, Liz Tomforde

Publicado originalmente por Hodder & Stoughton

Traducción publicada por acuerdo con Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Todos los derechos reservados

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, M^a Dolores Ábalos Vázquez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Ever After Cover Design

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19848-29-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

[Jugando fuerte](#)

[Playlist](#)

[1. Ryan](#)

[2. Indy](#)

[3. Ryan](#)

[4. Indy](#)

[5. Indy](#)

[6. Ryan](#)

[7. Ryan](#)

[8. Indy](#)

[9. Ryan](#)

[10. Indy](#)

[11. Ryan](#)

[12. Ryan](#)

[13. Ryan](#)

[14. Indy](#)

[15. Ryan](#)

[16. Indy](#)

[17. Indy](#)

[18. Ryan](#)

[19. Indy](#)

[20. Ryan](#)

[21. Indy](#)

[22. Ryan](#)

[23. Indy](#)

[24. Ryan](#)

[25. Indy](#)

[26. Ryan](#)

[27. Ryan](#)

[28. Indy](#)

[29. Ryan](#)

[30. Ryan](#)

[31. Indy](#)

[32. Ryan](#)

[33. Indy](#)

[34. Indy](#)

[35. Ryan](#)

[36. Indy](#)

[37. Ryan](#)

[38. Indy](#)

[39. Ryan](#)

[40. Indy](#)

[41. Indy](#)

[42. Indy](#)

[43. Ryan](#)

[44. Ryan](#)

[Epílogo. Indy](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Liz Tomforde](#)

[Créditos](#)